CARAS Y CARETAS



LA REVISTA DEL AÑO

SUS PRINCIPALES INTÉRPRETES

ELPIDIO

¡Oh, qué gusto! Puede ser
que la banda venga a mí.
Si eso ocurre, ¡qué placer!
Ti - pi - ti - pi - ti - pi - tí.

ALVEAR

Nos unimos al momento.
Y mi fama crecerá.
Y me harán un monumento.
Ta - pa - ta - pa - ta - pa - tá.

HIPÓLITO

Yo no sé si puede ser
ni si existe la fusión;
pero, en fin, vamos a ver.
Ti - pi - ti - pi - ti - pi - tón.


Variados y hermosos obsequios de alhajas finas, hallará usted, en el interior de cada caja de los selectos productos "NADYA"
Usted puede elegir la alhaja que prefiera, al comprar cualquiera de los finísimos productos de la famosa marca "NADYA"
Sombras
"NADYA"
SOMBRAS
ROUGE
No se sale ni se corre.
Para LABIOS
rojos, brillantes, suaves y elásticos.
El frasco $ 4.50
y $ 3.80
NADYA
ROUGE BRILL
PESTAÑAS
largas, arqueadas y abundantes.
NO PRODUCE ARDOR
NI DAÑA LA VISTA
Tonos castaño y negro.
La caja..............$ 3.-
En lo de su proveedor o directamente a:
"NADYA"
LABORATORIOS DE PERFUMERIA SELECTA
perfeccionada que garantizamos.
PIEDRAS, 366 - Bs. As. - U. Telef. 2697, Av.
Polvos "NADYA"
Adherentes y
Extrafinos.
Siete colores distintos. La caja $ 3.50
VERT
NADYA
D'HIVER
NADYA
Coloretes
"NADYA"
VARIOS. Desde $ 0.70
PUBLICIDAD HERMES



ESGRACIADA LA PERDIZ



ROSA, decí, ¿me querés?... ¿eh?... ¿me querés?...

El mozo tenía entre las suyas las manos pequeñas y regordetas de Rosa, que avergonzada bajaba la vista y no contestaba. El insistía:

—¿Me querés?... ¿Por qué no me decís?...

Y ante el obstinado silencio de ella, apretaba aun más sus manos, mientras añadía, quejumbroso:

—No seas mala, Rosa..., vos sabés cómo te quiero...

Rosa, por su parte, había impreso a su cuerpo un balanceo suave de mujer que se siente fuerte en su debilidad, porque se sabe mimada, y no contestaba. Le gustaba que el mozo se desesperara por obtener de sus labios el sí anhelado. ¡Ella los conocía tan bien! Después, de seguro que le resultaría como todos: al comienzo muchos mimos, muchos besos, muchos regalitos: collar de cuentas,

aros de "oro", cortes de género para vestidos... pero, después, después... oh, ella bien los conocía: se asemejaban como una cuenta de rosario a otra.

Sin embargo, le placía verlos sufrir en las primeras andadas. Hasta en eso se parecían: se acercaban al rancho, en el cual vivía con su vieja madre y su hermano menor, con cualquier pretexto:

— Güenos días, ¿qué tal; ¿cómo ha amanecido? — y después de saludar y mirarla significativamente, agregaban:

— ¿Me quiere convidar con un poquito de agua? Tengo la garganta seca como buche de avestruz...

Ella entonces, solícita, le alcanzaba un jarro lleno de agua, que el mozo bebía mientras con el rabillo del ojo la observaba.

Rosa entornaba los ojos pudorosamente hasta que el mozo le devolvía el jarro, luego de tirar el resto.

— Amalhaya, quien juera rico... — Ella le dirigía una mirada que era toda una promesa, y él, concluía:

— ...pa comprarle a su mama l'alhaja el rancho...

Ella sonreía complacida. ¿Por qué sonreía complacida? ¿Acaso no sabía ella que todos, toditos hacían lo mismo? ¿Qué todos, toditos decíanla piropos parecidos?

A pesar de eso no podía menos; oía una frase así y se sentía interiormente halagada. No podía tampoco disimularlo. Cuántas veces no pensó que esa sería la última vez que manifestara su agrado. Mas, llegaba el momento y olvidaba por completo sus propósitos.

Después, venía el asedio, el continuo asedio, hasta que el mozo se le declaraba. Entonces era cuando les hacía sentir el rigor de su coquetería. Nunca se decidía. Los tenía así durante un cierto tiempo: quince días, un mes, a veces más, según la vehemencia del festejante.

No había peón, ni capataz, ni mayordomo, ni patrón en quince leguas a la redonda que no la hubiera apremiado con palabras cariñosas, y un ligero temblor en los labios, palpitantes de deseo, para que le concediera la dicha de obtener los suyos, rojos y húmedos.

La Rosa se los había concedido, ¿por qué no? De esa manera, pensaba, algún día encontraría el hombre que le agradara, y entonces no titubearía en entregarse por entero.

Pero ya tenía veintitrés años, y hasta entonces muchos labios masculinos habíanla estremecido, muchas manos había sentido palpitar entre las suyas, pero nadie podía jactarse de haber conseguido los favores de la moza.

Las malas lenguas, no obstante, se cebaban en ella.

— No se puede negar, es linda, pero es tan veleta..., — decían las viejas, poniendo los ojos en blanco.

— Porque, fíjese usted, doña Rudecinda, m'hijo el mayor, que es tan seriecito, me ha sabido contar cada cosita e la Rosa...

— ¡Jesús!..., si es una arrastrada...

— ¡Cállese, no me diga — agregaba otra, — ¡cómo sufrirá doña Aurora!... Ella que jué tan güena con el pobrecito finao, que Dios tenga en gloria, don Florencio...

Mientras tanto, el mozo que era ahora el feliz cortejante de Rosa suplicaba en todos los tonos:

— Rosa, decí, ¿me querés?..., ¿por qué no me decís?...

Mas, en el mismo momento que ella iba a dar el "sí", cuando ya sus pulposos labios se abrían suavemente como una flor, se oyó desde adentro del rancho la voz seca e imperiosa de la madre de Rosa que la llamaba:

— ¡Rosa!... ¡Rosaaa!...

El miró desesperado hacia el sitio de donde partía la voz mientras apretaba fuertemente de las muñecas a la muchacha.

— Es mama — decía ésta, en voz queda. — Sueltemé... Es mama que me está llamando...

— Güeno — contestaba él rápidamente y como en un murmullo; — decime primero si me querés, y te suelto...

Ella forcejeaba por desprenderse, mientras suplicaba:

— Dejemé, le digo, no ve que me están llamando... — La voz se oyó nuevamente, esta vez en tono que no admitía réplica:

— ¡Rosaaa!... ¿Ande anda esa muchacha e porquería?..., — al mismo tiempo que el mozo, enardecido por la lucha, trataba de besarla, y ella escondía la cabeza, bajándola sobre el pecho palpitante o echándola hacia atrás, dispuesta a no dejarse besar. El la soltó cansado de esa lucha estéril. Rosa salió corriendo en dirección al rancho.

El mozo se quedó mirándola. Luego dió media vuelta y se encaminó hacia donde tenía su caballo que dejara como a unos cien metros del rancho, mientras pensaba: "¡Dura la chinita..., pero no hay tiento que no se corte!..."

Montó a caballo y se retiró al trotecito, reprochándose no haber procedido desde el comienzo como lo hiciera al oir la voz de la madre.

— Si no juera que... — murmuraba.

En eso un peludo se cruzó en el camino. El mozo se apeó y antes de que el animal tuviera tiempo de meterse en una cueva le asestó un talerazo en la cabeza. Luego le puso un pie encima y con su largo cuchillo de cabo de guampa lo degolló. Lo tuvo un momento de la cola para que en esta forma corriera la sangre y después lo ató a los tientos del recado.

Y mientras se alejaba al trote corto de su malacara, iba cantando en voz baja:

Disgraciada e la perdiz
Que se estrella en el alambre...

•

Rosa entro en su rancho, débilmente alumbrado por un candil, con la cara arrebatada de color, desgreñada y el corazón palpitante, denunciándose por las contracciones de su bien formado tórax.

— ¿Diande salís, desfachatada?... A que has andao con el forastero ese, haragán...

— No, mama..., si andaba pasiando por...

— Veanlán a la embustera esta... Pero vos te creés que me estoy chupando el dedo, sinvergüenza... — Y no pudiendo aguantar más tiempo la ira que le subía en ondas sofocantes a la cara, la madre de Rosa se desahogó dándole un furioso pescozón.

— Pero, mama — decía ésta lagrimeando — si he estao pasiando con... — e iba a decir con Sebastián, su hermano, si éste, oportunamente, no da un so-

noro ronquido en el rincón donde yacía sobre un "pellón" durmiendo.

Esto la contuvo y la obligó a aceptar silenciosamente la retahila de insultos que, como un rosario interminable, salía de los labios de su madre.

Estas escenas ocurrían muy a menudo. En ellas era casi una necesidad disputar todas las noches por la misma causa.

Rosa, tendida sobre su catre, recordaba la figura de su último festejante.

En realidad, era un hombre que no tenía nada de extraordinario si se exceptúa su elegante manera de sentarse en el caballo y el dejo cariñoso de su voz, un poco ronca y grave. En cuanto a esto último, ningún hombre la había conmovido tanto como este cuando le pedía:

— "¿Por qué no me decís?..."

Ella, ahora, oía clarito la voz con esa modulación que la hacía material como una caricia leve, y se estremecía de placer. En ese momento estaba segura de que llegaría a quererlo; no de que llegaría, sino que ya lo quería como nunca quiso a nadie.

Y Rosa se prometía para el día siguiente darle el "sí" apetecido y dejarse ya de aventuras galantes. Pero, ¿qué tendría ella que no podía querer a nadie como para casarse? Todas sus amigas hacía tiempo que eran casadas y, la que menos, tenía ya dos "cachorros" a la cola.

Ella, en cambio, perdía el tiempo en estériles amoríos con cuanto mozo llegara al lugar.

Rosa siempre estaba segura de querer a su nuevo festejante. Pero pasaban los días; los primeros arrebatos amorosos le causaban una inefable dicha, los besos y los abrazos bajo el paraíso que estaba a unos cincuenta metros de su rancho, la llenaban de un amor que ella creía no se extinguiría más. Durante ese tiempo, su cabecita vivía trabajando ensueños, pero después..., después nada. La hastiaban los besos y las insulseces de las palabras de su amado. Y una noche, no acudía a la cita, a la siguiente pretextaba una enfermedad. El mozo, despechado, a veces la amenazaba con gesto trágico, otras se retiraba tranquilamente.

Pasaba un mes, dos... Otro venía a pedir agua o permiso para desensillar.

Rosa se daba cuenta con rabia que no podía prescindir del festejante. Sentía más placer en verlos desesperarse porque les dijera si lo quería que en las mismas caricias que de ellos recibiera. Muchas veces se prometía formalmente seriedad, pero en cuanto recibía un piropo, a pesar de su experiencia, su corazón latía apresuradamente.

Las murmuraciones, las calumnias de que era objeto no la afectaban mayormente. Se daba cuenta de que no eran sino fruto de la envidia.

Como que casi era una obligación para todo forastero que llegara enamorarse, antes que de nadie, de Rosa.

Y ella vivía así: sabiéndose fuerte y hábil en las cosas del amor; sabiéndose deseada por todos y por ninguno conseguida.

El sueño, desarticulando sus pensamientos, la hizo revivir la escena habida un rato antes.

Y al ver de nuevo la cara un poco ridícula del enamorado mozo, pidiéndole su amor, en los labios pulposos de Rosa se abría una sonrisa que velaba su sueño toda la noche.

*

Por no perder la cita con Rosa, Narciso Chaves se había ausentado de "El Perdido" un momento antes de cenar. Por eso, cuando ya de vuelta vió fuego en la cocina de los peones, pensó que no había andado desacertado al molestarse en cazar el peludo.

Llegó hasta el patio de la cocina, y podría decirse que sin dejar de silbar dió las buenas noches, desmontó, desató el peludo de los tientos y lo arrojó con despreocupación al suelo. Luego, desensilló tranquilamente y soltó al malacara en el mismo patio, bajo la mirada severa del capataz, que murmuró:

— A lo haragán, no mas...

Narciso, con el freno aun en la mano, dió un ligero chirlo al caballo, que se dirigió hacia una bebida cercana.

— ¿Ya han cenao? — preguntó.

— Ya.

— Ta güeno... — Narciso sabía bien que sería inútil pedirle la comida a la cocinera, una mujer endiabladamente perversa y rígida. Se resignó, pues, a comer el peludo y unos huevos que encontrara. Abrió el animal largo a largo, le quitó y lavó cuidadosamente las entrañas. Luego arregló el fuego del fogón, dejando únicamente brasas pequeñas para que se asara lentamente, y salió al patio donde ya los demás peones estaban mateando.

— ¿Has andao peludiando, Narciso? — preguntóle uno de sus compañeros, con una sonrisa malévola.

— Ah, ah — fué la seca respuesta de éste.

De tanto en tanto miraba el peludo que se asaba lentamente, con un suave chirriar de la dura caparazón.

Cuando estuvo a punto, sentóse en un pequeño banco, y mientras comía pensaba en Rosa.

— Cha que he sido sonso — se decía. — Si juera ido el principio como al final... — sus labios esbozaron una tenue sonrisa. — Tamién, mañana no se me va'dir, de fijo...

Terminó su frugal cena, lió un grueso cigarrillo de fuerte tabaco, tiró un cojinillo en el suelo y se echó sobre él. Tendido así, con la mirada perdida en el fuego crepitante, el cigarrillo entre sus labios finos, sobre los que un bigote incipiente ponía una ligera sombra, se entretuvo en evocar la figura por demás interesante de Rosa.

"Dejemé, le digo...", recordaba. ¡Dura la chinita!...

*

Hacía escasamente un mes que Narciso Chaves trabajaba en "El Perdido". Llegó allí a pedir empleo para el corte de la alfalfa y fué ocupado como mensual. Y hacía escasamente quince días que llegara hasta el puesto de ovejas de la madre de Rosa "a campiar unos animalitos"; después fué llegando casi todos los días, ya por una causa, ya por otra, hasta conseguir de Rosa una cita debajo del paraíso que estaba a unos cincuenta metros de su rancho. Y consiguió una, dos, hasta cinco citas, pero en todas ellas había obtenido el fracaso más absoluto. Esto le enardecía y más le entusiasmaba la chinita que con tanta fiereza defendía su corazón de sus diestros ataques.

Pero no hay tiento que no se corte, pensaba el galán, y no pasaría mucho tiempo en tener entre los suyos los labios húmedos de caricias de Rosa. "Anoche, sin ir más lejos... si no juera sido por la vieja e porquería..." Y Narciso Chaves hace un ademán de disgusto; mas, luego se consuela pensando que en la cita siguiente no tendrá ya más reparo en atropellar desde el principio. Y después, que le vengan a él con que es una presa fácil de conseguir. El ha tenido entre sus manos toscas la regordeta de Rosa, invariablemente, todas las noches, desde hace quince días. Ha ultimado todos sus recursos, que en otra infinidad de ocasiones le han dado excelentes resultados, y ella se ha mantenido siempre igual. ¿Fría? No sabría que decir. No era precisamente frialdad la de Rosa, sino, ¿cómo lo iba a mirar con esos ojos, cómo iba a apretar tan dulcemente sus manos callosas con las suyas pequeñas y nerviosas? Que lo estuviera farreando, tampoco. El conocía muy bien todas las mañas de las mujeres, sabía bien cuando una mujer quiere burlarse de uno. ¡Qué le iban a decir a él que todos, toditos los peones habían tenido algo que ver con ella! La envidia no más; eran todos una punta de envidiosos.

Mientras se hacía esta reflexión, Narciso Chaves se apeaba mecánicamente de su malacara y arrancaba un abrojo grande que había en medio del campo.

*

Yo soy Miguel Pérez, aborrecido de los hombres y querido de las mujeres, y al que no le guste puede dir saliendo ajuera! — gritaba un paisano de rostro ceñudo, mientras daba fuertes golpes con su rebenque sobre una mesa de un boliche de Nueva Plata.

—¡Che, Juan! — agregaba en seguida, — traéme otro medio litro.

Y como Juan, el mozo ayudante del dueño del boliche, no acudiera prestamente, Miguel Pérez lo cogió del cuello y lo amenazó con "cueriarlo vivo". El muchacho le imploraba que lo dejara. La escena divertía al paisanaje, que reía a carcajadas del azoramiento del pobre Juan, hasta que se allegó don Angel, el italiano dueño del negocio, y con buenas palabras y la promesa de traerle inmediatamente el vino pedído, logró calmar los ímpetus homicidas de Miguel. Este se sentó, y dando un fuerte puñetazo sobre la mesa gritó:

—¡Che, gringo, convidá a todos los que quieran!... Yo pago... Pa eso esta noche, si Dios quiere y el Diablo me ayuda, viá a enancar la más linda moza de po acá...

Un paisano, al oír el convite, despertó de su borrachera, se acercó penosamente a Miguel y poniéndole la mano sobre el hombro, le hablaba misteriosamente:

—Mirá, Miguel — le decía. — Vos sabés que yo soy tu amigo, y por eso que te aconsejo... En comparancia vos sos mamón entuavía — y a cada palabra rozaba con sus duros bigotes la cara de Miguel.

—¡Che, gringo, traéle medio litro e caña a éste! — interrumpió Miguel.

—¡Gracias, che..., como te decía, si es cierto que le vas a soplar la dama a...

—Ta güeno..., vos no tenés que abrir la boca más que pa chupar, ¿has oído?

—Güeno, no te enojés, Miguel, vos sabés que soy tu amigo...

El medio litro de caña produjo su efecto rápidamente, y poco después, de la cabeza del paisano apoyada sobre la mesa, no se veían sino los dos bigotes duros saliendo de cada lado de la cara.

Miguel, por su parte, se había quedado silencioso. En una mano sostenía una copa a medio llenar y de la otra el rebenque le colgaba, indolentemente, como una continuación de su brazo. Se había quedado serio. No hacía caso de las bromas que de vez en cuando llegaban a sus oídos desde las mesas cercanas.

En ese momento irrumpió en el local, Narciso Chaves, seguido de dos compañeros. Narciso dirigió un saludo en general y se acercó al mostrador. Con gesto enérgico pidió ginebra para él y sus compañeros. Luego, apoyado en los codos y de espaldas al mostrador fué mirando a todos los ocupantes de las mesas, uno por uno. Su mirada se detuvo en Miguel, que parecía dormitar. Miró a sus compañeros y gritó:

—¡Che, Miguel Pérez, aborrecido de los hombres... aquí hay uno que te aborrece más que ninguno!...

Miguel se dió vuelta. Miró con estrábica mirada a todos lados, y preguntó:

—Y ¿quién es ése?

Una carcajada general hizo lividecer a Narciso, quien se adelantó hasta la mesa de Miguel y al tiempo que le asestaba un talerazo en la cabeza, le decía:

—Si te hace falta esto pa que sepás quién es...

Miguel dió dos pasos atrás para caer al suelo arrastrando una silla en su caída. Varios paisanos contenían a Narciso y lo empujaban suavemente hacia la puerta. Narciso seguía mirando con fiero gesto a todos, mientras sus compañeros le cuidaban la espalda.

Miguel que lo miraba como se retiraba pugnando porque su mirada fuera lo más derecha posible a los ojos de su contendor, clamó, cuando aquél ya estaba afuera:

—¡Che, gringo, traeme otro medio litro y haceme otra "rayita"... — luego giró la vista por todo el salón y cayó sobre una silla completamente desmayado.

*

Pero, qué diablos tendré que ya no me gusta Narciso? — se decía Rosa, mientras jugaba con una ramita arrancada al paraíso, debajo del cual esperaba la llegada de Miguel Pérez.

Porque ahora el nuevo festejante de Rosa era Miguel Pérez, llegado al pago no hacía aun quince días. Y en quince días, Rosa había tenido tiempo de darle "la galleta" a Narciso, después de más de tres meses de relaciones, cuando ya les faltaba poco para formar nido aparte. Y ahora había llegado éste, y en tan breve tiempo había gustado la miel de sus labios en noches inolvidables, envueltos en la obscuridad propicia del paraíso.

Y el pobre Narciso que venía invariablemente todas las noches y al que lo engañaba con que

"mama se había enterao", o con que había tenido una descompostura horrible. ¡Pobre Narciso!, se había enamorao de veras el mocito... Pero ella no tenía la culpa, no. ¿Acaso no sabía él la fama que ella tenía? ¿Acaso no le habían hablado de ella pintándola como una chinita destachatada que le gustaba reirse de todos los hombres? ¡Se le había hecho el campo orégano!, pero ella no tenía la culpa, no. En infinidad de ocasiones le advirtió, aunque no muy directamente, la inconsistencia de su amor. Por lo demás, su corazón era así, ¿qué culpa tenía ella? Le hastiaban todos los hombres, sin comprender por qué. Lo único que le gustaba era oir sus quejas: sentía un raro placer en ello. Cuando le decían con tono plañidero, en el que la amargura ponía un extraño temblor en los labios del varón:

— *Vos ya no me querés, Rosa...; no, no me querés...* — y repetían el estribillo monótonamente, era entonces cuando Rosa sentía un extraño placer. El "ya no me querés" parecía recorrerle el cuerpo con una especie de lascivia. Ciertamente, ¿qué iba a hacerle?, no lo podía remediar y era inútil que estrujara su cabecita tratando de descubrir el porqué de su manera de ser.

Cuando la mama sabía decirle que se iba a quedar para vestir imágenes, le estaba sobrando la razón. Porque sino ¿qué era eso de coquetear con uno para en seguida dejarlo por otro, o, lo que era peor: aceptar a otro teniendo a uno, como en el caso actual?

¡Pobre Narciso Chaves! Y eso que Narciso tenía sobre los otros la ventaja de su voz. ¡Ah, ciertamente, su voz era acariciante, como una mano que se desliza audaz, como un beso en la nuca! Cuando él la decía: "Rosa, Rosita... ¿por qué no me decís que me querés?..."; pero hasta de eso se había cansado, de la voz de Narciso, para ir a meterse ahora con ese bruto de Miguel Pérez que "¡pa la facha que tenía!" Sólo porque era forastero, que sino ¡cuándo iba ella a dejar que el otro se hiciera ilusiones! ¿Que no fué capaz de decirle que justamente esa noche la iba a llevar en ancas para sus pagos?

Una sonrisa de desdén embelleció los labios de Rosa. Y para eso nada más, lo estaba esperando; para hacerle ver que no era fácil prenda la del "rancho e la lomita", como le sabían decir.

¡Habránse visto pretensiones! ¡Llevársela él! ¡Sujeto!

El ruido de unas pisadas distrajeron sus pensamientos. Era Narciso.

— Ah, ¿sos vos?... — dijo Rosa asombrada.

— El mesmo; no me esperabas, ¿eh?

— No, porque me dijiste que no podías venir. — El no había dicho nada. Eran mentiras. Sus ojos fulguraron indignados. La cogió rudamente de las muñecas, y con el rostro descompuesto por la cólera, murmuraba:

— Rosa, Rosa, decime aura mesmo a quién esperabas... — ella lo observaba con un fingido espanto. ¡Oh!, ella los conocía bien, esto no era más que una repetición de escenas anteriores.

— Rosa, Rosa..., decí..., aura mesmo me vas a decir... — proseguía él con el acento entrecortado por la emoción. Ella al fin se puso roja de *indignación, y al tiempo que hacía un violento* esfuerzo por zafarse de sus manos, exclamaba:

— Soltá, bruto, que me hacés mal.

— ¡Vealan a la palomita ..., cuidao no le hagan daño!..., ¡sinvergüenza! Aura mesmo me vas a decir, que de no ..

Ella forcejeando por desasirse, le decía en voz baja:

— No gritės, Narciso, que se va a enterar mama..., soltá, no seas bruto..., me estás lastimando... Yo no estaba esperando a naides..., soltá...

Y la voz de Narciso, grave, ronca, emocionada, se mezclaba a la de ella:

— ¡Sinvergüenza!..., no tenés ni un chiquito'e vergüenza... *Aura mesmo quiero saber*, ¿sabés?..., aura mesmo..., y vos me lo vas a decir, que de no...

— Güeno, hombre, soltame y te digo... — Narciso sorprendido aflojó sus manos y ella aprovechó este instante de indecisión para huir ágilmente en dirección al rancho. Pero el mozo reaccionó y en dos trancos estuvo a un paso de ella. Entonces, enarboló su rebenque y lo descargó con todas sus fuerzas en el rostro de Rosa.

Un grito en el que había dolor físico, rabia e impotencia, hirió las sombras de la noche y se perdió en la llanura. Rosa se llevó las manos a la cara y cayó al suelo desmayada. Narciso se inclinó hacia el cuerpo de ella y le murmuró al oído, con salvaje placer:

— ¡Andá..., decile a tu mama que chocaste en el alambre!... — y una mueca, mezcla extraña de sonrisa y de rictus doloroso, le bajó la comisura de los labios.

— Después dió media vuelta y corrió hasta donde tenía su caballo. Montó, y mientras disparaba, mil pensamientos atormentaron su cerebro.

Un peludo se cruzó en el camino. Narciso sofrenó el caballo, bajó y lo corrió. Cuando lo tuvo a mano le pegó con toda su alma un talerazo en la cabeza, lo degolló en seguida y después de dejar que corriera la sangre, lo colgó de los tientos del recado y volvió a montar.

Y de nuevo en el camino, ya más calmado, comenzó a cantar en voz baja:

Disgraciada e la perdiz
que se estrella en el
[alambre.



V. RUIZ DE GALARRETA

Apellidos Argentinos



La Bastetania o Bastitania era una región andaluza poblada por pueblos iberos llamados bastetanos. Ocupaba las actuales provincias de Jaén, Granada, Almería Murcia y Albacete (estas dos últimas no son ahora béticas), teniendo por ciudades principales a Basti (Baza), Acci (Guadix), Baetisfontes (Puebla de don Fadrique), Bigerra (Bogarra), Secura (Segura) y otras de menor importancia.

A propósito de esto, el padre Cejador, en sus esdios comparativos hispano-vascuences de su Historia de la Literatura (tomo XIV) dice cosas interesantes que voy a copiar, suprimiendo algunas citas: «En el párrafo siguiente trata Humbolt de los, Bastitanos y su capital *Basti*. *Bastitani*, de Basti-Bascontum, en *Vasconia*, *Vesci*, *Vescelia*, *Vescitanus*, donde se halla la ciudad de *Osca*. La palabra vascongada *bas*, *baso*, bosque, terreno montaraz, dió origen a estos nombres. Tenemos en Alava: *Basabe* o *bajo el bosque; Basa-bru* o *Basa-buon*, el *cabeza de basa*, BASU-ALDU. En Guipúzcoa: *Basabe*, *Basabil*, *Basaiz-Aldea*, *Basa-jaundeguin*, *Basarte*, *Basa-zabal*, *Bastida*. En Navarra: *Baso*, *Basongaitz*, *Bastán*. En Vizcaya: *Basabal*, *Basabe*, *Basagoiti*, *Basa-guchi*, *Bas-aldua*, *Basa-añez*, *Basartes*, *Bas-arra-te*, *Basauri*, *Bas-erri*, *Bas-ori*, *Basayabal*, *Basteguieta*, BAS-UALDO, *Bazeta*, *Bastimena* (*mucho bas*). *Bastida, donde lo hay*, esto es, empalizada, defensa, y era en España el término de la fortificación, como bastir, emplazar, defender, fortificar, edificar con madera o monte, con *bastos* o *bestones*, de donde *bastan*, *bastante* y *basto*, que nada tienen que ver con *vasto* o extenso. Todas son voces del bosque o monte o *bas*».

Bastida es el nombre de una «máquina de guerra empleada durante la Edad Media en los sitios de las plazas, que consistía en una gran torre cuadrada, de varios pisos, y provista de aspilleras o ventanas a través de las cuales los arqueros o ballesteros que la guarnecían podían batir con ventaja a los defensores de la muralla. La torre descansaba sobre ruedas o rodillos, y se hacía marchar sobre un suelo allanado previamente, bien por medio de cabrestantes o aparejos, bien por medio de mecanismos que se ponían en acción desde el interior, pues esto no se ha dilucidado bastante. Por esta descripción se comprende que *bastida* es la palabra castellana con que durante la Edad Media se distinguió el *helépolo* o *helépolis* de los griegos». El verbo *bastir* lo derivan del bajo latín *bastire*, construir, y *bastilla*, del celta *basto*, castillo, fuerte. Así tenemos que mientras *bastida* en español da nombre a una máquina medioeval, *bastide* en francés equivale a ciudades constituídas por dos calles céntricas se cortan en cruz. Sin embargo, La Bastida es nombre que distingue a villas y caseríos de España.

Claramente se ve que el *bastiore* del bajo latín viene o del *basto* celta o del vasco *bas*. La palabra vascuence lleva la ventaja de tener una significación más clara, como hemos visto en los párrafos de Cejador. Pero los enemigos del idioma euscalduna prefieren el celta, y, sobre todo el celta extranjero, no el gallego ni el catalán. *Bastida* y *Bastilla* son sinónimos.

Por otra parte *bas*, *basko* se parecen muchísimo al *bascus* del bajo latín. Un poco de rudeza al ser pronunciado por soldadotes o compadritos, y se explica el *bos* por el *bas*. *Raina* por *reina* de nuestros orilleros, constituye un ejemplo de alteración fonética.

Ualde significa en vascuence ribera, junto al agua (de ur-alde). Basualdo, pues, viene a ser *bosque de la ribera*.

Godoy Alcántara al llegar a este apellido se explica así:

«Basualdo, obispo de Palencia en 693».

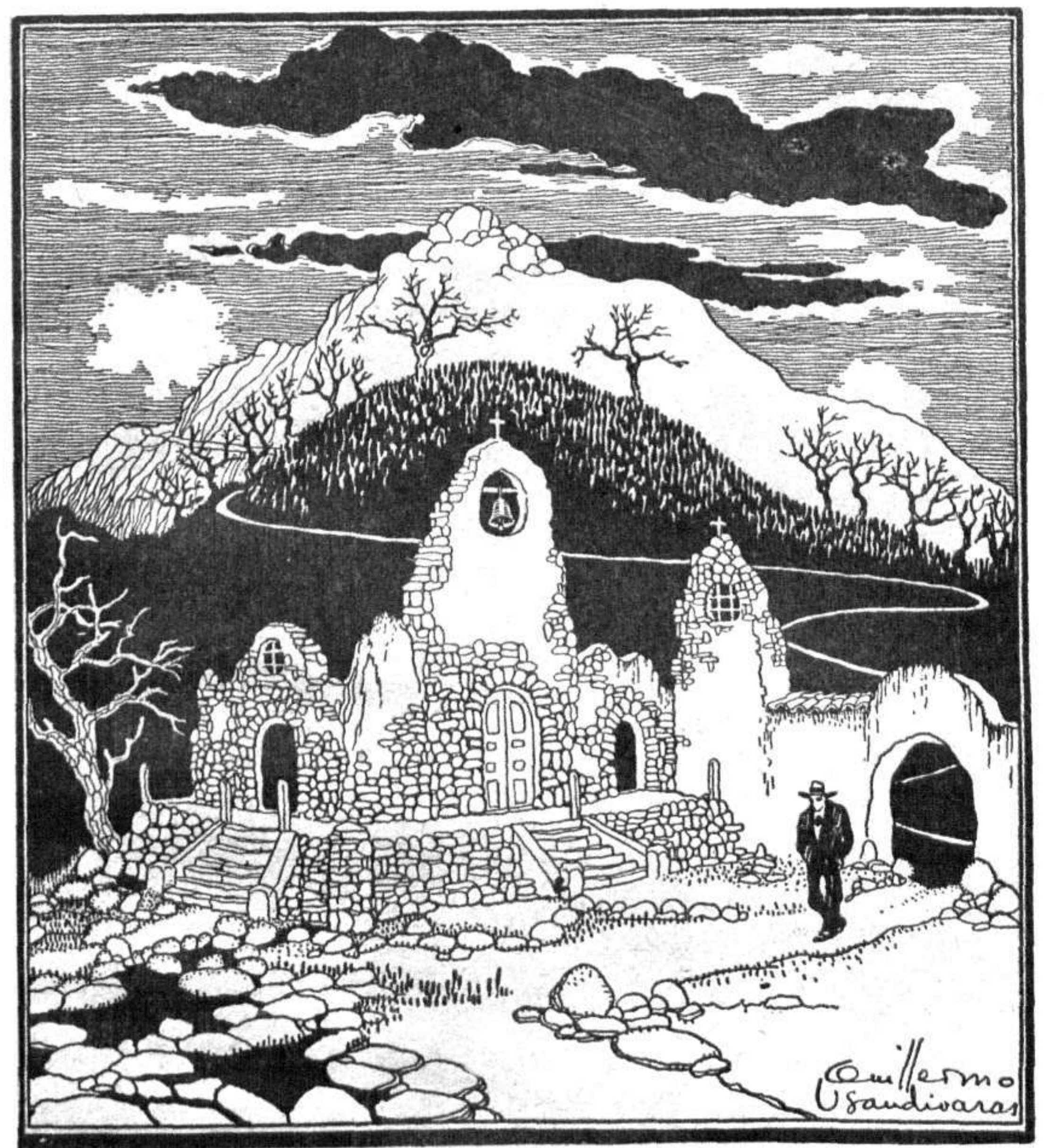
Para comprobar este punto acudo a la «España Sagrada», de Florez. En la lista de los obispos palentinos encuentro a Baroaldo, pero ningún Basualdo.

Tal vez se trate de una errata.

Por ahora, y mientras no se hallen otros orígenes etimológicos, es necesario satisfacerse con el *bas* euscalduna. Dejemos a la Academia que *vasco* viene del latín *vascones*, o que apele al celta, persa y otros idiomas para buscar etimologías.

Resumiendo: *La Bastida*. *Bas-ualdo*, *Basaldúa*, *Basabilvaso* y otros apellidos, más o menos conocidos en la Argentina, tienen por principal raíz las palabras *bas*, *baso*, bosque, terreno montaraz donde se producen maderas, troncos o bastos, que lo mismo sirven para hacer bastiones, emplagidos o bastidas, que para figurar en los naipes que forman el cuarto palo (bastos) de la baraja.

A R G A N T O N I O



POEMAS DE MI PUEBLO

SENDEROS DE OTOÑO

Hay un balar de ovejas y hay un rumor de esquila
que llenan el silencio de la paz aldeana
y se diluyen lejos, en la extensión tranquila,
con la vaga dulzura de una canción lejana.

¡Dulzura del crepúsculo por los senderos mudos,
con pájaros dormidos en una gran pereza
que al caer del cielo sobre los árboles desnudos,
llena la tarde de una contenida tristeza!...

Las estrellas se doran con triste parpadeo...
Después, frente a la luna, se vuelve del paseo
siguiendo del camino la blanca ondulación;

La sombra de los campos hacia los cielos crece,
¡y al sonar una hora no sé por qué parece
que las campanas suenan dentro del corazón!

LEOPOLDO RODRIGUEZ PUJOL

DIBUJO DE USANDIVARAS



CUADROS TÍPICOS ANDALUCES

LAS ROMERÍAS SEVILLANAS

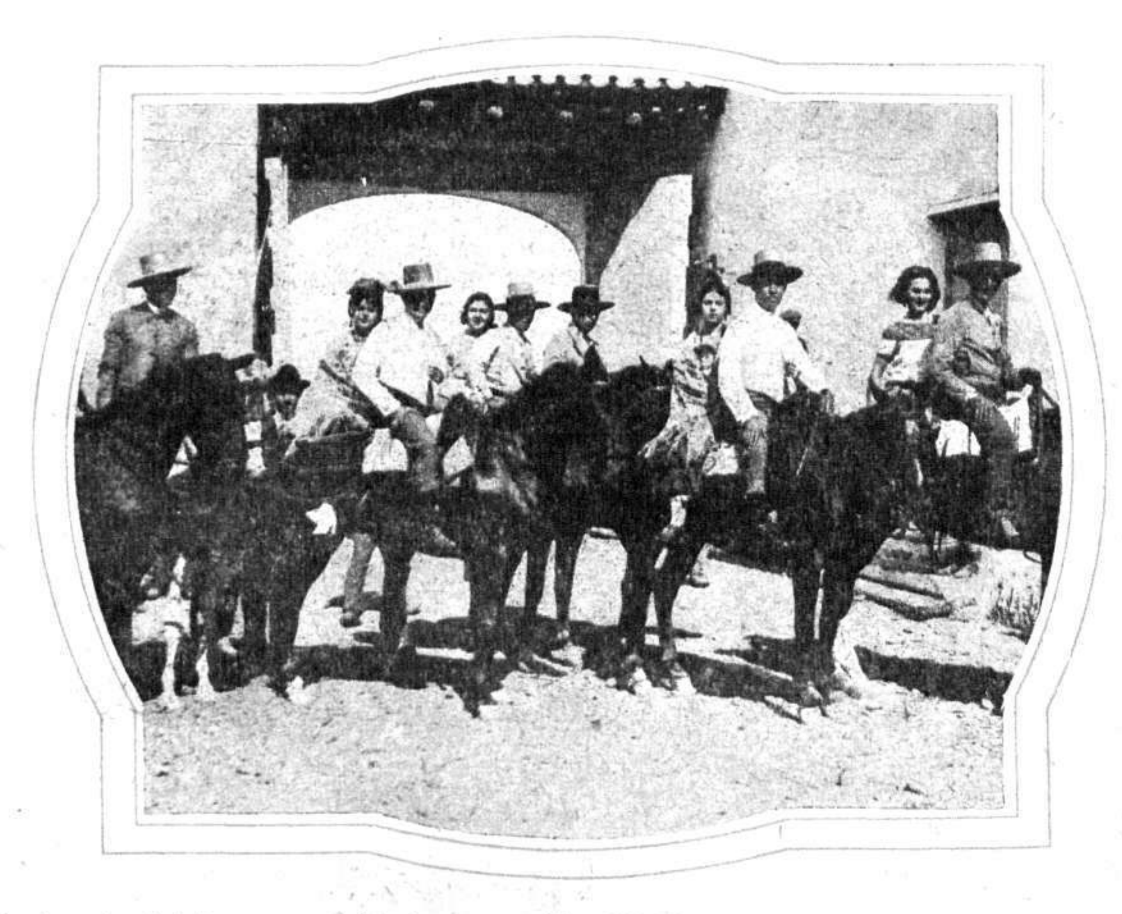
Difícilmente hallará el curioso observador un espectáculo tan popular y tan pintoresco como el que ofrecen las clásicas romerías sevillanas. En ellas abunda, hasta la opulencia, y sin cansar, todo cuanto el corazón y los ojos pueden apetecer para emocionarse y recrearse, profunda y sugestivamente.

El protagonista de estas escenas maravillosas de luz y de algazara, la figura preeminente de estos cuadros tan llenos de esplendores, belleza y gallardías, es el propio pueblo con la fe de su ideal religioso, con sus sencillas ingenuidades paganas, con su loco vivir jaranero, con su saludable regocijo juvenil.

Y como está en él mismo toda la fuerza emocional y el venero de donde fluyen las más claras y milagrosas aguas de su alegría, de ahí que el espectáculo alcance los más altos límites de fuerza sugestionadora y expansiva.

Así sucede que protagonistas y espectadores, gente que va de romería para cumplir la piadosa promesa, o que se une a los romeros atraída por el placer de lo típico y pintoresco, se ven bien pronto confundidos en el singular espectáculo, bajo el cielo esplendoroso, entre pinos y olivares, en los senderos que cruzan las coplas en estela musical, en la ermita del santo milagroso constelada de plegarias.

Salen los romeros de Sevilla en bulliciosa procesión hacia las ermitas que se alzan en los campos pueblerinos, y todo es en el cortejo riqueza de colores, abundancia de risas, tesoro de ingenio y de donaire. Muchachas y muchachos llenan las carretas que arrastran poderosos bueyes, y que se engalanaron con flores, cadenetas de vistoso papel, sábanas blancas y lazos de seda brilladora. Van también a caballo en graciosas grupas: el mocito garboso con chaquetilla almidonada y sombrero ancho, guiando con las bridas al inquieto animal, y la mocita de faldilla airosa y pañolito



de seda al talle, a ancas sobre el caballejo.

Cuantos van en las carretas cantan, sin cesar, coplas peregrinas: flores de los labios amorosos, con punzadoras espinas de celos y desdenes, con esencias de cariños gozosos, con mieles, las más dulces, de los panales del querer. Cuantos van a caballo chancean y se lucen con el ingenio de los juveniles años y con un fantasioso orgullo de triunfadores. Y todos se divierten en un alocado reir, y bailar, de lo más regocijante y festero.

El vino, principal elemento de la romería, enciende la sangre arrebolando las mejillas y hace llamear los ojos... Y el amor hiere los corazones con sus certeras saetas relucientes.

En la mejor de las carretas, de fina plata, de guirnaldas de flores o de palio de ricos y afiligranados mantones de Manila, conducen a la Virgen sobre tronos floridos esplendentes de luces, desde la iglesia sevillana o de la parroquia de la aldea, presidiendo el bello conjunto, hasta la ermita en que se venera a la titular. Y la que va al Rocío desde el barrio trianero emplea siete días en la romería, y uno la que sale de la capillita sevillana de Molviedro y tiene su fiesta en el caserío de La Plata y la que desde Dos Hermanas se dirige al cortijo de Cuarto; y todos los domingos de octubre se celebra la que va a Torrijos, antigua hacienda árabe en el término de Valencina.

Las procesiones, por los campos sembrados de viñedos y naranjales, deslumbradores con las luces que en brasas les llegan de los cielos, se muestran a los ojos como caravanas de la más saludable alegría. Son como el triunfo bullicioso de los hondos fervores y de amor inmortal.

Y aunque se beba, y se chancee, y se encele, jamás se vió alterado el júbilo de nuestras romerías por estragos de la pasión y violencias desgraciadas. En cuanto llega a apuntarse la sombra de un leve rencor, se pueblan los aires de vivas a la Virgen, y como por milagro acaba todo encono, y todo celo queda reprimido. Y se torna a beber, y a bailar, y a reir, y a cantar, con mayores deseos y entusiasmos.

Bien puede decirse, en fin, que estas romerías, como tienen toda la hermosura de esta tierra bendita y todo el esplendor del glorioso y radiante cielo andaluz, así se ennoblecen con la confianza de los sevillanos corazones, los más blandos para el amor y los más tocados de ternura e hidalguía.

J. MUÑOZ SAN ROMAN



La MUJER PORTEÑA

SEGÚN

MANTEGAZZA

"ES LA VENUS GRIEGA QUE EL PERFUME DE LA CIVILIZACIÓN HA EMBELLECIDO."

La excelente idea de recordar entre «Los de ayer» el nombre de Mantegazza, el célebre médico italiano, grande amigo de la Argentina, ofrece a CARAS Y CARETAS la oportunidad de transcribir, para los lectores de las nuevas generaciones, algunas frases del autor de «Viajes por el Río de la Plata y el interior de la Confederación Argentina», frases que, si no siempre pueden considerarse como un acierto, deben, sí, estimarse como características maneras de *observarnos* que tuviera un viajero enamorado de lo nuestro, tan «enamorado» que hasta llevóse a Italia consorte argentina... Fácil resulta la elección de tales frases. Por cualquiera parte que abramos el volumen citado, encontraremos párrafos dignos de la transcripción: unos, porque han resultado ya una realidad en su carácter de vaticinio; otros, porque señalan hechos memorables; algunos, por traer a la memoria personajes o escenas desaparecidas «para nunca más volver»; todos, en fin, porque demuestran el indudable acierto de aquel poeta y pensador que amablemente aliaba sus observaciones de científico a sus ensayos de lírico. Observando la variedad de fisonomías existentes en América, Mantegazza anotaba que el *molde característico* se va haciendo, cada generación, más pronunciado y permanente, de suerte que los pueblos americanos, algún día «no tendrán otros vínculos comunes que la lengua y el origen».

Y, a renglón seguido, decíales a sus connacionales, a quienes al fin de cuentas, dedicaba su libro: «El argentino es parco, valeroso, alegre; pueblo de pastores y de soldados democráticos» *(¿hemos cambiado o no?)*. «El chileno es más serio, más industrioso, más aristocrático, pueblo agricultor y comerciante; el paraguayo es paciente, sumiso y habilísimo en las artes mecánicas; el boliviano es dialéctico, taciturno, desconfiado, pueblo de abogados y mineros; el peruano es disipador, despreocupado, lleno de fantasías y de escepticismo...»

Tras de estos apuntes y de algunas consideraciones sobre la influencia del clima en la raza, Mantegazza escribió las palabras siguientes, que cualquier autor de nuestros días, al conocer Buenos Aires, podría volver a escribir: «Jamás se vió a las familias humanas mezclarse en más vasta escala, entrelazarse, confundirse, como si se hubiesen dado cita para retemplar en un gigantesco *sábado* el linaje humano, como si de su infinito bastardeamiento

fuese a nacer una fresca y nueva familia. El que pasea por primera vez por las calles de una ciudad sudamericana y ve sucederse en pocos instantes todos los colores y todas las fisonomías, queda sorprendido, confuso, como delante de una insólita y proteiforme mascarada. La sangre española fué durante mucho tiempo el único elemento europeo que fundióse en aquel crisol de razas con la sangre negra y con la amarilla, porque franceses, alemanes, italianos, ingleses, irrumpieron después a fecundar esas tierras en busca de fortuna o de aventuras...»

¿Qué diría ahora Mantegazza si le fuera dado contemplar a Buenos Aires? ¿Modificaría su «manera de ver» a las porteñas? Veámoslo. He aquí cómo vió Mantegazza a la mujer porteña:

«¿La habéis visto? No he visto ni su rostro, ni su mano, ni el pie, pero he percibido su sombra cuando doblaba la esquina; no la he visto, pero es una americana, sin duda una *porteña*. Ninguna mujer en el mundo hubiera inclinado su cuerpo y recogido su vestido de ese modo; ninguna hija de Eva habría sabido, con mayor elocuencia de estenografía mímica, con mayor templanza de movimientos perversos, decir: *soy la delicia y el tormento del hombre*.

»La porteña tiene en sus venas sangre andaluza y francesa; posee las seducciones del espíritu y de la gracia, y aunque los oculte, todos los atractivos físicos que los árabes, más sensuales que nosotros, buscan en la mujer. Tiene el perfume, antes presentido que sentido, de una flor de invernáculo; maneja los artificios infinitos e inefables del arte difícil y peligroso de suscitar los deseos, de ser y de no ser; de conseguir que todo se prevea y se presienta; de hacer fluctuar al hombre en un círculo del paraíso que Dante olvidó, y en el que la gloria está tan lejana como el tedio y la impaciencia; pero al mismo tiempo, debajo de esta atmósfera emanada por la civilización y acrecentada por la experiencia de tantos siglos, está la mujer *mujer*, la hija de Eva, que con la robustez de sus carnes y el atrevimiento de sus formas, promete al hombre ser esposa excelente y excelente madre. Las envolturas del arte son muy inferiores a las bellezas de la naturaleza, y bajo el artificio de la señorita está la estatua de Venus, que ningún escultor en el mundo desdeñaría por suya.

De la debilidad femenina sólo tiene la gracia, pero ignora la hemicránea, las convulsiones, las cerúleas palideces de nuestra lenta asfixia europea. Los vientos han lamido su piel acariciada por el sol, y sus flancos destinados a llevar al hombre fueron sacudidos mil veces por el trote violento del caballo de la pampa. Es un punto del que la cultura ha embellecido la forma y reanimado el perfume, pero el sabor agreste de la naturaleza reside en su fondo puro e incontaminado, y el amor, que es investigador más intrépido que la ciencia, busca siempre lo verdadero y lo bueno, que bastan para dar la vida, debajo de lo bello que sugiere, pero que no crea.»

El físico de la porteña, según Mantegazza, «era» el siguiente: «La porteña es de cabellos negros, lustrosos, frente caprichosa, ojos negrísimos, ampliamente rasgados, sombreados por larguísimas pestañas; la nariz, entre la respingona petulancia de la francesa y la majestad espléndidamente aguileña de la española; la boca pequeña y poco sensual. La mirada no es procaz ni casta, es soberbia, de un orgullo que se puede vencer y que no humilla; es más atrevida que la mirada de todas las europeas, y sería descarada si no fuera franca. Es la mirada de un poder heredado, no adquirido; de un poder tranquilo, seguro, irónico a veces. Su cuerpo es hermoso, aun cuando el rostro sea vulgar. Entre la turba infinita de las mujeres, el cuerpo de la argentina tiene siempre una actitud noble y audaz. Menos plástica que la holandesa, pero menos vaporosa que la francesa, tiene piel cálida y morena, carnes de bronce que la edad respeta y sólo la muerte destruye...

»La porteña aparenta muchas más pasiones de las que tiene: ama mucho menos que la italiana; es menos inconstante y maleable que la francesa; no tiene la sólida cultura ni la religiosidad de la inglesa; pero es más mujer que todas. Lo que no sabe, lo adivina; no la preocupa lo que no entiende; amable en la ignorancia como en la ciencia, embellece el mundo que la circunda con la alegre vivacidad de quien tiene conciencia de su poder; su gracia franca enamora; su despejo conquista y mantiene esa conquista firmemente con la solidez de su belleza. Es la Venus griega que el perfume de la civilización moderna ha embellecido...»

Como pueden verlo nuestras lectoras por el fragmento transcripto, no fué mezquino en sus elogios el entonces joven Mantegazza. Muchos y buenos han sido — y lo serán, sin duda alguna, — los ditirambos a la mujer porteña brotados de la pluma de pensadores y poetas extranjeros, pero necesario se hace convenir en que éste, ahora un tanto olvidado, del autor de «Fisiología del dolor», debe figurar entre los más cálidos de sinceridad. Al fin, Mantegazza era italiano y ya se sabe con cuanto entusiasmo admiran los simpáticos peninsulares a las hijas de Eva.



JUAN DE LA COBA

LAS LLAMAS CARGUERAS

Una tropilla de llamas,
apareciendo a lo lejos del camino polvoriento,
avanza tímidamente;
apretándose una a otra, en blando apeñuscamiento.

Las patas altas y finas
adelantan con recelo y estiran gallardamente
los largos cuellos lanudos para mirar a la gente.

Son coquetas y curiosas
como si fueran mujeres, y con aires expresivos,
van luciendo sus zarcillos,
que son borlitas de lana hechas en colores vivos.

El indio que las arrea,
caminando paso a paso, tras de las llamas cargueras
se vino desde las cumbres
del altiplano chileno, por las blancas salitreras.

Allí cortando los panes
de la sal petrificada, puso una carga liviana
en cada lomo acolchado por los vellones de lana.

Al verlas pausadamente
cruzando bajo los soles, la planicie a cielo abierto,
recuerdan las caravanas
de sus gibosos hermanos, los camellos del desierto.

Y pasan, dejando impresas
sobre la tierra deshecha del camino polvoriento,
las huellas de su pie hendido,
que, menudas y livianas, pronto las deshace el viento.



EMMA SOLÁ DE SOLÁ

DIBUJO DE BESARES

¡TRAIDORA!

por

CARL BUSSE



Era una noche de fin de enero. Un furioso viento del Este sacudía las ventanas; cuando pasaban afuera carruajes retardados oíase gritar la nieve bajo las ruedas. El viejo coronel Brettschneider, desde largo tiempo en retiro, saboreaba un «grog» pensativamente.

—Conozco yo este viento—dijo—. Le llamábamos antiguamente, el viento de Polonia. Era el 63; nos hallábamos en la frontera. Después he hecho tres campañas, visto muchas cosas y atravesado no pocas aventuras, pero aunque viviera todavía treinta y siete años, no olvidaría el año aquél.

Bebe, sacude su pipa, echa algunas bocanadas de humo, y continúa:

—Saben ustedes, señores, que en los últimos meses de 1860 el movimiento revolucionario volvió a encenderse fuertemente en Polonia; por otra parte no se apagó jamás completamente. En todo momento estallaban encuentros en Varsovia. Declaróse el estado de sitio sin gran resultado. Luego, el 62, el gran duque Constantino Nicolaiewitch, hermano del zar, fué nombrado gobernador del reino. Los polacos respondieron entonces con una tentativa de asesinato. En fin, en enero del 63, revolución abierta; un gobierno nacional se establece; el águila blanca de Polonia quiere romper sus cadenas.

Berlín, inquieto, seguía los rápidos progresos del movimiento. Y mientras Austria permanecía inactiva y la misma Rusia cometía pecados de omisión, los cuales había de expiar más tarde, el general comandante del quinto cuerpo de ejército—en esa época el conde Waldersel—daba la orden de ocupar las localidades de la frontera y de reforzar las guarniciones.

Joven oficial de dragones yo entonces, acogí con júbilo la ocasión de escapar a la eterna monotonía de la guarnición. Debíamos ocupar la segunda sección de la Warthe en los límites del círculo de Adelna. El estado mayor encontrábase en Pleschen o Kruchary, y algunos destacamentos avanzados habían sido enviados a las aldeas fronterizas y a los albergues del bosque. Era en enero, y el establecimiento del cordón de barrera no estaba terminado todavía.

El contrabando ordinario, floreciente en tiempo de paz, había cesado completamente casi, a consecuencia del levantamiento. Los polacos necesitaban armas, fusiles, plomo; los contrabandistas arreglábanse para ello. Agentes compraban en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, carabinas, las cuales, bajo falsas declaraciones, atravesaban Alemania hasta la frontera. Allí, a su alcance, no faltaba nunca algún comerciante judío que escondiera esas armas hasta el momento favorable de hacerlas pasar a la Polonia rusa. Nosotros teníamos por misión interceptar esos convoyes.

Recibí la orden de ocupar con doce hombres un mesón cerca de la Prosna. Un subteniente con otros doce dragones debía permanecer a un cuarto de hora de ésta, en una aldea miserable. Fué para mí un indecible contento tomar el comando de mi tropa. Al cabo de tres días había agotado mi reserva de juramentos.; al cabo de una semana no tenía sino un deseo, pero furioso: regresar al cuartel.

Aquel que no ha estado en servicio de frontera no podría comprenderme. Todo el día, y casi toda la noche lo pasábamos a caballo para operar reconocimientos. Se había oído decir en Pleschen o Kuchary que mil carabinas Enfield iban a franquear la frontera cerca de nuestro alojamiento. Mis jefes me lo avisan; debo interceptar el convoy. Por mi lado recibo casi diariamente cartas anónimas, una de ellas así concebida: «Esta noche, a las once, o mañana a media noche, pasarán varios coches llenos de armas por tal sitio, conducidos por el famoso contrabandista Juan Czarny, Juan el Negro». Pero las indicaciones se contradicen. El subteniente ha recibido también informes completamente distintos a los míos, en su aldea.

A las once, pues, nos dirigimos al sitio indicado. Un frío terrible nos hiela en nuestro puesto... y nada aparece. A las dos nos vamos al otro lado; ¡nada tampoco! Abrumados, muertos de cansancio, azotados por el viento de Polonia, regresamos al albergue, donde el posadero, al servirnos un vaso de «schnaps», pudo apenas reprimir un juramento.

Por el diablo, les aseguro a ustedes, señores, que nuestras tareas en campaña resultaban juegos de niños al lado de esto. En fin, nos caíamos de cansancio, nos devoraba el enervamiento, y demás está decir que justamente en el momento mismo el convoy atravesaba la frontera por cualquier otro lado. Al día siguiente nos llegó una reprimenda desde Pleschen. Era como para volverse loco. Poco a poco la exasperación llegó a ser tal, que, en mí mismo, cumplimentaba a los primeros contrabandistas que cayeran en nuestras manos, y cada vez que regresábamos burlados, mis hombres rechinaban los dientes, sus dedos se crispaban sobre las riendas.

Las cosas estaban así, cuando aconteció lo que voy a contarles. Un día del mismo enero, parecido al de hoy, volvía yo de una patrulla a caballo con cinco o seis hombres. Comenzaba a obscurecer. Nuestros caballos se endurecían y humeaban en el aire helado. Durante algún tiempo el bosque nos había protegido, pero salimos de él y, en la planicie, soplaba el viento de Polonia como si quisiera rebelarse él también. A la izquierda, el camino conducía a una aldea deshabitada aún, y en el cruce de las dos rutas levantábase la estatua de algún santo, tal cual se encuentran por centenares en esa comarca. Prepará-



Todo el día, y casi toda la noche, lo pasamos a caballo.

bamosnos a galopar cuando oí llamar, gritar. Feroz y estridente, aquel grito dominaba los aullidos del viento. Alguien, como asediado, acudía hacia nosotros, gritando sin cesar. Hicimos alto. Pronto reconocimos a una mujer que gesticulaba ahí, delante de nosotros.

Está sin aliento, no puede hablar, y su seno palpita. El pañuelo que lleva en la cabeza — un pañuelo de un rojo vivo como gustan a las paisanas polonesas — ha resbalado hasta su nuca. Los cabellos mézclanse en desorden y una mecha cuelga sobre la oreja. Su cara está carmesí por el viento, el frío, la carrera, y sus manos azuladas.

Espero a que se calme, pues no profiere sino sonidos sofocados. Tiene diez y ocho, diez y nueve años tal vez. No he visto muy a menudo, señores, aseguro a ustedes, los atractivos de las polacas; el término medio es más feo que el término medio alemán. Pero ¡palabra de honor!: cuando una polaca resulta bella, es aquello lo incomparable. Esa muchacha lo era: un rostro de romana, rasgos atrevidamente dibujados, la nariz sobre todo; ardientes ojos negros, y una boca, ¡caramba!, de labios plenos, rojos, entreabiertos. ¡Y las cejas! Un trazo neto de carbón sobre los ojos.

Me impaciento.

— ¿Qué hay? ¿Cómo te llamas?

Me mira ella de arriba abajo.

— ¿Es usted el *Pan*?

Pan es el señor, en polaco.

— ¡Soy yo! ¿Qué quieres?

— Haciendo con un gesto una indicación con la mano, dice:

— Haga usted apartar a sus hombres.

¡Como una princesa, ni más ni menos, señores! No puedo reprimir la risa. Mis dragones, a quienes hago una señal, vanse un poco más lejos.

— ¿Cómo te llamas? — vuelvo a preguntar.

— Pellascha Nowicka.

— ¿Y quieres?

Mírame largo rato con ojos inquietantes.

— *Pan* oficial; ¿conoce usted a Juan Czarny?

— ¿Juan el Negro?

— Sí, el mismo.

Y de pronto, muy bajo, estremeciéndose y encajando la cabeza en los hombros como una bestiecilla feroz:

— Esta noche conducirá él cuatro carros de carabinas al otro lado de la frontera.

Apenas ha hablado, su cuerpo todo tirita. Permanezco yo un momento en suspenso. Después la considero con ojo desconfiado. ¡Habíamos sido chasqueados tantas veces!

— Si sabes algo, tu deber es decírnoslo. En tiempos como estos todos los ciudadanos deben ayudar a las autoridades.

— ¿Ayudarlas?

Y estalla en una risa ruidosa, llena de desprecio.

— Yo no lo quiero a usted, *Pan* oficial, ni a su uniforme tampoco. Pero voy a decirle cuál es el camino que tomará esta noche Juan Czarny.

Cada vez que pronuncia el nombre de Juan Czarny, tiembla su voz.

— ¿Y si me extraviaras, Pellascha Nowicka? Has sido tal vez enviada para traernos una falsa pista. Tales mañas son bien conocidas. Pues si no quieres a los prusianos...

— *¡Boze cos Polske!* (¡Dios bendiga a Polonia!) — exclamó, interrumpiéndome e irguiéndose fieramente.

— Entonces, es que hay alguien por quien sientes más odio aún que por nosotros. Ese alguien es Juan Czarny. ¿Lo odias tú?

Un nuevo temblor la sacude. Huraña, toma la mecha de cabellos colgante sobre la oreja y la muerde con un gemido. Luego dice:

— ¡Sí... sí... sí! ¡Le odio, le odio, le odio! — grita.

Mi gente se da vuelta, sorprendida; ese grito salvaje ha repercutido hasta ellos. Ahora sé que Pellascha Nowicka no miente.

— ¿Qué te ha hecho él?

Sombría, arroja la mecha hacia atrás, una arruga márcase sobre sus cejas.

— Eso no le importa a usted.

Encójome de hombros, y, tirando las riendas de mi caballo le ordeno:

— Es preciso que nos sigas. Te dejaré partir cuando tengamos las armas. ¿Puedes correr todavía?

— ¿Adónde? ¿A la posada de la frontera? No quiero.

— Será necesario, de todos modos. Es nuestro acantonamiento, y no te suelto.

Lanzó una carcajada.

— Si el posadero me ve, lo adivinará todo. ¿Podrá entonces usted acechar mucho tiempo a Juan Czarny?

Tiene razón. Reflexiono sobre la conducta a seguir.

— Si no quieres venir al albergue, no querrás, tampoco, sin duda, estar con nosotros esta noche, Pellascha.

Está bien: no se ocupa ella de mí, no me ocupo yo de ella.

— *Pan* oficial, quiero ver con mis ojos cómo, esta noche...— No termina; aprieta los puños. ¡Les aseguro, una verdadera fierecilla! Discutimos todavía algunos instantes. Decidí, por último, conducirla a pesar de todo a la posada. No podía quedar afuera con un frío semejante. Faltaban seis horas todavía hasta la media noche. En cuanto al posadero sabría yo domarlo.

Una vez delante del albergue hice venir a todos los habitantes de la casa — es decir al posadero y su familia, además un peón casi sordo y una sirvienta grasienta — les intimé la orden de permanecer todos ellos en la gran sala y coloqué guardias en todas las salidas; imposible enviar ahora mensaje alguno a Juan Czarny.

El posadero lanzaba sobre Pellescha miradas de cólera. Las sorprendí y me dije: «Esto va bien». Había llegado en efecto, durante mi ausencia, una carta anónima, según la cual un convoy de armas debía atravesar la frontera a media noche, cerca de Hwilicz. ¡Justo al lado opuesto al paraje designado por Pellascha!

Di la orden a mis hombres, delante del posadero, de estar prontos a las once: partida para Hwilicz.



Los ojos del posadero lanzaron una llamarada; y esta vez tuve la más completa seguridad.

Mi gente había adivinado desde hacía rato que tendríamos trabajo aquella noche. Leyeron en mi actitud la certeza de que esta vez no volveríamos con las manos vacías. Después de su exasperación, esto les producía una loca alegría. Una vez en mi pequeña habitación, contigua a la sala, me senté cómodamente a redactar una instrucción para el subteniente acantonado en la aldea vecina, ordenándole que se replegase discretamente con ocho o diez hombres, para ocupar hacia las once cierto punto en la frontera. Yo necesitaba dejar dos dragones para vigilar al fondero, y no pudiendo precisar Pellascha la importancia de la escolta que acompañaba el convoy, juzgué bueno disponer de refuerzos.

No me había ocupado más de la muchacha. Habíase ella sentado en la sala del mesón, apartada de los soldados, permaneciendo allí silenciosa. De pronto mi puerta abrióse, y Pellascha Nowicka entró como en su casa. Sin una palabra, sin una mirada, se acurrucó cerca de la estufa; luego, sacándose el pañuelo de la cabeza, púsose a rehacer sus trenzas levantando también la mecha colgante.

Está bien: no se ocupaba ella de mí, no me ocupo yo de ella. Largo silencio. Concluída la «toilette» colocó las manos sobre sus rodillas y permaneció acurrucada.

Y he aquí que se pone a hablar de repente deteniéndose a veces, continuando luego:

— Juan Czarny no se deja tomar. Juan Czarny es un héroe como no tiene otro igual la Polonia. Hábil, bravo, fuerte como ninguno.

Su voz manteníase monótona, como se canturrea, en el crepúsculo, un viejo canto heroico.



— Haga usted apartar a sus hombres.

— ¡No puede él sucumbir sino a traición! ¡Oh, Juan Czarny ¿por qué tienes un corazón infiel? La hija del herrero, allá, no es más linda que yo; ¡y fué a mí a quien diste tu corazón, con tantos juramentos! Pero eres pérfido como una víbora y miente tu corazón como tu boca. Me has traicionado mil veces. Y bien, te traiciono yo también, Juan Czarny, y te arrancaré ese pérfido corazón cuando hayas perecido bajo los sables de los prusianos.

Su voz no era más que un murmullo; sin duda hablaba consigo misma. Después pareció pensar en aquella otra muchacha amada por Juan Czarny. Sus ojos se ensancharon, volviéronse crueles, y, en el dolor huraño y fiero de su amor traicionado, lanzó un grito. Los dragones que cantaban, próximo, aires de marcha, se interrumpieron. Yo me adelanté hacia ella.

— ¿Así que tú, eres novia de él, Pellascha Nowicka? ¡Y te ha dejado por la hija del herrero! ¿Lo has visto besarla?

Cesó de llorar bruscamente y de gritar. Pareció dudar un instante, preguntándose quizá, si debía confesármelo todo. Pero en ese momento mi sable, mal colocado contra la mesa, cayó. Levantó ella su mirada irritada.

— Le he dicho a usted, *Pan* oficial, que eso no se le importa.

Y en adelante enmudeció.

El tiempo pasó. A las once di la orden de ensillar los caballos y partimos. Latíame el corazón como antes de la primera batalla o antes de la primera declaración de amor.

Pellacsha había atado sólidamente alrededor de su cabeza el pañuelo rojo. Caminaba delante de nosotros, con un andar apresurado que la impaciencia aceleraba más. Al principio remontamos un poco la ancha ruta. Luego entramos en el bosque.

Galopamos unos detrás de otros sin hablar ni aun en voz baja. Apenas si se oían sonar los sables y las espuelas.

Después de un larguísimo galope, llegamos a un camino estrecho que atravesaba la selva.

— Por aquí pasarán los carros.

—Ni una palabra más.

En el confín del bosque hallamos ante nosotros la llanura. Juan Czarny había sido astuto: saliendo del bosque, a algunos centenares de metros solamente, al descubierto, está la frontera, ¡y el convoy quedaba en salvo!

El subteniente encontrábase allí. Vino a recibir mis órdenes. Era necesario cortar el camino por ambos lados al convoy; delante hacia la frontera, detrás por el costado del bosque. Formamos con ese objeto dos destacamentos. El uno, bajo mis órdenes, apostóse a la entrada, a alguna distancia de la ruta; el otro, con el suboficial, ocupó la frontera. Los matorrales nos ocultaban; por otra parte, el cielo estaba perfectamente negro. Ibamos a dejar pasar a Juan Czarny y a sus coches salir tranquilamente del bosque, y cuando se hallaran en el medio del espacio libre, a un silbido mío, caeríamos sobre ellos por los dos costados.

La espera en aquella noche glacial fué penosa. Debíamos, en lo posible, no hacer ruido, y, a pesar de nuestros pesados capotes, todos nosotros tiritábamos , nuestros dedos se entumecían. Pellascha y yo nos hallábamos delante para vigilar el camino. La muchacha no hacía un solo movimiento.

— Yo le mostraré a Juan — murmuró.

Pensé que debería estar helada, su vestido era delgado y no tenía siquiera puesta su pañoleta.

— Debes sentir un frío espantoso — díjele en voz muy baja.

— Tengo un calor terrible — respondió en el mismo tono.

La hora que transcurrió me pareció una eternidad. Al fin un ruido lejano de ruedas sobre la nieve se percibió y pronto hízose más distinto.

— Los carros llegan — dijo ella, y su inmovilidad dejó el lugar a un gran estremecimiento de todo su ser.

Llegaban, en efecto; pude, agachándome, distinguir el primero. Poseíame la fiebre. Yo pensaba: «¡Si fuera a relinchar algún caballo!»

Siempre me quedaría el convoy, ¿pero los hombres? ¡Cómo perseguirlos dentro del bosque!

Lentamente los carros se aproximaban. Al frente, la carabina pronta, un sólido mozo, con la cabeza hermosísima cubierta con la *confederata*, la gorra polonesa de forma cuadrangular, y vestido con una piel de cordero, según la llevan los paisanos. De vez en cuando lanzaba una mirada a su alrededor, pero negligentemente. Parecía seguro de su empresa.



..se diría que quiere abalanzarse.

Cuando pasó por delante de nosotros, me incliné ligeramente hacia Pellascha.

No pronunció ella una palabra, pero sus dedos crispáronse sobre mi brazo. Debí morderme los labios para reprimir un grito: sabía ahora cuál era Juan Czarny.

Por otra parte habíamos exagerado la importancia de la escolta. No había sino un hombre por cada coche, sentado al lado el conductor. Eran nueve, pues, en todo, comprendido Juan.

El convoy no se encontraba todavía a medio camino de la frontera cuando lancé mi silbido. Esperar en semejantes circunstancias, no hay señores, joven oficial alguno capaz de hacerlo. Aun cuando la salvación de mi alma hubiese dependido de ello, no habría podido permanecer más tiempo en la inacción.

Lo que pasó entonces es difícil de decir, tan rápido fué. Nosotros nos lanzamos como un huracán. Más allá los hurras respondieron a los nuestros. Jurando y blasfemando saltan de sus carros, los contrabandistas golpeando con sus látigos a los animales. Pero se dan cuenta de que están rodeados. Se oyen los alaridos de rabia de su jefe.

— ¡A los carros! — manda, dirigiéndose al suyo. — ¡Traición!... Estamos perdidos.

Juramentos furiosos. Todo esto en confusa mescolanza. Una descarga: Juan Czarny ha tirado. ¡Fallado! Apenas puedo retener a mis hombres: lo hubieran reducido a polvo.

Intimo entonces a los contrabandistas que bajen las armas. Ocho de ellos arrojaron sus carabinas. Dos sables caen también al suelo. Sólo Juan el Negro permanece ahí, pronto a la lucha. No puede ya cargar su arma, pero, como un condenado, golpea alrededor suyo con su sable de insurgente.

Un grito estalla. Pellascha Nowicka, quien no ha podido seguirnos, llega brincando como una endiablada:

— Juan Czarny — vocifera con una voz estridente —, ¿por qué tienes un corazón pérfido? ¿Por qué me has traicionado Juan Czarny?¡ Y bien, te traiciono yo también; yo, tú paloma, Pellascha Nowicka.

Juan Czarny al principio se ha estremecido. Luego, una rabia loca apodérase de él. Quiere lanzarse sobre la muchacha. En vano. Mis hombres lo detienen. Golpea furiosamente en el vacío. Y siempre agudos, burladores, feroces, los gritos de Pellascha. La resistencia de Juan el Negro es una locura. Mientras algunos de mis dragones atan a los ocho contrabandistas, que se han rendido, intimo de nuevo a Juan el Negro para que arroje su arma.

— ¡Jamás! — responde.

Quería yo evitar toda efusión de sangre. Ante la exasperación de mis hombres, doy la señal del ataque. Plantados sobre sus monturas, el sable desenvainado, temblaban de rabia.

Todo esto no dura sino un momento. Un instante después uno de mis hombres, de un golpe, le hace saltar el arma de las manos. Otro golpe, y el brazo de Juan el Negro cae también. Se le ligan las manos detrás de la espalda. Ahí permanece, de pie, sombrío, altivo. Un dragón ata la cuerda a su montura. Juan Czarny trotará al lado del caballo. Escoltados por los soldados, los carros pónense en marcha.

Ocupado en dar las órdenes necesarias, había yo perdido de vista durante algunos minutos a Pellascha Nowicka. Mi mirada la busca entre las filas. Corre ella al costado de Juan el Negro, y no cesa de fijar en él unos ojos apagados, desesperados.

Lánzale él puntapiés; ella lo mira y baja humildemente la cabeza. En los ojos del contrabandista flamea tal ardor de odio que estremecería un corazón de hombre. Me aproximo.

— Juan Czarny — murmulla ella — ¡bien amado!

Bruscamente echa él hacia atrás la cabeza.

— Pellascha Nowicka — dijo sin levantar la voz, pero en un tono tremendo — llegará un día en que tendré las manos libres. Ese día morirás.

Y fué eso todo.

— Sí, bien amado — respondió ella.

— Púseme nuevamente a la cabeza del convoy. Me daba vuelta de vez en cuando. Ella corría siempre al lado del contrabandista.

De pronto oigo un juramento. Me vuelvo. Un relámpago, un tiro... Pellascha Nowicka levanta los brazos en el aire, se diría que quiere abalanzarse... Yace en tierra.

Algunos segundos de estupefacción general. Después del tumulto, gritos, todo el mundo se precipita. Tan solo Juan Czarny permanece impasible.

— ¡En el corazón! — exclama con risa salvaje. — Gracias, dragón; ahora átame las manos y aprieta cuanto quieras.

Muchos puños lo derriban. Otros brazos levantan a la joven. Se le arrancan sus delgados vestidos. El viejo sargento me muestra un pequeño agujero redondo.

— En pleno corazón, mi jefe. Nada hay que hacer.

Poco a poco fuí conociendo los detalles. Juan el Negro había rogado al dragón que le ligara las manos un poco más arriba. Las cuerdas, decía, le serruchaban las carnes. Bonachón, el soldado había accedido con la cabeza, puesto pie en tierra y aflojado los nudos. En el mismo instante el contrabandista, libertando su mano derecha con la rapidez del relámpago, había registrado en su piel de cordero, y antes de que pudiera impedírselo, había hecho fuego sobre la joven. ¿Qué hacer? Colocamos el cadáver en uno de los carros y partimos. Pero mi alegría había concluído, no obstante el éxito de nuestra expedición.

Traducido expresamente para "Caras y Caretas"

DIBUJOS DE FARPAGNOLI



INFELIZ, GRITÉ RETORCIÉNDOME LAS MANOS. ¡ERA ÉL!

A. Von Chamisso

Historia Maravillosa de Pedro Schlehmil

(CONTINUACIÓN)

En esto entró el Inspector de Montes y yo le expliqué que mi intención era pedirle la mano de su hija el día primero del mes siguiente, y que fijaba esa época porque era probable que aconteciesen entre tanto muchas cosas que podrían influir en mi destino; pero que mi amor a su hija era inalterable.

El buen hombre se quedó más que regularmente pasmado al escuchar tales palabras de boca del conde Pedro, y se me echó al cuello. Pero en seguida se avergonzó de haber olvidado las conveniencias. Entonces se le ocurrió presentarme sus dudas, sus consideraciones y averiguaciones. Habló de la dote, de la seguridad y el porvenir de su querida hija. Yo le di las gracias por habérmelo hecho presente, y diciéndole que mi deseo era establecerme en aquel sitio, donde, al parecer, se me quería, para llevar en él una vida libre de cuidados, le pedí que comprase, a nombre de su hija, las fincas más hermosas que estuviesen a la venta en los contornos, y yo correría con el pago; que éste era el mayor favor que un padre podía hacer a un enamorado. La comisión le dió bastante trabajo, pues por todas partes se le había adelantado un extranjero. Pero compró por cerca de un millón.

Aquel encargo era, en el fondo, un ardid inocente para alejarle un tanto. Ya había usado con él tretas parecidas, porque he de confesar que se hacía un poco pesado. La madre era, en cambio, algo sorda y no estaba, como él, afanosa del honor de conversar con el señor conde.

Se presentó la madre. Embargados de felicidad, me instaron para que me quedase a pasar la velada con ellos. Pero yo no podía perder un minuto. Veía ya brillar en el horizonte la Luna ascendente. Mi tiempo se había acabado.

A la noche siguiente volví al jardín del Inspector. Me había echado la capa sobre

los hombros y calado el sombrero hasta los ojos. Avanzaba hacia Mina, cuando ella, levantando los ojos al divisarme, hizo un movimiento involuntario. En el acto se me representó claramente en el alma aquella noche lúgubre en que me había mostrado sin sombra a la luz de la Luna. Ella era realmente. ¿Me había reconocido también ahora? Estaba callada y pensativa mientras un peso enorme me oprimía el pecho. Me levanté del asiento y ella se arrojó en mis brazos llorando silenciosamente. Yo me fuí.

Desde entonces la encontraba a menudo llorando, con lo que el alma se me tornaba más y más negra. Sólo los padres bogaban en una inmensa felicidad. Y el día fatal se acercaba, amedrentado y sombrío como una nube de tormenta. Llegó la víspera; apenas si podía respirar. Previsoramente había llenado de oro unos cuantos cajones, esperando la hora de las doce, que sonó al cabo.

Entonces me senté, puestos los ojos sobre las agujas del reloj, contando los minutos, los segundos, cada uno de los cuales era como un puñal que se me clavaba en el pecho. Pasé el día levantándome al menor ruido. Las horas se sucedían unas a otras pesadas como plomo. Pasó el mediodía, la tarde; llegó la noche. Las agujas corrían y mi esperanza se agotaba. Dieron las once y no apareció nadie. Transcurrieron los últimos minutos de la última hora y no apareció nadie. Sonó el primer toque, sonó el último toque de las doce y desfallecí sobre mi sillón, sin esperanzas ya y vertiendo infinitas lágrimas. Al otro día debía, siempre sin sombra, pedir la mano de mi novia. Al amanecer me cerró los ojos un sueño preñado de pesadillas.

V

Era todavía temprano cuando me despertaron unas voces en mi antecámara que parecían discutir vivamente. Atendí. Bendel defendía mi puerta; Raskal juraba y perjuraba que no toleraría órdenes de sus iguales, e insistía en penetrar en mi habitación. El buen Bendel le mostraba cómo tales palabras, caso de que llegasen a mis oídos, le harían perder un puesto harto ventajoso. Raskal amenazaba ponerle la mano encima a poco que se empeñase en seguir impidiéndole la entrada.

Yo me había vestido a medias, y, abriendo la puerta, increpé colérico a Raskal:

—¿Qué es lo que quieres, pillo?

Retrocedió dos pasos y respondió con sangre fría:

—Pediros sumisamente, señor conde, que me dejéis ver un momento vuestra sombra. En este instante hace un sol hermoso en el patio.

Yo me quedé como herido por un rayo. Pasó un buen rato antes de que recuperase la palabra.

—¿Cómo puede un criado a su señor...?

El me interrumpió, con toda tranquilidad:

—Un criado puede ser un hombre muy honorable y no querer servir a uno que no tiene sombra; así, que tenedme por despedido.

Hube de tocar otra cuerda.

—Pero Raskal, querido Raskal, ¿quién te ha arrastrado a una idea tan desdichada? ¿Cómo puedes tú pensar...?

El prosiguió, en el mismo tono:

—Hay gentes que sostienen que no tenéis sombra; así es que menos palabras; mostradme vuestra sombra o tenedme por despedido.

Bendel, pálido y tembloroso, pero más dueño de sí que yo, me hizo una seña de recurrir al oro, que todo lo aplaca; pero también éste había perdido su valor. Raskal me lo arrojó a los pies:

—De quién no tiene sombra, no acepto nada.

Y, volviéndome la espalda, salió lentamente de la habitación, puesto el sombrero y silbando una cancioncilla.

Bendel y yo permanecimos como petrificados siguiéndole con la vista, aturdidos e inmóviles.

Alentando con dificultad y con la muerte en el corazón, me dispuse, por fin, a devolver mi palabra y aparecer en el jardín del Inspector como un malhechor ante sus jueces. Bajé al obscuro túnel de follaje, que ya se designaba con mi nombre y que era donde solían esperarme. La madre vino a mi encuentro despreocupada y alegre. Mina estaba sentada, hermosa y pálida como la primera nieve que en otoño besa las últimas flores y al momento se derrite en agua amarga. El Inspector, con una hoja escrita en la mano, se paseaba nervioso de arriba abajo, y parecía reprimir dentro de sí, poniéndose tan pronto encendido como pálido, cuanto se pintaba sobre su rostro, generalmente impasible. Cuando yo entré, se me acercó y me pidió, con voz entrecortada, una conversación a solas. El sendero por el cual me invitó a seguirle conducía a una parte del jardín apartada prudencialmente. Yo me dejé caer mudo sobre un asiento; sucedió un largo silencio, que la misma madre no se atrevía a interrumpir.

El Inspector proseguía yendo y viniendo a pasos desiguales bajo la bóveda frondosa, hasta que se plantó como un poste delante de mí, y, después de mirar el papel que llevaba, me preguntó con ojos inquisitivos:

—¿No habéis, señor conde, conocido realmente nunca a un tal Pedro Schlehmil?

Yo callaba.

—¿Un hombre de carácter excelente y de singulares prendas?

El esperaba una respuesta.

—¿Y si fuese yo mismo ese hombre?

—¿A quién — añadió vivamente — se le ha extraviado su sombra?

—¡Ya lo sospechaba yo, ya lo sospechaba yo! —exclamó Mina. — ¡Sí, yo lo sabía hace tiempo que no tiene sombra!

Y se arrojó en los brazos de su madre, que, espantada, la abrazó convulsivamente, haciéndole reproches por haber guardado, para su desdicha, un secreto semejante. Pero ella se había convertido, como Aretusa, en una fuente de lágrimas, que, al sonido de mi voz, manaba más abundante, y que, mi proximidad, hacía borbotear turbulenta.

—¿Y no habéis tenido — prosiguió furibundo el Inspector —, y no habéis tenido el menor escrúpulo en engañarnos con un atrevimiento inaudito? ¿Pretendéis amar a la que habéis maltratado de ese modo? ¡Miradla cómo llora y lucha consigo misma! ¡Qué horror! ¡Qué horror!

Yo había perdido el sentido en tales términos, que empecé a desatinar.

—Al fin y al cabo — dije, — no se trataba más que de una sombra, nada más que de una sombra; sin sombra también acaba uno por arreglárselas; así es que no merecía la pena armar por ello tanto ruido.

Pero yo sentía tan bien lo infundado de mis palabras, que cesé de hablar, sin que aquél me juzgare digno de una respuesta. Yo añadí solamente que lo que se había perdido una vez podría encontrarse otra.

El, me interpeló colérico:

—¿Querríais confesarme, caballero, querríais confesarme cómo os habéis quedado sin sombra?

Me fué preciso mentir por segunda vez.

os ha delatado y que pide la mano de vuestra novia, me lo llevo yo; el pillo está maduro.

Yo estaba aún como en sueño. "¿Anunciado para el día de hoy?" Repasé una vez más el tiempo; tenía él razón, me había equivocado en un día. Con la mano busqué la bolsa en mi pecho. El comprendió mi intención y retrocedió dos pasos:

—No, señor conde; está en muy buenas manos; conservadla.

Yo le miré con los ojos fijos, interrogándole asombrado. El prosiguió:

—Solicito de usted meramente una pequeñez en recuerdo. Vais a ser tan amable que me firméis este escrito.

Sobre el pergamino estaban las palabras: "Por la fuerza de mi firma, doy al poseedor de este escrito mi alma, después de su separación natural de mi cuerpo."

Mudo de asombro, miraba alternativamente al escrito y al desconocido gris. El, entre tanto, había cogido con una pluma recién cortada una gota de sangre que me brotaba de un rasguño que me acababa de hacer en la mano, y me la ofrecía.

—Pero, ¿quién sois? — le pregunté, al fin.

—¿Qué más da? — fué su respuesta. — ¿No me veis? Un pobre diablo, una especie de erudito y físico a la vez, que apenas si cosecha de sus amigos unas malas gracias por los servicios excelentes que les presta, y que no tiene más diversión sobre la tierra que hacer algunos experimentos. Pero servíos firmar. Justo, aquí debajo: Pedro Schlehmil.



POR TODAS PARTES IBA DELANTE DE MÍ O JUNTO A MÍ.

—Habiéndome un día pisado en mi sombra un tipo grosero, tan zafiamente que me hizo en ella un gran agujero, no tuve más remedio que darla a componer (pues el oro todo lo puede), y ya ayer debí haberla recibido.

—Está bien, caballero, muy bien — repuso el Inspector. — Pues si vos me pedís mi hija, también me la pide otro. Yo he de velar como padre por ella, y os doy tres días de plazo, durante los cuales podéis buscaros una sombra. Si dentro de tres días os presentáis ante mí con una sombra que os venga bien, seréis bienvenido; pero si no, os aseguro que al cuarto día mi hija es la mujer de otro.

Yo intenté dirigir a Mina siquiera una palabra; pero ella, sollozando fuertemente, se abrazó con más fuerza a su madre, y ésta me hizo en silencio señal de que me alejase. Así lo hice, tambaleándome y pareciéndome como si el mundo se hubiese cerrado detrás de mí.

Substrayéndome a la cuidadosa vigilancia de Bendel, erré en loca carrera por bosques y campos. Por mi frente corría un sudor frío, un sordo gemir escapábase de mi pecho, y todo yo me revolvía como un loco.

Ignoro cuánto tiempo podía llevar así, cuando en un soleado brezal me sentí detenido por la manga. Me paré en seco y miré en torno mío. Era el hombre de la levita gris, que parecía haber corrido detrás de mí hasta quedar sin aliento. En cuanto pudo, tomó la palabra.

—Yo me había anunciado para el día de hoy. No habéis querido esperar. Pero aun es tiempo. Pensadlo. Me cambiáis otra vez vuestra sombra, la cual os ofrezco, y retornáis en seguida. Volveréis a ser bien recibido en el jardín del Inspector y todo habrá sido sólo una broma. A Raskal, que

Yo sacudí la cabeza y dije:

—Perdonadme, señor mío; yo no firmo eso.

—¿No? — respondió admirado. — ¿Por qué no?

—Me parece arriesgado, hasta cierto punto, cambiar mi alma por mi sombra.

—¡Bah, bah! — repuso él. — ¡Arriesgado!

Y prorrumpió en una sonora carcajada.

—¿Qué cosa es vuestra alma, si me permitís preguntarlo? ¿La habéis visto? ¿Y qué pensáis hacer con ella una vez que estéis muerto? Daos por satisfecho de encontrar un aficionado que en vida y todo os quiere pagar la herencia de esa X, de esa fuerza galvánica o actividad polarizadora o lo que sea esa cosa loca, con algo real, es decir, con vuestra sombra viva, mediante la cual podréis conseguir la mano de vuestra amada y el logro de todos vuestros deseos. ¿O es que preferís entregar a la pobre niña al bribón infame de Raskal? No; esto tenéis que verlo con vuestros propios ojos. Venid, os presto este gorro invisible (y sacó algo del bolsillo) y vamos a dar, invisiblemente, una vuelta por el jardín del Inspector.

He de confesar que estaba completamente avergonzado de que aquel hombre se riera de mí. Lo odiaba desde lo más hondo de mi corazón, y creo que era esta repulsión personal, más que los principios o prejuicios, lo que me impedía recobrar mi sombra, por necesaria que me fuese, mediante la firma exigida. Asimismo me era insoportable el pensamiento de hacer con él el paseíto que me proponía. Ver a un malvado tan odioso, a un trasgo tan sardónico interponerse burlón entre mi amada y yo, dos corazones cruentamente desgarrados, sublevaba mis sentimientos más íntimos. Acepté lo sucedido como irremediable y mi des-

dicha como fatal. Volviéndome hacia aquel hombre, le dije:

—Caballero, os he vendido mi sombra por esta bolsa, inestimable de suyo, y harto arrepentido estoy de ello. Deshagamos el trato, en nombre de Dios.

El sacudió la cabeza y puso una cara temblorosísima. Yo continué:

—No volveré a venderos nada de mi pertenencia aunque sea al precio que me ofrecéis, al de mi sombra, y no firmaré nada. Por lo demás, es fácil deducir que el disfraz con que me convidáis tiene que resultar desigualmente divertido para vos que para mí. Así que servíos disculparme, y como lo que pasa una vez no pasa dos, separémonos.

—Siento, señor Schlehmil, que rechacéis con tal obstinación el negocio que os propongo amistosamente. Quizá otra vez sea más afortunado. ¡Hasta más ver! Pero, a propósito, permitidme aún mostraros cómo no dejo enmohecer de ningún modo las cosas que compro, antes les hago honor y las conservo perfectamente.

Y sacando al momento mi sombra de su bolsillo y desplegándola sobre el brezal con un diestro ademán, la extendió por el lado del sol a sus pies de modo que marchaba entre dos sombras, que le obedecían, la suya y la mía, pues la mía tenía que obedecerle igualmente y disponerse y acomodarse según todos sus movimientos.

Cuando, después de tanto tiempo, volví a ver otra vez mi pobre sombra, para encontrarla rebajada a servidumbre tan vil, justamente cuando por su causa me encontraba en un apuro tan sin nombre, se me rompió el corazón y me eché a llorar amargamente. El odioso se pavoneaba con la presa que me había arrancado y renovó descaradamente su oferta:

—Todavía está a vuestra disposición. Una plumada, y por ella el honorable brazo del conde Pedro salva a la pobre Mina infeliz de las garras del malvado. Una plumada, como he dicho.

Mis lágrimas corrieron con fuerza renovada; pero yo me desvié y le hice seña de que se alejase.

Bendel, que lleno de inquietud había seguido mis huellas hasta allí, apareció en ese momento. Cuando aquel hombre de alma tan fiel y piadosa me encontró llorando y vió mi sombra, que no pudo desconocer, en poder del extravagante desconocido gris, decidió inmediatamente, aunque fuese por la fuerza, reintegrarme en la posesión de mi propiedad, y comprendiendo que él no manejaría bien una cosa tan delicada, detuvo en seguida al hombre con una palabra, y sin perder el tiempo en más cuestiones, le ordenó que me devolviese al punto lo mío. Aquél, por toda respuesta, volvió la espalda al inocente mozo y echó a andar. Pero Bendel levantó el garrote que llevaba y, pisándole los talones, le reiteró el mandato de entregar la sombra, haciéndole sentir sin miramientos la fuerza de su nervudo brazo. El otro, como si estuviera acostumbrado a tales tratos, agachó la cabeza, encorvó los hombros y, sin decir palabra, prosiguió con paso tranquilo su camino por el brezal, llevándoseme a la vez mi sombra y mi fiel servidor. Durante un largo rato escuché un ruido sordo a través del erial, hasta que, finalmente, se perdió en la lejanía. Volví a quedar como antes, solo con mi desgracia.

VI

Al quedarme solo en el brezal desierto, di libre curso a infinitas lágrimas, aliviando mi pobre corazón de un peso tan sin nombre. Pero lo cierto era que no veía ningún límite ninguna salida, ningún término a mi inmensa desdicha: sobre todo, absorbí con una sed rabiosa el nuevo veneno que el desconocido había vertido en mis heridas. Cuando al representarme la imagen de Mina y aparecérseme la amada y dulce faz, pálida y llena de lágrimas (tal como la había visto últimamente al tiempo de mi afrenta), se interpuso en seguida el fantasma de Raskal, insolente y sarcástico, entre ella y yo, me tapé la cara y huí a través del yermo. Pero la horrible aparición no me dejaba libre, sino que me perseguía en la carrera, hasta que caí sin aliento en el suelo y regué la tierra con la fuente de mis lágrimas.

¡Y todo por una sombra! ¡Y esta sombra me la hubiese devuelto una plumada! Considerando la espeluznante oferta y mi negativa, todo yo era un caos, en donde ya no había comprensión ni discernimiento.

Al caer el día, aplaqué mi hambre con frutas silvestres y mi sed en el arroyuelo más inmediato, y cuando se hizo de noche me acosté bajo un árbol. La humedad de la madrugada me despertó de un sueño agitado, en el que me oía a mí mismo con los estertores de la muerte. Bendel debía de haber perdido mis huellas; este pensamiento me alegraba. Yo no quería volver entre los hombres, ante los cuales huía espantado como tímido rebeco de la montaña. Así viví tres días terribles.

Encontrándome a la mañana del cuarto día en un llano arenoso, iluminado por el Sol, me senté a sus rayos sobre unas piedras, dándome el gusto de gozar ahora de la vista de aquello de que había estado privado tanto tiempo. Mi corazón se alimentaba con su propia desesperación. De pronto me hizo estremecer un ligero ruido. Presto a la fuga, eché la vista en torno mío, pero no vi a nadie; solamente resbaló por delante de mí, sobre la arena soleada, una sombra humana semejante del todo a la mía, la cual, al parecer, se le había extraviado a su dueño, puesto que se paseaba sola.

Entonces se suscitó en mí un deseo irreprimible. "Sombra — pensé —, ¿buscas a tu dueño? Yo lo seré." Y salté sobre ella para hacerla mía, figurándome que si conseguía seguirla de tal modo que coincidiésemos siempre por los pies, se quedaría pegada a ellos y se acostumbraría a mí con el tiempo.

A mi movimiento, la sombra emprendió la fuga, y tuve que comenzar una caza encarnizada en pos de la ligera fugitiva, caza para la que sólo el pensamiento de salvarme de la situación pavorosa en que estaba, me pertrechaba de fuerzas suficientes. Huía aquella hacia un bosque, todavía alejado sin duda, pero en donde no podría menos que perderla irremisiblemente. Lo pensé y el pánico me encogió el corazón; pero también reavivó mis fuerzas y prestó alas a mis piernas. Visiblemente ganaba a la sombra, me aproximaba a ella más y más, iba a alcanzarla por fin, cuando ella, parándose de súbito, retrocedió hacia mí. Igual que el león sobre su presa, así me lancé de un salto poderoso para tomarla en posesión... y tropecé tan inesperada como duramente con una resistencia corpórea. Y sin yo ver a nadie, recibí los golpazos más insólitos que un hombre haya podido sentir.

El efecto del susto en mí fué hacerme cerrar convulsivamente los brazos y estrechar con todas mis fuerzas lo que estaba invisible delante de mí. Con la rápida maniobra caí hacia adelante en el suelo tan largo como soy; pero de espaldas, de-
bre. Pero lo cierto era que no veía ningún límite,

abrazado, y el cual sólo entonces se hizo visible.

Y sólo entonces también se me hizo todo el suceso explicable con perfecta naturalidad. Aquel hombre andaba, sin duda, con el nido del pájaro que hace invisible al que lo lleva, pero no a su sombra, y debía de haberlo soltado ahora. Acechó con la vista alrededor, y descubriendo muy pronto la sombra del propio nido invisible me levanté de un salto y no fallé la presa. Con el nido en las manos, permanecí invisible y sin sombra.

El otro se incorporó rápidamente, buscando con la vista a su afortunado vencedor sin descubrirle en todo el ancho llano soleado, así como tampoco a su sombra, por la cual era de esperar se inquietase especialmente. Pues él no había tenido tiempo de notar antes que yo no tenía sombra y no podía presumirlo ahora. Cuando se convenció de que toda huella había desaparecido, se golpeó y mesó los cabellos con la mayor desesperación. Pero a mí, el tesoro alcanzado, me daba la posibilidad y el afán a la vez de mezclarme de nuevo a los hombres. No me faltaron excusas para disculpar la avilantez de mi rapiña a mis propios ojos, o, más bien, ni las pretendía, y huyendo de pensar en el suceso, me apresuré a caminar sin cuidarme del infeliz, cuya afligida voz escuché resonando tras de mí largo rato. Así, al menos, me parecieron entonces todas las circunstancias del suceso.

Ardía en deseos de ir al jardín del Inspector y averiguar por mí mismo la verdad de lo que aquel odioso individuo me había comunicado. Pero no sabiendo dónde me encontraba, subí a la colina más próxima para echar un vistazo a los contornos, y vi desde su cima que la pequeña ciudad estaba tan cercana que el jardín del Inspector yacía a mis pies. El corazón me latió con fuerza y unas lágrimas de otra clase que las que hasta entonces había derramado, se me cuajaron en los ojos. Iba a volver a verla. Una añoranza llena de zozobra precipitaba mis pasos por el sendero más recto abajo. Pasé sin ser visto por el lado de unos labriegos que salían de la ciudad. Iban hablando de mí, de Raskal y del Inspector. Yo, no queriendo escuchar nada, me apresuré a pasar.

Al entrar en el jardín, palpitante de expectación, percibí como una risa. Estremeciéndome, eché una rápida ojeada en torno mío: no pude descubrir a nadie. Al proseguir, me pareció oír junto a mí un ruido como de pasos humanos, pero no pude ver nada; pensé que mi oído me había engañado. Era aún temprano. Bajo la enramada del conde Pedro no había nadie; el jardín estaba vacío todavía. Vagué por los caminos tan conocidos y me adelanté hasta cerca de la casa. El mismo ruido me perseguía perceptiblemente. Con el corazón oprimido me senté en un banco que estaba en el espacio que había al sol frente a la puerta de la casa. Y me pareció escuchar que el duende invisible se sentaba junto a mí riendo burlonamente. Giró la llave en la puerta, se abrió ésta y apareció el Inspector con unos papeles en la mano. Sentí como si una niebla se cerniese sobre mi cabeza, miré y... ¡oh espanto! El hombre de la levita gris estaba sentado junto a mí mirándome con una sonrisa satánica. Había extendido su gorro invisible sobre mi cabeza; a sus pies yacían, una al lado de otra, pacíficamente, su sombra y la mía; jugaba negligentemente con el pergamino consabido, el cual tenía entre las manos; y mientras el Inspector, atareado con los papeles, iba y venía bajo la bóveda de follaje, se inclinó familiarmente a mi oído y me susurró estas palabras:

—Como si hubieseis aceptado mi invitación, henos aquí las dos cabezas bajo el gorro. ¡No está mal, no está mal! Pero ahora vais a devolverme mi nido, ya que no lo necesitáis y sois un hombre demasiado honrado para querer arrebatármelo. Pero nada de gracias por él; os aseguro que os lo he prestado con el mayor placer.



DEJÁNDOLA CAER DE MIS BRAZOS DESMAYADA.

Y tomándolo de mi mano, sin resistencia, se lo guardó en el bolsillo, riéndose de mí una vez más, y por cierto tan alto, que el Inspector se volvió hacia el sitio de donde había partido el ruido. Yo estaba como petrificado.

—Tendréis que confesarme —prosiguió aquél— que un gorro así es más que cómodo. Cubre, no sólo al hombre, sino también a su sombra e incluso a todas las que uno tenga ganas de llevar consigo. Ved, hoy ando yo con dos. —Y volvió a reírse.— Reparad, Schlehmil, cómo lo que uno no quiere hacer al principio por las buenas tiene que hacerlo a la fuerza. Os aconsejo, pues, que aceptéis mi oferta, volváis por vuestra novia (pues aun es tiempo) y hagamos que Raskal se bambolee en una horca, cosa fácil mientras no nos falte una cuerda. Y encima, fijaos, os doy todavía mi gorro.

La madre salió en esto y empezó una conversación.

—¿Qué hace Mina?

—Está llorando.

—¡Qué niña más simple! ¡No hay modo de cambiarle el ánimo!

—No, sin duda. Pero es que darla tan pronto a otro... Eres cruel con tu propia hija.

—No, mujer; es que tú no lo miras bien. Cuando ella haya vertido todas esas lágrimas infantiles y se encuentre la mujer de un hombre riquísimo y honorable, se consolará de sus dolores como si despertase de un sueño, y aun ha de dar a Dios y a nosotros las gracias, ya lo verás.

—¡Dios lo quiera!

—Sin duda que ella posee ahora una fortuna

muy considerable; pero, después de la impresión que ha hecho la desgraciada historia con el aventurero, ¿crees tú que podría encontrar pronto un partido tan ventajoso para ella como el señor Raskal? Fíjate que tiene en la comarca fincas libres de toda carga por valor de seis millones. ¡Si acabo de tener los documentos en mis manos!

El era quien se me adelantaba por todas partes.

—Además tiene en cartera papeles contra la casa Tomás John por valor de unos tres millones y medio.

—Mucho tiene que haber robado.

—¡Esas no son más que habladurías! No ha hecho sino economizar sabiamente allí donde otros han derrochado.

—¡Un hombre que ha llevado librea!

—¡Eso no es más que música celestial! En cambio, tiene una sombra irreprochable.

—Tienes razón: pero...

El hombre de la levita gris se rió y me miró. La puerta se abrió y apareció Mina. Se apoyaba en el brazo de una doncella y silenciosas lágrimas corrían por sus bellas mejillas pálidas. Se sentó en un sillón que estaba preparado para ella bajo los tilos, y su padre ocupó una silla a su lado. Acariciándola suavemente la mano, le habló él con las palabras más tiernas, mientras ella empezaba a llorar copiosamente.

—Tú eres mi niña buena y querida. Tú serás también razonable y no querrás disgustar a tu viejo padre, que no quiere más que tu felicidad. Bien lo comprendo, cariño mío, que te hayas impresionado mucho. ¡Si has escapado milagrosamente a tu perdición! ¡Antes de que descubriésemos la infame impostura has querido tanto a aquel indigno! Ya lo ves, Mina; lo sé y no te hago ningún reproche por ello. Yo mismo, hija mía, lo he querido mientras lo tuve por un gran señor. Ahora tú misma ves cómo ha cambiado todo. ¡Qué! El perro más asqueroso tiene su sombra, y mi única hija querida debía ser de un hombre...; no, tú ya no puedes pensar en él. Escucha, Mina: ahora te pretende un hombre que no tiene miedo al sol, un hombre honorable, que no es un príncipe, sin duda, pero que posee un caudal de diez millones, diez veces más que tú; un hombre que hará feliz a mi niña querida. No me respondas nada; no te opongas; sé mi hija bueno y obediente; deja a tu padre, que te quiere tanto, cuidar de ti; enjuga tus lágrimas. Prométeme dar tu mano al señor Raskal. Di, ¿me lo prometes?

Ella contestó, con voz desfallecida:

—Yo no quiero ni deseo ya nada de este mundo. Sea de mí lo que quiera mi padre.

Al momento fué anunciado el señor Raskal, el cual se presentó resueltamente. Mina se desmayó. Mi odioso compañero me miró con irritación y me susurró, rápidas, estas palabras:

—¡Y podéis aguantar esto! ¿Qué es, pues, lo que os corre por las venas en vez de sangre?

Y haciéndome con un rápido movimiento una ligera herida en la mano, como fluyese sangre, añadió:

—Verdaderamente, sangre es! ¡Firmad, pues!

Yo tenía el pergamino y la pluma en las manos.

VII

Voy a someterme a tu juicio, querido Chamisso, sin intención de sobornarlo. Yo mismo me he condenado severamente largo tiempo, alimentando en mi pecho un gusano atormentador. Este momento tan serio de mi vida se ha cernido sin cesar sobre mi alma, sin que me fuese dado considerarlo sino baja la vista, con humillación y arrepentimiento. Mi buen amigo, quien con ligereza pone el pie fuera del camino recto, aunque no haga más que ponerlo, es transportado *ipso facto* a otro sendero, que le precipita más y más cada vez. En vano verá brillar las estrellas en el cielo. No le queda ningún recurso, no puede más que seguir pendiente abajo, irresistiblemente, y ofrendarse a sí mismo a Némesis. Tras el precipitado desliz que me acarreara la maldición, el amor me llevó a mezclarme criminalmente en el destino de otro ser. ¿Qué me quedaba sino arrojarme a ciegas allí donde, por haber sonado la última hora, se me exigía la más rápida salvación? No me creas tan abyecto, querido Adalberto, que pienses que hubiese tenido por demasiado costoso cualquier precio que se me hubiera exigido, ni que hubiese sido más avaro de cualquier otra cosa que del oro. No, Adalberto. Pero mi alma estaba llena de un odio insuperable contra aquel malvado tan incomprensible como artero. Podía yo ser injusto, pero me sublevaba la idea de comunicar con él. Una vez más aquí, como tan a menudo en mi vida, como no menos a menudo en la historia, un suceso ocupó el lugar de un acto. Más tarde me he reconciliado conmigo mismo. Primeramente he aprendido a reverenciar la necesidad, y ¿qué más propio de ella que el hecho efectuado, que el suceso pasado? Luego he aprendido también a venerar esta necesidad como una providencia sabia que se ejerce a través de todo el gran mecanismo en que nosotros intervenimos como meras ruedas cooperantes. Lo que debe suceder tiene que suceder. Lo que debió ser, sucedió. Todo según esta providencia, que, finalmente, aprendí a venerar en mi destino y en el destino de los que compartieron el mío.

Ignoro si debo atribuirlo a la relajación de mi alma bajo el dominio de tantas impresiones fuertes, o al agotamiento de mis fuerzas físicas, que la desusada penuria de los últimos días había debilitado, o, en fin, a la conturbación aniquiladora que la proximidad de aquel demonio gris suscitaba en todo mi ser; lo cierto es que, cuando iba a firmar, me entró un profundo desmayo y yací largo tiempo como en brazos de la muerte.

Patadas y juramentos fueron los primeros ruidos que llegaron a mi oído cuando recobré la conciencia. Abrí los ojos; estaba obscuro; mi odioso compañero, aunque injuriándome, se preocupaba de mí.

—¡No se dirá que no es esto conducirse como una mujerzuela! A levantarse en seguida y ejecutar de una vez lo decidido; ¿u os habéis decidido por otra cosa y preferís volver a lloriquear?

Me levanté trabajosamente del suelo donde yacía y miré en silencio alrededor. Era noche cerrada; en la casa del Inspector, brillantemente iluminada, resonaba festiva música; algunos grupos de personas vagaban por el jardín. Una pareja se acercó conversando hasta tomar asiento en el banco sobre el cual había estado sentado yo antes. Hablaban del enlace del rico señor Raskal con la hija de la casa, efectuado aquella mañana. Así, pues, se había efectuado.

Con la mano me quité de la cabeza el gorro invisible del desconocido, que desapareció para mí en el acto, y me apresuré silenciosamente a salir del jardín, perdiéndome en la obscuridad más profunda del boscaje, siguiendo el camino del túnel del conde Pedro. Pero mi espíritu maligno me escoltaba invisiblemente, persiguiéndome con palabras implacables:



PERO NO ME SIGUIÓ LA SOMBRA.

—Este es el agradecimiento por los esfuerzos que uno se ha tomado cuidando durante todo el santo día a un señor que tiene los nervios débiles. Lo menos que se debe dar son las gracias. Bien, señor testarudo, huid ante mí, que lo que es ahora somos inseparables. Vos tenéis mi oro y yo vuestra sombra, lo cual nos impide todo sosiego. ¿Es que se ha oído alguna vez que una sombra haya sido abandonada por su dueño? La vuestra me arrastra tras vos hasta que os vuelva a caer en gracia y yo quede libre de ella. Lo que habéis omitido hacer de buena gana tendréis más tarde que repararlo a disgusto y por aburrimiento. No hay quien se escape a su destino.

Y en el mismo tono seguía hablando y hablando. En vano huía yo; él no cejaba, y, presente siempre, hablaba irónico del oro y de la sombra. A mí me era imposible coordinar un solo pensamiento propio.

Había echado a andar hacia mi casa a través de las calles desiertas. Cuando estuve ante ella y la miré, pude reconocerla apenas; detrás de las ventanas, rotas, no ardía luz alguna; las puertas estaban atrancadas; ya no se movía dentro ninguna servidumbre. El otro reía alto junto a mí.

—¡Así sucede! Pero dentro encontraréis a vuestro Bendel, a quien el otro día enviaron tan cansado a casa, que se habrá quedado en ella desde entonces.

Y volvió a reír.

—¡Tendrá historias que contar! ¡Adiós, pues! Buenas noches por hoy. Hasta luego.

Después de llamar varias veces, apareció una luz; Bendel preguntó desde dentro quién llamaba. Cuando el buen hombre reconoció mi voz, apenas pudo contener su alegría. Abrió la puerta y caímos llorando uno en brazos del otro. Lo encontré muy cambiado, debilitado y enfermo: pero a mí el pelo se me había vuelto cano del todo.

Bendel me guió, a través de las estancias devastadas, a una pieza interior, que había permanecido intacta; fué a buscar de comer y de beber, y en cuanto nos sentamos rompió a llorar de nuevo. Me contó que el otro día el hombre flaco vestido de gris, al que había encontrado con mi sombra, le había arrastrado tanto y tan lejos, que había perdido mis huellas y sucumbido al cansancio; que después, no pudiendo encontrarme, había vuelto a casa, la cual el pueblo, instigado por Raskal, no había tardado en asaltar, destrozando las ventanas y saciando su ansia devastadora. Así habían obrado con su bienhechor. Mis criados habían huído cada uno por su lado. La policía local me había expulsado de la ciudad como sospechoso y concediéndome un plazo de veinticuatro horas para abandonar su territorio. A lo que ya me era conocido acerca de la riqueza y casamiento de Raskal, hubo que añadir aún unas cuantas cosas. Este facineroso, del cual procedía cuanto venía sucediendo en contra mía, debía de haber poseído desde un principio mi secreto, al parecer, y codicioso del oro, supo captarme. Y ya en la primera época se había procurado una llave del armario, con lo que puso los cimientos del caudal que ahora ya no necesitaba aumentar.

Todo esto me lo contó Bendel entre reiterados llantos, y de nuevo lloró al pensar en la alegría de volver a verme y tenerme y al comprobar que, tras haber dudado mucho tiempo sobre el punto adonde podría haberme llevado la desdicha, me veía soportarla reposado y tranquilo, pues éste era el aspecto que la desesperación había tomado entonces en mí. Viendo mi desgracia tan ingente e inexorable y habiendo derramado hasta la saciedad mis lágrimas por ella, ya no podía exhalar un quejido de mi pecho, e inclinaba, frío e indiferente, mi cabeza apesadumbrada.

—Bendel —dije,— tú sabes mi suerte. No me hieren castigos tan duros sin culpas anteriores. Pero tú, que eres inocente, no debes ligar por más tiempo tu destino al mío; yo no quiero. Voy a partir esta misma noche; ensíllame un caballo, pues me voy solo; tú te quedas, yo lo quiero. Deben de quedar todavía por ahí algunas cajas de

oro, guárdatelas. Erraré solo por el mundo; pero si alguna vez me sonríe una hora más alegre y la felicidad se reconcilia conmigo, pensaré en ti, ya que sobre tu pecho fiel he llorado en las horas de las dificultades y de los dolores.

El corazón roto y el alma estremecida, tuvo que obedecer el buen hombre a esta última orden de su señor. Yo fuí sordo a sus ruegos y consideraciones, ciego a sus lágrimas. Me presentó el caballo. Estreché por última vez contra mi pecho a aquel hombre anegado en lágrimas, me afirmé en la silla y me alejé, bajo el manto de la noche, del sepulcro de mi vida, sin cuidarme del camino que seguía mi caballo, pues ya no me quedaba en la tierra ningún incentivo, ningún deseo, ninguna esperanza.

VIII

PRONTO se unió a mí un peatón que, después de haber marchado una legua junto a mi caballo, y en vista de que llevábamos el mismo camino, me pidió permiso para poner sobre la grupa de mi caballo una caja que llevaba, lo que le dejé hacer sin decirle palabra. Me dió con desenvoltura las gracias por el pequeño servicio y alabó mi caballo, lo cual le dió ocasión para ponderar la dicha y el poder de los ricos y abandonarse no sé cómo a una especie de soliloquio, que yo me limité a escuchar.

Desenvolviendo sus opiniones acerca de la vida y del mundo, vino a parar muy pronto en la Metafísica, que tiene la pretensión de encontrar la palabra que soluciona todos los enigmas. Expuso con mucha claridad este tema, pasando en seguida a su contestación.

Tú sabes, amigo mío, que desde que estudié los filósofos en la escuela, hube de reconocer claramente que no estoy llamado de ningún modo a la especulación filosófica y que me está vedado completamente este campo. Desde entonces he dejado reposar muchas cosas y hecho renuncia a saber y comprender otras y (como tú mismo me aconsejaste) he seguido, en cuanto ha estado en mi poder, mi propio camino, confiando en la voz de mi recto sentido. Esto no impidió que me pareciese que aquel artista de la palabra construía con gran talento un edificio recientemente entramado, que se levantaba cimentado sobre sí mismo y se sostenía como por una necesidad íntima. Lo único que no encontraba del todo en él era justamente lo que hubiera querido hallar, así que se me antojó una mera obra de arte cuyo elegante acabamiento y perfección servía sólo para recreo de la vista. Empero, escuchaba a gusto al elocuente hombre, que desviaba mi atención de mis cuitas, y de buena voluntad me hubiese abierto a él si se hubiese dirigido a mi alma como se dirigía a mi entendimiento.

Mientras tanto, había ido pasando el tiempo e, inadvertido, el crepúsculo matutino aclaraba ya el cielo. ¡Cómo me estremecí al levantar una vez los ojos y ver desplegarse por el Este la pompa de los colores que presagiaban el Sol cercano! ¡No descubría, a la hora en que las sombras se ostentan con toda su extensión, un solo amparo, un solo refugio en aquel paraje abierto! ¡Y yo no iba solo! Eché una mirada a mi acompañante y me estremecí otra vez. No era otro que el hombre de la levita gris, el cual se sonrió de mi consternación y prosiguió, sin dejarme decir palabra:

—Enlacemos por ahora nuestro provecho mutuo, como, por lo demás, es costumbre en el mundo, que de separarnos tendremos siempre tiempo. Este camino a lo largo de la montaña, si es que no habéis pensado todavía en ello, es, sin embargo, el único que debéis seguir razonablemente; abajo, al valle, no podéis volver, y menos todavía cruzar la montaña para tornar al sitio de donde habéis venido. Pues bien; éste es también precisamente mi camino. Pero os veo palidecer ante el Sol saliente. Voy a prestaros vuestra sombra por el tiempo de nuestra compañía, con lo que me toleraréis en vuestra proximidad. Y puesto que ya no tenéis a Bendel, yo os haré buenos servicios. No me queréis, lo cual me duele, pero podéis utilizarme. No es tan negro el diablo como lo pintan. Ayer me habéis incomodado, es verdad; pero no os guardo rencor, y tenéis que confesar que os he acortado el camino hasta aquí. Pero servíos ensayar una vez más vuestra sombra.

El Sol había salido; por el camino venían hacia nosotros unos hombres; aunque con íntima repugnancia, acepté la oferta. Sonriendo, dejó aquél resbalar a tierra mi sombra, que al momento tomó su puesto sobre la sombra de mi caballo, y trotó alegremente a mi lado. ¡Qué extraño se me hacía aquello! Pasé junto a un grupo de campesinos, que abrieron paso descubriéndose respetuosos ante un hombre bien acomodado. Con los ojos ávidos y el corazón palpitante, iba yo mirando desde lo alto del caballo aquella sombra, un tiempo mía, y que ahora había tomado a préstamo de un extraño, más aún, de un enemigo.

Este iba despreocupado junto a mí, silbando una cancioncilla. El a pie, yo a caballo. La tentación era demasido grande; me dió un vértigo; aflojé de pronto las riendas, apreté ambas espuelas y tomé a galope tendido un camino lateral. Pero no me siguió la sombra, que, al cambio de paso, resbalo del caballo y aguardó en el camino a su legítimo propietario. Tuve, pues, que retroceder, afrentado. El hombre de la levita gris, después de poner fin pacíficamente a su cancioncilla y burlarse de mí, me ajustó de nuevo la sombra y me indicó que ella no se adheriría ni permanecería junto a mí mientras yo no volviese a poseerla en legítima propiedad.

—Os tengo cogido por la sombra —añadió—, y no podéis libraros de mí. Un hombre rico como vos necesita siempre una sombra, ni más ni menos. Lo único que hay que reprocharos es no haberlo advertido antes.

Continué el viaje por la misma ruta. Volví a encontrarme con todas las comodidades e incluso el fausto de la vida. Como, aunque sólo prestada, poseía una sombra, podía moverme libre y sueltamente, e inspiraba en todas partes el respeto que se otorga a la riqueza. Pero llevaba la muerte en el corazón. Mi estupefaciente acompañante, que se hacía pasar por el humilde servidor del hombre más rico del mundo, era extraordinariamente servicial, sobremanera hábil y apto, verdadero compendio del ayuda de cámara de un hombre rico; pero no se apartaba de mi lado y me dirigía sin cesar la palabra, mostrando siempre la mayor seguridad en que llegaría un día en que, por fin, y aunque no fuese más que para librarme de él, cerraría el trato con la sombra. Me era tan abrumador como odioso. No podía menos de temerle; me había hecho dependiente de él; desde que había vuelto a introducirme en el mundo, que yo huía, estaba en su poder. Tenía que aguantar su oratoria y sentía casi que tenía razón. Un rico necesita en el mundo una sombra; de modo que si quería sostener la situación que había conseguido recobrar, no descubría más que una salida. Pero después de sacrificado mi amor, la vida no tenía incentivo para mí, y estaba resuelto a no entregar mi alma a aquel hombre, aunque fuese por todas

las sombras del mundo. Ignoraba cómo terminaría todo aquello.

Un día estábamos sentados ante una caverna que suelen visitar los extranjeros que viajan por aquella montaña. Se oye allí el fragor de torrentes subterráneos, que resuenan a una profundidad incalculable, tanto que no parece que las piedras que se arrojan toquen fondo en su caída retumbante. Como hacía con frecuencia, el hombre de gris me pintaba con pródiga imaginación y con el deslumbrador incentivo de los colores más brillantes un cuadro cuidadosamente trazado de lo que yo podría hacer en el mundo, gracias a mi bolsa, sólo con que mi sombra volviese a mi poder. Los codos apoyados sobre las rodillas y escondida la cara entre las manos, escuchaba al hipócrita con el corazón vacilante entre la seducción y mi severa resolución. Pero yo no podía permanecer más tiempo en semejante lucha íntima y afronté el combate decisivo.

—Parecéis olvidar, caballero, que yo sin duda os he permitido permanecer en mi compañía; pero bajo ciertas condiciones. Yo he conservado íntegra mi libertad.

—Una orden vuestra y me largo.

Esta amenaza le era habitual. Yo callé; él se puso a enrollar mi sombra; yo palidecí, pero le dejé hacer, mudo. Siguió un largo silencio. El fué quien primero tomó la palabra.

—No podéis sufrirme, caballero; me odiáis, lo sé. Pero, ¿por qué me odiáis? ¿Es acaso porque me asaltasteis en el camino real y procurasteis arrebatarme por la fuerza mi nido invisible? ¿O es porque, como un ladrón, habéis intentado robarme lo mío, la sombra, que creíais meramente confiada a vuestra honradez? Yo, por mi parte, no os odio; encuentro muy natural que intentéis hacer valer todas vuestras ventajas, maña y fuerza. Que, por lo demás, tengáis los principios más severos y penséis cómo la probidad misma es un capricho contra el cual tampoco tengo nada que decir. Yo, en efecto, no pienso tan austeramente como vos; me limito a obrar como vos pensáis. O si no, ¿acaso os he apretado alguna vez el pulgar contra la garganta para quedarme con vuestra valiosísima alma, la cual suscita de continuo mi deseo? ¿He soltado contra vos un criado para haceros devolver mi bolsa? ¿He intentado escaparme con ella?

Yo no tenía nada que responder a esto. El continuó:

—¡Bien está, caballero, bien está! Podéis no sufrirme; también me hago cargo de esto y no os lo tomo tampoco a mal. Que es forzoso que nos separemos, está claro; también vos empezáis a parecerme muy enojoso. Así que, para que os libréis de una vez de mi ignominiosa presencia, os lo aconsejo una vez más: hagamos el cambio.

Yo le tendí la bolsa:

—Aquí está el precio.

—¡No!

Suspiré con dificultad y volví a decir:

—Como queráis.

Mas insisto, caballero, en que nos separemos; no me impidáis por más tiempo el paso sobre un mundo que, a buen seguro, es bastante espacioso para todos.

El sonrió y repuso:

—Ya me voy, caballero; pero antes quiero enseñaros cómo podréis llamarme en el caso de que deseéis pedir algo a vuestro humilde servidor; os bastará agitar vuestra bolsa de modo que tintineen dentro las eternas monedas; este sonido me atraerá instantáneamente. En este mundo cada cual piensa en su provecho; vos veis que yo he pensado a la vez en el vuestro, pues evidentemente os comunico un poder nuevo. ¡Oh, esa bolsa! Habría la polilla devorado ya vuestra sombra y aun sería ella un fuerte lazo entre nosotros. Pero basta. Vos me sujetáis por mi oro; disponed también en adelante de vuestro servidor; sabéis que me muestro bastante servicial con mis amigos, y que los ricos singularmente se llevan muy bien conmigo; vos mismo lo habéis visto. Tan sólo vuestra sombra, caballero (tenedlo por dicho), tan sólo la tendréis bajo una condición.

Imágenes de antiguos tiempos surgieron ante mi alma. De repente le pregunté:

—¿Tenéis una firma del señor John?

El sonrió.

—Tratándose de tan buen amigo, no he tenido necesidad de ella de ningún modo.

—¿Dónde está? ¡Decídmelo, por Dios!

Titubeando, metió la mano en el bolsillo y, sacada por los pelos, apareció la faz pálida y desfigurada de Tomás John, cuyos labios lívidos dejaron escapar estas palabras: *Justo judicio Dei judicatus sum, justo judicio Dei condenatus sum.*

Yo me levanté de un salto y arrojando al abismo la bolsa tintineante le dirigí estas últimas palabras:

—¡En nombre de Dios te conjuro, abominable! ¡Aléjate de aquí y no vuelvas a dejarte ver jamás ante mis ojos!

El se levantó torvo y desapareció al momento tras las rocas que cercaban aquel lugar silvestre.

IX

Me quedé pues, sin sombra y sin dinero; pero se me había quitado un gran peso del pecho y estaba alegre. Si no hubiese perdido también mi amor, o sólo que me hubiese sentido libre de reproches por su pérdida, creo que hubiese podido ser feliz. Pero no sabía qué iba a hacer. Registré mis bolsillos y encontré todavía algunas monedas de oro; las conté y me reí. Había dejado mis caballos abajo, en la posada; pero me avergonzaba retornar a ella; por lo menos tenía que esperar la puesta del Sol, el cual estaba aún alto en el cielo. Así que, tendiéndome a la sombra del árbol más próximo, me dormí tranquilamente.

CONCLUIRÁ

DIBUJOS DE PARPAGNOLI

Cómo odian los judíos la sangre

El Pentateuco dice: "No comáis sangre en vuestras moradas, ni de aves, ni de vaca, ni de ningunos seres vivos, y todo aquel que coma sangre será borrado de la lista de su pueblo. Hasta el "guer" que coma sangre debe ser expulsado de la comunidad. Porque el alma está en la sangre".

El Talmud agrega: "Todo aquel que come sangre es castigado por Dios, y su alma borrada de su pueblo". Esto significa que le espera un castigo muy grande, como si su alma fuera borrada en el cielo.

Los indios no comen carne sino después que ha estado durante muchas horas en sal y agua, que le sacan toda la sangre. En el "Schuljan Aruj" hay muchísimas leyes sobre la manera de purificar y salar la carne, y las mujeres judías acuden diariamente a los rabinos para aclarar tal o cual cuestión sobre la pureza de la carne. De lo cual se deduce que a los judíos les está prohibido el uso de la sangre, sea cruda o cocida.

Según la ley de la "schejitah" hay que cortar, con la cuchilla, todas las arterias y venas del cuello. La cuchilla debe ser muy filosa para que los animales no sientan dolor. Todo el acto no debe durar más que dos segundos.

La "schejitah" no es, entre los israelitas, acto religioso, y el "schojet" (matarife) nunca fué considerado como hombre sagrado. La Guemará "Jalim", donde están las leyes de la "schejitah", comienza así: "Todos pueden hacer el oficio de "schojet", con tal de tener un "jalef" (cuchillo) filoso y conocer las leyes de la "schejitah".

Los rabinos jamás han de llegar a la casa de faenación y solamente en casos especiales, cuando son llamados para resolver algún problema complejo. Es cierto que últimamente los rabinos establecieron algunas leyes para poder ser "schojet", que debe tener un certificado llamado "Cabalah", extendido por un rabino. Pero esto lo hicieron los rabinos para asegurarse de que el "schojet" conoce las leyes de su especialidad y que es persona honrada. Así, por ejemplo, se prohibe ser "schojet" al que no observa el descanso sabatal.



UN PLAGIARIO
—Señor editor: ¡Yo soy el poeta Palomo! Usted debe conocer mis versos...
El editor. —¡Si hombre, si! Los conozco desde antes de que usted naciera.

El plagio es el mejor de los homenajes.

Una "interview" con el prodigioso "Mago de la electricidad"

¿Cree usted, Mr. Edison, que podrá al fin inventar un aparato que le permita, cuando haya abandonado esta vida, comunicarse con los que quedamos?

El gran "mago" no estalló como una bomba, ni mucho menos. Con su habitual bondadosa sonrisa contestó de muy buena voluntad la pregunta con toda la latitud deseable. Pero como está escamado de las malas interpretaciones que a sus palabras se le han dado en distintas interviews, tomó un bloquecito de papel y un lápiz de su mesa, y escribió cuidadosamente la parte fundamental de su declaración, que es como sigue:

—"Si mi teoria acerca de la naturaleza del espíritu es correcta, si es cierto que la máquina que llamamos hombre no es sino un amasijo de sustancia inerte, y que la verdadera vida se encuentra en los millones de unidades individuales que navegan dentro de esta máquina; si esta máquina es destruída por lo que llamamos muerte, esas unidades se mantinen unidas, incluyendo las que tienen bajo su dependencia la memoria (que constituye nuestra personalidad); si todo esto resulta cierto, pues, será posible inventar un aparato que reciba sus comunicaciones, si desean comunicarse con los individuos que aun ocupan cuerpos vivos. Ello, no obstante, ha de ser bastante difícil, pues que cada individuo o unidad espiritual de que estoy hablando es tan infinitamente pequeño que escapa a la potencia de nuestros actuales microscopios.

Una vez determinado de este modo preciso su opinión, Edison tornó a la charla franca y amena.



Tomás Edison.

Le repitió al repórter, que no quería ser víctima de otra mala interpretación al transcribirse la interview, y que no quería, sobre todo, que se le atribuyera a sus proyectadas comunicaciones "la naturaleza de las llamadas comunicaciones espiritistas".

El se refiere a comunicaciones tan substanciales y tan susceptibles de autenticación como las del telégrafo, el teléfono, el fonógrafo y el radio. No habrá dentro de su proyecto ni "mediums" ni misterios, ni supersticiones, ni, según sus propias palabras, "esa auto-sugestión que conocemos con el nombre de fe". Si su método ha de dar resultado, habrá de garantizar en absoluto la autenticidad de la comunicación que ofrezca, sin dudas, disputas o malas interpretaciones de ningún género.

Va de sí, desde luego, que la comunicación con los muertos absolutamente autenticada, como se propone obtenerla Edison, revolucionaría todas las teorías hasta ahora aceptadas, acerca del origen y la naturaleza de la existencia humana, inauguraría una nueva ciencia acerca de la esencia de la vida, y abriría nuevas y vastas perspectivas acerca de las funciones de la materia en el mundo.

DISCOS DOBLES NACIONAL

Grabados por los más populares y prestigiosos cultores del canto y la música criolla.

(GRAN PREMIO EN LA EXPOSICION DE LA INDUSTRIA ARGENTINA)

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA

Discos Dobles NACIONAL de 25 cm., a $ 3.25

DUO GARDEL-RAZZANO

(4 guitarras RICARDO-BARBIERI)

18128 { **ORGANITO DE LA TARDE.** Tango. Solo Gardel. J. González Castillo-Castillo.
Reyes del aire. Shimmy. Solo Gardel Canale-Bohr. }

18127 { **Del infierno adelante.** Gato. Dúo. Ruiz-Acuña.
Circe. Shimmy. Solo Gardel. Caruso-I. G. }

Discos Dobles NACIONAL de 25 cm., a $ 3.-

ROBERTO FIRPO. — Orquesta Típica

6339 { **Inquietud.** Tango. Típica. A. P. Berto.
El gauchito. Tango. Típica. A. P. Berto. }

6341 { **San Antonio.** Tango. Típica E. Pataro Conte.
Tesoro... Tesoro... Pasodoble. Ernesto Rossi. }

FRANCISCO CANARO. — Orquesta Típica

4068 { **Puentecito.** Tango. Típica José Servidio.
La maldita. Tango. Típica. Luis Martini. }

TRIO PACHO (Juan Maglio) 3 bandoneones.

6858 { **Talán... Talán...** Tango. E. Delfino.
Griseta. Tango. E. Delfino. }

ELEUTERIO YRIBARREN. — American Jazz-Band

8057 { **Oh, Jolie Jolie.** Fox Trot. Juan Carlos Bazán.
Necochea. Fox Trot. José Brullo. }

FRANCISCO LOMUTO
Orquesta Típica y Jazz-Band

7617 { **Rebeca.** Pasodoble. Jazz-Band. C. Ortiz.
Diosa. Tango. Orq. típica. C. Ortiz. }

Discos Dobles NACIONAL de 25 cm., a $ 3.25

IGNACIO CORSINI con acomp. de 3 guitarras.

18432 { **Luna gaucha.** Supparo-Aguilar.
La canción del huérfano. Castro-Caffre. }

ADOLFO R. AVILES. — Jazz-Band

8207 { **Rebeca.** Pasodoble. C. Ortiz.
Sí, quiero. Fox Trot. César Petrone. }

DUO RUIZ-ACUÑA
(con acomp. de 3 guitarras I. GOMEZ)

10295 { **La risueña chacarera.** F. Numa Córdoba.
Ya murió la flor del pago. Dúo. Canción. A. Río. }

MARIO A. PARDO, con acomp. de guitarra.

6589 { **Espumilla.** Tango. Pardo-Orlando-Puglisi.
Amor cuyano. Pachito Aranaz. }
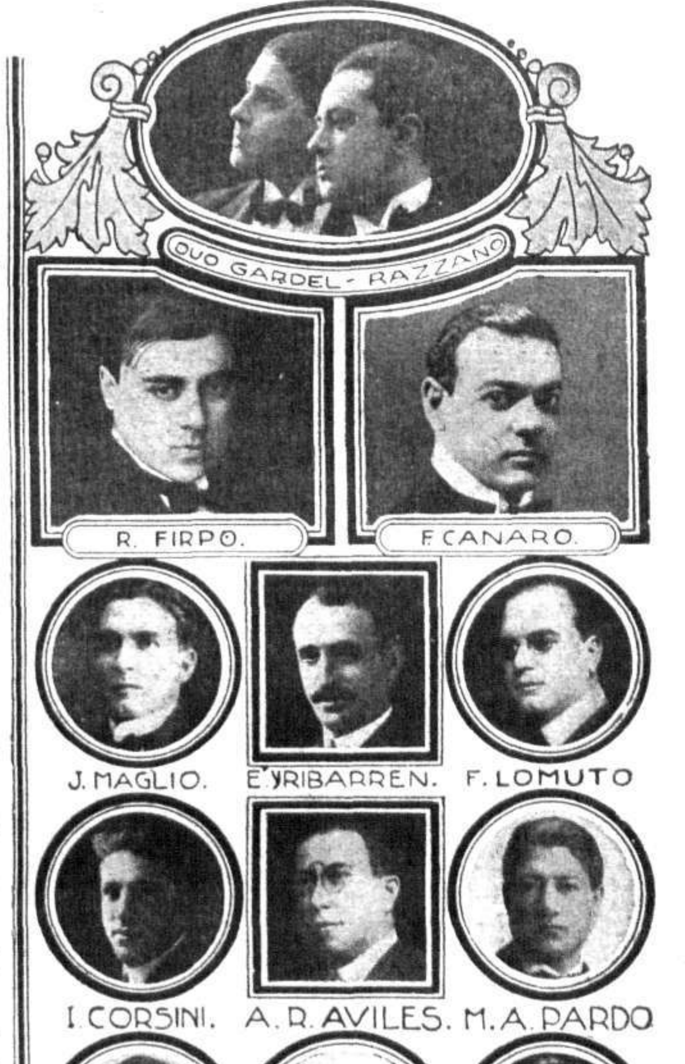
Discos Dobles NACIONAL de 25 cm., a $ 3.25

AZUCENA MAIZANI
(Con acomp. de Orquesta F CANARO)

11013 { **Organito de la tarde.** Tango. Castillo-Castillo.
Virgencita del talar. (Con toda el alma). Tango. Farini-Vacarezza. }

JOSE BOHR
(Con acomp. de Jazz-Band FRANCISCO CANARO).

16113 { **Y tenía un lunar.** Fox Trot. Soliño-Bohr.
Reyes del aire. Fox Trot. Canale-Bohr. }





GESTIONES DE ARREGLO



—Sólo seremos uno.
—En la época autumnal es oportuno.
—Basta de desunión.
—Debe el partido
ser un partido unido.
—Se terminó el ayuno.
—Ayuno para alguno,
porque hay otros que mascan atrozmente
y eso no es ni correcto ni prudente.
—El momento auroral por fin empieza.
—Este tipo anda mal de la cabeza.
—El fantasmal presente
nos hace mucho daño o mucho mal.
¡Que se acabe, por Dios, lo fantasmal!
—Fraternalmente unidos marcharemos.
—Eso es. Sororalmente viviremos.
Yo soy muy sororal.
—Con la derrota
el hombre más humilde se alborota;
pero formando un bloque
no habrá nadie en el mundo que nos toque.
—Un bloque compotal. Con la compota
se endulza la existencia
y nadie puede hacernos competencia.
Hoy andamos tal cual;
hoy nuestro porvenir es abismal,
lo mismo entre los grupos distanciados
que en lo parlamental.
—¿Por qué andar disgustados?
—¿Por qué? Pienso lo mismo.
—Debemos combatir el egoismo
que nos tiene furiosos y afiebrados.
—Es un odio suegral que mortifica
o es un odio yernal que no se explica.
—Ese modo de hablar es algo raro.
—No es academical; pero es muy claro.
—¡Unión! ¡Unión! ¡Unión!
—Yo que me ocupo
en predicar al grupo,
su reconciliación pido primero.
—Y va a ser completal. Así lo espero.
Vence lo completal
en lo political.
El partido glorioso
y fuerte y poderoso
es muy simpatical.
—Hipólitos, Elpidios y Marcelos;
¡que acaben las rencillas y recelos!
—Sea jefe cualquiera ¡y adelante!
—Si; lo jefatural no es lo importante.
—Generosos anhelos
que se realizarán.
—El que lo niega
es radical de pega.
—Argucia transfugal. Pura jactancia.
Humo cigarrillal sin importancia.
Quien habla de tal modo no es formal
y no es poetical.
¡Profanación! ¡Blasfemia! ¡Desacato,
indigno del más fiato
prócer intendencial!
—La unión hace la fuerza.
—¡Hermoso axioma
de un gran psicologal que no habla en broma!
—Unidos, altaneros e inflexibles,
seremos invencibles.
—¡Unión!
—¡Unión!
—¡Unión!
—Señores, eso
no es hipotetical ni en el Congreso.
Será una realidad hoy o mañana.
—Muchos hombres de peso
y de conciencia sana
a ello están dedicados.
—¡Celestial
ensueño hipolital!



LUIS · GARCIA

DIBUJOS DE LUCERO


OCASIONES
de nuestra casa.
800
800. — La más alta novedad. Bonito sobre en cuero de foca inglesa, gran espejo biselado y portamonedas, bolsillo exterior, todos colores y negro, pesos 5.40
1020
N.º 1020 — GUANTES tejido Jersey, imitación Suecia, calidad recomendable, todos colores y negro,
$ 2.90
150
N.º 150. — SACO CHALECO en punto tricot de pura lana, artículo de mucho abrigo, bolsillos y ojales reforzados, en varios colores,
$ 5.50
781
781. — En la mejor GABARDINA que se fabrica ofrecemos este hermoso modelo, levitón vestido, prolijamente adornado con botones y tiras atravesadas en la espalda y costados, saco forrado en espumilla. Precio especial,
$ 67.-
LA IMPERIAL
VICTORIA ESQ. PIEDRAS B.s AIRES

Páginas médicas

Tabique

DESVIACIONES. ENGROSAMIENTOS. — Signo de catarro nasal crónico, obstrucción, romadizo, accidentes reflejos (asma nasal), migranitas, tos.

Generalmente estas desviaciones y engrosamientos son perceptibles a simple vista; a veces es necesaria la rinoscopia, sobre todo para las deformaciones posteriores.

Si hay obstrucción nasal acentuada, acompañada de complicaciones oculares (epífora, dacrioistítis) o auriculares (catarro tubárico), o accidentes reflejos (asma nasal), hay que operar. Después de cocainizada la región, emplear, según los casos, el cepillo *Lermoyez*, el bisturí, la sierra de *Bossworth*, la gubia y el martillo, o el esteotomo de *Moure*.

ABCESOS. — Generalmente consecutivos a un hematoma que a su vez es resultado de un traumatismo (fractura del cartílago cuadrilátero).

Tanto si es hematoma como si es abceso, debemos abrirlo ampliamente para evitar las perforaciones del tabique y las ulceraciones.

Cocainizar la mucosa e incindir ampliamente en el punto de más declive: extirpar con la cucharilla las fungocidades, cauterizar con tintura de yodo e introducir una mecha. La cicatrización es muy larga.

Sinusitis

SINUSITIS ESFENOIDALES. —El enfermo está molestado por un flujo pestilente que se corre hacia la garganta; escupe pus; siente dolores detrás de la cabeza al nivel del occipucio; tiene lagrimeo, tensión de la órbita y dolores oculares.

Por la rinoscopia posterior vese pus en la cola del cornete medio e inferior, así como también en la pared posterior de la faringe.

Entre las complicaciones posibles observamos neuritis óptica, amaurosis, parálisis del tercero y sexto pares, meningitis de la base trombosis etc.

Generalmente es necesario el tratamiento quirúrgico: para proceder a él apelaremos a la vía frontonasuyugal.

SINUSITIS FRONTALES. — El enfermo saca pus al sonarse y siente un olor desagradable. Sufre mucho: La presión al nivel del seno es dolorosa, así como también, en mayor escala, la percusión del seno al nivel de su pared anterior. Si hay retención de pus, los dolores se exageran, pudiendo aparecer edema de la pared anterior del seno y edema palpebral.

La retención purulenta puede producir graves accidentes, el pus puede perforar la pared inferior del seno, e invadir el párpado superior, que se enrojece y ulcera: puede también destruir la pared posterior y determinar accidentes meningoencefálicos.

Por la transiluminación eléctrica el seno enfermo permanece opaco.

Fomentos calientes, inhalaciones de mentol, de eucaliptol. Si los accidentes persisten, resección del cornete medio. Cateterismo del canal nasofrontal.

Si todo ello fracasa, trepanación frontoorbitaria, ablación por esta vía del etmoides, que está siempre interesado.



— Yo creo que partirá para el gran viaje...
— ¡Ah, que no se queje! Es el único que no ha aumentado su tarifa.

REGIA ITALIANA

CIGARRILLOS "MACEDONIA"

De tabaco rubio natural inmunes
:de toda substáncia química
:decolorante.

FRESCOS - AROMATICOS - SUAVES a 30 cts.

Condimento HEINZ KETCHUP de TOMATES



Riquísimos tomates dejados madurar sobre la planta hasta el preciso instante en que son recogidos para ser inmediatamente transformados en Condimento, con el fin de que éste tenga toda la natural frescura de aquéllos; cuidadosa y hábilmente condimentados con especias; cocinados en recipientes interiormente revestidos con porcelana vitrea; y, el condimento así resultante, envasado inmediatamente, cuando aún se halla caliente, para que pueda conservar totalmente el sabor del fruto original. Esto es lo que da al Condimento HEINZ KETCHUP el poder de comunicar un exquisito sabor a todo plato que con él se condimente.

Una de las



Variedades HEINZ

AGENTES EN LA ARGENTINA:

WILFRED DIGGS & Co., Perú 753 - Bs. Aires

HEINZ KETCHUP DE TOMATES

VAN BOKKELEN & ROHR Montevideo.	WEIR, SCOTT & Co. Valparaiso, Santiago - Chile.	G. BERCKEMEYER & Co. Lima - Perú.	JUAN FRANCISCO ROJAS Guayaquil - Ecuador.

Flores del Ingenio

No siempre es mayo

El sol brilla, el aire está claro, las golondrinas vuelan como saetas y cantan, y oigo el pájaro azul profetizando la primavera desde los olmos señoriales.

Tan azul corre este arroyo en sus vueltas, que parece un portillo del cielo donde, esperando a que sople el viento del oeste, las nubes ancladas descansan.

Todo es nuevo: los capullos, las hojas que doran la cabecera te creta del álamo, hasta el nido que está bajo el alero. No hay pájaros en los nidos de antaño.

Todas las cosas gozan en juventud y amor, la plenitud de su primer deleite. Y aprenden del cielo amable que está sobre ellas, la meliflua ternura de la noche.

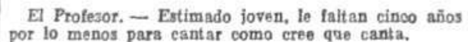
Niña que lees esta sencilla rima, goza tu juventud, que no ha de detenerse. Goza la fragancia de tu primavera, porque ¡ay! no siempre es mayo.

Goza la primavera de Amor y Juventud; deja el reposo para algún ángel bueno; pronto el tiempo te enseñará la verdad... No hay pájaros en los nidos de antaño.

HENRY W. LONGFELLOW.



DESAHUCIO



El Profesor. — Estimado joven, le faltan cinco años por lo menos para cantar como cree que canta.

El milagro de la Dicha

Cuando la naturaleza ha privado al hombre de la facultad de marchar a cuatro patas, le ha dado una cruz para llevar: el ideal. Y desde este momento *tiende instintivamente, inconscientemente,* hacia lo mejor. Devolved esta tendencia exigida, haced comprender a las gentes que la verdadera dicha consiste solamente en la voluntad de obrar lo mejor posible. No os lamentéis de impotencia, ni de nada. Lo único que debe traeros la queja es la compasión, la limosna de los pobres de espíritu.

Todos los hombres son igualmente desgraciados; pero el que se adorna con su desgracia, es más miserable todavía. Estos son los que tienen más sed que los otros de atraer sobre ellos la atención, de la cual son menos dignos. Avanzar siempre es el fin de la vida. Que ésta sea un esfuerzo, y entonces habrá en ella horas de pura belleza.

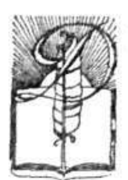
Las horas de nuestra vida son horas vacías y fastidiosas; llenémoslas de bellos proyectos, sin apoltronarnos, y entonces viviremos horas bellas, de una emoción gozosa, llenas de un orgullo ardiente.

MÁXIMO GORKI.




UN CIGARRILLO

CUENTO DE ADOLESCENCIA



De pronto las notas de un aire español, familiar al oído, llegaron hasta mí; música ardiente que en seguida comunicó a mi espíritu aletargado su emoción indefinible: alegre congoja, mezcla de sabores de tristeza y de insinuaciones bruscas de pasión y de entusiasmo.

A pesar de lo inesperado de la irrupción, no volví la cabeza. ¿Para qué? Cansado de verme obligado a asociar a las impresiones musicales el poco estético espectáculo de los salones de café, siempre había soñado con escuchar una música que no se supiera de donde proviene. Así, me recosté con más holgura sobre el respaldo de la silla y traté de olvidarme de todo, atento sólo al placentero llegar de aquel hilillo de oro que comenzaba a enrollarse minuciosamente a mi corazón.

La pequeña orquesta abordaba con regular fortuna el motivo. Entre los bruscos sonidos de aquel resto de piano que maltrataba, sin duda, una mano torpe, advertían distintamente mis oídos la melodía suave que brotaba del violín. Llegué al convencimiento de que el violinista comprendía su misión, pero esta observación, casi inconsciente, me distrajo apenas y, sin preocuparme más de nada, escuchando con distraído deleite, cerré lentamente los ojos.

Lo primero que dejé de ver fué el redondo reloj de pared, situado enfrente mío, cuyas agujas señalaban la una de la madrugada: después, una bombita de luz que pendía del techo, más tarde el rostro pálido de mi amigo.

Nuestra odisea nocturna había sido vana. Después de haber intentado inútilmente prolongar nuestra inmovilidad frente a un espectáculo teatral cuya grosera frivolidad nos decepcionó, habíamos caminado al azar por las calles céntricas, de luces y de ruidos, hasta que, cansados de recorrer largas cuadras sin comunicarnos casi una sola impresión, nos habíamos acogido a la semisoledad de aquel café en donde, desde hacía poco más de media hora, permanecíamos envueltos en ese tedio pesado que algunas veces acompaña al silencio. Como nos ocurría generalmente al final de nuestras andanzas nocturnas por la ciudad, el fastidio, el más horrendo de los *monstruos*, según Baudelaire, nos había convertido en sus siervos indolentes.

A poco la orquesta llegó a un pasaje durante el cual los instrumentos pugnaron por acentuar la intensidad y la rapidez de sucesión de sus vibraciones entremezcladas para traducir la impresión de una fuerza enérgica y desconocida. Lleneme de la sensación que me sacudió íntimamente y luego, cuando el violín esbozó su acorde dulce, prolongado, mi espíritu se elevó, asiéndose al vuelo milagroso del sonido. Experimenté deseos de fumar e, inconscientemente, alargué a mi amigo el paquete de cigarrillos.

—¿Quieres? — le pregunté.

Sus dedos escarbaron en el interior.

Aquel signo de su aquiescencia me produjo un asombro mezclado de cierta íntima alegría, y, llevado de ese sentimiento, abrí los ojos, echando sobre el rostro de aquél una mirada curiosa y como agradecida.

En efecto, sólo en muy raras y significativas ocasiones fumaba mi amigo. Sólo en muy raras y significativas ocasiones le había visto yo aspirar el humo del cigarrillo con una torpeza cómica, durante las veladas que juntos dejábamos transcurrir tan a menudo. Cuando hablábamos de nuestras cosas locas, de nuestros sueños queridos, sueños que anima la juventud, que emergen en los momentos de pueril y sagrada comunión espiritual, sueños que tenían a nuestros ojos un prestigio siempre incólume y nuevo y que constituían el alimento casi exclusivo de nuestros cerebros y de nuestros corazones, ansiosos de comprender y vivir la vida incomprensible.

Elevó a sus labios con cuidado innecesario el delgado lío de tabaco y papel. En momentos en que lo encendía, se apagaron, en virtud de un mandato económico, la mitad de las luces, y en el apartado rincón donde nos hallábamos, se hizo la penumbra. La llama del fósforo



iluminó así de medio perfil su rostro juvenil, severo, recortado en el fondo de sombra que nos rodeó la extensión blanca de su frente audazmente prolongada por la línea aguileña de la nariz.

Mientras seguía blandamente el ritmo del aire español, cuya efímera vida iba pronto a recogerse en el silencio, observaba yo a mi compañero. Siempre había atribuído gran importancia a aquellos momentos en que no le desagradaba aspirar el humo, pues el humo, azulado y tenue, es un compañero amable que fija, acompaña y dilata los sueños.

Su rostro expresaba una atención desinteresada, profunda. Había vuelto la silla hacia el sitio que ocupaban los músicos, colocándola lateralmente a la mesita, de modo que su posición le permitía apoyar el codo en ésta y descansar el peso del cuerpo sobre el respaldo de la silla. Su rubio cabello estaba desordenado, sus labios finos apretados en una mueca dura y sus ojos aparecían empañados y brillantes a un mismo tiempo, envueltos como estaban en esa semiluz particular, símbolo delicado del ensueño.

Con los ojos semicerrados, continué observando breve rato a través del humo. Así es como está mi amigo cuando sueña, pensaba vagamente, sin darle forma a mi pensamiento.

Sí, así le había visto yo muchas veces, cuando, al terminar alguna lectura, su alma permanecía un instante como recogida, aspirando la atmósfera de perfume y de luz que en el interior de la habitación, aislada y hermética, habían suscitado las mágicas palabras.

Alguna lectura..., lectura de algún verso, de algún cuento triste y empapado de ensueño... Entonces yo lo dejaba soñar y, pasado un instante, con su voz de débil timbre, murmuraba siempre unas palabras que pretendían expresar una visión confusa, una sentencia vaga que quería ser enérgica, algo que encerraba gérmenes de admiración y grandiosos proyectos, balbuceo incoherente al que daba cima, la más de las veces, con un gesto perdido de desaliento y de protesta. Era aquél el instante en que invariablemente aceptaba mis comminaciones de fumador empedernido, cuando yo me había fumado ya diez cigarrillos y mi tos molesta había provocado sus censuras contra el pequeño enemigo de la salud. Encendíalo y aspiraba el humo con miedo, sin tragar la bocanada que arrojaba lejos de sí en seguida, frunciendo el rostro y cerrando los ojos llorosos por la picazón. Antes de fumarse la mitad lo tiraba y, contemplando en el suelo al compañero de un instante, tornaba a su expresión tranquila y como pasmada, como si estuviese viendo, quién sabe dónde, algún maravilloso objeto inalcanzable.

La presencia de ese algo que se acercaba a él, que hacía aparecer en sus ojos el extraño matiz de luz diluída en sombra, adivinábala yo al observar su rostro cubierto bruscamente de una expresión serena, triste, que parecía envolverlo en una soledad imprevista. En tales ocasiones, jamás le hablaba. Respetaba su aislamiento. Pero mi espíritu trataba de encontrar y de seguir, en medio del silencio, el hilo finísimo que guiaba a su alma al castillo magnífico donde habitaba un rato.

Al fin, contagiada de la emoción penetrante que embargaba la suya, mi alma encontraba el extremo del hilillo y, sobre su imposible fragilidad, ascendía, ascendía hacia el país del infinito...

....

... Al volver de allá — ¡y cuán brusca, cuán rudamente se vuelve! — parécenos caer en la realidad como en un negro abismo. Todo, sin embargo, es a nuestro alrededor archiconocido, viejo. Pero los semblantes de todas las cosas, como si nuestra vista los despojara del velo de su pudor, nos hacen guiños de concupiscencia, de sensualismo y de pequeñez.

En mi silla, acurrucado, sombrío, friolento, aspiraba yo hacía media hora el humo del tabaco, pero no estuve verdaderamente acurrucado, sombrío ni friolento, hasta que mi amigo, los ojos algo agrandados, como todavía deslumbrados por la un instante renovada visión, arrojó de repente unos centavos sobre el mármol ordinario de la mesa y llamó: — ¡Mozo! — poniéndose el sombrero.

Y salimos del café, donde, una vez más, el sueño de mi amigo me había hecho soñar.

JOSÉ M. DELFINO

El alcoholismo y su origen

El origen de esta costumbre, como de casi todas las que se remontan a una época prehistórica, nos es aproximadamente desconocido. Sabemos solamente que el arte de preparar las bebidas fermentadas era conocido ya en la más lejana antigüedad. Es interesante señalar este hecho, que nos prueba que el consumo del alcohol no ha dificultado la lucha por la existencia.

La industria actual difiere tan completamente de la de nuestros antepasados, que sólo a partir del siglo XVIII podemos considerar sus relaciones con el alcoholismo.

La *revolución industrial* que en dicha época se produjo en Inglaterra, correspondía a un desenvolvimiento considerable de las costumbres de intemperancia en la clase obrera. Hasta entonces, el precio elevado del aguardiente, que antes del siglo XVIII era casi el único espirituoso conocido, no permitía su adquisición más que a los ricos. La destilación de la ginebra y del whisky provocó un cambio notable, aumentando enormemente el consumo del alcohol, mientras que el de la cerveza, y sobre todo el del vino, disminuyó sensiblemente. Puede uno basarse, pues, en la cantidad de espirituosos destilada para establecer la cantidad de alcohol absorbido.



El perrito. — ¡Qué amiguito más lindo! ¡Miren cómo me saluda con la cola!

A fines del siglo XVII, en 1684, se destilaba en Inglaterra un promedio de 24 hectolitros de alcohol. En 1714, dicha cifra se elevó a 90.800. Calculando en unos seis millones de habitantes la población durante esos treinta años, resulta un consumo aproximado de dos litros por habitante. Hacia el año 1751, el número de habitantes pasaba de seis millones y medio, y el consumo de alcohol era de 7,718 litros por persona. Desde entonces se implantó en Inglaterra, de un modo irrevocable, la costumbre de los espirituosos, pudiendo Filding decir que la ginebra ha llegado a ser en Londres *el alimento principal* de más de cien mil personas. Ese máximo no fué superado después. En 1800 destilábase cerca de tres litros por habitante; cuatro litros, en 1860; cinco, en 1880 y 1890, y muy poco más en 1900. En 1910, sólo se llega a 2,724 y a 2,27 en 1920.

El mayor consumo de alcohol corresponde a los comienzos de la industria moderna.



¡A los 40 años, joven aún!

¿Cuántas son las mujeres que a los 40 años pueden enorgullecerse de tener un cutis que rivalice con el de una niña de 17 abriles, sin haber tenido que recurrir a los afeites para ello? Sin embargo, en nuestros días, no son tan raras las mujeres que gozan de este privilegio, pues ya son muchas las que han adoptado el método de la mercolización, es decir, aquel que consiste en la constante aplicación de cera mercolizada para provocar el desprendimiento de las pequeñas partículas del viejo cutis, descolorido, arrugado y marchito, desprendimiento que causa la aparición de la nueva piel que se halla debajo y que viene a brillar a la superficie, dando la impresión de un cutis constantemente nuevo y regenerado, inmaculado y lozano como el de un niño, resultado que, merced a la cera mercolizada, se obtiene sin que ni los más íntimos de una persona puedan apercibirse de que ella está siguiendo este tratamiento.

El procedimiento es asombrosamente sencillo. Todas las noches, antes de acostarse y después de haberse lavado la cara, habrá que hacerse un ligero masaje con cera mercolizada, que se halla en cualquier farmacia. Por las mañanas, mediante un poco de agua tibia, se retirará la cera. Después de unas dos semanas de este tratamiento, el oxígeno contenido en la cera mercolizada habrá hecho desaparecer todo el cutis viejo que se habrá desprendido en partículas imperceptibles, para ser reemplazado por una tez completamente rejuvenecida. Sea cual sea la edad de una mujer, si se ve que su fisonomía es realzada por un cutis límpido y suave, se puede asegurar que ella lo debe al empleo de la maravillosa

CERA MERCOLIZADA

Cinco mil pesos anuales por un secreto

¡Cinco mil dólares cada año por guardar un secreto! Cinco mil dólares por año, casi $ 100 semanales, se me han pagado por no revelar el nombre del conde francés que se casó conmigo hace algunos años, y cuya orgullosa y aristocrática familia retrocedió ante el sólo pensamiento de que una actriz pudiera entrar a formar parte de su linaje de sangre azul.

Año tras año me llega puntualmente el cheque por $ 5.000. Ellos cumplen su promesa. Yo también cumplo la mía, sin haberla revelado jamás.

Nadie, ni en América ni en Francia, conoce el nombre o la fisonomía del conde que se enamoró cuando me vió bailando y que me condujo en triunfo hasta su tierra nativa, para sufrir allí mil contrariedades por mi cariño.

Las cosas pasaron así:

Una noche en que danzaba yo la serpentina en el teatro, vino el propio director de escena a mi camerino durante el entreacto y me presentó a un amigo suyo, encantador, que me acababa de aplaudir con gran entusiasmo durante el baile. Pertenecía a la misión militar francesa, y estaba muy elegante dentro de su uniforme azul, sus ojos negros brillantes y sus mostachos oscuros y enhiestos.

Durante la semana que permaneció en Nueva York nos encontramos casi diariamente y concurríamos a restaurantes y a cabarets. Había acabado de llegar de Rumania y tenía que salir para Siberia en el término de una semana.

Me prometió que volvería pronto, que se casaría conmigo y que me llevaría a París. Esta última promesa no llegué a creerla del todo, ni aún esperaba volverlo a ver.

Figuraos, pues, cuál sería mi sorpresa cuando al poco tiempo, lo vi regresar.

A los tres días después de su llegada nos casamos y salimos para Francia.

Allí, poco a poco, principió a hablarme de lo rica, lo aristocrática y lo orgullosa que era su familia. Después me dijo de una manera muy gentil que él estaba comprometido prácticamente con una muchacha francesa, muy rica y noble de cuna. Era éste un asunto que habían arreglado sus padres desde que ambos eran casi niños, y que su familia estaba impaciente porque esa boda no se celebraba.

Y así, por varios meses después de nuestra llegada a Francia, mi marido guardó silencio acerca de su matrimonio y no dijo nada a sus padres cuando fué a visitarlos a su castillo. Temía el conde que se encolerizaran demasiado y lo desheredaran.

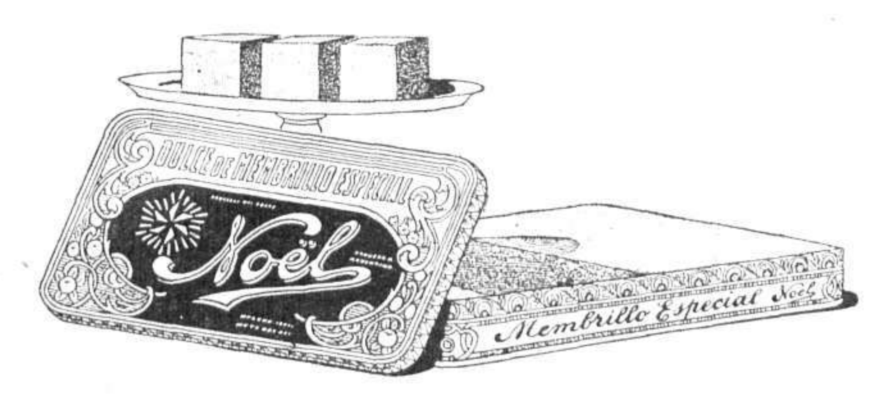
Entonces comprendí que era el momento de abandonarlo. Ya no era necesaria ni aun para él. De seguro que el anuncio de mi resolución fué muy dulce para sus oidos. Pero lo que no les gustó fué lo que les anuncié en seguida: que volvería de nuevo a las tablas a continuar mi carrera de bailarina en París.

Esto los aterró. La suegra vino a verme inmediatamente por vez primera y me hizo la propuesta: no decir a nadie que yo era miembro de su distinguida familia, ni el nombre de la persona con quien me había casado. Por este silencio recibiría $ 5.000 cada año.

Acepté.



LOS TIEMPOS CAMBIAN...
—Mira, querida: ese joven no me parece buen partido para ti. No tiene plata, y el amor, Luisita, alimenta muy poco en estos tiempos.



Señora: Un misterio profundo

que usted no debe aceptar es el referente a la procedencia de lo que usted sirve en su mesa. Sin embargo, si usted pide a un comerciante simplemente dulce de membrillo, él le entregará un pedazo de dulce de forma irregular, cuyo origen y fecha de fabricación son un misterio para usted y que seguramente ha estado expuesto al aire y a la tierra durante mucho tiempo. Por eso, cuando usted desee enriquecer sus menús con el postre típico argentino, exija que le den

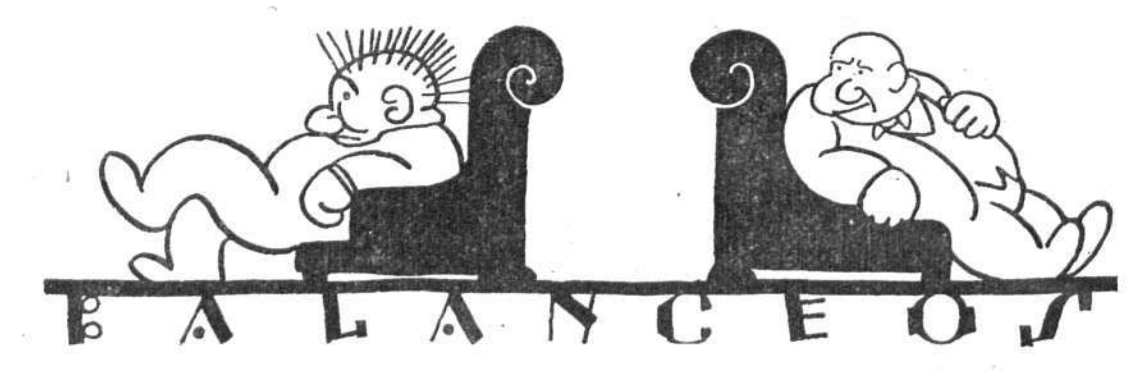
Dulce de Membrillo Especial Noël en latas de 1 kilo

un postre de gusto delicioso preparado con la misma limpieza y escrupulosidad que los que usted hace en su casa, y que se halla contenido en un envase de cierre perfecto sobre el que encuentra usted la fecha de elaboración y el nombre Noël que es la mejor garantía.

Pídaselo Vd. a su proveedor y fíjese que la lata lleve impresa esta palabra:



La marca que tiene una fama de 78 años.





El arte no es perfecto porque es humano. Donde empieza lo perfecto termina lo humano y comienza lo absoluto. El arte es la imperfección depurada y embellecida..., y sublimizada a veces.

Muchos quieren aparentar ser. Si todo lo que hacen para aparentar lo hicieran para ser, la vida dejaría en parte de ser una fresca mentira.

No saber hacer nada es detestable; mas saber no hacer nada, es el trabajo más difícil.

Las tragedias de amor no siempre se deben a la gravedad de la falta, sino al temperamento de los amantes. Esto explica por qué insignificantes conflictos amorosos encuentran solución en los hechos de sangre.

Según cierto criterio muy de acuerdo con nuestra época un poco liviana, lo inmoral no está en el hecho sino en la forma de ejecutarlo. Por eso, para muchos, los artistas de la inmoralidad resultan unos perfectos puritanos.

Las mujeres se pintan para adquirir artificialmente lo que no tienen. Y con ello no hacen más que perder lo que naturalmente tienen.

A la franqueza llana y ruda suele llamársele, a veces, desfachatez. Y a la verdadera desfachatez, encubierta en buenas maneras y palabras correctas, suele, también a veces, llamársele cortesía.

El hombre ríe del mundo, y el mundo ríe del hombre. Es esta una alegre manera de proclamar nuestro egoísmo y de decir que lo único que nos interesa es nuestra simpática persona.

Lo que más distingue actualmente al hombre y a la mujer entre sí, es que aquél quiere ser ésta, y ésta quiere ser aquél.

En las mujeres buenas, la simulación no es innata, sino una simple arma defensiva, que el medio les obliga a usar. En las mujeres malas, la franqueza es pura simulación. De aquí que ante una divina descendiente de Eva, nunca sepamos si estamos al lado de una flor o del demonio.

El mentiroso, cuando, por milagro, dice la verdad, niega y oculta en ese momento su verdadero carácter. Por eso, el mentiroso, aun siendo franco, miente siempre.

Ciertas personas de sesos insolventes, que ocupan por azar puestos encumbrados, me hacen recordar a los gatos. Estos andan, lo más de la vida, arriba, encima de los tejados, por sobre muchos robustos y cultivados cerebros humanos, y son siempre gatos, nada más que gatos...




Piel Inmaculada
Las señoras que usan el Jabón de Sales Naturales de La "Toja" saben por propia experiencia, que los granos, barrillos y demás impurezas de la piel, desaparecen, como por encanto, apenas se presentan.
Un poco de espuma basta para mantener la piel inmaculada, tersa y fresca como la de un niño y para evitar la probable infección por cualquier contacto.
JABÓN DE LA TOJA
El más barato de los jabones finos y posiblemente el más fino de los jabones de tocador.
OBSEQUIO.-En breve ofreceremos un obsequio, en canje, de etiquetas del jabón de La Toja. Guárdelas.
CONCESIONARIOS
POLLEDO & Cía
Bme Mitre 1352
Buenos Aires
JABÓN
LA TOJA
Agencia de Propaganda "ECO" - Sarmiento. 643, Buenos Aires

El nieto de don Agustín de Iturbide.

HEREDERO AL TRONO DE MEJICO

WASHINGTON. — El día tres de marzo, tras de una vida llena de contrastes y romanticismos, que recorrieron la escala desde una vida efímera en la corte imperial del viejo Méjico hasta la reclusión de un convento, terminó la existencia del señor don Agustín de Iturbide, nieto del emperador Agustín de Iturbide, de Méjico, e hijo adoptivo del emperador Maximiliano de Hapsburgo.

Después de un sinnúmero de aventuras, "don Agustín", que así afablemente era tratado por quienes lo conocieron (era ampliamente conocido entre todos los miembros de las colonias latino - americanas) vino a los Estados Unidos, ya hace algunos años. Su padre había sido *agregado a la Embajada mexicana* en esta capital, y su madre era originaria de esta misma ciudad, donde por algún tiempo, don Agustín prestó sus servicios como profesor de francés y español en la Universidad de Georgestown.

Su edad ya muy avanzada y el sufrimiento causado por un gran decaimiento nervioso dieron origen a su muerte. Dejó una viuda, que anteriormente fué la señorita Luisa Kearney, nieta del general Phil Kearney.

Don Agustín, como se dice antes, fué nieto de un coronel de un regimiento español que estaba destinado para calmar la agitación mejicana durante las primeras épocas de independencia. Su decidida lucha en favor de los mejicanos y su continuada y feliz carrera política, le hicieron llegar a ocupar el puesto de presidente de la república; más tarde, con toda pompa, fué declarado emperador de Méjico, y más tarde derrocado, hasta la fecha de su muerte.

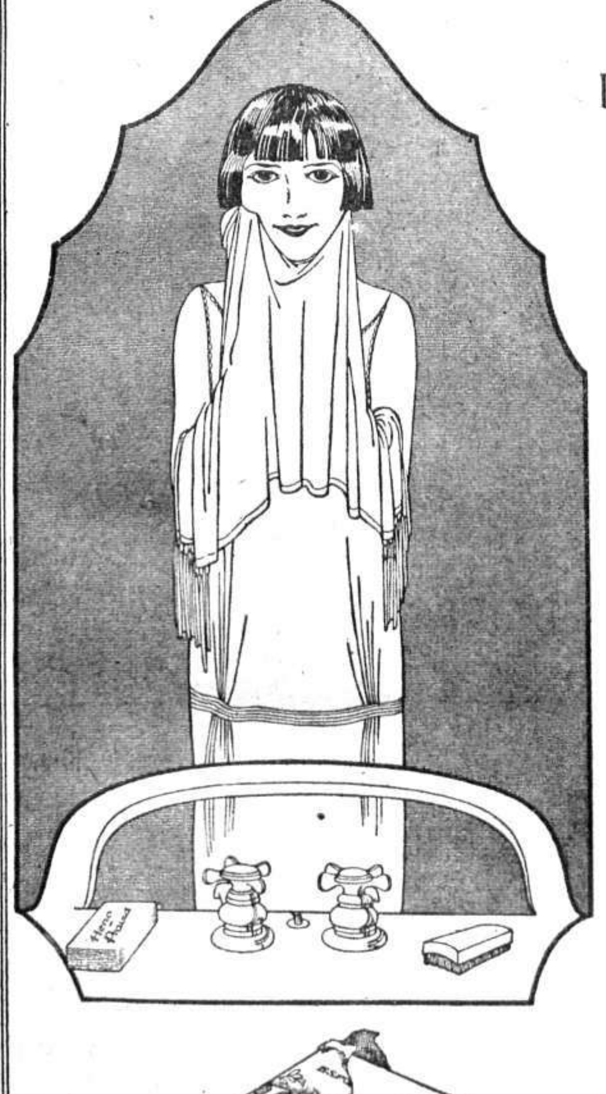
Cuando Maximiliano de Hapsburgo fué hecho emperador de Méjico, en 1863, sin tener descendientes propios, adoptó al joven Iturbide, el nieto del emperador, y hasta hay algún pasaje histórico asegurando que Agustín fué comprado a su propia madre, que en la venta no vió más que el porvenir de su hijo, que fué declarado heredero al trono mejicano.

Las perspectivas imperiales del joven Agustín, terminaron con el fusilamiento de su padre adoptivo, en el Cerro de las Campanas. Después, sirvió al ejército mejicano, pero se dice que en cierta ocasión *infirió una ofensa al presidente* de la república, general don Porfirio Díaz, quien inmediatamente lo removió de las comisiones que le había encomendado y lo encarceló; poco después, lo expulsó del país.

Por último, durante el invierno de 1910, ingresó al Monasterio Franciscano de Brookland, en el Distrito de Columbia, donde acaba de fallecer.



— Con mi 53 cilindros, hago 250 k. por hora, y hasta la fecha no me he roto el alma.
— No se impaciente, señor, ya llegará.



¿Qué es chic?

"¿Qu' est-ce le chic?" ¿Qué es chic?, es un asunto que se discute actualmente con calor en París. El problema lo puso, por casualidad, sobre el tapete, la princesa Lucien Murat. Criticando unos vestidos, declaró que no eran hermosos.

—Pero son chic, le contestaron.

—¿Y qué es chic? — preguntó la Princesa.

Bastó la pregunta para que la discusión se hiciera general en todo París, en toda Francia y, en rigor, en todo el mundo.

La propia Princesa, a quien un diario parisién le pidió su opinión acerca de lo que es chic, dijo:

"El chic es hecho de nada. Depende más de la manera cómo se lleva la cabeza que de la manera cómo se llevan los vestidos. Sin traje alguno, una mujer puede ser chic. Eva, modestamente vestida con hojas de higuera en el Jardín de Edén, eclipsaba a todos los pájaros, con su suprema elegancia."

Una famosa modista parisiense, Madeleine Vionnet, refuta a la Princesa, diciendo que son los vestidos los que hacen a la mujer. El chic es una combinación de elegancia, gracia y sentido de las proporciones oportunas, declaró.

Un gran pintor, Van Dongen, dice que el chic es un don, como el talento. Algunas mujeres son chic con vestidos que les cuestan unos pocos centavos y otras tienen un aspecto horroroso con vestidos que les cuestan miles de francos.

Casi cada opinión que se ha emitido, difiere de las otras. Nadie está de acuerdo con nadie. Pero parece haber unanimidad en que los vestidos que sólo llegan a la rodilla, para las mujeres adultas, no son chic, y la tendencia reciente a hacerlos tan tontos va a ser sofocada, dicen, en su principio.

En los Estados Unidos la discusión se ha hecho también general.

Harry Collins, modisto, dice que la personalidad es el principal factor del estilo y que una persona no puede ser chic sin tener personalidad.



MARTIRIOS IGNORADOS

La sombrerera: — ¡Un poquito más levantada la cabeza, señorita! ¡Eso es! Con ese sombrero hay que tener siempre la cabeza así...

Herry F. Farrar, creador de modelos, dice que hay más de diez y seis accesorios que contribuyen a dar chic al traje de una persona y a menos que una mujer no tenga un traje perfecto en todos sus detalles, no será chic.

Eva Gauthir, dice que una persona desagradable puede ser transformada en agradable y chic con sólo llevar el traje apropiado. El chic, agrega, es la expresión perfecta de su tipo determinado por medio del traje adecuado.

Aline Bernstein dice que el traje no tiene relación alguna con la personalidad; ésta viene directamente del alma de la persona.

Arnold Gentre, famoso fotógrafo de Nueva York, dice que el chic es una expresión individual que no tiene nada que ver con las modas dominantes.

Neysa McMein, pintora, dice que ojalá alguien pudiera explicarle con claridad y precisión, qué es chic, pues ella no lo sabe.

Como se ve, hay más unanimidad en los Estados Unidos, que en Francia, en cuanto al significado de la palabra chic; y sin embargo, es y seguirá siendo una palabra que se usa día a día en todos los idiomas.

Nelson Yanes

Esta frase:

"El preferido en todo el mundo" podría parecer antojadiza si se aplicara para pregonar la bondad de un producto cualquiera.

Pero cuando esa frase

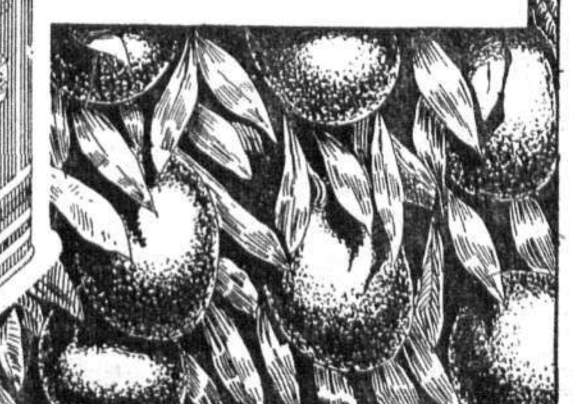
se refiere al producto

OLIO SASSO

responde a una realidad incontrovertible y no hace más que traducir la existencia de un fenómeno universalmente constatado porque en verdad, por su calidad superior, el **OLIO SASSO** es el aceite preferido en todo el mundo.

C. V. BERNARD
Buenos Aires.

OLIO SASSO
GARANTITO DI PURA OLIVA
P. SASSO E FIGLI
ONEGLIA





La hora del te

María Agustina dejó de leer. Era la hora del te, del reconfortante y aromático te servido por Lucía, la mayor de las hermanas, en las viejas tazas de porcelana blanca con dibujos azules, mientras la madre untaba rebanadas de pan en manteca y Clarisa, la golosa, ponía mermelada en la dulcera.

Como ahora estaba sola en la casa, tenía que hacerlo todo ella, y abandonó su silla; de paso, fué a dejar el libro sobre la mesita, junto a la ventana; tras los cristales veíase el cielo de otoño, sin color, pálido, triste.

Por la acera pasaba una mujerona en batón, despeinada, con una pañoleta granate sobre los hombros. Llevaba un canasto y sonreía a los transeuntes.

Ya habían encendido la araña de la casa de enfrente; las lamparillas, veladas por las cortinas de tul, arrojaban una luz extraña, casi fantástica; ¿qué cosas pasarían, ocultas por los visillos azules, en la lujosa sala de muebles tapizados?

María Agustina sonrió. ¿Por qué se le ocurrían esas preguntas? No lo sabía. Pero siempre había sido así, y a veces le pesaba el serlo, tanto le dañaba ese continuo interrogarse.

Volvió a recordar el te. Era necesario ir a prepararlo, no sólo por ella; pronto vendría la madre, cansada de sus compras; también Clarisa, de la escuela, con las mejillas rojas aun de placer por el último piropo recogido en el camino, y Lucía, de su visita a las tías generosas y ricachonas. Y llegarían convencidas de encontrar las tazas alineadas sobre la mesa, el te hirviendo en la jarra, el pan cortado... Todo igual; siempre igual desde que ella recordaba su casa. ¿Cómo romper con la dulce costumbre?

—Ni pensarlo... —murmuró.

En aquel hogar suyo la existencia, hasta en los más ínfimos detalles, era siempre la misma: una opaca, una honesta existencia estrecha y rutinaria... Y no sería ella, no, la que, con su sed de novedad y sus escasas fuerzas, lograría mofidicarla. Aquello era así, irremediablemente.

Hizo un esfuerzo. Había que irse a la cocina, a poner a calentar el agua. Pero no se movió; continuaba en su sitio, como clavada en él...

Poco a poco, fué invadiéndole una punzante sensación de abandono... Caía sobre ella toda la melancolía del crepúsculo. ¡Y estaba sola, con sus interminables preguntas y sus deseos indefinibles!...

Luego pensó que ésa era la hora en que en las novelas, las damas elegantes se envuelven en sus abrigos, se enjoyan, se perfuman y salen a pasearse por las calles resplandecientes, detiénense frente a los escaparates, compran ramitos de violetas a los floristas, o bien entran en las tiendas en busca de chucherías, y viven, viven la verdadera vida mientras andan detrás de ellas los caballeros ricos con sus galanterías y sus miradas codiciosas...

De pronto se encontró con su cara en el espejo del aparador. No era tan fea. Bien podría, con sus ojos y su piel blanquísima y fresca, llevar ropas finas, ser guapa y atraer la mirada de los hombres. ¡Los hombres! Pensó en los que venían a su casa: visitantes de las tardes domingueras; hijos de amigos de sus padres, compañeros de oficina del novio de Lucía, todos excelentes muchachos.

Con uno de ellos simpatizaba; eran casi novios. Le regalaba sistemáticamente una caja de bombones cada fin de mes, y le decía que la quería mucho. Así, simplemente: «La quiero mucho, María Agustina», y no agregaba una sola palabra más.

Ella estaba segura, hasta orgullosa de este amor silencioso... ¡Amor! ¡Qué honda seducción tenía para ella esa palabra recogida en las novelas y en algunas confidencias de amigas desdichadas a quienes los novios abandonaban!...



Miró a su alrededor. Nada allí le hablaba de amor. La habitación, con sus modestos muebles, decía de limpieza, de tranquilidad, de honrada y noble paz, pero no de amor...

María Agustina cerró los ojos... Quizás, allá lejos, en medio de la ciudad, bajo el pálido cielo de otoño, quién sabe dónde estaría aguardándola el amor... ¡Oh, sí, la aguardaba a ella, que tardaba en venir!, se lo decían sus anhelantes veinte años...

De nuevo la dominó un afán de preguntas: ¿Cómo sería? ¿Rubio? ¿Moreno? ¿Tendría ojos hermosos? Sí. Ella lo quería con ojos hermosos, claros, penetrantes y a la vez sumisos...

Las sombras se hacían más densas; abríanse las primeras estrellas en el cielo de otoño, y, por la calle, un ligero airecillo arrancaba algunas hojas de los árboles y sonrosaba las mejillas de las muchachas paseanderas.

Le pareció que también llegaba hasta ella la fría caricia. Se estremeció,

Bruscamente, poderosamente, la sacudió el deseo de salir, de irse por las calles iluminadas... ¿Qué mal había en ello? Pondría la mesa, dejaría la llave del departamento en el sitio acostumbrado y se iría por un rato... Hasta podía estar de vuelta antes de que regresasen la madre y las hermanas; era por un momento, un segundo... decíase convenciéndose a sí misma.

Corrió al dormitorio.

Abrió el ropero, sacó su vestido nuevo, y como todavía no le habían comprado sombrero de terciopelo, se probó el de Lucía. Le quedaba perfectamente.

Cuando se halló vestida, frente al espejo, se asustó. Los ojos le brillaban con un raro fulgor. Estaba un poco pálida, y le flaqueaban las piernas.

Se abrigó con la piel. Después de pasarse por última vez la borla de polvos por la cara, salió de la habitación. Ya en la puerta, recordó que no tenía dinero. Volvió a buscarlo, llevándose, además, unos billetes que la madre había guardado en una cajita. Quería darse todos los gustos. Todos. Estaba como loca; afiebrada, llena de repentino y pujante entusiasmo.

Al rato de andar, pensó en las tazas que descansaban en el aparador, en la jarra vacía dejada sobre la cocina, y se echó a reír... ¡Bien podían esperarse las señoras tazas! Ella estaba hoy de paseo. Siguió caminando. Al pasar por un escaparate vió su rostro reflejado en el

vidrio; unos ricillos se le habían escapado del sombrero, prestándole cierto encanto de niña traviesa. Esto la alegró.

Iba por la calle Sarmiento. Pronto llegó a Florida. Mentalmente recontó el dinero que llevaba en la cartera. Dobló, y, con infantil aire resuelto, penetró en una confitería. Nunca lo había hecho sola, y la impresionó el salón con su atmósfera perfumada, su extravagante decorado y el cálido rumor de la charla mundana.

Por un momento, entornó los párpados. Luego llegó hasta una mesa y se hundió en el sillón.

Frente a ella, el mozo aguardaba.

Sintió hambre. Quiso pedirle te con leche y algunas masas, pero tuvo una visión; el comedor de su casa. La ventana, recortando un pálido cielo de otoño, y Clarisa sacando mermelada de la dulcera...

Vaciló.

— ¿Qué se sirve, señorita? — apuró el hombre.

No sabía qué pedir. Débilmente, con voz que hizo inclinar al mozo para poder oírla, murmuró:

— Quiero eso... Eso... — repitió, señalando a una mujer de boca pintada que en la vecina mesa terminaba su segundo «cocktail».

El mozo sonrió.

— Un cubano ¿no? ¿Cómo lo quiere? ¿Dulce?...

— Dulce, dulce... — respondió al azar.

La orquesta ejecutaba una melodía oriental; un canto monótono, lleno de incomprensible y pausada desesperación... Suspiró.

La gente se iba. Quedaron muy pocas mesas ocupadas... Un señor de edad pasó junto a ella y la miró. Tuvo miedo; pagó al mozo y salió.

Sentía calor; tenía la boca amarga y la cabeza le daba vueltas. Se quitó la piel y respiró con fuerzas. Comenzaban a circular los vehículos. Una doble fila de automóviles atronaba el aire con el grito impertinente de sus bocinas. Tras las ventanillas asomábanse los rostros de las bellas mujeres. Y la entretuvo el espectáculo: algunas llevaban prendidos ramilletes sobre el pecho. Otras, al moverse, hacían ondular largos pendientes cuajados de piedras preciosas.

Una pasó, refugiada en un rincón del interior todo gris. Era morena, con los labios manchados en carmín, ojerosa, y sonreía a algo, María Agustina no sabía a qué, que al parecer tardaba en llegar.

Esto la dejó pensativa... Entonces, ¿había mujeres que aguardaban? ¿No era sólo ella, la pobre María Agustina, a quien todavía ni siquiera sombrero de invierno habían comprado, la que esperaba?

El descubrimiento debía alegrarla; sin embargo, ideas rebeldes nacían en su cerebro, perturbándola y prendiendo un extraño resplandor en el fondo de sus ojos.

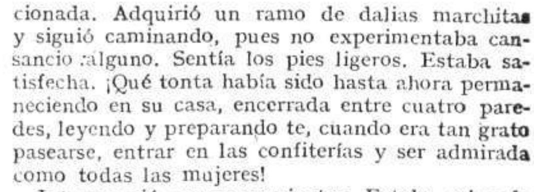
Caminaba... Notó que un joven la seguía; a ratos el vaivén de la gente los unía, y ella escuchaba sus palabras: «Rica... preciosa» ... De pronto, tornaban a alejarse; ella se volvía, temerosa y audaz, y lo miraba, alentándolo; un momento más, y nuevamente él le regalaba los oídos con sus frases... Pero pronto se cansó y apresuró la marcha.

Al llegar a Callao se detuvo frente a la canasta de un vendedor de flores.

— ¿Violetas?

— Se me han terminado, niña... — le dijo el florista.

— ¡Qué lástima! — exclamó, decepcionada. Adquirió un ramo de dalias marchitas y siguió caminando, pues no experimentaba cansancio alguno. Sentía los pies ligeros. Estaba satisfecha. ¡Qué tonta había sido hasta ahora permaneciendo en su casa, encerrada entre cuatro paredes, leyendo y preparando te, cuando era tan grato pasearse, entrar en las confiterías y ser admirada como todas las mujeres!



Interrumpió sus pensamientos. Estaba mirando el reloj de una joyería: ¡las nueve de la noche! ¡Y ella sola por las calles! ¿Qué dirían en su casa?

Le quedaban algunas monedas, e hizo detener un automóvil.

Durante el trayecto se imaginó la escena: seguro que ya habían terminado de comer; aún estaría el mantel sobre la mesa. Ella entraba en la habitación con su vestido nuevo, el sombrero de Lucía, y sus ojos,— ¡oh, sus malditos ojos!, murmuraba, restregándoselos,—en cuyas pupilas se reflejaba la emoción de la aventura... El padre la miraría fijamente; sus largos bigotes temblarían de cólera... ¡Ya todos sabrían que ella había también robado, sí, robado, los billetes de la cajita! La madre lloraría y gritaría; las hermanas, ¡oh, las buenas hermanas! No quería ni pensarlo... Le pareció que se iba a morir, allí, dentro del coche, sola, con el ramo de flores en la mano, mientras el chofer seguiría, como ahora, silbando ese tango sentimental, y afuera, la gente continuaría su camino... Cerró los ojos y se apoyó en el respaldo.

Varias cuadras antes de llegar a su casa descendió del coche, y se echó a correr desesperadamente. Perdía las flores, pero esto no le importaba; ella seguía corriendo...

Las calles estaban desiertas. El vientecillo de la tarde habíase intensificado, y caían a montones las hojas secas de los árboles.

Otra vez, en el reloj de un almacén, vió la hora ¡las diez menos cuarto! Entonces ya no pudo más. Despacio, vencida por una inmensa fatiga que de pronto cayó sobre ella, continuó el camino.

Dobló por otras calles, y siguió adelante... Ya no pensaba en nada. Gruesas lágrimas mojaban su cara...

Estaba rendida. Le subía a la boca, asqueándola, el agrio sabor del líquido bebido en la confitería.

Llegó a una calle desconocida, escasamente iluminada por un solo foco eléctrico. En el zaguán de una casa jugaban unos niños; se oían sus grititos y sus carcajadas.

Oyó pasos detrás de ella, pero no se volvió. Alguien ensayaba escalas en un piano desafinado... El transeunte comenzó a hablarla; su voz inspiraba confianza, pero ella no le contestó nada. Entonces, él la cogió del brazo y le preguntó adónde iba, tuteándola. No tenía fuerzas, ni deseos de defenderse, y siguió con la cabeza gacha...

Así anduvieron algunas cuadras.

Debajo de un farol lo miró. ¡Dios mío! ¡Con el que había soñado! ¡Con él, con sus claros ojos penetranes y, a la vez, sumisos! Comprendió que ya nunca más vería las tazas blancas con dibujos azules... Inclinó su desfalleciente cabeza sobre el hombro del desconocido, y se dejó llevar por las calles mal iluminadas, bajo el estrellado cielo de otoño, mientras caían, sin cesar, las hojas de los árboles.



Luisa Sofovich

La música

La ciencia moderna, lo mismo que la antigua, cree que la música tiene la capacidad de lenificar dolencias psíquicas, y la disparidad se reduce a que antiguamente era muy popular la convicción de que la música podía curar también los achaques corporales. El filósofo Boecio refiere en el primer libro de su obra "De música" que un cretense, llamado Thales, curaba con música la peste entre los espartanos, y al mismo arte atribuye la "Iliada", de Homero, el mérito de haber librado el campamento griego de idéntica epidemia.

Teofrasto de Eribos, discípulo de Aristóteles y cofundador de la escuela peripatética, pretende curar la ciática con música, y recomienda, como particularmente propias para este objeto, ciertas melodías frigias.

Como específico contra la picadura de serpientes venenosas aconseja la música de los instrumentos de viento. De Diógenes Laercio nos cuentan algunos antiguos tratados de medicina que este sabio encomiaba el valor de la música para el tratamiento de inflamaciones articulares, y del neopitagórico Apolonio se dice que ha logrado curar una mujer epiléptica de la misma manera.



La señora. — El afilador de tijeras está en la puerta. ¿Tienes algo que afilar?
El señor. — No. Pero dile que llame en lo de Pérez, cuyas podaderas están muy romas, y mañana se las voy a pedir prestadas.

Drault, un médico bordolés, afirma la posibilidad de curar la tisis con ejecuciones musicales, y Pierre Bourdelot relata en su "Histoire de la musique et ses effets" que una vez consiguió curar de su ninfomanía a una joven y fea andrajosa dando en su presencia tres veces al día conciertos que se componían exclusivamente de melodías muy dulces y suaves.

Si la Biblia nos cuenta que David con el tañido de su arpa curó al rey Saúl de su melancolía, nadie se sorprenderá de este hecho, porque todos sabemos que en estado de psíquica depresión no hay remedio cuyo efecto iguale al de la música. Varios escritores han apuntado que la música puede ser de altísima trascendencia para el refinamiento de la vida sentimental, para la intensificación de la emotividad, y la ciencia moderna comparte también esta opinión, porque sabemos que la ocupación con un arte cualquiera y muy especialmente con la música, tiende a hacer nuestra alma más noble y delicada.

Literatura

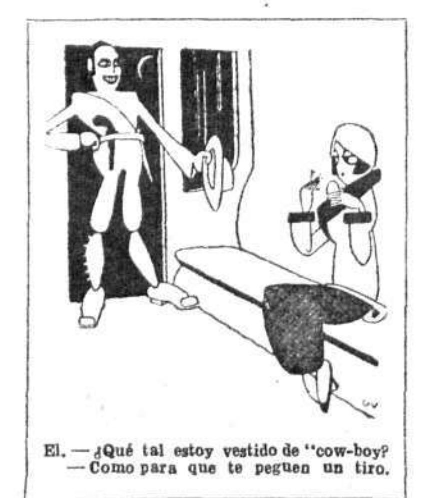
Creo que la alegría es un misterio tan hondo como la tristeza, y creo que hay un matiz de gozo espiritual que es a la alegría lo que la melancolía es a la pena.

Tristeza y alegría tienen motivo y causa: sin causa y sin motivo nacen las almas inclinadas al gozo o melancólicas: todo es vibración y todo acaba en lágrimas. Y las cosas bellas y las palabras que han salido del corazón y las entonaciones cariñosas, y los silencios que están llenos de alma, y los versos que hacen llorar, y el cielo que está azul y el sol que es oro, y la niebla que cae como ceniza, todo cae sobre los corazones, y en los melancólicos causa una depresión como un valle que está anocheciendo y en los predestinados al gozo una exaltación como una montaña sobre la que estuviese el mediodía; pero el valle vibra y la montaña vibra, y en una y en otra nacen flores. Y son flores hermanas, porque sobre de ellas está el mismo rocío, porque el gozo exaltado hace llorar como la exaltada melancolía, porque el alma "no puede con sus pensamientos".

No compadezcamos a los tristes; no desdeñéis, tristes, a nosotros los que veis alegres. ¿Qué más da una sonrisa que un "¡ay de mí!"?

Pero lloremos juntos por los que no saben reír ni suspirar.

G. MARTINEZ SIERRA.



El. — ¿Qué tal estoy vestido de "cow-boy?
— Como para que te peguen un tiro.

LOS POETAS

El poeta tiene cuatro fases: el naturalismo, la historia, la filosofía, la gramática. Tiene cuatro ángulos: la ciencia de las cosas, la ciencia de los hechos, la ciencia de las ideas, la ciencia de las palabras.

De la ciencia de las ideas combinadas con la ciencia de los hechos, surge el pensamiento.

De la ciencia de las ideas combinada con la ciencia de las palabras resulta el estilo.

Todos los poetas han tenido un sujeto dominante que llenó sus obras y brilla en los títulos diversos y caprichosos de sus poemas. Dante hizo "El Infierno"; Milton, "El Paraíso"; Hesiodo, Virgilio y Goethe, hicieron la Naturaleza; Shakespeare, Corneille, Moliére y Byron, el corazón; Lamartine, el alma.

VICTOR HUGO.

Sirlin Hnos Muebles

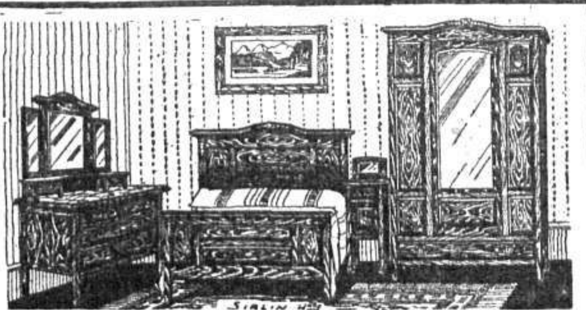
Ofertas Interesantes en Nuestros Grandes Almacenes de Muebles

CORRIENTES 1172-80
BUENOS AIRES

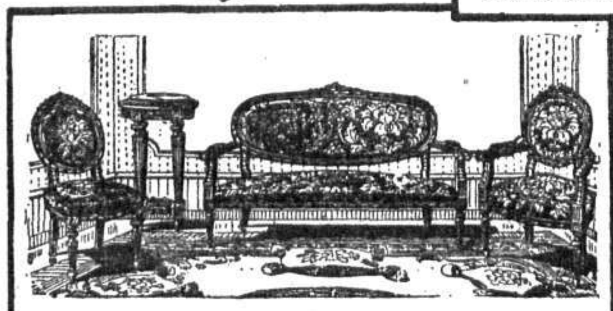
Mientras dure la reedificación total de nuestro edificio, única entrada por el 1180.

CATALOGOS:

General de Muebles, edición Nº. 9
Camas de Bronce, „ „ 4
Camas de Hierro, „ „ 2



DORMITORIO, construído en roble macizo, lunas biseladas, mármoles de color, herrajes y aplicaciones de bronce; compuesto de 1 ropero 1 cama matrimonial con elástico «Patentado», 1 «toilette» cómoda y 1 mesa de luz a .... $ **290.-**



JUEGO DE SALA, dorado «París», armazón de nogal tallado, ovalado, tapizado en lampás de seda; compuesto de 1 sofá, 2 sillones y 6 sillas. El juego completo, rebajado a...... $ **320.-**



MUSIQUERO construído en madera «meple», tallado alto reil ve, con artístico «panneau», óleo dorado «París», divisiones internas, a.................. $ **140.-**



CAMA DE BRONCE, modelo 59, electro dorado, colores inalterables elástico de hierro con estiradores; 2 plazas, metros 1.40, a $ 150; de 1 ½ plaza, metros 1.05, $ 125.—; de 1 plaza, metros 0.90, a.. $ **90.-**



COMEDOR construído en roble, forma bombée, compuesto de 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas reforzadas esterilla, 1 mesa con tabla repuesto, lunas biseladas, mármoles de color. Completo $ 340.—. Aparador y trinchante .... $ **235.-**



JUEGO DE MIMBRE, modelo 1401, en color natural, reforzado, modelo de gran aceptación; compuesto de 1 sofá, 2 sillones, 2 sillas y 1 mesa. El juego completo de las 6 piezas, a.. $ **38.-**
El mismo juego substituyendo los sillones por 2 hamacas, a.................................. $ **44.-**



SILLA de Viena, importada, asientos y respaldos estampados, artículo muy reforzado. La media docena $ **40.-**



GUARDARROPA, modelo ideal, imitación roble, cedro, caoba, herrajes de bronce,....... $ **130.—**
El mismo en roble macizo, norteamericano, $ **180.—**



Hay horas en la vida, en las que el comentario de tal o cual acontecimiento de actualidad, una frase que evoque, como un trazo de luz, el paisaje casi olvidado, hace surgir de la bruma del recuerdo las escenas tan lejanas ya, pero que parecen adquirir hoy nuevo relieve... Los círculos más destacados de nuestra aristocracia, han tomado viva participación en los acontecimientos que se desarrollaban tierra adentro, en la histórica y muy docta ciudad, conmovida hondamente por la reciente lucha electoral; el ocuparse de política era, pues, *en estos momentos*, una nota de alta distinción, y convengamos también, de interés intenso y verdadero, para las que hemos desgranado horas muy serenas de nuestra vida en aquella región encantadora...

Al escuchar, hoy, el comentario mundano que detalla el éxito de las fiestas realizadas en honor de dos eminentes personalidades políticas — la crónica enumera especialmente el "garden party" o el almuerzo en los "links" del golf; luego, la función de gala y el baile brillantísimo en el que participara con singular lucimiento un precioso grupo de porteñas — retrocede involuntariamente nuestro espíritu, para evocar la visión del pasado que revive, pero sin anotar los lustros transcurridos. De la bruma del recuerdo surge entonces la visión de dos bellísimas figuras femeninas: una de ellas, allá en el romántico paisaje paraguayo, donde se nos antoja ver cruzar aún, aquella silueta de tan suave y soñadora belleza, que fuera elegida para compañera de su vida, por el eminente político que asume nuevamente hoy el gobierno de su provincia natal. Allí en tierra extraña para ambos, y donde el jefe del Estado era el más entusiasta admirador de la bellísima oriental que desdeñó serenamente sus homenajes, se inició el romance sentimental de la dulce criatura que admiráramos más tarde, cuando, unida al inteligente y culto caballero argentino, erguía su armoniosa figura, con la obscura cabellera constelada de diamantes, en la sala inolvidable de la Opera.

Años después, es el recuerdo de otra figura femenina, *que nos* cautiva entonces por la belleza perfecta de *su rostro*, por la esbelta y fina silueta que, como elegante amazona, domina la cabalgadura que la lleva sierras arriba, en un paseo que puede haber sido una de las primeras páginas del romance juvenil; a su lado, el futuro gobernante, que conserva hoy, a pesar de los años transcurridos, la línea impecable del hombre joven y elegante, la sonrisa cordial que no ha logrado amargar la lucha intensa... Involuntariamente se suceden ahora, como un reflejo, las escenas vividas en el *riente paisaje*, en aquella serena placidez de la *estancia cuyo nombre* fuera siempre como el símbolo apacible de aquel retiro en cuyos corredores resonaban las risas de los grupos juveniles que organizaban las animadas excursiones presididas más de una vez por el ilustre hombre de estado, que elegía su vieja casa criolla, para disfrutar en ella de alguna temporada de descanso; las cabalgatas se dirigían entonces a la quebrada del Diablo, a San Jorge, Los Mogotes, Santa Catalina...

La alegría juvenil dominaba, al parecer, las más hondas preocupaciones políticas, y una fina, maliciosa sonrisa del general-estadista, subrayaba la ocurrencia del grupo de amigos que había decidido obsequiar a la bellísima amazona con un *zorrito* que era una verdadera preciosidad, al que había dado caza un paisano de los alrededores; el travieso *bicho* pudo lucir desde entonces, en su condición de prisionero de lujo, la primorosa cadena que sujetaba a todas horas una *fina y aristocrática* manecita de mujer... Otras veces, en noche de expansión y de alegría, cuando vibraba en los comedores el rasgueo de las guitarras, o se bailaba con entusiasmo y en plena mascarada, evoca el recuerdo la feliz ocurrencia con que un futuro gobernante llegó a vestir, por breves horas, galas femeninas, sin que ninguna de las jovencitas que formaban el grupo más alegre de la fiesta, en aquella noche de febrero, llegase a sospechar siquiera, cuál fuera la verdadera y peligrosa personalidad de aquella amiga y confidente.

Pero hoy, en el brillante baile oficial celebrado en la histórica y muy docta ciudad, no se revela ya aquella noche de chispeante y despreocupada alegría de otras épocas... En la fiesta resplandeciente rinde la sociedad entera su cariñoso homenaje a *dos ilustres personalidades políticas*; pero, ¿quién recuerda aquel reflejo de las pasadas escenas? El aristocrático círculo que representa a la alta sociedad porteña en tan señalada ceremonia, se va desgranando poco a poco; nadie ha llegado a sospechar, en medio de la brillante fiesta, que en breves momentos, ese aristocrático circulillo que se disgregaba cuando la fiesta estaba en su apogeo, había de congregarse a esa hora, unido en ansiosa expectativa en el sanatorio en que podía peligrar una vida en flor, que era a la vez la luz y la alegría de su hogar; una vez más, unía la vida la fiesta del mundo, a la angustia *más intensa*...

Y una vez más, también, el comentario, que evoca *como un trazo de luz* las escenas casi olvidadas, me ha hecho revivir las horas gratas y serenas y desgranadas ¡hace tantos años! allá, en la encantada región de los valles apacibles, de las serranías cubiertas de vegetación: para las figuras tan juveniles, de aquella época plena de sutil encanto, ha llegado *ya la hora serena que precede al ocaso*...

Quede, a las que participamos entonces de la amplia hospitalidad de la vieja casa criolla, del afecto cordial de los que formaban aquel h o g a r, la íntima satisfacción de ver comprendida y valorada la obra del hombre de pensamiento que mantiene con tan brillantes y firmes prestigios la herencia de un nombre ilustre.

La dama duende.

Buenos Aires, junio 19 de 1925.

PEQUEÑOS POEMAS

LA FUENTE DE ALEGRIA

Tu me dirás, después, quizá, algún día,
Ante esta singular sonrisa mía:
"¿Estás contenta?... Te creía triste..."
Y mi voz te dirá, serena y pía:
"La dulce pena eterna que me diste,
Esa ha sido mi fuente de alegría."

UNA PALOMA BLANCA SOBRE EL AZUL DEL CIELO...

Beatitud de la tarde de verano.
Sobre el azul quimérico y lejano,
Una paloma blanca va en su vuelo.
Voy a extender, en amplio gesto hermano,
El brazo, y que ella venga desde el cielo
A posarse en la palma de mi mano.

PROFESION

Consagración de amor, ofrenda plena:
Dulzura de ser tuya y de ser buena;
¡Santa fe de quererte hasta en la muerte!
Seguridad de que eres en mi suerte
El principio y el fin, la luz, el Todo:
(¡Ya nunca podré verte de otro modo!)
Amor de amarte con total ceguera:
Cierro los ojos y ya vivo en Ti.
¡Hondo anhelo sin fin de quien espera
La Eternidad, para adorarte allí!

Rosa García Costa

Lo que Anatole France pensaba de las mujeres

Una mujer es franca cuando no miente inútilmente...

Nosotros ponemos el infinito en el amor. La culpa no es de las mujeres.

En el amor la mujer se presta más bien que se da...

La mujer es la grande educadora del hombre; ella le enseña las virtudes encantadoras, la urbanidad, la discreción, y esa altivez que teme ser importuna. Ella enseña a algunos el arte de gustar, y a todos el arte útil de no desagradar. En fin, junto a ella se penetra uno de la idea que los sueños del sentimiento y las sombras de la fe son invencibles, y que no es la razón la que gobierna a los hombres.



FRACASO TACTICO

Ella. — ¿Dejaste que papá te ganara al billar, como te aconsejé?
El. — Sí; pero me dijo que un contrincante que jugaba tan mal no merecía la mano de su hija.

Este incomparable escritor, artista y diletante, apreciaba mucho a las mujeres y se complacía en su compañía, les demostraba una galantería respetuosa que es muy rara en nuestra época egoísta.

Esta es la razón por la cual no era feminista en lo que se refiere a las reivindicaciones sociales que tiene por objeto la igualdad de sexos. France decía que el hombre, considerando a la mujer como una igual, aparecería en la lucha por la vida como un contrincante muy duro; ya no daría prueba de consideración hacia ella, consideración con que se afirma la protección reclamada por el sexo más débil.

En apoyo de esta opinión, recordaba a menudo la brutalidad con que los hombres tratan a las mujeres en los autobuses, a fin de obtener los asientos antes que ellas.

Para el célebre autor de "Thais", el poderío de la mujer reside únicamente en la invencible seducción de sus encantos.

El injerto a un millonario

El financiero americano Mc Cormick, que ha sufrido en París la operación de injerto en la glándula intersticial de otro hombre, por él pagado espléndidamente, se encuentra en excelentes condiciones, y los médicos derraman a los cuatro vientos boletines optimistas. Mac Cormick podrá salir muy pronto del hospital y embarcarse para los Estados Unidos. ¿Podremos observar su rejuvenecimiento?... No, porque el doctor Voronoff, el famoso científico ruso, hablando con un corresponsal de la *Chicago Tribune* de los injertos de las glándulas intersticiales por él operados hasta 1919, dice que el pleno efecto de tales operaciones no puede ser sentido sino tres años después, y que ésta ha sido la razón por la cual no ha dado cuenta de sus trabajos, hasta hoy, a la Sociedad Quirúrgica Francesa. Voronoff se prepara para presentar ese dictamen en octubre próximo. En esa ocasión hará una operación de trasplante de glándulas delante de los miembros de la sociedad citada; exhibirá a cierto número de pacientes rejuvenecidos y mostrará algunas fotografías interesantes. "Uso diversas glándulas que extraigo de chimpancés que recibo del Africa, ha declarado el doctor Voronoff; especialmente la glándula tiroides para los niños que tienen un desarrollo mental débil, y las glándulas intersticiales para el rejuvenecimiento de los viejos. El éxito de estos injertos me convence de que los órganos del chimpancé pueden ser perfectamente trasplantados al cuerpo humano. Estoy haciendo ahora algunos experimentos en este sentido. El chimpancé es la única especie de la familia del mono que puede ser usado para esta operación, porque el chimpancé es maravillosamente semejante al hombre en su constitución. Los órganos de un chimpancé son casi idénticos a los de un hombre, y cuesta trabajo distinguir entre la sangre de uno y otro. Pero un joven chimpancé que disfrute de buena salud, me cuesta ahora de 3.000 a 5.000 francos." El doctor Voronoff paga de su propio bolsillo todos los gastos que requieren estas operaciones de injerto de glándulas. Es hombre rico, pues se casó con una americana, de la que heredó una gran fortuna. "Yo nunca he pretendido, ha dicho Voronoff, transformar a un viejo en joven, de modo que el anciano de ayer pueda hoy trepar a los árboles y bailar el tango. Lo que únicamente afirmo es que la vida de un hombre puede rejuvenecerse en veinte o treinta años, y sus facultades hacerse más vigorosas."



BATACLANADA

—¿Cómo llaman aquí al director de escena?
—Otario...
—¡Ah! Yo creía que era zanahoria...




Maurice Chevalier
El genial "Chansonnier" y fantasista cómico del Teatro Porteño, ídolo de los públicos europeos, que por su admirable creación de las canciones de más éxito, tantas imitaciones ha provocado.
HOY, al ofrecer los discos de sus más selectas interpretaciones, brindamos la oportunidad de admirarlo y deleitarse oyendo tan maravilloso artista en la "CONCERTOLA".
Discos Dobles Pathé de 29 centímetros $ 4.50 cada uno
(Para tocar con la púa de záfiro)
Je ne peux pas vivre sans amour. Shimmy.
Quand il a une femme dans un coin. Chansonnette.
Les ananas. One-step.
C'est pas grand chose. Fox-trot.
Mesdemoiselles. Chansonnette.
Avec le sourire. Chansonnette.
Pour bien réussir dans la chaussure. (Dedé.) Chansonnette.
J'ose pas. (Dedé.) Shimmy.
Para repertorio completo de discos de "Chevalier", solicite catálogo N.º 29.
Concertola
AMERICA
Concertola Nº 12
la última creación de arte y elegancia.—Regio mueble en roble ahumado estilo "Jacobin".—Con doce piezas, 600 púas y embalaje gratis.......... $ 525.-
Otros modelos desde $ 36 hasta $ 1.250.—Facilidades de pago.—Catálogos gratis.
CASA AMERICA
SOCIEDAD ANONIMA Lda
Avenida DE MAYO
979
BUENOS AIRES
NECESITAMOS AGENTES ACTIVOS EN CADA LOCALIDAD



"La emigrada", de don Vicente Martínez Cuitiño

La compañía dramática nacional de doña Camila Quiroga inauguró el teatro Ateneo con el estreno de la comedia en cuatro actos, "La emigrada", de don Vicente Martínez Cuitiño. Digamos ante todo que el público se encontró agradablemente sorprendido por la disposición interna de esta nueva sala de espectáculos, construída con cuantos detalles de comodidad y de elegancia puede ofrecer la arquitectura moderna, y que recibió la presentación de la compañía con especiales muestras de simpatía.

La nueva producción del señor Martínez Cuitiño es, como la mayoría de sus obras, un estudio de costumbres y de ideas corrientes, más que la exposición de un pensamiento. En ella muestra el desarrollo de una vida de mujer, esposa de un hombre sin decoro, a quien no ama ni estima; decidida a libertarse de los lazos con que la sociedad la sujetó, no por una pasión, ni siquiera por un afecto, sino solamente por conservar su dignidad y su orgullo, abandona su posición, su familia y su patria, acompañada por un primo generoso y desinteresado, para ir a triunfar en París, y construirse una existencia aparte. La gente que rodea esa figura central, fuera de ese primo, Talo, cuyo cariño es tan noble que resulta excesivo, son corazones secos en que el egoísmo lo agosta todo; el padre mismo es un viejo político que únicamente cuida su situación; los hermanos quieren que la pobre señora siga sacrificándose a sus ambiciones mezquinas: los pasajeros del transatlántico (pues que el comediógrafo no suprime los incidentes del viaje), son tiburones que ven en ella fácil presa. Se transforma, por fin, en una gran artista; el público de Francia le acuerda la gloria y la fortuna, y ella se defiende de los que destruyeron su vida, declarándose manumitida de toda obligación.

Es un extraño tipo de mujer, por cierto. No ha conocido el amor y no cree en él; sólo ha visto intereses y conveniencias a su rededor; pero, ella, también es digna hija de su familia, de egoístas. Es una figura quizás algo imaginaria y convencional, pero es una figura teatral, cuya composición da motivo a enseñar en las tablas ciertas pequeñeces y muchas ruindades de la especie humana.

La señora Quiroga personifica ese tipo femenino con admirable riqueza de matices y con una espontaneidad sincera, que es una nueva cualidad para ella, y a su lado, las señoras de la Vega y Arnedo, y los señores Bouhier y Olarra reafirman su buen nombre artístico.

"Cancionera", de los señores Serafín y Joaquín Alvarez Quintero

La señora Lola Membrives ha vuelto al Buenos Aires de sus primeros triunfos, consagrada por la escena española, bien que no necesitaba tal título para dominarnos con su arte; pero, como el hijo travieso que se marchó a lejanas tierras, parece que no hubiera querido retornar al hogar sino acompañada por la ilustración de Benavente o de los hermanos Alvarez Quintero.

Los autores andaluces, en efecto, han escrito para ella la comedia con que este año inició su temporada en el teatro Victoria, y han encontrado en el delicado fervor de sus interpretaciones escénicas el motivo de una producción magnífica que agrega una joya más a su obra regionalista. "Cancionera" es, al decir de ellos mismos, la realización de los cantos populares, que fueron la devoción de toda su vida, la personificación de la voz ignorada, "alma de millones de almas", que en Andalucía florece libre y espontánea, como los claveles, y que es fuente de belleza, vaso de hondos sentimientos, sabiduría del pueblo y regalo de poetas. Con esas canciones han compuesto cuadros deliciosos, llenos de la sencillez pura de los humildes e impregnados de la viva emoción que constituye el carácter dominante de sus creaciones. Los personajes representan los tipos que pintan esos cantos, ya joviales e ingeniosos, ya estremecidos de pasión, dulces siempre, a pesar del acíbar de alguna desesperanza, con la sonrisa en los labios y los ojos humedecidos por la delicia eterna del amor.

La señora Membrives hace en la obra el papel central con la fina gracia y la intensa sensibilidad de una gran actriz. Su voz cálida y expresiva, sus actitudes y movimientos todos, sinceros y propios hasta parecer espontáneos, dan al personaje un relieve imponderable y justifican los elogios que las críticas española y argentina le prodigaron.

"Fuego en el rastrojo", de don Roberto J. Payró

La compañía de doña Angelina Pagano ha estrenado una nueva producción de don Roberto J. Payró; la comedia en tres actos "Fuego en el rastrojo", leal hermana menor de "Marco Severi", de "Sobre las ruinas" y de "El triunfo de los otros". — Entiéndase bien que por hermana menor decimos la más joven, y, por eso mismo, la más pura. — Como si los años le afirmaran los sentimientos de nobleza en la visión del mundo, como si los dolores y las desilusiones le acordaran la facultad de perdonar y de tolerar, Payró ha puesto en la última obra nacida de su pluma una bondad cordial, un calor de amor sincero y de hondos afectos humanos, que dan al espectador la impresión de que la honestidad y la sinceridad aun no han desaparecido, y cuando vuelve a su casa, el que la escuchó encuentra su corazón más generoso y más tranquilo. Y de su acción surge una filosofía de la vida tan recta y desinteresada, que más que una enseñanza, es un sello impuesto a nuestra alma.

La obra nos muestra varios viejos que soportan la fuga del tiempo de diverso modo. El protagonista, víctima de penas de amor antiguas, vuelve después de muchos años a los propios lugares de su desgraciado idilio, y al encontrar allí a su amada, rediviva en la hija que dejó al morir, siente renacer su corazón. El buen amigo que lo recibe en su hogar infecundo, esposo cariñoso de una noble señora, comienza a buscar entretenimientos fáciles con los compañeros de club. El presuntuoso y pintarrajeado vejete que hizo del amor un deporte y que se jacta de felicidades imaginarias, no se resigna a abandonar sus conquistas, bien que la imperiosa artista retirada con quien se unió en un rapto de debilidad, lo arranca de la escena a pescozones. El prudente médico, bien conocedor del alma humana, sabe que envejecer es la ley natural, y se prepara una compañera adecuada a fin de esperar juntos la inevitable desaparición final.

La peor crisis de la vida del hombre es la última llamarada, encendida por la juventud que se va; mucha parte de nuestros dolores postreros vienen de ella, por no haber sabido aceptar con madura conformidad la ley de muerte y renovación que rige todo lo creado.

Semejante tema se desenvuelve en la comedia de Payró con la dulzura de una elegía. No falta, ciertamente, en sus escenas, el rasgo picante e ingenioso, la palabra regocijada y burlona, pero aquél es siempre elegante y ésta bien sentida y sin malicia.

La compañía de la señora Pagano ha puesto en las tablas esta deliciosa obra con real acierto. La propia directora del conjunto ha tomado a su cargo el papel de la señora de Serantes, aquella dama de delicados pensamientos, pundonorosa y fiel, que siempre está pronta a perdonar, y personifica ese modelo con distinción altísima. Las señoras Buza y Barause completan con reales méritos los personajes femeninos. El señor Fregues desempeña el papel principal, el del hombre que cree haber vuelto a tener derecho al amor, y lo realiza con encomiables cualidades de expresión. Deben citarse también a los señores Lliri y Battaglia.

JOSE OJEDA

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838

SOLICITE CATALOGO N.º 21



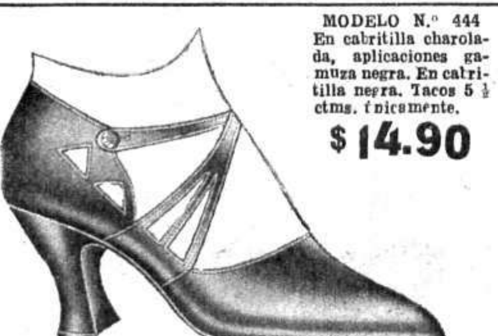
MODELO N.º 442
En cabritilla charolada, aplicaciones de gamuza negra. En cabritilla negra aplicaciones becerro mate. Tacos 5 ½ ctms. únicamente.

$ 14.90



MODELO N.º 443
En cabritilla charolada, aplicaciones gamuza negra. En cabritilla negra. Tacos 5 ½ ctms. únicamente.

$ 14.90



MODELO N.º 444
En cabritilla charolada, aplicaciones gamuza negra. En cabritilla negra. Tacos 5 ½ ctms. únicamente.

$ 14.90



MODELO N.º 428
En cabritilla negra, marrón y charolada. En gamuza negra. Taco de 5 ½ cm. únicamente.

$ 14.90



MODELO N.º 328
En gun metal negro. En cabritilla negra. Liso o picado.

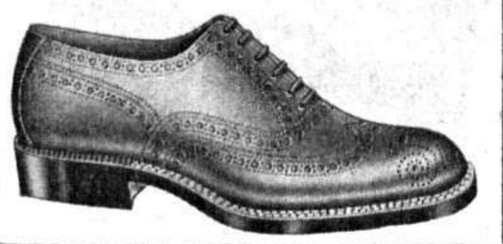
$ 14.90



MODELO N.º 330
En gun metal negro, caña mate, gabardina gris o beige, liso o picado.

$ 14.90

MODELO N.º 335. — En gun metal negro. En gun metal de color. Suela extra reforzada............................ **$ 14.90**



MODELO N.º 317
En gun metal negro...............
En gun metal de color............ **$ 14.90**



Invitamos a cotejar nuestros calzados con los que se vende a $ 25 ó 30 el par.

El progreso femenino



1860



1890



¡Y HOY!

Compre te fino de hojas "Orange Pekoe"

(Fíjese en la etiqueta)

El te de hojas del "plucking", o recolección fina, es más substancioso, de gusto más pronunciado y de excelente aroma.

Pero, es menester que sea "FIVE O'CLOCK", en el cual sólo entran las hojas tiernas y frescas "Orange Pekoe".

Puede Vd. servirse la segunda taza, agregando agua hirviendo, sin necesidad de echar más te en la tetera, y será tan rica como la primera.

Empleando te inferior, que es mucho más flojo, no puede tomarse la segunda taza sin hacer te nuevamente.

Pida FIVE O'CLOCK (Te Sol Calidad Extra)



LIBRITO GRATIS

Pida a los introductores de TE SOL, calle Tucumán, 345, Buenos Aires, el librito de recetas TE SOL, con gran número de recetas nuevas de ricos postres y dulces. Debe acompañarse una etiqueta redonda de las que van pegadas sobre la envoltura exterior de cualquiera de los envases TE SOL, Etiqueta Blanca o Five O'Clock. Si desea que se le mande certificado, para tener la seguridad de que no se pierda en el Correo, debe remitir 15 centavos en estampillas. También puede pedirlo personalmente llevando sólo la etiqueta.

AÑO XXVIII BUENOS AIRES, 30 DE MAYO DE 1925 N.º 1391

CARAS Y CARETAS

FUNDADOR
JOSÉ S. ÁLVAREZ



SILUETAS ARISTOCRATICAS

SEÑORA MARQUESA [illegible] DE ANTINODI

FOTO DE FRANS VAN RIEL



Página • Infantil

Adolfo Blaquier Unzué

ESPAÑA

CARAS Y CARETAS EN EL EXTRANJERO



Don Alfonso y Doña Victoria, acompañados por Primo de Rivera presencian las corridas de feria realizadas en su honor.



Los reyes en su visita a Sevilla, al llegar al palco regio de la plaza de toros, son aclamados por el público que colmaba el redondel.

Durante las fiestas de Sevilla la reina vistiendo el traje típico de amazona andaluza, dió un paseo por la feria acompañada por el marqués de Estella.





Los reyes pasan revista a los exploradores en el acto de serle impuestas al príncipe de Asturias las insignias de instructor honorario.



Los pequeños exploradores madrileños desfilan por debajo de la bandera española jurando fidelidad a la enseña patria.

El infante Gonzalo, guía honorario de la patrulla del ciervo.



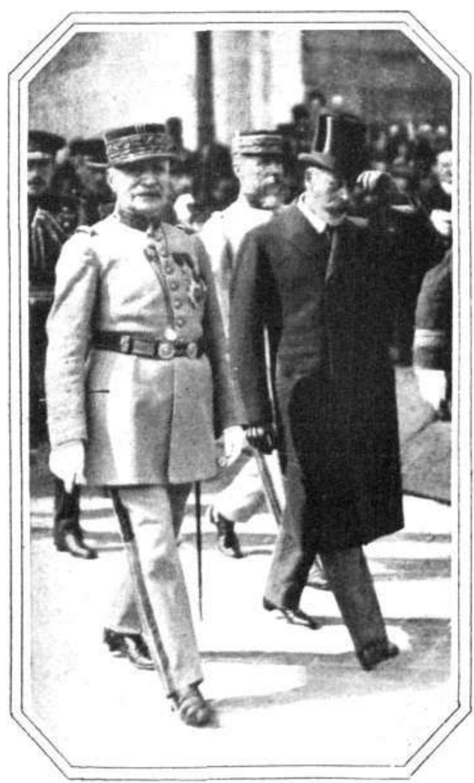
El rey impone al menor de sus hijos, el infante Juan, la insignia de antigüedad.



Colocando al príncipe de Asturias las insignias de instructor honorario.



El infante Juan, guía honorario de la patrulla del caballo.



La visita de l s reyes de Inglaterra a Francia constituyó todo un acontecimiento. He aquí a Jorge IV en compañía del mariscal Foch retirándose del Arco de Triunfo.



El rey de Inglaterra, depositando una corona de flores en la tumba del soldado desconocido. Detrás de él se hallan el mariscal Foch y el general Gouraud.



Los soberanos de Inglaterra, posando a la llegada a París en la estación Lyón, donde fueron solemnemente recibidos por las autoridades francesas.



El señor Painlevé presidiendo la ceremonia funeraria realizada en memoria de las víctimas del atentado de la calle Damremont, acto en que se puso de relieve la consternación pública.



La llegada de M. Caillaux a la presidencia de la Cámara donde fuera llamado por M. Painlevé, a fin de resolver la crisis ministerial. M. Caillaux se hizo cargo en esa oportunidad de la cartera de Hacienda en dicho gabinete.



La duquesa de Bretaña, reina de los departamentos bretones en las últimas fiestas realizadas en París. Estos pintorescos festejos consiguen llamar poderosamente la atención del público parisién.

ITALIA



Ministros de Interior, Finanzas, Instrucción Pública y periodistas destacados de la prensa nacional y extranjera, y otras personalidades italianas visitando el Foro Augusto.



El rey de Italia, Victor Manuel III, el primer ministro, señor Mussolini y el intendente de Roma encabezando la comitiva oficial que recorrió la vía Alessandrina, recientemente descubierta.



Concurrentes al Congreso Internacional de Comercio acompañados por miembros de sus familias sorprendidos por nuestro corresponsal fotográfico en una gradería de las históricas ruinas.



Trilussa, el eminente fabulista romano que fuera nuestro huésped el año pasado, rodeado por un grupo de admiradores, se complace en posar para "Caras y Caretas".



Kora Agha, personaje kurdo que cuenta la friolera de 151 años, por lo que le llaman el Matusalén moderno. Como se ve, por la pinta no parece del siglo XVII.

INTELECTUALES ARGENTINOS

ARTURO CANCELA

UN HUMORISTA

BREVE HISTORIA LITERARIA

Es alto, delgado, de ojos negros y escrutadores. Diré también que es frío y ceremonioso. A veces sonríe ingenuamente, pero convendría no despertarle ese fondo de pasión, que creo adivinar allí dentro.

— ¿Cómo fueron sus pininos literarios?

— Verá... Yo era estudiante y frecuentaba los teatros. Escribía crónicas... Luego me llegaba hasta aquí y las dejaba en la carpeta de Joaquín... Cuando éste las veía, se publicaban... cuando no, iban al canasto, a veces después de quince días...

Ríe y prosigue:

—Así entré, poco a poco, a escribir en «La Nación»... Hoy a cargo del Suplemento dominical, realizo una labor, más bien, diplomática... — Ríe otra vez.

— Me ha dicho que estudiaba...

— Sí... Después que terminé el bachillerato, quedé indeciso, sin decidirme por ninguna carrera... Entre ingeniería y derecho, la que menos me disgustaba era... medicina. Ingresé en esa Facultad, pero al segundo año dejé... Seguí entonces los cursos en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, en donde fuí discípulo, y ahora soy profesor...

— ¿Qué enseña?

— Filosofía de la historia, crítica del conocimiento y lógica... ¡Qué materias! ¿eh?... ¡y tan interesantes que son!

— ¿Dónde nació? ¿Es cierto que no es argentino?

— Nací en Buenos Aires... soy hijo de españoles— me contesta. Y adivinando en mis ojos una pregunta que no formulo, agrega: — Toda otra suposición no es sino caprichosa... sí, me refiero a que algunos suponen que soy judío. No lo soy. Por simpatía, espíritu de tolerancia o conciliación, se me veía en la facultad con estudiantes judíos, y de allí nació la creencia... pero, ya le digo, soy hijo de españoles...

Todos saben que el nombre de este escritor, en breve tiempo, ha pasado del discreto prestigio de una redacción, a uno de los sucesos más ruidosos que nuestro ambiente suramericano permite ya. Esto me induce a explorar ese fascinador secreto del éxito.

— En una circunstancia, encontré con que me sobraban algunas horas de la tarde. Entonces me propuse escribir algo así como una novela corta... «El cocobacilo de Herrlin», fué su título. La mandé a una empresa editorial, quien la guardó cerca de un año sin publicarla... No le interesaba. Salió por fin con un prólogo de Echagüe. Luego escribí otra, ya usted sabe: «Una semana de holgorio»... Una tercera, «El culto de los héroes», más tarde se reunió a las anteriores, y todas, en un libro, aparecieron con el título de «Tres relatos porteños»... Varias ediciones, un premio municipal... Si usted me preguntara cuál ha sido el episodio más curioso, más insólito de mi vida literaria, le contestaría: el triunfo de mi libro... Yo, todavía, no me lo puedo explicar...

— ¿Y en el teatro?

— En el teatro ha sido más difícil. Comprendo que no triunfar en el teatro es fracasar...

— A veces, en el teatro se fracasa por bondad de la obra... — le interrumpo.

— A eso iba... Mi mejor pieza, el año pasado, no ha tenido el suceso que yo esperaba. ¡Veinte representaciones!... Dentro de poco, «El culto de los héroes», aparecerá en escena teatralizado por García Velloso... y tengo otra obra más, en gestación. El teatro posee eso de bueno: puede intentarse muchas veces.

— Háblame algo de sus gustos. ¿Qué literatura sigue con mayor interés? ¿La francesa, quizás?...

— No. Actualmente, la inglesa. El escritor inglés es más individual, menos del «oficio», y de allí la frescura, la particular originalidad de sus caracteres. Estoy leyendo mucho a Bernard Shaw...



ARTURO CANCELA ANTE SU MESA DE TRABAJO, DONDE ESCRIBIÓ «TRES RELATOS PORTEÑOS», OBRA QUE LE REVELÓ UN ESCRITOR DE PRIMER ORDEN, CON SU DOBLE ÉXITO DE OPINIÓN Y LIBRERÍA.

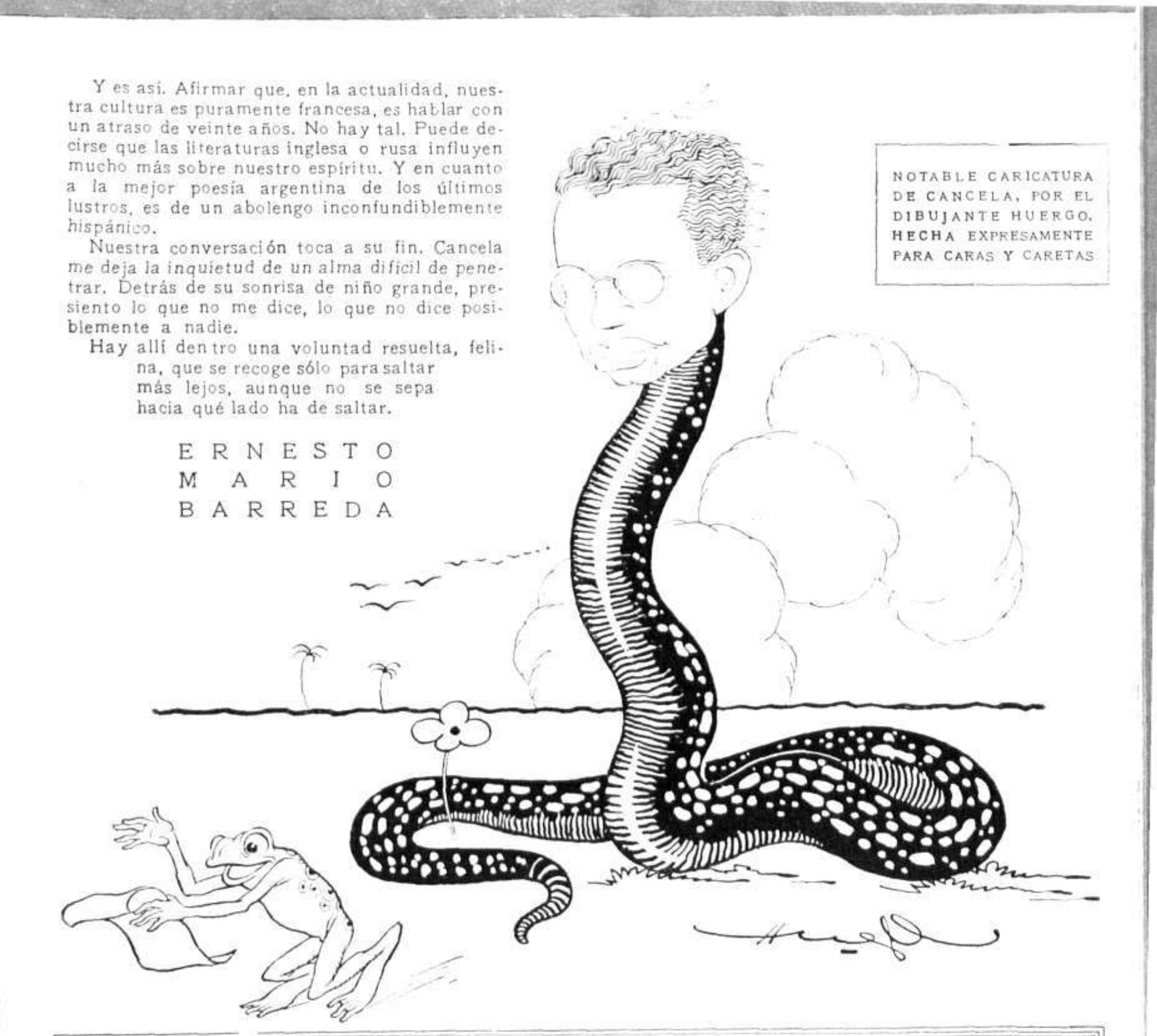


Y es así. Afirmar que, en la actualidad, nuestra cultura es puramente francesa, es hablar con un atraso de veinte años. No hay tal. Puede decirse que las literaturas inglesa o rusa influyen mucho más sobre nuestro espíritu. Y en cuanto a la mejor poesía argentina de los últimos lustros, es de un abolengo inconfundiblemente hispánico.

Nuestra conversación toca a su fin. Cancela me deja la *inquietud* de un alma difícil de penetrar. Detrás de su sonrisa de niño grande, presiento lo que no me dice, lo que no dice posiblemente a nadie.

Hay allí dentro una voluntad resuelta, felina, que se recoge sólo para saltar más lejos, aunque no se sepa hacia qué lado ha de saltar.

ERNESTO MARIO BARREDA

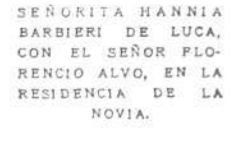


NOTABLE CARICATURA DE CANCELA, POR EL DIBUJANTE HUERGO, HECHA EXPRESAMENTE PARA CARAS Y CARETAS

Yo casi puedo decir que aprendí a leer en el «Caras y Caretas». Su aparición coincidió, más o menos, con mis primeros deletreos. Y como la lectura es inseparable de la escritura — a pesar de que en todos los documentos oficiales se consideran como disciplinas extrañas — «Caras y Caretas» es responsable en parte de que yo escriba...

Arturo Cancela





SEÑORITA HANNIA BARBIERI DE LUCA, CON EL SEÑOR FLORENCIO ALVO, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.



SEÑORITA SUSANA CASTEX, CON EL TENIENTE DE FRAGATA JUAN ASCONAPÉ, EN LA IGLESIA DE SAN AGUSTÍN.







SEÑORITA EVA GARCÍA, CON EL SEÑOR GUILLERMO MOYANO CAPDEVILA, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.



SEÑORITA SILVIA OCAMPO OROMÍ, CON EL SEÑOR MIGUEL NOUGUÉS, EN LA CAPILLA DE LAS VICTORIAS.

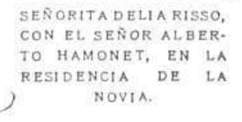


SEÑORITA DELIA RISSO, CON EL SEÑOR ALBERTO HAMONET, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.



SEÑORITA SARA GARCÍA, CON EL DOCTOR FERNANDO ALONSO, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA, EN ROSARIO.

Laces





SEÑORITA ANITA BERTOLOTTO, CON EL INGENIERO HÉRCULES TACCONI, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA, EN ROSARIO.



SEÑORITA E. SHOLER, CON EL SEÑOR A. PAGANINI, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA, EN ROSARIO.

TEATRO DEL SILENCIO



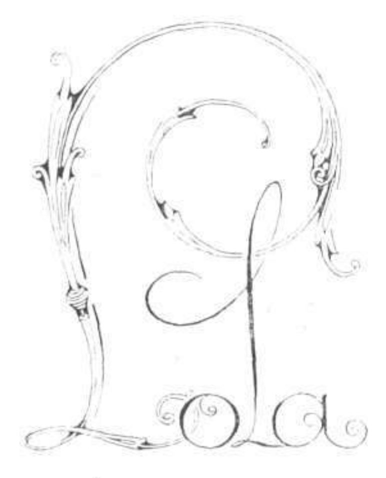
UNA ESCENA DE LA PELÍCULA «PETRÓLEO: JOYAS, VESTIDOS, RIQUEZAS», QUE CUENTA CON UN EXCELENTE REPARTO, Y SE ESTRENARÁ EN BREVE

Muchas empresas norteamericanas están renovando en la actualidad su *stock* de estrellas, y en la temporada próxima nos será dado contemplar en la pantalla caras nuevas. Este continuo desfilar de mujeres y hombres siempre variados es de una sabia enseñanza y tiene su miajita de filosofía. «O rinovarsi o morire», dijo el poeta excelso. Y la vida es eso: una renovación constante de las cosas y los seres. Disyuntiva fatal, que es para nosotros como una ley natural a la que no podemos escapar...

LOS PROTAGONISTAS DE LA CINTA «CUÑA DEL MISMO PALO» EN LA ESCENA FINAL, *CUANDO* «YA NADA LOS SEPARA»...

EVELYN PIERCE, LA ÚLTIMA ADQUISICIÓN DE LA GOLDWYN, TAL COMO APARECE EN LA PELÍCULA «THE WAY OF A GIRL».

ALBUM DE ARTISTAS



MEMBRIVES



PRIMERA ACTRIZ

ARGENTINA: Nació en Buenos Aires en 1888. Formó parte de la compañía infantil, en el teatro Mayo. A los 14 años, debutó en la Comedia, pasando al Mayo con Palmada. Enrique Gil la contrató para España, debutando en 1906 en Eldorado, de Barcelona. Fué al Apolo, de Madrid. Vino a la Comedia, con Juarez, y en 1909, se casó con el barítono Juan Reforzo. Volvió a España, cantando operetas en Apolo, y regresó a Buenos Aires, a la Comedia, otra vez, pasando a la Opera, para dedicarse a hacer comedias. Perteneció a la compañía de Casaux, en el Apolo. Fué al San Martín, con Juárez, otra vez. En 1920 formó compañía; fué a Madrid, al teatro Lara, y en 1922 vino, con Benavente, al Avenida. En su última jira por España estrenó en Lara, "Cancionera". Es una mujer interesantísima y una actriz completa; eminente y genial.

A Caras y Caretas, la gran revista Argentina que en España me recordaba a mi tierra, con mucho afecto

Lola Membrives



FIGURAS DE ACTUALIDAD

Sr. TULIO M. CESTERO

NUEVO MINISTRO DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

Por Valdivia

Diplomático de brillante carrera, el distinguido enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la nación amiga, es uno de los hombres de acción más destacada en su país. Conocedor de la Argentina, pues no es la primera vez que es nuestro huésped, piensa estudiar profundamente las fuentes de producción a fin de poder intensificar el intercambio comercial actual.

ACTUALIDADES

Bodas de plata de la Escuela Superior de Guerra

A una lucida ceremonia dió lugar la conmemoración del XXV aniversario de la fundación del prestigioso instituto militar. Concurrieron a ella el presidente, doctor Alvear; el ministro de Guerra, general Justo; el de Instrucción Pública, doctor Sagarna, y los jefes y oficiales del ejército, así como gran cantidad de distinguidas damas de nuestra sociedad. En la fotografía se ve al Dr. Abeille, uno de los primeros profesores de la escuela, recibiendo una medalla de oro.



El tablado de honor levantado en los jardines de la escuela, ocupado por el primer magistrado, ministros del Ejecutivo, autoridades del instituto y otras personalidades, durante la ejecución del Himno Nacional, con que se dió principio a la interesante cuanto brillante fiesta.

Celebración de las

Veinte mil niños de las escuelas desfilaron por la Avenida Sarmiento ante la tribuna ocupada por el primer magistrado, doctor Alvear, ministros nacionales, autoridades escolares y otras personalidades. Los blancos uniformes, en los que se destacaban los colores nacionales, ofrecían un aspecto encantador y brillante. El enorme público congregado premió con grandes aplausos la corrección y el entusiasmo patriótico de los pequeños, cuando éstos terminaron de cantar la canción patria.



El palco oficial, en el que se hallan funcionarios municipales y miembros de la comisión organizadora, durante la colocación de la placa de bronce en la plaza Zapiola, en homenaje a la memoria del prócer de la independencia, brigadier general José Matías Zapiola.



Según la tradicional costumbre, el Círculo Militar, festejando la efemérides patria, dió a las familias de sus asociados una recepción, a la que asistieron numerosas y distinguidas familias.



Presidida por el ministro de Marina, almirante Domecq García, se realizó la jura de la bandera por los conscriptos de la armada pertenecientes a la clase de 19[illegible], en el arsenal Buenos Aires, ceremonia presenciada por gran cantidad de jefes y oficiales.

fiestas Mayas

El Presidente de la República, acompañado por el vicepresidente, doctor Elpidio González, y el ministro del Interior, doctor Gallo, al salir de la Catedral, después de oficiado el solemne tedeúm realizado en conmemoración del aniversario patrio. La iglesia metropolitana presentaba un aspecto soberbio e imponente, hallándose sus amplias naves totalmente ocupadas por una numerosa y calificada concurrencia.



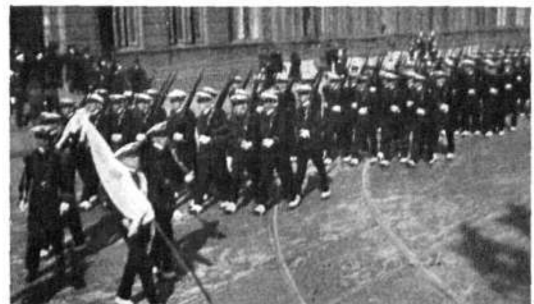
El abanderado del regimiento de Granaderos a Caballo "General San Martín" al pasar frente a la Casa de Gobierno, después de haber rendido los honores de reglamento al primer mandatario.



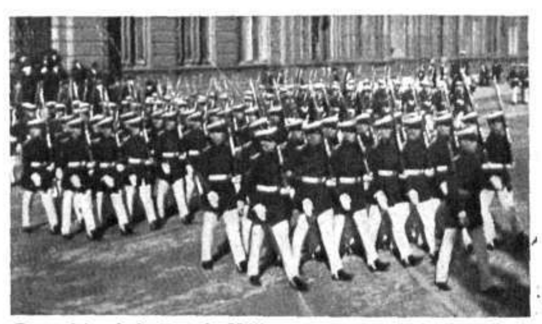
El abanderado de la Escuela Naval, en el momento en que los cadetes del instituto se hallaban formados para prestar guardia de honor al presidente Alvear y su comitiva.



El abanderado de la Escuela Militar, que encabezaba la formación del instituto frente a la Plaza de Mayo, en el instante en que el primer magistrado se dirige a la Catedral.



La Escuela Naval, que desfiló como de costumbre correctamente en la formación militar, y cuyo paso arrancó largos aplausos al numeroso público reunido en los alrededores de la Plaza de Mayo.



Los cadetes de la Escuela Militar, cuyo paso marcial y excelente preparación fueron vivamente festejados por los espectadores que llenaban las aceras y balcones.

VI Congreso de trabajadores de la Liga Patriótica



Aspecto que presentaba el salón de la Liga en el momento de declararse inaugurado el VI Congreso de trabajadores organizado por la prestigiosa institución. Presidió la sesión el doctor Carlés y demás autoridades de la Liga.

Festival de beneficencia



La asociación Ayuda social Pro Hospitales organizó un te danzante a beneficio de la sociedad que sostiene, el que se vió favorecido por la asistencia de un núcleo de distinguidas señoritas y conocidos caballeros.

En honor de los arquitectos uruguayos



El intendente municipal, doctor Carlos M. Noel, rodeado por los arquitectos uruguayos que visitaron nuestra capital, y a los que les fué ofrecido un almuerzo por sus colegas argentinos.

En el Huemac Club



Un rincón del salón durante la realización del te danzante que la conocida institución dió con motivo de inaugurar su temporada social, y al que asistió una numerosa y juvenil concurrencia.

Hogar policial de la Sección 1.ª



Invitado especialmente por la comisión, el presidente, doctor Alvear, visitó las obras que se están construyendo, destinadas al hogar policial, en la esquina de las calles Independencia y Azopardo.

En la escuela Paula Albarracín de Sarmiento



El primer magistrado y su señora esposa, doña Regina Pacini de Alvear, acompañados por el ministro doctor Sagarna y el intendente doctor Noel, en la ceremonia del bautizo de la escuela profesional de Liniers.

Banquete de la Asociación Médica Argentina



Con el propósito de estrechar vínculos, la prestigiosa asociación dió, en el local del Prince's George, una comida a la que asistió la gran mayoría de los médicos asociados, y la que transcurrió en un animado ambiente de franca camaradería.

En la escuela Esteban Echevarría



El doctor Alvear, el doctor Sagarna y sus respectivas esposas acompañados por el doctor Silva, en el acto con que se festejó el primer cincuentenario de la fundación de la escuela.

Demostración a Luis Cané



Grupo de conocidas poetisas y prestigiosos literatos que concurrieron a la demostración ofrecida al señor Cané, distinguido colaborador de nuestra revista, por haber obtenido el premio Babel en el último concurso.

Viaje al polo norte



El famoso explorador noruego M. Amundsen, que organizó recientemente una nueva expedición al polo norte, en la que se emplearon poderosos aeroplanos, y que, según noticias recibidas, ha cumplido su científica misión.

En la legación de Cuba



El encargado de negocios de la república hermana ofreció una recepción festejando el aniversario de la independencia patria, acto al que asistieron numerosos miembros del cuerpo diplomático.

En la Escuela de Policía



El jefe de policía, señor Jacinto Fernández, y altos funcionarios de la institución, presidiendo la entrega de diplomas a los cadetes y agentes egresados de la escuela.

FIESTA SOCIAL EN EL JOCKEY CLUB

ARISTOCRATICA REUNION

SEÑORITA SUSANA PACHECO Y SEÑOR TOMÁS STRAFORT.



SEÑORITA ENRIQUETA FIGUEROA Y SEÑORES F. GONZÁLEZ GUERRICO Y L. TORRES DUGGAN



SEÑORITA SUSANA RODRÍGUEZ ALCORTA Y SEÑORES MARIANO DEMARÍA Y ANTONIO LELOIR (HIJO).



SEÑORITAS SUSANA TORRES ALCORTA, MARTA RODRÍGUEZ ALCORTA Y ELENA UDAONDO LELOIR Y SEÑORES DOCTOR ENRIQUE LONCAN, FERNÁN GONZÁLEZ GUERRICO, ENRIQUE SANTAMARINA (HIJO) Y ANTONIO LELOIR (HIJO).

Se aproxima la estación invernal y con ella la temporada de las grandes fiestas sociales realizadas en el seno de nuestra alta sociedad. Con el propósito evidente o quizá meramente circunstancial de «romper el fuego», un grupo de socios de nuestra primera institución social ofreció a un núcleo de señoras y señoritas una hermosa fiesta, la cual consistió en una comida que tuvo lugar en el salón Imperio, seguida de un baile al que animaron dos excelentes orquestas. Adornado con sencillo y sobrio gusto, el salón presentaba un aspecto delicioso y formaba marco exquisito al conjunto de damas que participaron de la grata y amena reunión.





SEÑORAS OTILIA ALCORTA DE RODRÍGUEZ, MARÍA LUISA DEVOTO DE BUSTILLO, MERCEDES PIROVANO DE RODRÍGUEZ, JOSEFINA PACHECO DE RIGLOS, JOSEFINA UDAONDO DE DEL CAMPILLO Y SEÑOR MIGUEL RIGLOS.





SEÑORITA MARÍA EMMA VEDOYA GREEN Y SEÑORES JORGE GUERRICO, ANTONIO LELOIR (HIJO), BERNARDO VELAR IRIGOYEN

SEÑORITA ELENA UDAONDO LELOIR Y SEÑOR FEDERICO BULLRICH.

Notas gráficas de Rosario



Las señoritas Elvira y Norah Fernández Díaz dieron a sus relaciones una fiesta retribuyendo atenciones. Concurrió a ella un grupo numeroso de niñas y jóvenes de la mejor sociedad rosarina.



Monseñor Boneo, obispo de Santa Fe, firmando el pergamino durante la inauguración oficial del nuevo edificio del Círculo de obreros católicos.

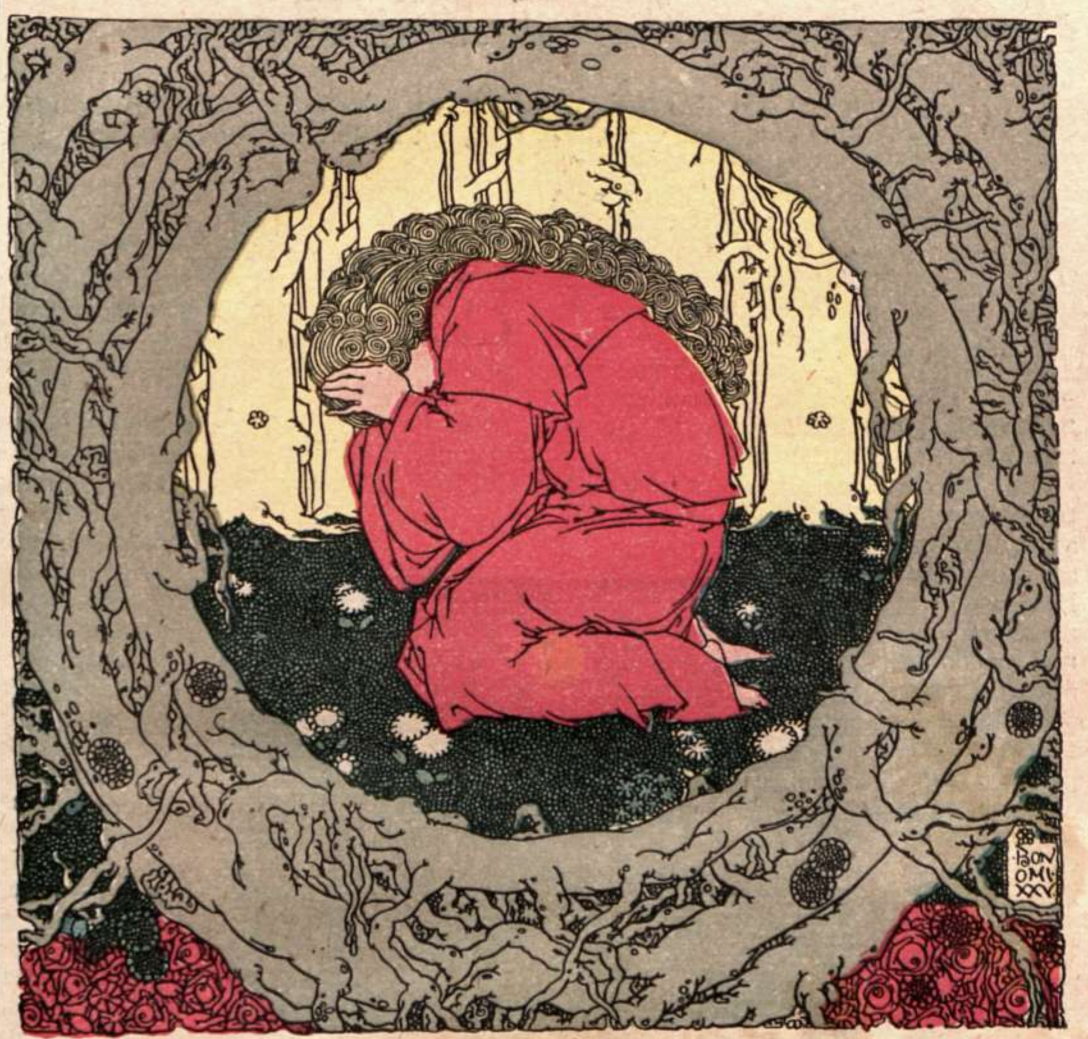


Un núcleo de caballeros ofreció una demostración al señor Miguel Monserrat con motivo de haber sido nombrado caballero de la orden de Alfonso XIII.



Instantánea tomada durante la reunión de cónsules de esta ciudad con el objeto de proceder al nombramiento de decano del gremio. Dicha designación recayó en el señor R. Tejada Farinas, cónsul de Bolivia.

En nuestro número próximo publicaremos en seis páginas de papel satinado una nota gráfica, cuidadosamente realizada, sobre un asunto eminentemente popular, que ha de llamar la atención de nuestros lectores por la emoción que se desprende de ella.



TRISTEZA

Dolor que en nobles lágrimas no fluye,
sombra que no es la sombra de la muerte,
anécdota vulgar que se diluye
en las cenizas de la mala suerte.

Pequeño mal que en todo nos asedia,
tristeza gris que de la tierra brota,
y soplo sin vigor de la tragedia
que sólo los cabellos alborota.

Manoseo del tiempo que borrosa
vuelve la noble efigie en la moneda;
áspera y tumultuosa polvareda
que empaña las mejillas de la rosa.

Mal encuentro a mil leguas de la vida
en la ciudad del sueño y la locura,
cuando el alma se pierde por obscura
callejuela sin nombre y sin salida.

Compañero grotesco cuyo aliento
enturbia en los cristales el paisaje,
en tanto rueda demasiado lento
el vano tren de nuestro vano viaje.

CONRADO NALÉ ROXLO

DIBUJO DE BONOMI

LOS DE AYER



Si hay hombres de una pura y sincera simpatía, es, sin duda, uno de ellos Martín Coronado. El evoca todo un pasado de gloriosa y recordada fecha en el corazón de nuestros mayores. Puede decirse, con entera verdad, que fué nuestro último romántico del teatro heroico.

Con Martín Coronado desapareció la tradición y el amor a las cosas pasadas. Los sucesores, no podrán jamás poner la nota dulce y delicada en la misma culminante tragedia que solía poner el maestro. Yo afirmo, de todo corazón, que amé sus obras y me sentí conmover con sus gauchos y con sus chacareros.

No sé por qué me imaginaba todo el amplio escenario de don José Zorrilla, en las evocaciones del autor de «Justicia de antaño». Era el mismo sentido, y el corazón tenía iguales pulsaciones.

Y aquí habría que decir, como el bueno de Don Quijote: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados»,



En los comienzos del siglo XX— ¡dulces postrimerías del glorioso pasado! —el teatro nacional surcaba nobles derroteros, no siempre continuados por los sucesores.

Era el teatro algo más integralmente nacional, y el alma del pueblo era la inspiradora de sus artistas. No llegó, jamás, a descender de sus cumbres de ideal. En él florecía el alma popular en sentimientos exaltadores de lo mejor que en nosotros vive. Nunca un interés egolátrico, ni subalterno. Eran, sin duda, los años de la verdad, la gracia y el heroísmo. Y en cierto modo, D. Martín Coronado venía de esa gran escuela. Su ánima tenía la fuerte visión de Echegaray y de Zorrilla. Algunas ocasiones, Leopoldo Cano ponía nota romántica en el creador de «La piedra del escándalo», y con Joaquín Dicenta, la fortaleza trágica de «La chacra de Don Lorenzo».



MARTIN CORONADO



Vió Martín Coronado, en el teatro de la Madre Ibera, toda la luz de su patria argentina, hija predilecta, y con el mismo corazón, apenas disimulado por distinto ropaje. Y fué él, y no otro, el que le dió a la escena nacional el brillo y el ardor que jamás venideras generaciones lograrán ver y sentir.



Su alma poderosa de poeta, de esos grandes poetas que dió el pasado siglo XIX, y que eran todo dulzura y castidad, fundió la rica y poderosa armadura de este grande y clásico poeta, creador, como Pan, de la dulce y trágica armonía.

Una cantidad de años Martín Coronado permaneció en silencio, sin dar nada a la escena. El teatro tomaba otro rumbo muy distinto al que el glorioso anciano sentía. Alejado en su casa de campo, entre sus familiares, casi creyó la gente que aplaudió sus obras, que Martín Coronado había muerto.

Pero, de pronto, salió de su encierro voluntario, y pudo entonces, aplaudirse otra obra del gran evocador. Pablo Podestá, el trágico de más fuerza que tuvo la escena nacional, fué, como en otras épocas, el vocero de su éxito.

«La chacra de Don Lorenzo», continuación de «La piedra del escándalo», fué, y sigue siendo en la actualidad, lo que colma el alma de aquellos enamorados del drama fatal e impresionante, que no está alejado de la realidad de la vida.

Hoy, en cambio, el drama es más real, y se representa en el propio corazón del pueblo, en la degeneración de los principios morales y la poquísima caridad cristiana del hombre moderno...

Antes, el drama, la tragedia, salíamos a encontrarlas en el teatro; hoy, los tenemos en nuestros hogares.

No es posible hablar de Martín Coronado sin asociar a Joaquín Dicenta, dos grandes dramaturgos de la lengua castellana. Los dos representan una gran época, desgraciadamente desaparecida, y que muy difícilmente retornará.

Tanto en el teatro como en la mayor parte de las manifestaciones literarias de hoy, encontramos vacilaciones y tanteos. Entonces, aun ciegamente, los escritores iban a su forma de expresión, gracias al amor y a la contemplación devota de la naturaleza.

Joaquín Dicenta, gran romántico, fué el heredero directo de don José de Echegaray, y tanto el uno como el otro sólo trataron de cosas del alma y del pueblo, pero con miras muy elevadas. Así, pues, Martín Coronado, de la misma época de los dos grandes dramaturgos españoles, siguió la corriente de la época, en igual forma que Victoriano Sardou en Francia. Pero hay algo más de realidad y de alegría en la obra de este gran dramaturgo argentino: el ruralismo simpático de esos personajes. Tanto sus soldados como sus «gringos» o paisanos, reflejan muchas sensaciones e ideales que llenan el ojo que mira, y elevan el corazón hacia la vida de nuestra provincia, haciéndonos amar nuestro suelo y fortaleciendo poderosamente el alma del pueblo que contempla, lleno de candor . . .

DIBUJOS DE MACAYA



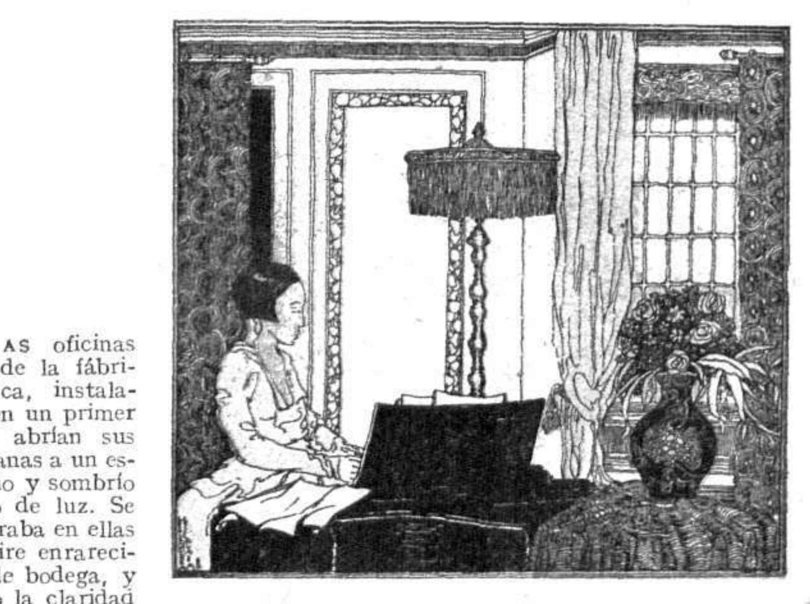


Los cuellos y pecheras de muselina de seda o tul plegado, están muy de moda. Núm. 1 - He aquí un vestido de "reps" verde, adornado con una pechera. Núm. 2 - De la misma manera, sus tres piezas están adornadas con un galón dorado. Núm. 3 - Vestido para jovencita, adornado con volados de "crépe" de China, plegados e impresos.



La Moda

Núm. 1 - Vistoso traje sastre, de mañana, en tela pintada y bordada. Núm. 2 y 3 - Se están usando mucho los modelos de trajes simples y lisos con plegados y pecheras, como lo demuestra estos dos grabados. Núm. 4 - Sombrero de paja inglesa, con un galón de tela gruesa, impresa y perlada.





Las oficinas de la fábrica, instaladas en un primer piso, abrían sus ventanas a un estrecho y sombrío patio de luz. Se respiraba en ellas un aire enrarecido, de bodega, y como la claridad que filtraba tras los cristales era escasa, hacíase forzoso trabajar, mañana y tarde, bajo el halo rojizo de las lamparillas eléctricas.

La primavera irradiaba en lo alto, en un trozo de cielo cuadrangular, cuya visión gozábanla únicamente los vecinos de los últimos pisos. El mismo sol, entrando en el patio, como por un embudo, aclaraba los muros acariciándolos con una modorra de siesta, pero era débil para llegar hasta abajo. Quedaba su luz extendida sobre los pisos altos como una bandera inalcanzable.

Las dos señoritas, maceradas en plena adolescencia por el dolor de ganarse el pan, abrían la ventana, avaras de una pincelada de sol que solía manchar el alféizar. Pero era tan mezquina y tan breve, que diríase un pajarillo de oro posado fugazmente.

La vida les parecía más triste, más irónica, contemplada a través de los cristales turbios de la ventana, pero ellas se asfixiaban allí dentro, encorvadas sobre sus máquinass dactilográficas, arrancando al teclado aquel ti-tac isócrono, que era como el latir de un viejo reloj que les devoraba las horas de la juventud.

La serpentina violeta de las máquinas de escribir — trozo de carnaval en el alma de acero — se desenrollaba, larga y monótonamente, en un eterno «Muy señor nuestro, etc....» Eran circulares lacónicas y cartas comerciales concebidas en un léxico utilitario. Jamás una palabra luminosa, una frase de emoción que brotase como una florecilla en el erial.

Una tarde, allá en lo alto, en el tercer piso del muro frontero, se abrió una ventana. Las señoritas alzaron los ojos, poseídas de curiosidad. Esa ventana correspondía a una de las casas que daban a la amplia y lujosa avenida. Ellas, en cambio, pertenecían al edificio tosco de líneas, con paredes de rojos ladrillos enhollinados de humo, en el que funcionaba la fábrica.

Un raudal armonioso, notas escapadas de un piano, cayó en el patio de luz como un manojo de rosas; sinfonía melancólica que penetraba el alma de mansa dulcedumbre.

El piano dejó oír exquisitas romanzas: Mozart, Chopin, Grieg, pasaron por las notas de marfil en ingrávido vuelo, dejando una estela emocionada.

Aquella jornada fué más liviana. Era como si el sol hubiese descendido hasta sus máquinas de martirio, desentumeciendo sus manos en un volar de ágiles mariposas.

Pasaron así varios días. Sus cabecitas graves, pensativas se aclaraban al escuchar la música. Empezaban a sentir que la hiel de los labios se tornaba en dulzura de panal; que el corazón, endurecido por el desengaño de una existencia gris, iba anhelando alturas, insuflándose como una pompa de jabón. No veían la primavera, desde aquel rincón sombrío del patio, pero ahora *la oían*. Y la vida, cantando en sus oídos, parecíales jubilosa y buena.

¿Quién tocaba el piano?... ¿Un hombre o una mujer?... Hacíanse en voz baja mil conjeturas, y, mecidas por el ritmo de las sonatas, llegábales a parecer el eterno «muy señor nuestro, etc...», como la letrilla de una canción.

Pero el misterio de las manos que tocaban desapareció a los pocos días. En el marco de la ventana se recostó un busto de mujer. Era una jovencita de cabellos áureos, rostro severo y alargadas manos. Después de tocar, salía a quedarse en el hueco de la ventana, inmovilizada como en un éxtasis, recibiendo sobre la frente las caricias de aquel sol que flameaba en lo alto como un estandarte. Extendía las manos pálidas y finas, como sumergiéndolas en la tibieza del aire, y así permanecía largos instantes, en actitud perezosa y soñadora.

Las señoritas, abajo, desde su ventana entre sombras, se sintieron más tristes, más marchitas. Sus rostros morenos se ensombrecieron y una sorda irri-





tación germinó en sus espíritus. ¡Ah, la feliz, la dichosa, la señorita rica, que hacía música en sus ocios, que podía estarse horas y horas junto a la ventana, con las manos quietas en inefable pereza! En cambio, ellas...

Desde aquel día las sonatas les parecían una burla y, tácitamente, sin haber cambiado una palabra de despecho, entornaban la ventana, con gesto malhumorado. Era un sentimiento obscuro, inconfesable, como una larva de envidi.

Miraban hacia arriba, poseídas de la tristeza del bien ajeno, con una mueca de rencor dibujada en los labios. La cabecita dorada, iluminada de sol, era como una pantalla que absorbía toda la luz. Era blanca, de una blancura de alabastro, y sus vestidos eran de sedas claras y joyantes. Parecía una princesita de balada, indolente, lánguida, mecida en sus ensueños de felicidad

El cielo de primavera, tijereteado por las azoteas, era como un palio de raso azul para *la ociosa*. Ellas, abajo, agonizaban en la penumbra, prisioneras, esclavizadas junto a las máquinas de escribir. Y, en voz baja, se confesaron su despecho, la tildaron de ociosa, la rodearon de una maraña de palabras burlescas y rencorosas.

Al verla tan rubia, tan bella, tan serena, con las manos apoyadas sobre el pecho, como pintan a las madonas, les parecía que era ella la que en sus cabellos les robaba el sol... Y sin confesarlo, sin traducirlo en palabras, ambas comprendían que la envidia se convertía en una burbuja de odio.

¿Quién era?... La imaginaron divagando por sus salones, bostezando de hastío, yendo de aquí para allá, entre divinas chucherías, reverenciada por criados de librea, mimada por sus padres como una reina. Sus manos eran libres, libres de todo capricho, podían sustentar la novela que llena la imaginación de peregrinos pensamientos o resbalar sobre las teclas de marfil, evocando a Chopin o a Grieg... En cambio, ellas eran las esclavas, sin más piano que el teclado absurdo de sus máquinas, opacas y secas en su martilleo al imprimir el constante «muy señor nuestro, etc....»

Una mañana, al entrar en la fábrica, la mujer del portero detuvo a las señoritas, para entregarles una carta. Fué entonces cuando las dos compañeras tuvieron una común idea.

Aquella mujer podía informarlas de quién era la ociosa. Se lo preguntaron, disimulando su interés, casi aparentando indiferencia.

La vieja comadre conocía la vida y milagros de todo el vecindario.

—¡Ah, la señorita rubia, la que toca el piano!...

La voz de la anciana moduló un tono de conmiseración.

—¿No lo sabían ustedes? ¡Pobrecita!... Es hija única, sus padres son de la aristocracia, gente muy rica... Viajaron mucho por Europa... Ella enfermó de los ojos y quedó ciega a los diez y seis años. Tenía un novio, pero, claro está... ¡quién tiene el valor de casarse con una cieguecita!... Es muy buena, muy caritativa. Su único consuelo es la música...

Las señoritas escucharon la revelación entristecidas, acongojadas.

—¡Pobrecita! —murmuraron, también —¡Pobrecita.!..

Y el título de ociosa que le habían dado juzgáronlo un *inri* con el que, inconscientemente, habían ultrajado a la mártir. Cuando se abrió la ventana y el raudal de música cayó sobre el patio, las dos señoritas se enjugaron las lágrimas. Y al verla aparecer, con las manos quietas, el rostro sereno, en el marco de la ventana, compasáronla a una Dolorosa en el hueco de su hornacina. ¡Ah, retazo de cielo azul! Ahora, aunque lejano, era de ellas... ¡Ah, cabecita rubia! No era sino un astro muerto, en el que se reflejaba el sol... La ociosa, la triste ociosa...

Sus lágrimas de compasión borraron la envidia, y el teclado de las máquinas, bajo los dedos, fué menos duro. Y por una de esas humanas transiciones del corazón, después de la breve tristeza, se sintieron alegres...







DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA





INTIMIDAD

LOS HIJOS

Almas de la cadena de la vida,
Rosadas, como pétalos de rosa;
Blancas, del blanco de la luz diluida
En la celeste inmensidad dichosa...

¡Cuán solemne mi amor vela tu encanto,
Alma filial, y calla, y una obscura
Ansia de adoración despierta el llanto
De mi angustia inefable y mi ternura!

Dame la luz de tu mirar sereno
Y la alegría de tu sueño rosa
Y la tranquilidad de lirio bueno.

¡Ah, que a tu alrededor, como dormida,
Esconde la mirada silenciosa
El grave pensamiento de la vida!

PASIÓN

Pasión del luchador y del amado,
Pasión del amador dulce y austero...
En la dulzura de tu vida quiero
Volcar mi corazón apasionado.

Vida que por tu vida se derrama;
No la fuerza sin freno y tumultuosa
Que obscurece el espíritu: la llama
Que funde la pasión en obra hermosa.

¡Qué acendramiento de pasión impura
Esplende en la canción apasionada,
Cuando fija en su engarce de ternura

Rojo rubí del ímpetu bravío,
Clara gema de lágrima llorada,
Opalo nebuloso del hastío...

SERENIDAD

Quien luchó contra el propio y el ajeno
Desmán, contra el exceso y la sevicia,
Siente el milagro de vivir sereno
En la meditación de la justicia...

¡Diafanidad del alma serenada!
Ella aclara los ojos, y es por ella
Que descubre la vida torturada
Un designio, una ruta y una estrella.

Difunde tu alma en mi quietud, y en tanto
Que el dolor purifica y esclarece
Lo que ayer fué una turbia voz de llanto,

Abre como una lírica azucena
Ese cáliz de ensueño en que florece
De suave amor la soledad serena...

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA — ANDRÉS CHABRILLÓN

El Prestidigitador

La función empezaba invariablemente con una película cinematográfica. Durante veinte minutos, el público, compuesto casi exclusivamente de chicos desarrapados, se revolvía inquieto en los asientos, siguiendo las alternativas de una formidable lucha: — Eddie Polo contra los «pieles rojas». — En estas luchas siempre vencía el bueno, el noble, el generoso. Como puede apreciarse, si de este modo se contrariaba en parte la verdad de la vida, que es azar y fatalismo, en cambio se daba ocasión a la menuda clientela de que patalease a gusto, cuando se establecía definitivamente el imperio del Bien. Sin embargo, no estaría demás dejar constancia de que, con idéntico entusiasmo, se hubiera aplaudido al perverso, si éste hubiera triunfado. El pueblo quiere héroes, y los héroes populares no son siempre heroicos. Así se explica que Arsenio Lupín cuente con más simpatías que Sherlock Holmes.

A ninguno de los chicos que asistían al espectáculo del «Cine-teatro Rivera», les pasaba por el magín que pudieran mudar su fortuna por otros medios que los que el cine presentaba. ¿Y dónde iban a encontrar ellos, minas de oro y tesoros entrañados, si todos vivían en la vecindad del arroyo Maldonado, que era un depósito de latas y botines viejos? No tenían otro medio de vida que el cajoncito de lustrar calzado, los diarios que les daban para vender, las bolsas de trapos que juntaban vagando por los potreros o las canastas de verdura que cargaban sobre sus hombros de raquíticos. Luego, al atardecer, con las pocas monedas ganadas — ¡y bien ganadas! — se hundían en aquel teatrito de la calle Rivera, de atmósfera sofocante en verano, caliente y picante en el invierno. Y un día se encontraron con un cartelón que decía:

HOY
FUNSIÓN ESTRAORDINARIA
El prestigitador
MARIO
y su hija
MISS KETTY

Sobre un caballete había una fotografía impresionante. Un caballero de nariz larga y puntiaguda, correctamente vestido de levita, con una flor blanca en el ojal de la solapa, conreía de una manera diabólica, debajo de sus bigotes cuidadosamente retorcidos. A su izquierda, una niña de bucles de oro, semejante a uno de esos querubines que pintan llevando el manto de las reinas, también sonreía, entreabriendo unos labios carnosos y bien dibujados. Eran dos figuras ideales. La belleza de la muchacha era complemento del porte elegante del caballero. Un chico de los que admiraban la fotografía dijo que él ya los había visto «trabajar». Se le miró con sorna, como a uno que ha elegido mal sitio para mentir. Pero él insistió, diciendo que el hombre de la fotografía, de una escoba hacía un fusil, de una canasta vacía sacaba media docena de patos, y, aun cuando no pudo vencer la incredulidad de los asiduos del «Cine-teatro Rivera», alborotó a todos con estas noticias.

Cuando la campanilla empezó a llamar para la función, acrecieron los murmullos. Se oían gritos aislados.

—Don Luis, tengo diez...

—Don Luis, ¿me deja entrar por diez?

—Chino, ¿*emprestame* cinco?

El que tenía diez centavos, despechado porque no se le dejaba entrar, gritó:

—¡Gran cosa un *prestingitador!*

El público entró al reducido local atropelladamente, pisándose, golpeándose, gritando, con un alboroto que se acallaba al paso de Antonio, «el caramelero», que hacía las veces de acomodador, y que renacía apenas se había marchado éste.

—¡Músicaaa!!

—¡La Caretita!

Una voz carrasposa insistía con breves intervalos:

—¡Que toquen *El agrioplano!*

En seguida, para calmar los ánimos exaltados, pasaba en dirección al escenario, un viejo algo encorvado, se sentaba al piano y empezaba a tocar una pieza de moda, con la dificultad de un principiante. El piano era viejo y tenía dos o tres notas que sonaban en falso con un ruido de platillos. Asimismo esta música tenía el don de apaciguar a los revoltosos. A lo sumo se permitían acompañar al piano, silbando o imitando los instrumentos que faltaban para formar la orquesta. Claro está que a falta de tambor, golpeaban en las butacas o taconeaban en el piso; pero la verdad es que, una vez que se apagaban las luces, como por encanto cesaba el bullicio y ellos mismos se recomendaban silencio. Este detalle no había pasado inadvertido para el dueño del cine, y, en cuanto el alboroto de su clientela subía de punto, acudía al fácil recurso de apagar las luces. Pero ocurría que, a veces, el barullo lo ocasionaba algún personaje antipático de la película; volaban algunos proyectiles contra el telón, y, en esos casos, estando las luces apagadas, había que encenderlas.



Estos dos recursos contrapuestos ayudaban a don Luis a mantener el orden,

que era como mantenerse en equilibrio en la cuerda floja. Pero había otro medio, el último, un tanto familiar si se quiere, mas de buenos resultados cuando el desorden tomaba proporciones de escándalo. Don Luis vigilaba, dominando con sus ojos saltones los doscientos asientos que había en el salón, y al primero que pescaba haciendo barullo le daba un tirón de orejas de esos que dan la sensación de que todo lo que uno tiene adentro de la cabeza se corre para un costado.



Otro personaje importante del cinematógrafo de don Luis, era «el caramelero». Antonio era un muchachón fornido, con cara de pánfilo en la que apuntaba una nariz descomunal, enrojecida y brillante. Nadie se burlaba de su tremenda nariz porque Antonio no daba tirones de orejas y sí, buenos puñetazos que quitaban toda comicidad al caso. Pero se mofaban de él llamándole desde tres o cuatro puntos distintos del salón, disimuladamente. El pobre Antonio se desesperaba por descubrir quién lo llamaba en su afán de vender los caramelos que llevaba en una bandeja de metal. Y apenas se volvía nuevamente lo sobresaltaban dos o tres taimados chistidos. Al fin, no muy convencido de que se trataba de una broma, seguía ofreciendo a uno y a otro lado las golosinas que llevaba, con una voz nasal, arrojando chisguetes de saliva al articular algunas sílabas.

—¡Caramelos, chocolates, pastillas!...

De repente, las luces se apagaban. Antonio apoyaba la bandeja en el respaldo de un asiento cualquiera y seguía atentamente el desarrollo de la cinta; don Luis salía de la boletería y abriendo el viejo cortinado se dejaba arrebatar por los gestos de aquellas imágenes silenciosas, y el viejo del piano tocaba equivocándose con frecuencia porque ponía los ojos en la pantalla: los tres eran aficionadísimos al cinematógrafo.

El día del debut del prestidigitador, la campanilla de la puerta parecía más vibrante. Al principio, los muchachos guardaron compostura, y si hubo un amago de desorden, ello se debió a que el viejo pianista no quiso someterse al capricho de su público. Le pidieron «Cascabelito», a grito pelado y tocó «Il píccolo navío». Y hasta lo hizo con alguna energía, como con ánimo de independizarse. Naturalmente, hubo que apagar tres o cuatro veces las luces y todo terminó cuando empezó la exhibición de «La curva de la muerte». Sin embargo, no era como otras veces. La habilidad de Tom Mix apenas si entusiasmaba. Nadie aplaudió cuando, en veloz carrera, sobre su corcel alzó a la niñita que los caballos desbocados de la diligencia iban a atropellar. Flotaba en el ambiente una nerviosidad que se acusaba en el continuo revolverse en los asientos, en las tosecitas de impaciencia que se oían. Al fin la exhibición terminó y se hizo en la sala un silencio espectante y hasta un poco angustioso. Transcurrieron unos instantes. El viejo tocó desganadamente un pasodoble. Antonio ofrecía caramelos con su voz nasal; pero se notaba que también él estaba lleno de emoción y curiosidad, por las frecuentes y furtivas ojeadas que echaba al tablado, si se le puede dar este nombre a un angosto entarimado crujiente, semejante a un cajón cuadrilongo, sin más adorno que unas guirnaldas de rosas de papel.

La tensión nerviosa aumentaba a medida que transcurrían los minutos. La sala estaba silenciosa. Se oía afuera la campanilla insistente que anunciaba la función. Don Luis no parecía por ninguna parte. ¿Qué habría sucedido? ¿El prestidigitador faltaría a su promesa? ¿Estaría enfermo?

La expectativa crecía.

Había el mismo silencio precursor de esas tormentas de verano con truenos y centellas. De pronto, alguien batió palmas y toda la sala contagiada se desahogó en furiosos aplausos. Del aplauso se pasó al silbido, al taconeo y al fin, el público se encendió en un clamor que no era de protesta sino de curiosidad angustiosa. Pero este clamor fué estrangulado por la progresiva aparición de un hombre con galera de felpa que surgía del piso del escenario. El silencio era doloroso. Todos los ojos estaban fijos en la cara inexpresiva y sonriente del prestidigitador. Cuando pudieron abarcar su figura en conjunto, deslumbrados por los ademanes reposados y el aire distinguido de aquel hombre no echaron de ver que su levita era vieja y raída y llena de buenas manchas y que sus zapatos de charol estaban bastante destrozados.

El prestidigitador dió unos pasos por la escena y dijo, ahuecando la voz:

— Respetable público: haré conocer algunos trabajos nuevos, completamente desconocidos en Buenos Aires. Pido al distinguido público el mayor silencio durante la ejecución de los mismos.

Aquello parecía una iglesia. El viejo pianista y Antonio «el caramelero», miraban boquiabiertos; don Luis sonreía anticipándose al goce material del éxito.

Sin apresurarse, el prestidigitador se quitó la galera, la colocó cuidadosamente sobre una silla; luego hizo lo mismo con la levita. Desabrochó parsimoniosamente los puños de la camisa, se subió las mangas hasta el codo y tomando una bola roja, la convitió en blanca en un abrir y cerrar de ojos; luego la hizo aparecer verde, amarilla, anaranjada; al fin, sacó otra del bolsillo de su pantalón y habiendo arrojado las dos al aire, recogió graciosamente seis de distintos colores, dejando al público estupefacto. Dió un breve paseo por la escena, con el aire de uno que medita, volvió al centro del tablado y con movimientos lentos sacó de uno de los bolsillos de su chaleco un mazo de barajas. Tomó seis con las yemas de los dedos y las hizo volar girando sobre las cabezas de los asombrados chicos, hacia los extremos del salón. Pidió que se le alcanzara una silla para bajar a la platea, y se le dió la del viejo pianista. Entonces, sin vacilar, se dirigió a un muchacho pelirrojo, cubierto de harapos, y, entreabriéndole la destrozada y sucia camisa, sacó de allí las seis cartas que había arrojado al aire.

Un murmullo de sorpresa recorrió la sala. El prestidigitador volvió a la escena sonriente, como el que todavía no ha mostrado todas sus habilidades. Entonces,



por el agujero practicado en el piso, que daba acceso al tablado, apareció una cabeza de enrulados cabellos rubios, casi blancos, y miss Ketty saltó como una corza, haciendo una graciosa reverencia al público. Seguramente que no era el momento de reparar si sus escarpines rojos estaban más descoloridos que rotos ni si su pollera escocesa, de escaques rojos y negros, estaba tan raída como la levita de su padre, y la muchacha, semejante a una princesa oriental, fué recibida con una descarga de aplausos, silbidos, rugidos y vivas, como nunca fué aclamada princesa auténtica por sus súbditos.



Miss Ketty traía una jaula vacía y con una sonrisa encantadora la presentó a su padre. El prestidigitador metió la mano por la portezuela de alambre y — ¡oh, milagro! — sacó una hermosa paloma blanca.

El público, presa de un entusiasmo indescriptible, amenazó con romper las butacas para dar una prueba definitiva de su admiración. Ya había empezado a alarmarse don Luis, cuando miss Ketty hizo una seña con la mano que dejó a todos en suspenso. El mago tomó un huevo, — ¡un simple huevo! — lo partió y sacó... ¡una libra esterlina brillante como los rulos de miss Ketty! Y así hasta tres, que la rubia recogía, siempre amable y discreta. Quizás hubiera continuado esta nada desagradable tarea de extraer monedas de oro de huevos de gallina; pero no había tiempo que perder porque se hacía la hora de terminar la función. Entonces, con algún apresuramiento tomó su galera, la hizo girar entre sus manos, la apoyó nuevamente en la silla, la levantó... y apareció... ¡un pato! No un patito, sino un pato grave, gruñón, que se puso a caminar por el escenario desdeñoso como un burgués obeso.

Miss Ketty se desprendió una rosa de su pecho y la echó dentro de la mágica galera. El prestidigitador fué a sacar la rosa y sacó en cambio un enorme repollo y luego una coliflor y un mazo de zanahorias y un manojo de puerros y una cantidad de rabanitos. Y cada hortaliza que iba apareciendo provocaba en el público un estremecimiento, semejante al que produce una ráfaga de aire en el agua quieta de un estanque. Al fin, cuando no cabían más cosas en el estrecho escenario, como no había telón, mientras el mago se deslizaba por el agujero, miss Ketty arrojaba besos con la punta de sus dedos como protegiéndolo en la retirada.

Durante tres o cuatro minutos el salón se convirtió en un campo de batalla. Aquello era el delirio.

Horrísonos silbidos horadaban los oídos. Los asientos volaban echos pedazos. En tropel los menos entusiastas se lanzaban a la calle. La bandeja de Antonio rodó por el suelo. Don Luis corría, pálido, sudoroso, de un lado a otro; daba un coscorrón aquí; allá, un tirón de orejas de esos que le habían hecho famoso; pero el público persistía en demostrar su entusiasmo.

Cuando no quedó ni un revoltoso en la sala, don Luis, Antonio y el viejo pianista se miraron desconsolados. En eso aparecieron el prestidigitador y su hija. Iban pobremente vestidos, y habían perdido todo empaque. Ella era una muchacha de ojos tristes, de piel amarillenta y pecosa; él daba la impresión de un hombre aburrido y famélico. Don Luis les dijo, en un tono de reproche, señalando las butacas rotas esparcidas en el suelo:

— Ahí tienen ustedes...

— ¿Qué tenemos que ver nosotros con eso? — preguntó, amoscado, el prestidigitador.

— Nada, nada; pero no me conviene que trabaje más...

— ¡Ah!, — exclamó la muchacha — ¿y no podríamos hacer la prueba, una vez más?

— ¿Una vez más? — dijo don Luis. — Si esto se repite tendré que cerrar el salón.

Y se puso a recoger los trozos de madera que estaban más cercanos. Antonio miraba embobado a la triste miss Ketty. El prestidigitador se alisaba el bigote, pensativo. Al fin, murmuró:

— Bueno, entonces, ¿no hacemos negocio?

Miss Ketty insistió:

— Podríamos hacer otra prueba. ¡A los muchachos les ha gustado tanto!

Y aguardó ansiosa la contestación. Don Luis dijo, algo impaciente:

— Pero, señor mío, eso es lo que no me conviene. ¡No me conviene y no me conviene! Yo conozco a mi público. Si una cosa le gusta demasiado, se entusiasma y rompe los asientos.

— Bueno — dijo el hombre débilmente. — Págueme, que me voy.

Don Luis sacó diez pesos del bolsillo del pantalón y se los dió mirando para otro lado.

— Y por la chica, ¿no me da nada? — preguntó el prestidigitador.

— ¿La chica? ¿Qué es lo que ha hecho la chica? Le ha alcanzado la jaula. — Y don Luis quiso reír.

— Bueno; vámonos.

Y padre e hija salieron del miserable teatrito. Llovía suavemente y hacía frío. El prestidigitador se alzó el cuello del saco.

— Con estos diez pesos — dijo — compraremos el aceite de bacalao para tu madre, una camiseta de punto, gruesa...

— ¿Podrías — interrumpió Ketty — hacerme componer estos zapatos? Tienen la suela desclavada y me mojo los pies.

—Tu madre—continuó él dolorosamente—no está bien. No me gusta nada como está la pobre vieja. Parece un esqueleto. Este es un invierno malo...

— ¿Te parece...? — musitó ella conteniendo un sollozo.

La lluvia menuda llenaba de brillantes sus cabellos encrespados. Entraron en un almacén y compraron media docena de huevos y dos panes. Al pasar por la botica del «Aguila Roja» compraron el aceite de bacalao. Cruzaron la calle y entraron en el tenducho de don Andrés, «que compra a 4 y vende a 3», según rezaba la muestra. No regatearon por la camiseta, que era buena; pero faltaban diez centavos, y don Andrés los rebajó del importe. Cuando estuvieron en casa, le mostraron la compra a la madre, que se había acostado porque sentía frío. Ketty puso a freír dos huevos para cada uno, y se los comieron en silencio, mientras la lluvia golpeaba suavemente en los cristales.

LEONIDAS BARLETTA

PETICION DE MANO



ESTOY anieblao, Roque, no sé qué me pasa.

— Ya, ya lo veo que andas po el pueblo, comiendo azarollas y mirando al cielo, y mal atrapaciao, tú que antes eras más limpio y te vestías majo los domingos.

— Pues ahura, nada, no tengo ganas de nada, ni siquiera me lavo los sábados, como hacía antes.

— ¿Toos los sábados te lavabas?

— ¡Claro!

— ¿Y pa qué tanta agua? Yo cada quince días, y ya es suficiente. Vino, eso es lo que le hace falta al cuerpo!

— Pues tampoco cuasi lo bebo. Ahí tengo un barral de Cosuenda que por no vélo se lo hi dao a beber a la yegua, que anoche estaba bailando sola en la cuadra.

— ¿Y qué te pasa, hombre? ¡Dílo! ¿Estás enamorao?

— ¿Pues qué hacer? Esa Pilara me ha estronzao: ni como, ni duermo; te digo que hay veces que me dan ganas de cogéla po el moño y estozoláła, porque miá que un hombre juerte y que necesita trabajar pa comer tenga que estáse siempre pensando en lo mesmo... es que hay pa aborrecer las borrajas!

— Pero ¿qué es lo que hay? ¿Ella te quiere, u qué?

— ¡Ya lo creo!

— ¿De modo que tú la quiés y ella a ti y entoavía estás malo y así como botinchao, y con un color de argüellao que da rabia véte? ¿Pues qué viene a ser esto?

— Nada, ¿qué ha de ser? ¡Que no sé cómo arreglame pa lo que tengo que hacer! Anoche me estuve sentao a carramanchones en una silla delante e la lumbre hasta las doce y media pensando, pensando y mirando al techo, que paicía que estaba haciendo el catastro... y nada, ¡no me sale!

— ¿Pero qué es lo que quiés que te salga?

— ¡Pues el pidido!

— ¿Qué pidido?

— ¡El de la mano!

— Vaya, chico, amos a bebenos medio cántaro e vino a casa e la Petra, y explicoteaté.

— Vas a ver.

— ¡Amos a ver qué moño es esto!

— La Pilara me quié a mí, yo la quió a ella, y su padre el tío Andrés y su madre la tía Antonia están muy conformes en que nos casemos.

— Pues entonces, abugo, ¿de qué te quejas?

— De que me han hecho saber po conduto del boticario, que no tengo más que pedir la mano de la novia y en seguida ya puó cortejar con ella y casáme.

— ¿Y qué esperas?

— ¡Que no sé cómo se piden las manos!

— ¡Ah!

— Que icen que hay que vistise majo y hay que ir a ver al padre y echale una retólica bien charrada, y en fin, ¡eso! ¡Y no me sale! ¿Tú has pidido manos alguna vez?

— La de mi mujer.

— Pues moño, ¿qué haces que no me enteras?

— ¿Y pa qué no lo has dicho? Amos a beber, allí hablaremos.

— No me da la gana; díme eso ahora mesmo, porque esta mesma noche voy a la torre del tío Andrés, y de allí salgo con la mano de la chica en la faja.

— ¡No vayas a cortále la mano, hombre!

— ¿Pues qué hago? Dílo u te saco las tripas, que ya estoy yo hasta los riñones de estas cosas.

— No te enfades, y oye. Tienes que ponete como de día de fiesta, y bien lavado; mete la cabeza en el cuenco de la colada y lávate.

— Bueno, por date gusto lo haré.

— Le compras a la chica un regalo cualquiera, algo que le cumpla.

— ¡Un chuflete!

— Eso es pa los niños pequeños. Una cosa que le guste.

— Un frasquito de aceite de hígado e bacalao, que icen que es bueno pa las jóvenes.

— Bueno, allá tú. Y te vas a casa de tu novia cuando estén todos juntos.

— ¡A la hora e cenar!

— Y allí, con habilidad, «con idea», hablas de unas cosas y de otras, y de cosas que tengan relación con la chica o con el santo matrimonio, y en una de estas revueltas le dices al tío Andrés: — Pues con este motivo, aprovecho la ocasión pa decirle a usté que si está usté conforme, yo quiero a la muchacha, en fin, una miaja de explicación, ¡pero «con idea!»

— ¡Por vida de Dios!

— ¿Qué?

— ¡Qué no sé cómo voy a salir!

— ¡Vaya, pues arréglatelas y no me corrompas más las oraciones, que me tienes aborrecido con tus cosas; adiós, samarrugo!

(Por la noche. El tío Andrés, la tía Antonia, labradores ricos, y su hija Pilar, están cenando. La criada sirve la cena. Llaman a la puerta.)

LA CRIADA. — ¿Quién?

— ¿Está el señor Andrés?

PILAR *(poniéndose muy colorada)*. — Ese es Roque.

LA MADRE *(muy colorada también)*. — ¿Qué se hace, Andrés?

El tío Andrés (que es hombre muy grave y habla muy poco):

— ¡Adentro!

(Entra Roque muy bien vestido. Está casi temblando y dice desde la puerta):

— ¿Hay licencia?

EL PADRE. — Hay.

(Roque entra, Pilar come con los ojos bajos y la cabeza casi metida en el pecho. La madre suspira. Roque va a sentarse al banco de la chimenea.)

(Pasan diez minutos. ¡Nadie dice nada!)

ROQUE. — ¿Están ustés güenos?

EL PADRE *(después de pensarlo)*. — Hay salú.

(Silencio durante otros diez minutos. La familia cena lentamente.)

ROQUE. — ¿Es colación, u cena?

EL PADRE. — Cena.

(Otros diez minutos de silencio. Roque dice):

— ¿Borrajas... u acelgas?

EL PADRE *(después de pensarlo)*. — Nabos.

ROQUE. — Pues ya que ha salido la conversación... ¡yo venía a pedirle a usté la mano de la chica!

EUSEBIO BLASCO

ACEITE - BAU



FREIXAS Y Cia

Bis a bis de narices

Era gobernador de La Rioja, don Guillermo San Román, El Ñato San Román, como le decían sus amigos, un hombre de tanto prestigio político, como fama de contador de cuentos, pero, de esos cuentos de chispa, que distan tanto de los modernos...

Contaba San Román que cierta vez llegó a Rosario, acompañado de Joaquín González, que era un chico de catorce años, tomó una volanta, y se hizo conducir al hotel.

—¿Cuánto le debo? — preguntó San Román al cochero.

—Diez pesos, señor — contestó aquél.

—¿Diez pesos? ¡Diantre! Mire, cochero, vamos hasta la comisaría; me parece que usted se ha equivocado...

—No señor, son diez pesos. Si no me quiere pagar, es lo mismo.

—¡Ah! no, pues, amigo. Yo le pago, pero vamos a la comisaría... y prontito.

El cochero vió tan decidido al cliente, que amainando el tono:

—Bueno, señor, págueme lo que usted quiera — le dijo. — ¿A qué me va a llevar preso? Al fin, no vale la pena... Uno trata de ganar...

—Sí, bueno, pero hay que ganar razonablemente. ¿Por qué me cobrabas tanto?

El cochero quedó perplejo.

—Tomá — le dijo San Román, dándole los diez pesos, y bajando de la volanta — ahí tenés... Pero decime, ¿por qué me cobrabas tanto?

—Y... bueno, señor — dijo titubeando — porque le vi cara de zonzo...

San Román rió como si le hicieran cosquillas, y le dió cinco pesos más al cochero.

Este gobernador *bajaba* a Buenos Aires cuando era muy necesario, pues los viajes no eran nada cómodos. En aquella oportunidad el ministro Alsina le había pedido que *bajara* a la capital federal para unas cuestiones políticas urgentes, y San Román armó viaje, y se vino, llegando a la Casa de Gobierno el 24 de Mayo a las cinco de la tarde, cuando se esperaban las últimas disposiciones del ministro, de las que dependían la felicidad de muchos. Llegó San Román, e inmedatamente fué recibido por Alsina, quien dijo terminantemente al ordenanza:

—¡No estoy para nadie! ¡No me interrumpa por nada!

Y el ñato San Román, y el narigón Alsina, se encerraron a conversar, y en tanto, pasaban las horas, y las antesalas del ministro se llenaban de gente. Inútil fué que éste o aquél, intentara obligar al ordenanza a que los anunciara; éste sabía el valor de una orden de Alsina, y la respetaba.

Entre los últimos, llegó el poeta Estanislao del Campo, muy amigo de Alsina, y con quien tenía un asunto urgente que arreglar. Como la conferencia no tuviera miras de terminar, Del Campo convenció al ordenanza que le llevara un papelito a Alsina.

El ordenanza entró al despacho, y dando vueltas, no sabía cómo entregar el mensaje, hasta que, dándose cuenta Alsina, le preguntó:

—¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

—Del señor Del Campo — dijo el ordenanza.

Alsina leyó el mensaje, y lo iba a guardar con mal gesto, cuando San Román se lo tomó, leyéndolo en voz alta:

> Las horas se van... se van,
> y esperan los infelices,
> que fastidiados están
> del bis a bis de narices
> de Alsina y de San Román...

—Tienen razón — dijo el ñato riendo — y asomándose a antesalas, llamó a los que esperaban, felicitando a Del Campo por su ocurrencia.

NOTA COMICA DEL



— Pero, ¿tira usted, o no tira?

— Espere usted que deje de bostezar el blanco para poder hacer mejor puntería... ¡Soy un histérico de la madonna!

De Avellaneda



Local del Distrito Militar N.° 15 recientemente constituido en esta ciudad.



Teniente Coronel Melchor A. Gómez, jefe del Distrito.



Jefes y personal que prestan servicio en esa entidad.


R. Mónico
El regalo de alhajas
finas de oro y brillantes y de espléndidos objetos de arte y fantasía, se efectúa diariamente en nuestras oficinas, entre las señoras consumidoras del
POLVO GRASEOSO
LEICHNER
pues entregamos dichos obsequios a cambio de los cupones que contienen todas las cajas de este exquisito producto de belleza facial, insuperable para aclarar y suavizar el cutis femenino y mantenerlo constantemente fresco y delicado.
Su distinción y su buen gusto han de exigirle que complete usted los elementos de su tocador, con estos deliciosos productos de la PERFUMERIA MENDEL:
Polvo Cielito Mío
Agua de Colonia Antinea
Loción Cielito Mío
RECOMENDABLES POR SU ALTA CLASE Y DELICADO PERFUME
MENDEL y Cía.
En BUENOS AIRES: Calle GUARDIA VIEJA, 4439.
En ROSARIO, SANTA FE: Calle ENTRE RIOS, 864.
NOTA. Estos mismos regalos los tiene establecidos en Montevideo, el POLVO GRASEOSO MENDEL.

NOCTURNO

por

Luz y Sombra



Las parejas salen de los automóviles y se hunden en las sombras para reaparecer en seguida en la escalera envuelta en la misma luimnosidad que da un aspecto fantástico a toda la mansión. Tienen algo de duendes esas siluetas ágiles, acompañadas por su caballero, llegando en grupos animados sin bullicio: duendes envueltos en mórbidas pieles.

En los salones llueve la luz de mil soles artificiales sobre el espejo de los pisos, sobre los colores del tapizado y el plano levigado de las mesas, sobre las parejas que llegan; se mezclan, se pierden y vuelven a encontrarse, cada vez más risueñas y más resplandecientes. Juegan las luces en los cabellos de las morenas, en los rizos de las rubias; salpica la risa en las bocas lindas. Y en el ritmo acompasado de la danza centellean los cuerpos de las mujeres.

Todas son delgadas, todas son esbeltas y flexibles; las caderas se adivinan debajo de esas camisas de oro, como otrora se suponían debajo de las polleras a campana.

Hay muchos vestidos de *lamé* de oro o de plata, pero más son los de oro; y hay muchos, muchísimos de terciopelo que esconden en sus *drapeados* terribles tentaciones. Algún conocedor me ha dicho que los vestidos de *terciopelo-panne* tienen la sugestión de unos colores delicados, y que se llaman «estampados» esos terciopelos que tienen juegos de luces en el más sencillo *drapeado*.

Aquí veo una mujer flexible como mimbre en su vestido de terciopelo turquesa *drapeado* adelante por una bellota de *jais* dorados con larguísimo fleco de perlas. La pollera deja asomar, en los movimientos, un fondo de *lamé* de oro. Ese traje vale todo un decorado norteamericano. Otro cuerpo se me antoja de divinidad, estremeciéndose dentro de una vaina de *lamé* colorado sembrado de rosas de terciopelo rojo con brillantes y canutilla de plata.

Una mujer muy bonita, vestida de *crépe* satín blanco cubierto de tul y bordado de canutilla blanca, agita pausadamente, en sus manos enjoyadas, un abanico de avestruz. Otro capricho que muere: el avestruz. Lo han destronado, en los vestidos, las franjas de *jais* y los broches de brillantes; en los abanicos los encajes, y en los abrigos las pieles de mono «*doré*», de liebre y de zorro plateado. No hay tristezas en estas reuniones de mujeres, ningún vestido negro. Los colores que predominan son delicados; recuerdan los pétalos de *rosas-theas*, los lirios de Florencia, los árboles de duraznos cargados de flores rosas y perfumadas; recuerda la música galante de Boccherini.

Alguna que otra nota de color fuerte, como la vaina de fondo rojo vivo y grandísimas flores negras que cubre (oh, muy poco) el cuerpo de esta señora rubia, cuyo marido me confía que aquel vestido fué inspirado a su mujer por la capa que llevaba, noches pasadas, el intérprete de «Mefistófeles» a la Ópera, y fué cortado en una mantilla que ha costado mucha pena y mucho dinero... Siempre hablan de dinero estos maridos y sus conversaciones son inoportunas como el «crac» de una cuerda de violín imaginario en ese «minuet» de los vestidos femeninos, cuyo acompañamiento es representado por el conjunto blanco y negro de los fracks.



Vestido de terciopelo turquesa drapeado adelante, con pollera abriéndose sobre forro de «lamé» de oro. Del drapeado sale una bellota de diamantitos amarillos con larguísimo fleco de «jais» esfumados desde el color oro hasta el marrón, alternados con gruesas perlas marrón. Capa de terciopelo turquesa bordada con oro, «jais» y «strass»; forro de «lamé» de oro, cuello y fondo de visón; echarpe de terciopelo haciendo juego. (Creación Silvetti).

En grupo apartado unas jovencitas ríen... son nubes rosadas, celeste, lila, que se estremecen; tules blancos sobre el brillo de un *taffetas* rosa; tules blancos sobre tules celestes y ramos de no-te-olvides; velos de seda flotando en «*paniers*»; cosas risueñas e inalcanzables, cosas lindas y crueles como el corazón de esas jovencitas.

Las mujeres hablan de cosas, para los hombres extrañas: «¿Has visto? La cintura se eleva». «Sí, pero disimulada por el bordado. «Patou dice que la línea sigue derecha». «Sí, pero el corte es más estudiado». «Ahora ha salido un *bois-de-rose* todo diferente del que se usó el año pasado. Es más fuerte, un color de corteza hecha con rosas, pero con muchas rosas».

Cuando ríen estas mujeres — y ríen muy a menudo — todo se agita en ellas; diríanse aves batiendo sus alas brillantes. Ríen las jovencitas, y las flores de sus polleras — hechas de cintitas — se estremecen, las flores de sus cinturas sacuden sus pétalos. Ríen las mujeres, y tiemblan los largos aros que tienen forma de animalitos hechos de perlas y brillantes; se estremece el cuerpo en la escama de oro del *lamé*; brilla el peinetón en la melena desimulada, y el fulgor de los ojos bien contesta al quedo retintín de las franjas en los vestidos de *crépe*. Veo también mucha *musselina* de seda en estos vestidos de fiesta, y el bordado es el adorno-príncipe. Son bordados muy finos y originales, seguramente hechos a mano; tienen evocaciones de China, Persa, Japón, cuando no son sacados de algún blasón.

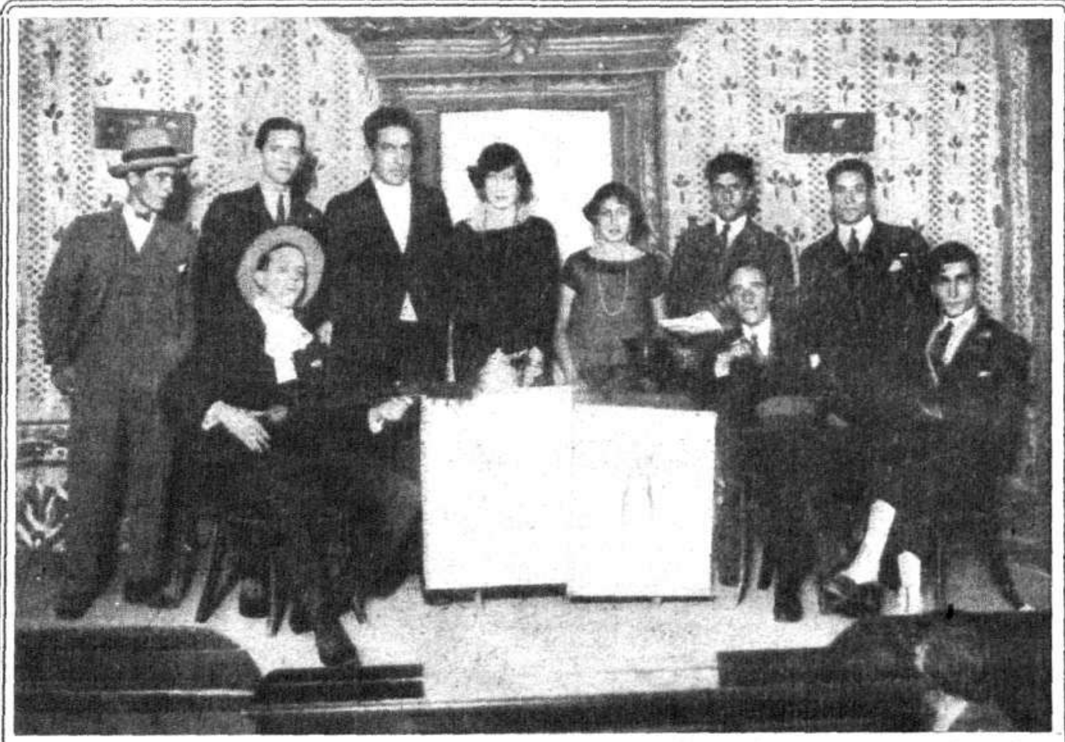
No me extrañaría que este verano viéramos en la calle alguna mujer ostentando en su vestido su Exlibris. Hay bordados de perlitas e hilos de plata, de *jais* e hilos de oro, de canutilla, de «*poillettes*» que nos ofrecen efectos exquisitos.

Y en todas partes hay brillantes, diamantes, «*strass*». Broches de verdaderos brillantes sostienen los *drapeados* laterales de un vestido de terciopelo rubí; *strass* y perlas bordan otro vestido de terciopelo verde que lleva un rico volado de tul sembrado de rosas.

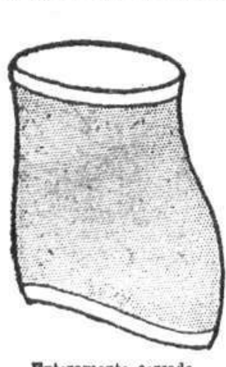
Los tacos de los zapatitos llevan engarzadas piedras blancas y de color. Ciñen la frente preciosos diademas; ciñe el brazo una pulsera último estilo, un friso finísimo de pequeñas siluetas egipcias en rubí, esmeraldas, ónix...

Cuando vuelvo a encontrarme en la calle, se me antoja fría la belleza de la noche, demasiado lejano el brillo de las estrellas, demasiado cansado el perfume de los céspedes.

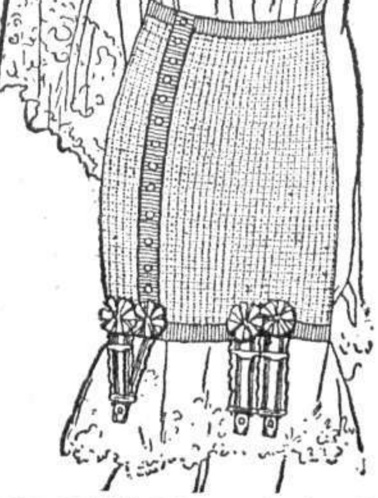
De Lanús

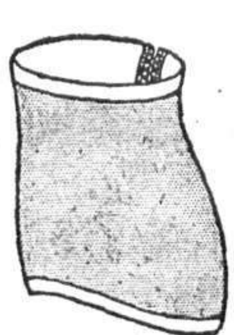


Grupo de aficionados que prestó su desinteresado concurso en el gran festival artístico y danzante organizado por la sociedad recreativa "La Estrella del Sud", a beneficio de la Estación Sanitaria local.


Enteramente cerrada.


Abierta, con cordones a los costados.




Abierta atrás, con cordones.

Abierta a un costado, con cordones.

La nueva **FAJA MAILLOT N.º 300**, confeccionada en elástico de hilo mercerizado extra fuerte, recientemente recibido de nuestra casa en París, con sus cuatro ligas de seda, proporciona al cuerpo la flexibilidad y elegancia que la moda actual impone.

Puede ser confeccionada en cualquiera de las cuatro formas arriba indicada.

MEDIDAS: 1, Circunferencia de la cintura. 2, Circunferencia de las caderas. 3, Alto de la faja. 4, Indicar el modelo que se desea.

Alto	30 cmts.	35 cmts.	40 cmts.	45 cmts.
Precios	$ 32.—	$ 36.—	$ 40.—	$ 44.—

También se confecciona la faja de caucho en las cuatro diferentes formas arriba indicadas, siendo su precio de $ 30, en cualquier altura.

LEONARD PRODEL

PARIS—11, rue Saint-Lazare. BUENOS AIRES—1172, Avenida de Mayo.

SOLICITE GRATIS NUESTRO CATALOGO DE FAJAS ORTOPEDICAS

Representante en el Paraguay: MARTINEZ & Cía. — 15 de Agosto N.o 226 — ASUNCION

RAYOS X

DIAGNOSTICOS Y TRATAMIENTO de las enfermedades.

Instalación moderna de la casa Siemens & Schucker

Instituto Médico de Fisioterapia

del Dr. C. SANCHEZ AIZCORBE

Piedras, 387 — U. T. 4666, Rivadavia

Consultas de 8 a 12 y 14 a 18

REGALO

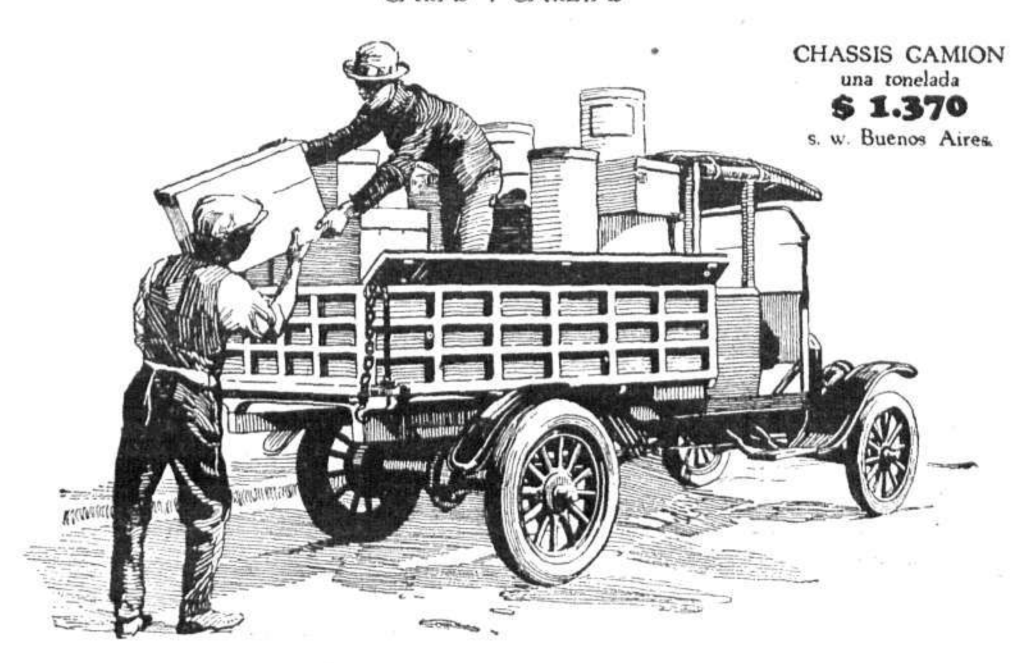


un reloj enchapado en oro, de bolsillo, o pulsera para señorita. Pida instrucciones, que sin gastar un solo centavo, obtendrá uno de ellos con suma facilidad. Escriba hoy mismo a J. TOCCI - Catamarca, 1063. Bs. As.

De Dock Sud



Organizado por la comisión directiva de la Sociedad Cooperadora de la Escuela N.° 35, realizóse un festival artístico en conmemoración del aniversario patrio y a beneficio de la Caja Social Pro Copa de Leche. En el círculo: La directora de la Escuela número 35, rodeada por alumnos de ese establecimiento que bailaron el pericón nacional.



El Camión Ideal

Resistente, liviano, económico, práctico y de fácil manejo, el Camión Ford es el vehiculo más indicado para la distribución o transporte de mercaderias. Miles de comerciantes lo usan en el País. Adóptelo Ud. - Puede proveerse con cualquier tipo de carroceria.



AUTOS CAMIONES · TRACTORES

PUEDE COMPRARSE POR EL PLAN SEMANAL



Usted también puede serlo. Por crónica que sea su afección al estómago, no desespere y recurra al remedio científico, reconocido como natural y lógico para el tratamiento y curación del estómago e intestinos.

PEPTOLYSINA

fórmula del especialista doctor Calandrelli, con cuyo tratamiento cederá toda dolencia del aparato digestivo, desde la más simple indigestión hasta la dispepsia más tenaz. La PEPTOLYSINA evita amargor de boca, fiebre gástrica, etc., etc. Tonifica el estómago; regulariza el funcionamiento del sistema intestinal y devuelve al paciente las fuerzas, carnes, buen color y buen humor.

Cada tarro de PEPTOLYSINA lleva un prospecto-librito escrito por el autor de la fórmula de este remedio, doctor Calandrelli con indicaciones precisas acerca del régimen alimenticio a seguir en cada caso particular.

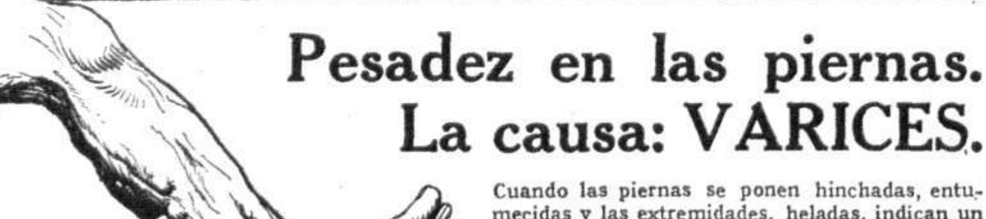
ADOPTELA HOY MISMO.—Precio del tarro: $ 5.—Interior, agregar $ 0.50 para franqueo

PREPARADA POR LOS

LABORATORIOS Y FARMACIA "NELSON"

477, SUIPACHA, 481 — BUENOS AIRES

TELÉFONOS: U. TELEFÓNICA 4750, RIVADAVIA — UNIÓN TELEFÓNICA 3580, MAYO



VARICES

Cuando las piernas se ponen hinchadas, entumecidas y las extremidades, heladas, indican un estado varicoso en plena evolución. La circulación disminuye. Una sangre espesa y cargada de impurezas, dilata sin cesar las venas que, de un momento a otro, cuando las paredes se debilitan demasiado, pueden reventar, produciendo una **Ulcera**, un **Eczema varicoso** o bien provocar una **Flebitis** y hasta la muerte repentina. Sea cual fuere su gravedad, las varices pueden curarse siempre, cuando la causa que las engendró desaparece. Esto explica las curas maravillosas obtenidas por el cuerpo médico en el tratamiento de las dolencias de las piernas, y de todos los vicios de la sangre por el

Depurativo RICHELET

La potencia de este medicamento es tal, que desde los primeros días del tratamiento, la circulación se restablece, la hinchazón de las venas desaparece, así como los picores y el hormigueo. La pierna descongestionada recobra su vigor normal, su flexibilidad y, a la pesadez, substituye un verdadero bienestar. En los casos de úlceras y eczemas varicosos, la supuración se detiene, las llagas pierden rápidamente su aspecto repugnante y se cierran sin dejar huellas.

CADA FRASCO LLEVA UN LIBRO DE INSTRUCCIONES PARA USAR EL REMEDIO

SE VENDE EN TODAS LAS FARMACIAS DEL MUNDO

EL REVÓLVER

POR

ARNOLD BENNET



Cuando los amigos advertían su cojera, el regidor Keats decía con aire de indiferencia:

— ¡Oh! ¡Un poco de gota!

Al cabo de un año o dos, como la cojera se hiciese cada vez más frecuente, hasta parecer completamente cojo, decía:

— ¡Ay, qué gota ésta!

Había adquirido asimismo la costumbre de la palabra *punzada*. Contraíasele de pronto dolorosamente el rostro y murmuraba:

— La punzada.

Sentía cierto orgullo de su gota, enfermedad de ricos ociosos.

El regidor Keats había empezado a vivir en Hanbridge como simple dependiente de un alfarero. A los cuarenta y ocho años era rico y regidor. El ser regidor de una población de setenta mil habitantes ya es algo. A los cuarenta y cinco había consultado por primera vez al médico acerca de aquellos dolores, que el médico diagnosticaba como gota. Diagnóstico que le había encantado, no obstante intentara ocultar su satisfacción fingiéndose malhumorado y deprimido. Al regidor Keats le parecía de una gran distinción el padecer de gota y, contra las órdenes del médico, se compró un buen repuesto de Oporto, y dióse a beber tranquilamente. Estaba decidido a que su gota no diese lugar a dudas; quería tener la gota por entero. La insistencia en el Oporto le prestó cierto aspecto rubicundo y sano, a él que había sido en tiempos pálido hortera, y gracias a sus flamantes cazadoras, sus estirados botines y sus sombreros de última moda, se trocó en una imitación bastante parecida de los viejos caballeros ingleses. Variaba de tono, sin embargo, y, en vez de ser siempre igualmente diplomático, pasaba de una especie de cheeribliana filantropía a wellingtoniana ferocidad. En sus ataques de gota era terrible si estaba en casa, y los juramentos que profería en el salón oíanse perfectamente desde la cocina, y más allá. Nadie, no obstante, le hacía caso, porque era sabida su vanagloria de aquella gota, y desde luego se daba por supuesto que el mal genio y la gota son inseparables. El regidor Keats consiguió al fin estar de veras atacado de gota. Entonces invitó a sus amigos a que fueran a distraerle en su desventura ,y sus amigos viéronle con una pierna estirada sobre una silla frente a un sillón, quejándose y quejándose, a la manera de un perfecto caballero del siglo XVIII. E incluso en aquel trance pedía insistentemente una copa de Oporto «para engañar al médico»

Tenía dos hijos, de diez y seis y doce años, y a los dos les permitía beber vino por la noche, diciéndoles que era menester que aprendieran a *ser caballeros*. Cuando el arrapiezo pequeño pedíale a la doncella nueva el marrasquino, el regidor Keats experimentaba una gran alegría.

Al punto se transformaba en reconocido campeón de todos los ideales, prejuicios y hábitos de un inglés antiguo.

Y así fué cómo se le ocurrió lo del revólver.

Vió el revólver que llamaba la atención en el escaparate de Stetton, el prendero de la plaza de la Corona, y al punto le asaltó la idea de que un caballero inglés no es perfecto sin revólver. Compró el arma, que Stetton le garantizó ser de primera clase, y que era, en efecto, muy bonita. Al regidor le pareció complicadísima y pesada. El se había imaginado que un revólver había de ser más pequeño y ligero; pero es que hasta entonces no había tenido en su mano instrumento más peligroso que una navaja de afeitar. Dudó si ir a casa de su primo Jos Keats, el ferretero. Jos Keats se reía siempre de lo que llamaba sus farsas. Jos no era nada etiquetero, y además no dabía medio de corregirle porque era pariente y de la misma edad que el regidor. Pero veíase obligado a ir a Jos Keats porque era un especialista en cartuchos. En Han-

bridge, todo el que necesita cartuchos a casa de Jos acude. Así, pues, el regidor Keats fuese allá y como si entrara de casualidad, le dijo:

— Sabes, Jos, que necesito unos cartuchos.

— ¿Para qué clase de revólver? — le preguntó el flaco Jos.

— Un *Barker* — replicó el regidor muy satisfecho, sacando el revólver.

— Bueno — dijo Jos. — ¿No querrás decir que vayas a ir tú con eso en el bolsillo?

El regidor, sin parar atención, observó altanero.

— Todo hombre debe llevar revólver.

Luego fuése a su sastre y mandó que le pusieran un bolsillo supletorio en todos los pantalones.

Poco después, según iba Senda Escurrida abajo, cerca de Los Grandes Pozos, famosa guarida de gente maleante, se encontró con un minero lo bastante bebido para sentirse peleador y lo bastante fuerte para ser peligroso. Relatando después el caso, decía el regidor Keats:

— Afortunadamente, llevaba el revólver. Y pronto se lo enseñé.

— ¿Y nunca va usted sin revólver? — le preguntaron.

— ¡Nunca!

— ¿Y lo lleva usted cargado?

— ¡Siempre! ¿De qué sirve un revólver sin cargar?

Así, pues, llegó a ser conocido por el hombre que nunca salía sin el revólver cargado. El revólver, sin duda alguna, impresionaba a la gente; parecía hacer pareja a la gota. La gente empezó a creer en su efecto. Los malhechores ya tenían que hacer si se atrevían a molestar el regidor Keats, con su gota y su revólver, que al punto sacaba.

Cierto día, Brindley, el arquitecto de Bursley, que sabía más de música que de revólveres, fué llamado a opinar sobre ciertas modificaciones en la cuadra del regidor — modificaciones que no se originaban de la compra de un automóvil, porque los automóviles no tenían prosapia antigua. — Y estando en el patio de la cuadra, se vino a hablar del revólver, y dijo Brindley:

— Quisiera verle a usted tirar. Quizás no me crea usted; pero nunca he visto disparar un revólver, ni siquiera he oído el estampido.

El regidor Keats se sonrió.

— He oído decir que es bastante difícil apuntar con un revólver — dijo Brindley.

— ¿Ve usted el agujero de la llave? — dijo el regidor, señalando a la mohosa cerradura en medio de la doble puerta cochera.

Brindley afirmó que sí.

Al momento oyóse una explosión, y el regidor miró el humeante revólver, lo sopló con cierta suspicacia y se lo guardó en el bolsillo suplementario del pantalón.

Brindley, a quien la explosión había intimidado, examinó la doble puerta y no encontró señal alguna.

— ¿Dónde ha dado usted? — preguntó.

— A través de la cerradura — dijo el regidor luego de una pausa.

Abrió las puertas y, señalando media carga de paja allí amontonada, dijo:

— Ahí dentro se ha metido la bala.

— Bueno — dijo Brindley; — no está mal, no.

— No hay cinco personas en Cinco-Villas que puedan hacerlo — dijo el regidor. Y al decir tal, parecía, con las piernas abiertas, su cazadora corta y sus fanfarronadas, casi tan a la antigua inglesa como deseaba. Excepto que su rostro había palidecido ligeramente, Brindley creyó que aquella pasajera palidez era efecto del legítimo orgullo de su magnífico disparo. Pero se equivocaba. Debíase al miedo, sencillamente. La verdad del caso era que el regidor Keats nunca se había atrevido a disparar el revólver, y aquel ruido infernal y aquella sacudida de la mano le habían dado lo que en Cinco-Villas se llama miedo. Habíase prestado a tirar con el entusiasmo del momento, y disparado como pudo hacerlo una mujer. Había sido una suerte realmente extraordinaria el meter la bala por el ojo de la cerradura. A la verdad, al pronto inclinábase a creer que la buena puntería debía ser mucho menos difícil de lo que se decía; porque su acierto había sido enteramente casual. Al decir a Brindley: «¿Ve usted el ojo de la llave?», se lo había dicho por pura broma. Sin embargo, Brindley, al marcharse, llevóse consigo la convicción de que el regidor era un perfecto tirador del Oeste.



Tenía el regidor el propósito de ejercitarse en el tiro de revólver seriamente; pero he aquí que en aquel mismo día el cochero de Keats hizo un gran descubrimiento. Dormía el hombre encima del guardacoches, y al subir la escalerilla para ponerse su cuello de celuloide, vió un agujero en el techo y un poco de yeso encima de su pizca de alfombra. La ventana había estado abierta todo el día. El regidor no sólo no había apuntado al ojo de la llave, no sólo no había apuntado a las puertas, sino que había dado en el piso primero.

Esto desmoralizó al regidor. Esto le demostró al regidor que el uso de un revólver envolvía serios peligros. Estaba expuesto a apuntar a un farol de la calle y dar en el reloj del Ayuntamiento; podía tal vez apuntar a un bandido y matar a su cara mujer.

No había límite para las posibles contingencias. Así, pues, resolvió no volver a disparar nunca más. Seguiría llevando su revólver; pero, en punto a su caballerosidad inglesa, fiaría menos en el tal que en la gota.

Mas la ciudad entera, (es decir, los concejales, los principales fabricantes, los trabajadores y sus hijos) estaban interesadísimos a la sazón con el revólver: porque Brindley, el arquitecto, les había contado lo que por sus propios ojos había visto. Algunos aceptaban que el regidor fuese tirador tan sobresaliente, pero otros lo atribuían a pura chiripa; y una escasa minoría hablaba incluso de que se trataba de un cartucho con pólvora sola. Esta monstruosa aseveración de tan pequeña minoría fué lo que indujo al regidor a volver por la fama de su revólver y a continuar hablando de él. Ocultó desde luego la verdad acerca del tiro en el techo, y permitió deliberadamente que el público siguiera

creyendo, con Brindley, que él había apuntado al ojo de la cerradura e introducido realmente la bala por él, y su conciencia no se alteró lo más mínimo. Pero que aquellos mal intencionados le atribuyeran el haber cargado con pólvora sola era cosa que le indignaba furiosamente y que exacerbaba su goce. Y apeló a su primo Jos para demostrar que nunca se había gastado un penique en cartuchos sin bala.

Fué una lástima que diera intervención en el asunto al sarcástico Jos. Jos le hizo la observación de que para ser un hombre que se ejercitaba en tirar a revólver compraba muy pocos cartuchos; con lo cual el otro le tomó una gran cantidad. Ahora bien; no quería emplear aquellos cartuchos, y deseaba, por otra parte, hacer mucho ruido con su revólver, para convencer a la vecindad de que seguía entrenándose. No quería tampoco comprarle cartuchos sin bala a Jos, ni podía adquirirlos en todo Cinco-Villas, pues con lo de prisa que corrían las noticias, se vendría al suelo fácilmente se reputación de tirador. De aquí que el regidor Keats llegase incluso a ir hasta Crewe, sólo para comprar cartuchos sin bala. y tiraba los cargados al estanque de los Abedules, Que a tales extremos llega un hombre tímido para conservar su renombre de ser una fiera a la antigua usanza. Toda clase de personas acostumbraban oir el estampido del revólver del regidor en el patio de sus cuadras, y el efecto acumulado de aquellos ruidos fué acabando con la calumnia y la incredulidad. Claro que, una vez empezado a ejercitarse, el regidor no podía cesar. Tan absurda situación seguía y seguía. Y hubiera aparecido en la superficie del estanque de los Abedules un arrecife de cartuchos a no ser por la visita (sumamente costosa) de los diez tigres de Hagentod al *Imperio*, de Hanbridge.

Esta visita, que hizo época en la historia del *music-hall* en Cinco-Villas, coincidió con la fiesta venatoria anual de una sociedad titulada Antigua Corporación de Hanbridge, sociedad que nada tenía que ver con la verdadera corporación encargada de la exacción de impuestos, sino que era una organización amañada para pretextar una comilona. El regidor Keats, naturalmente, era importante elemento en el asunto de la fiesta venatoria. Nadie mejor que él para presidir tal solemnidad, y presidió, haciendo maravillas. Porque al llegar la hora de los brindis habló durante media hora acerca de la verdadera diplomacia, y con una alusión a la verdadera gota; lo cual no se acostumbraba en modo alguno. Y luego, avanzada la fiesta, se levantó, sin preocuparse más de la lista de brindis, e invitó a los allí reunidos a beber Old England y Oporto añejo siempre; ¡y al diablo la gota! Después de esta genial informalidad, la conversación de un grupo de camaradas, reunidos en el extremo presidencial de la mesa, recayó sobre el noble arte de la propia defensa, y en seguida sobre los revólveres. Y el regidor, alegre, pero autoritario siempre, sacó su revólver, demostrando que incluso vestido de etiqueta lo llevaba.

— Oye — dijo uno. — ¿Está cargado?

— Claro que sí — contestó el regidor.

— Bueno; entonces mejor será que te lo guardes, que tenemos mucho vino y mucho *whisky* en el cuerpo.

El regidor así lo hizo, orgulloso.

Volvía a casa, cojeando de la gota, con el Vice, poco después de media noche, cuando, al pasar por la puerta del escenario del *Imperio*, ambos pudieron oir espantosos rugidos dentro del edificio. La puerta del escenario estaba abierta de par en par.

Como personajes importantes que eran penetraron por aquella obscuridad; y tropezaron con el guarda que salía.

— ¿Es usted, señor regidor? — exclamó el hombre. — ¡Gracias a Dios!

Supo entonces el regidor que dos de los tigres de Bengala de Hagentod estaban riñendo por una hembra en un duelo a muerte (cualquiera hubiera creído que después de dos representaciones, a las ocho y media y diez y media, respectivamente, aquellos tigres estarían lo suficientemente cansados para no reñir por nada). El guarda había ido a buscar al domador Hagentod a su hotel; pero el revólver de Hagentod se había perdido, no se le encontraba por ninguna parte, y los rivales estaban en tal estado de furia, que ni el propio Hagentod podía entrar sin revólver en la jaula. Entretanto, los inapreciables tigres se mataban mutuamente, y en aquel precioso momento salía el guarda a pedirle uno al puesto de policía.

Los rugidos eran cada vez más terribles.

— ¿Tiene usted su revólver ahí, señor regidor? — preguntó el guarda.

— No — dijo el regidor, — no lo tengo.

— ¡Oh! — dijo el Vice. — Yo creo que le he visto a usted enseñándoselo a su primo y a otras cuantas personas.

En el mismo instante, Jos y algunos más entraban atraídos por los rugidos.

El regidor dudó:

— Sí, claro que sí; me había olvidado.

— Si se lo prestara usted al profesor un minuto tan sólo... — dijo el guarda.

El regidor lo sacó del bolsillo y, dudando, se lo dió al guarda, quien ya echaba a correr con él, cuando el regidor dijo muy nervioso:

— No estoy seguro de si está cargado.

— ¡Bueno, si que eres tú bueno! — exclamó Jos Keats.

— Se me ha olvidado — murmuró el regidor.

— Eso pronto se ve — dijo el guarda, que tenía mucha práctica de revólveres. Y lo abrió. — Sí — dijo mirándolo; — tiene carga bastante.

Y volvióse de nuevo en dirección al temeroso rugido:

— Es que... — exclamó el regidor — temo que sea un cartucho sin bala.

Podía haber salvado su reputación permitiendo que Hagentod, el único, arriesgara su vida con un revólver inservible; pero era un hombre de conciencia. Su limpia conciencia era la única compensación a la sarcástica risa de Jos; con lo que terminó su reputación de hombre de antigua casta. Lo más triste fué que su noble sacrificio fué inútil, porque inmediatamente cesaron los rugidos, una vez que Hagentod separó a los combatientes con un periódico ardiendo en la punta de un palo. Y lo curioso del caso es que el regidor Keats no volvió a hablar de su gota.

DIBUJOS DE PARPAGNOLI



Enlaces




Puñed-Monacci. — San Nicolás.




Arbillaga-Lavallier. — Ayacucho.




Echeverría-López. — San Nicolás.




Ballatore-Alejandro. — Villaguay.




Vidiella-Camaño. — Concordia.

De Coghlan



Núcleo de aficionados que tomaron parte en el festival artístico y danzante organizado por el Club Social Colaboradores Espontáneos.

CURIOSIDADES

El ambiente de un aposento ocupado por un enfermo, se purifica poniendo un vaso de agua caliente.

En Europa se hablan 587 idiomas y dialectos distintos.

Los colores de las alfombras se te con unas cuantas gotas de aceite de espliego.

abrillantan mucho barriéndolas con un cepillo mojado, en una disolución de agua y sal. El cepillo debe sacudirse antes de aplicarlo a la alfombra para que sólo esté húmedo y no empapado.

De Pueyrredón



Parte de la concurrencia que asistió al baile realizado en la residencia del señor Fernando Botti, con el propósito de allegar fondos para la mejora de esta localidad.

LA POLÍTICA...

Su carta tiene el color del papel en que viene escrita; el color gris de tedio que, con razón le producen las noticias que le llegan de nuestro desventurado país. ¿Qué no diremos los que presenciamos de cerca este oleaje de entristecedoras miserias? En cuanto a mí, la experiencia que mi temporada de politiquero me ha suministrado, me ha bastado para tomar desde ahora (o más bien desde antes de ahora), la resolución firmísima de poner debajo de mi última página de vida parlamentaria un letrero que diga: "Aquí acabó la primera salida de don Quijote" y decir adiós a la política. Esto equivaldrá casi a decir adiós al país; pues el país nuestro y su política son términos idénticos: no hay país fuera de la política. Todo lo demás es aquí epidérmico y artificial. Lo único que realmente es propio y natural del país mismo y lo preocupa de veras, y absorbe todas sus energías, es lo que por eufemismo patriótico, tenemos la benevolencia de apellidar.

José Enrique Rodó.



LA SIEMBRA OPORTUNA

Hemos tratado, en números anteriores, del empleo de buena semilla como factor eficiente para un buen resultado en el cultivo del trigo, de este cereal que es el más importante del cuadro de nuestra producción agrícola; pero a nada conduce la elección de las variedades más adecuadas y preferibles, ni la clasificación de los granos, por la selección mecánica, ni la curación para prevenir la semilla y los sembrados de las enfermedades de carácter criptogámico, si no se sabe también elegir el momento oportuno para efectuar la operación de la siembra; porque en agricultura, todas las diversas operaciones, o los diversos pasos o fases que constituyen el ciclo cultural, están todos relacionados o subordinados unos a otros o entre sí, de modo que no es dable descuidar ninguno de los detalles que con ellos se relacionan, so pena de comprometer el éxito final, o por lo menos de aminorar proporcionalmente sus resultados últimos que se traducen en la cosecha más o menos abundante, más o menos de calidad.



La siembra temprana encuentra la tierra húmeda, y bien preparada para la germinación.

En muchas partes de la región cerealera del país, desde principios del mes en curso, se inicia la siembra de las llamadas semillas finas y principalmente del trigo, operación que se generaliza y prosigue con activa intensidad en los meses sucesivos, para terminar a fines de agosto y en algunos años y en forma excepcional, hasta septiembre.

La extensa área territorial y geográfica que ocupa el cultivo del trigo en nuestro país, las diversas variedades, aunque no muy numerosas, que se cultivan, la marcha de la estación y los medios de trabajo de que dispone el agricultor para la explotación de su chacra constituyen otras tantas causas que justifican el período de tiempo tan extenso que suele durar la operación que nos ocupa.

Una extensión tan grande del país, que pasa de los siete millones de hectáreas, cultivada con trigo, de latitud tan amplia, y, por consiguiente, de climas tan variables, exige lógica y naturalmente, una siembra efectuada en diversas épocas; por esto vemos, por ejemplo, que en el norte de las provincias de Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos y en la de Santiago del Estero, la siembra empieza a mediados de mayo y antes también, pues de no sembrar temprano, los calores rápidos y elevados del verano, cuando llega, arrebatan el trigo antes de su normal madurez transformando su grano en «chuzo» y de escaso peso; en el centro y sud de las mismas provincias, en el norte y oeste de la de Buenos Aires, zonas de clima más templado, con veranos no muy tórridos, antes bien benignos, empieza a principios de junio, y en el sud de esta última provincia, Pampa, Río Negro y Chubut, de clima frío e invierno rígido, también se siembra temprano, porque el trigo, en tales condiciones tiene más lento desarrollo y su ciclo dura más.

En cuanto a las variedades puede decirse que, en general, las que son precoces, se pueden sembrar un poco más tarde y las tardías, en cambio, se deben sembrar más temprano. Entre las que se cultivan en el país, exigen siembra temprana, el Húngaro, el Ruso, el Piamontés y el Pampa; se puede sembrar después, o a medio tiempo, el Rieti, el Francés y el Lombardo; mientras el Barletta tolera y se adapta aún a una siembra tardía.

La marcha de la estación gobierna también la época de la siembra, porque si el otoño y el invierno corren secos y las tierras están duras, no se puede romperlas con el arado y entonces hay que esperar una lluvia benéfica para arar y sembrar, cuando no se hayan arado los rastrojos al levantar la cosecha.

La extensión de la chacra es condición desgraciadamente poderosa, pues como aquélla es siempre, por lo general, superior a los medios y elementos de que dispone el agricultor, con frecuencia sucede que éste empieza a arar sus tierras en mayo y termina en agosto, sembrando buena parte de su trigo a destiempo, por temprano o tarde en demasía.

Efectivamente el trigo es planta de invierno y de largo ciclo vegetativo. En condiciones normales y sembrando temprano, su germinación es más rápida, por la temperatura todavía templada del otoño y también porque las lluvias otoñales la favorecen; las plantas arraigan más pronto y al llegar el invierno, los fríos intensos y las heladas continuadas hacen que sus raíces se extiendan «para abajo» como dicen los agricultores y los macollos pueden, así, alcanzar un buen desarrollo en tiempo oportuno y echar buenas espigas; la madurez también se anticipa y se desarrolla en forma correcta y normal, no temiendo el agricultor, sobre todo en zonas cálidas, los golpes de sol que arrebatan el trigo y hacen el grano chuzo. Dentro de ciertos límites puede decirse también que se aminoran los daños del granizo porque cuanto más pronto se cosecha el trigo, menos queda expuesto a los peligros de las tormentas; y, en fin, se ahorra semilla, porque no es necesario cargar la mano como cuando se siembra tarde.



Un trigal sembrado a tiempo; tupido, lozano y fuerte.

Podemos, pues, para concluir, afirmar que la siembra temprana es práctica recomendable, bajo todo punto de vista, siempre, naturalmente, dentro de los límites prudenciales que la práctica aconseja para cada variedad y para cada zona, puesto que, en agricultura, como lo hemos dicho otras veces, nada hay de absoluto en cuanto a normas culturales y todo es relativo o subordinado.

HUGO MIATELLO

INGENIERO AGRÓNOMO



Modelo JULIA

Modelo CARMEN



Modelo VICTORIA



MODELO AURELIA



Modelo MARCELA



Modelo AURORA

Todos estos Modelos son confeccionados en rico tricot inglés mercerizado y los vendemos por esta semana a $ 25.- en 35 cm. de alto y $ 30.- en 40 cm. de alto.

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

490, CARLOS PELLEGRINI, 490

BUENOS AIRES

Unión Tele.: Mayo, 0313



Modelo MERCEDES

Enlaces



Leymour-Fernández. — San Nicolás.




Samarti-De Wiune. — Capital.




Eibar-Bonet. — San Nicolás.




Moroni-Odone. — Córdoba.




Buceta-Garmundez. — Quilmes.



—¡Pero! ¡Qué es eso, Lilí!
¡Qué modo de jabonarse!...
—Una llega a entusiasmarse
teniendo un jabón así.

—Malgastarlo no se debe.
—Si no se gasta, mamá.
El **REUTER** la ilusión da
que estás metida entre nieve.

Pues levanta tanta espuma,
tan blanca, tan fresca y suave...
—Mira. Pareces un ave
que tiene aufada la pluma.

—El **REUTER** hace sentir
tan deliciosa impresión...
—Que empiezas a dar jabón
y no sabes concluir.

De Remedios de Escalada



Jóvenes pertenecientes a la agrupación artística "Los Bohemios", que tomaron parte en el festival organizado por el Club Atlético Estrella del Sud.



Sus propiedades como estimulante del apetito, son únicas.

Sea Vd. uno de los tantos millares de personas que lo adoptaron después de una prueba.

Elaborado a base de añejos y finos vinos de Jerez en las mismas famosas Bodegas del mundialmente conocido

COÑAC DOMECQ

IMPORTADORES

MERELLO HNOS

BUENOS-AIRES

ARITMETICA

1.er GRADO INFERIOR — IDEA DE MEDIO

Ejercicios concretos:

1 Presentar una fruta cualquiera que se preste para hacer partes iguales y repartirla entre dos niños.
2 Hacer notar que ha sido dividida en dos partes y que esas dos partes son exactamente iguales.
3 Dar el nombre de mitad o un medio, a cada parte.
4 Dividir en dos partes iguales, una hoja de papel, un cartoncito, una varilla de madera, etc., y dar el nombre en todos los casos, de la fracción obtenida.
5 Leer y escribir $\frac{1}{2}$
6 Hacer observar que un entero tiene $\frac{2}{2}$ y enseñar a expresar por escrito, la nueva fracción.
7 Hacer notar que $\frac{2}{2}$ forman un entero (siempre por medio de ejercicios prácticos).
8 Pedir a los niños numerosos ejemplos sobre $\frac{1}{2}$ y $\frac{2}{2}$

Problemas mentales:

9 Tengo una hoja de papel y deben escribir dos niños ¿qué parte de la hoja daré a cada uno?
10 Adolfo me dió cuatro mitades de naranja ¿cuántas naranjas me dió?
11 Dibujé un cuaderno y lo dividí en dos partes iguales, una de esas partes, la pinté ¿qué parte del cuaderno quedó sin pintar?
12 Con 6 manzanas ¿cuánto puedo dar a cada uno de los 12 niños entre los cuales quiero repartirlas?
(Demostrarlo prácticamente).
13 La mitad del dinero que tengo son 20 centavos ¿cuántos centavos tengo?
14 Tengo un metro de puntilla y necesito la mitad ¿cuánto me queda?
15 La mitad del cuaderno de Carlitos tiene 9 hojas ¿cuántas hojas tiene todo el cuaderno?
16 Un litro de vinagre cuesta 50 centavos ¿cuánto deberá pagar una señora que compra medio litro?
17 Si por medio kilo de café me cobran 45 centavos ¿cuánto me cobrarán por un kilo?

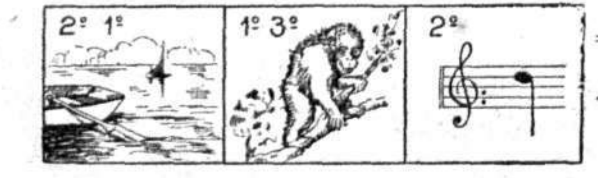
En estas lecciones se aprovechan todos los conocimientos dados anteriormente, lo que permite variar el asunto y hacer un repaso oportuno.

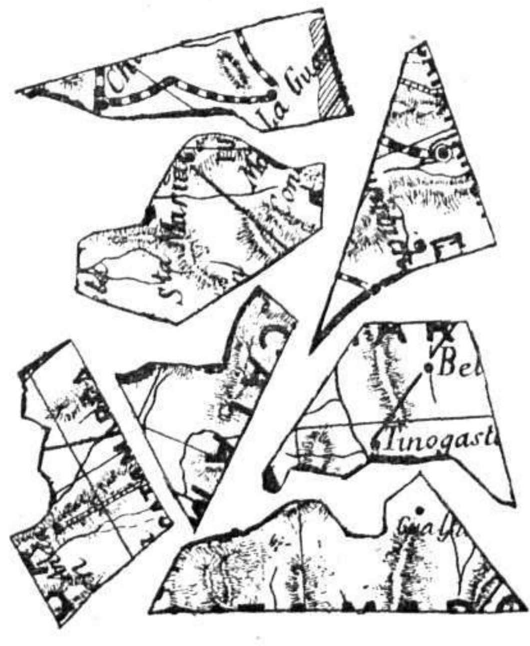
PROBLEMA

En un galpón sobre una pared de 6 metros de alto, por 14 metros de ancho, se ha colocado el mayor número posible de caños de un metro de diámetro. ¿Podrías decir cuántos caños hay en el galpón? Piensa antes de responder.

En el próximo número irá la solución.

CHARADA ILUSTRADA





Pon en orden estos recortes y hallarás el mapa de un pedazo de tu suelo.

Si tienes constancia, puedes coleccionar la serie que en esta hoja aparece y formar luego un hermoso mapa de tu patria.

(Véanse los números anteriores)

EL LORO

He ahí un simpático animalito, que tiene el poder de imitar admirablemente la voz humana.

Es muy sociable, cosa que debe imitarse, pero en cambio no sirven de ejemplo sus condiciones para el hogar.

No es que sean malos padres, al contrario, son cariñosos y se sacrifican por sus pequeñuelos, pero sus nidos son de lo más desordenado que puedan ustedes imaginar.

Tengan cuidado y no den lugar a que la mamita les diga algún día, que el costurero o cajones de la ropa están como nido de cotorras.

Elegí estos animalitos por su elegante forma y color de plumaje.

Recorten estos dibujos y colóquenlos sobre una tira de papel de mts. 0.20 de ancho, pasando el lápiz por sus contornos.

Como la figura, una vez recortada, tiene igual forma vista por los dos lados, puede aprovecharse el mismo patrón, mirando unas veces a la izquierda y otras a la derecha, con lo que se obtendrán ocho tipos difirentes.

Ilumínenlos después, recordando debe predominar el verde chillón.

Ofrezcan luego el trabajo a la señorita del grado de Vds. y ella, muy contenta, adornará con ese friso el salón de clase.

Si está decorada el aula, empléenlo para sus dormitorios. ¡Es tan lindo vivir entre cosas alegres y bonitas!

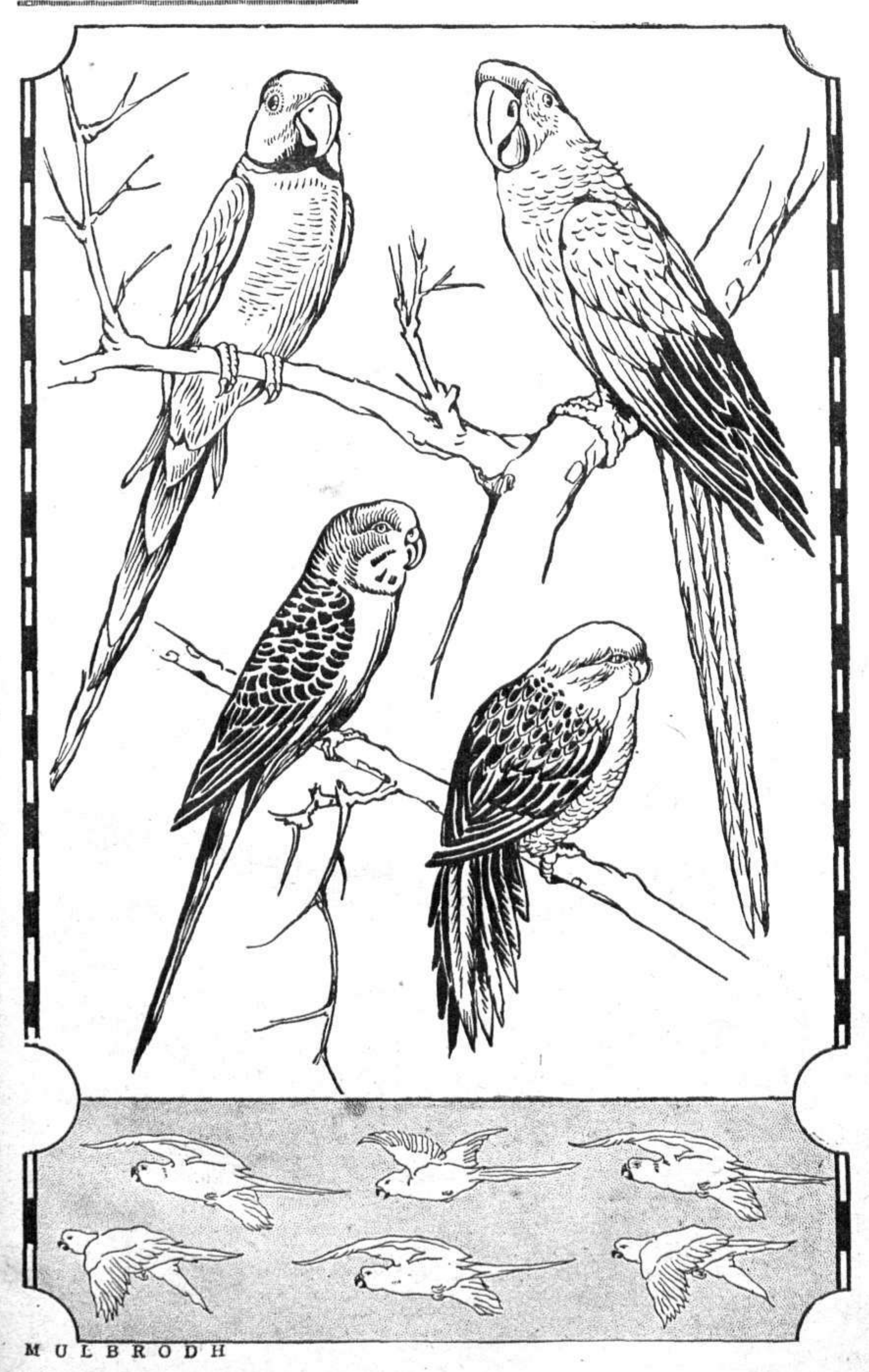
(Va una pequeña muestra para aclarar la idea).

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

***A los rompe mates*:**

1) Aceitera.
2) Pinotea.
3) Camafeo.

E J E C U T A



De San Fernando y Victoria



El doctor Alsina rodeado por un grupo de pugilistas que tomaron parte en el festival realizado por el Club del Progreso.



Comisión de señoritas a cuyo cargo estuvo la venta de rifas a beneficio del Círculo Social Victoria.

LA ABNEGACIÓN DA ORIGEN A LA IMPLANTACIÓN DE LA MELENITA EN EL JAPÓN

Tokio, abril. — (Correspondencia de The Associated Press). — La señorita Tsune Karasumoto, se presentó ha poco a los patrones del templo que va a construirse cerca de las tumbas imperiales en Momoyama, y les ofreció que la enterraran viva bajo los cimientos. Según la tradición, hace trescientos años una joven de Tokio fué voluntariamente sepultada viva bajo la columna central del templo de Asakusa, y la creencia popular es que debido a ese sacrificio humano se salvó de la destrucción el mencionado templo en el terremoto de septiembre de mil novecientos veintitrés.

Los tiempos han cambiado en el Japón, sin embargo, y la oferta de ahora fué rechazada. En vista de esto, la señorita Karasumoto y ochenta y nueve doncellas, resolvieron cortarse las trenzas y ponerlas bajo la piedra angular del templo.

El templo servirá de archivo a todos los decretos del emperador Meiji Teno, y el material para su construcción lo proporcionarán los aldeanos de la vecindad, habiéndose convenido en que cada uno corte un árbol sin tachas y lo transporte hasta el sitio del futuro templo.

—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

De San Isidro



El gobernador Castillo y autoridades locales.



FESTIVIDAD EN HONOR DEL SANTO PATRONO
Cabeza de la procesión religiosa organizada, con asistencia de numerosa concurrencia, que recorrió las principales calles de esta ciudad.



Distinguidas señoritas que asistieron al solemne acto.



La imagen del Santo Patrono llevada en andas.



Señora de Castro y familia

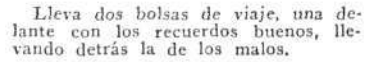




Sarrasqueta, turista

por REDONDO




Lleva dos bolsas de viaje, una delante con los recuerdos buenos, llevando detrás la de los malos.


Lleva una gran biblioteca, para su recreo en el viaje, formada por los libros que la policía dejó por recoger de los sitios de venta.

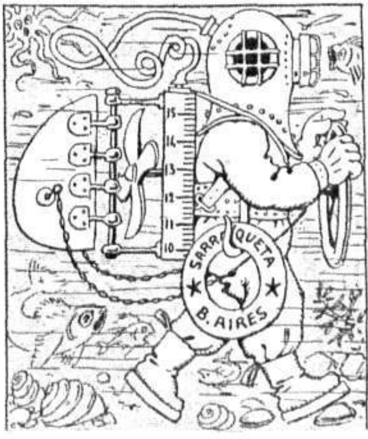

Lleva la Guía del Viajero alrededor del mundo, pero no la entiende por estar escrita en todos los idiomas, menos en criollo.


Lleva unos anteojos prismáticos para ver la línea al cruzarla, con los que todo se ve cubista, aún pasando muy lejos de Cuba.


Lleva una máquina fotográfica para retratar cuantas ballenas y atunes vea, y hasta los paisajes submarinos.


Lleva útiles de pintura para pintar marinas del natural, que con tanta agua le saldrán muy frescas.


Lleva aparejos de pesca, con abundante cebo, para pescar congrios, tiburones, estrellas de mar y sirenas.



Lleva un traje de buzo, de su invención, para, en caso de naufragio, poder seguir viaje caminando.


Lleva una valija para guardar documentos y valores, que contiene de todo, menos plata, que es lo único que ha olvidado para el viaje.

De Ituzaingó



Parte de la numerosa concurrencia que asistió al festival realizado bajo los auspicios del Dancing Club.

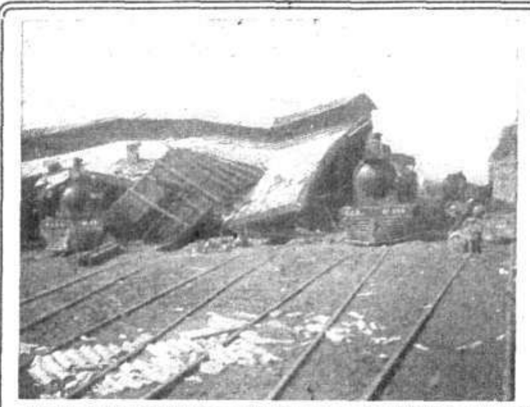
BUENA SALUD Y APTITUD FÍSICA PARA EL MATRIMONIO

En el Estado de Wisconsin, que forma parte de la Unión Americana, existe desde el año 1913 una ley que obliga a todos los hombres que desean contraer matrimonio a someterse a un examen médico y dispone que se le niegue la licencia legal a los que no pueden presentar un certificado de buena salud y aptitud física.

Y ahora Miss Mildred Barber, linda representante recién electa a la legislatura de dicho Estado, ha presentado otro proyecto por el cual se amplía la ley en cuestión de modo que abarque también a las mujeres.

Opina Miss Barber que tal como existe es injusta, pues que asegura a las mujeres contra un engaño matrimonial de tristes consecuencias, pero no a los hombres, y que, además, el interés de la prole requiere que la esposa, tanto como el esposo, goce de buena salud y capacidad material para la vida conyugal. Pero, hombres y mujeres se han opuesto a la modificación de Miss Barber, al punto de que parece difícil que pase.

De Pergamino





Aspectos de los considerables destrozos causados por el reciente temporal que azotó esta zona, registrándose, además, numerosas víctimas.

SECRETOS DE TOCADOR

LOS DEPILATORIOS

Los depilatorios desconocidos suelen ser perjudiciales y no se deben usar, teniendo como garantía el prospecto en que su autor ensalza las virtudes del líquido o crema por él compuesto.

Tampoco es lógico que condenemos al sexo bello a transfigurarse en feo por no tener medio de que desaparezcan de su rostro esas sombras obscuras que le quitan gracia y juventud. Pensando en el conflicto que significa para toda mujer bonita la necesidad de usar un depilatorio, hemos creído oportuno indicarle el medio de hacer por sí misma una pasta que da maravillosos resultados.

Se mezclan cinco gramos de hidrosulfato de sosa, 10 gramos de cal viva en polvo y otros 10 de almidón; todo dentro de un frasco de cristal, donde pueda agitarse para que unan bien las tres cosas. En el momento de usarlo se saca un poquito con una cuchara de marfil o de cristal; se echa en un pequeño recipiente, agregándole unas gotas de agua para formar una pasta ligera aplicable con un pincel. Al cabo de cuatro minutos se quita la pasta, y se aplica a la piel vaselina fresca, con objeto de evitar la irritación que pueda producir la cal.

Conviene advertir que no hagan uso de esta pasta las personas aturdidas o que no tengan buena vista, sobre todo si se aplica en el entrecejo, por la proximidad a las cejas, que podrían desaparecer en parte, si no se coloca la mencionada pasta con mucho cuidado.

De Lomas de Zamora



El doctor Mossenshon, delegado universal sionista, rodeado por miembros de la colectividad israelita, después de su conferencia pro hogar Israelita en Palestina.

NO SE AMA LA PERSONA

Si un hombre se pone a la ventana para ver los que pasan, y paso yo, ¿puedo decir que se ha puesto allí para verme? No; porque él no piensa en mí en particular. Mas el que ama a una persona por su belleza, ¿la ama, en efecto? No, pues la viruela que destruirá la belleza sin destruir la persona, hará que yano la ame. Y si se me ama por mi juicio, por mi memoria, ¿se me ama a mí? No, pues yo puedo perder cualidades sin perderme yo mismo. ¿Dónde está, pues ese "yo" si no está ni en el cuerpo ni en el alma? ¿Y cómo amar el cuerpo o el alma, sino por sus cualidades, que no son las que forman el "yo", pues que son perecederas? Porque ¿se amaría la substancia de alma de una persona, cualesquiera que fuesen sus cualidades? Eso no puede ser, y sería injusto. No se ama, pues, nunca la persona, sino solamente las cualidades.

PASCAL



Una tentativa frustrada

Aquí, en Milán, en un departamentito de la calle Capellini, por los barrios de la Estación Central, vive un señor francés, contador en una casa exportadora de sedas.

Le oí hablar durante un congreso y me quedé admirado de su elocuencia.

Se hubiera dicho que no fuera más que un instrumento de que se servía otro ser para comunicar con la concurrencia.

Efectivamente, el señor Renault, miraba siempre fijo a un determinado punto de la sala, y sus brazos quedaban inmóviles, casi rígidos, como erguida y firme se mantenía su persona.

A medida que desarrollaba su oración, el rostro se le venía transfigurando poco a poco, y cualquiera habría jurado que las facciones se modificaban hasta dar la impresión de que había *subentrado* otra personalidad.

Fué tan grande mi sorpresa al advertir este fenómeno, que no me atreví a manifestarla en alta voz.

—Puede que se trate de una alucinación... ¡Pero qué raro!... Esa cara me hace el efecto de dos fotografías sobrepuestas y mantenidas en movimiento. Los rasgos a veces se confunden, a veces unos predominan sobre los otros...

Terminado el discurso y mientras la sala estallaba en una ovación, el orador se dejó caer sobre la silla, se agarró la frente entre las manos, quedando así largo rato, mientras sudaba a mares como agobiado por el cansancio.

Se dejaba agarrar las manos y respondía a las felicitaciones como si saliera de un ensueño. Miraba como asombrado, casi como si no se diera cuenta de por qué tanta gente se amontonaba alrededor suyo, empeñada en tributarle elogios.

La vida de este señor es ejemplar. Nadie sería capaz de hacerle decir una mentira, ni en broma. Acude a su empleo, luego se encierra en su departamentito, estudia, una que otra vez toca, y admirablemente, el piano, y ha simplificado la vida alimentándose con frutas.

Pasó cierto tiempo después de la que llamaré transfiguración del señor Renault, cuando lo encontré en la calle Monte Napoleone y, después de los saludos de costumbre, estuve por decirle algo, sin atreverme hacerlo.

El se sonreía, como si comprendiera, pero no quiso facilitarme la tarea y me miraba con ojos de interrogación y al mismo tiempo profundamente bondadosos.

—Señor Renault—dije por fin—¿sabe que he soñado que venía a visitarle en su habitación? Lo curioso es que me ha parecido haber visto tan clarito su departamento, que podría ahora mismo detallar muebles, retratos, todo...

—Puede ser muy bien.... Por otra parte, haga usted una cosa... Véngase el domingo próximo de 13 a 17, haremos un poco de música, tomaremos una taza de café y podrá usted averiguar si lo que usted ha visto corresponde a la realidad...

—Muy bien. Entendido.

Prevengo que los barrios de la Estación Central me son completamente desconocidos; que fuera de las calles que recorren los tranvías y los autos que llevan los pasajeros al ferrocarril, no sé absolutamente nada de esos parajes, como suele acontecer a los que viven en una gran ciudad.

Fuera de aquellas determinadas calles que suelen recorrer diariamente, no conocen otras, son tan forasteros como el que venga de afuera por primera vez.

Pues bien; encontré la calle Capellini sin preguntar nada a nadie. No tuve más que hacer un llamado a la memoria y recordé lo que había visto en sueños: Una vez delante del edificio de la Estación doblar a la izquierda, bajar por la escalinata que lleva a los ferrocarriles eléctricos, pasar por debajo del puente de hierro, seguir a la derecha por las líneas del tranvía número 5, llegar hasta el establecimiento Kodack, y, siempre conservando la derecha, alcanzar el chalecito señalado con el número...

El número no hace falta, pues el señor Renault perdería su tranquilidad, se vería sitiado por una cantidad de curiosos, que no dejarían de escribirle, acosándolo a preguntas.

Me parecía recorrer lugares conocidísimos. La casa era aquella. Entrando, a la izquierda, una escalera estrecha, luego, en el primer piso, una puerta de vidrios, con el llamador eléctrico descompuesto.

—¡Raro!...

El señor Renault me esperaba como si me hubiese visto cruzar la puerta de calle:

—Evidentemente usted ya conoce la casa... Pase... Vaya usted adelante y acompáñeme a mi estudio, al comedorcito, a mi pieza de dormir... Eso es... ¿Los muebles son los mismos? ¿Dispuestos así?

—Le digo que podría recorrer a ojos cerrados su casa... ¿Y, cómo es posible?

—Nada de maravilloso... Es un fenómeno que suele verificarse mucho más a menudo de lo que usted pueda creer... Diga más bien que no todos hacen caso y, por consiguiente, lo que podría ser una observación digna de nota y base de estudio, resulta una casualidad. Y explicar todo con las casualidades es mucho más cómodo...

—Mas, quiere decirme ¿cómo es posible que mientras yo estaba durmiendo, pudiera pasear por la calle Capellini y penetrar en su habitación?

—Usted debe haber leído algo de Balzac... ¿No se acuerda usted cuando cuenta que... Louis Lambert y otros compañeros de colegio se fueron, con él a visitar el castillo de Rochambeau, donde nunca había ido tampoco en la infancia y a pesar de eso, reconoció la topografía del castillo en todos sus detalles, habiendo visto todo aquello la noche anterior en sueño?

—¡Entonces, es lo que he experimentado yo mismo! Pero, en el caso de Balzac se trata de una novela...

—Pero, parece que las novelas tienen algo de real, por lo que acaba usted de decirme...

—Por otra parte, las consideraciones que hace Balzac son muy exactas y dignas de un hombre que estudia sin imágenes preconcebidas. No puede ser que el paisaje se haya movido para venir al encuentro del que duerme, sería absurdo solamente pensarlo; luego debe haber sido el que dormía quien fué a ver el paisaje; pero si el que duerme permanece en su alcoba, quiere decir que debe efectuarse un desdoblamiento de la persona; en otras palabras, el cuerpo debe poder quedarse en la cama, mientras algo interior capaz de ver y escuchar se traslada lejos...

—Así debe ser...

—Así es. Y no solamente es así, sino que la facultad de desdoblarse el hombre puede tenerla también despierto, es decir realizar la conscientemente...

—Entonces no sería increíble aquello de San Antonio...

—No solamente no es increíble, sino que es un hecho natural, en el sentido que no tiene nada de milagroso... No existe el milagro, no puede existir. Es cuestión de conocer las leyes de la naturaleza. El efecto de una se puede contrarrestar sabiendo manejar otra ley, nada más. Y como esto nos asombra, llamamos a estos fenómenos raros y maravillosos, milagros... Mas ¿cómo puede haber cosas sobrenaturales en la naturaleza?

—¿Dice usted que se puede efectuar el desdoblamiento conscientemente?

—Claro... No eso solamente, sino oír, ver, sentir, con órganos que no son los de nuestro cuerpo material, y penetrar a través de los cuerpos sólidos, lo mismo que un rayo de luz atraviesa un cristal...

—Entonces, si podemos sentir quedando afuera de nuestro cuerpo material, quiere decir que disponemos de otros órganos no materiales que nos permiten la visión, el tacto, el olfato, la audición...

—Perfectamente... Y son muchísimo más sensibles... y finos... ¿Qué tal su voluntad?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Contésteme... ¿Es fuerte? ¿Puede usted dominar sus instintos?

—Creo que sí...

—No es cuestión de creer, es cuestión de saberlo...

—Sería cuestión de experimentar...

—Vamos a ver... ¿Usted fuma?

—Fumo...

—¿Sería usted capaz de dejar el tabaco con un acto de voluntad? ¿Podría usted abstenerse de comidas pesadas? ¿Dejar, por ejemplo, por completo la carne, el vino?...

—Como muy poca carne y no bebo casi nunca, y cuando lo hago es en cantidades infinitesimales...

—Pues ni así... No es que el fumar, comer carne, tomar vino, constituya en sí algo malo; es que si quiere usted afinar su cuerpo químico, su cuerpo material debe abstenerse de todo lo que lo hace pesado. Y esta alimentación tiene el inconveniente de hacer perezoso el cuerpo material... ¿Me entiende? ¿Sería usted capaz de quedarse un par de meses con el régimen severo que le he trazado? Yo le diré cuál debe ser la alimentación que le conviene...

—Creo que podré hacerlo.

—Bueno. Vuelva dentro de dos meses. Yo descubriré, sin necesidad de que usted me lo diga, si ha sabido mantener sus propósitos... Dentro de sesenta días justitos, véngase usted a mi casa a la misma hora de hoy y... no se le ocurra a usted preguntarme, ni preguntar a nadie, el porqué de este entrenamiento...

Omitiré la historia de los dos meses, durante los cuales hubo alternativas bien duras por lo que se refiere a mi voluntad. En primer lugar, los de casa, que me consideraban chiflado; los amigos, que me tomaban el pelo llamándome «trapista», y, en fin, yo mismo, que con el transcurso del tiempo me decía:

—¿A qué te vas a meter en estas cosas que han enloquecido a tantos?... ¿No tendrán razón los que te consideran medio, medio?..

Pero resistí, más bien que por otra cosa por ejercicio de voluntad.

Lo que más me costó fué eliminar el cigarrillo. Durante una semana estuve sencillamente inaguantable, nerviosísimo. Cualquier cosa me excitaba al extremo, y contestaba en forma violenta. Pero pasó el período crítico y las rebeldías del cuerpo físico terminaron.

Cuando me presenté a Mr. Renault, éste me recibió muy sonriente y expansivo:

—Ya ve usted como es cuestión de un poco de buena voluntad, para dejar muchas cosas que parecen indispensables. Ahora mucha calma, mucho dominio de sí mismo, y ante cualquier cosa que le acaeciere no pierda la serenidad, ni olvide que estoy a su lado para ayudarle. Vuelva esta noche a las 21.

Estos vuelva, pase, espere, aguarde, debían tener por objeto colmar la excitación natural de quien está esperando algo extraordinario.

Con el esfuerzo que tuve que hacer para dominarme, el tiempo me pareció eterno, y en casa dije que me esperaban unos señores, para hacerme oír una niña prodigio que tocaba admirablemente el violín.

Mr. Renault me hizo probar unas gotas de un líquido raro y luego me dijo que había que aprender una fórmula.

Sentí al poco rato un hormigueo general en todo el cuerpo y una sensación extraña de opresión en el epigastrio, como si algo desde las extremidades de mi cuerpo se concentrara en esa región comprendida entre el ombligo y las falsas costillas... La respiración se volvió frecuente, algo como un vértigo, pero delicioso... Me sentí muy liviano y mi sorpresa fué demasiado grande al ver mi cuerpo... sentado en un sillón, con los ojos cerrados y la cabeza abandonada sobre el respaldo.

Tuve miedo de haber sido víctima de un ataque cataléptico. Yo estaba fuera del cuerpo físico exactamente lo mismo que como cuando alguien se hace operar y queda bajo la acción del anestésico.

Mr. Renault me miraba sonriente, pero el que se sonreía era el Mr. Renault, diremos así... flúidico, pues el cuerpo de Mr. Renault estaba como el mío, sentado en otro sillón, inmóvil y aparentemente dormido.

Mr. Renault procuraba tranquilizarme, pero más que escuchar sus palabras me parecía intuir lo que pensaba... Mi cuerpo se agitaba convulsivamente en el sillón y yo sentí como... —¿qué diré? —como si fuera aire y la boca de mi cuerpo me aspirara con fuerza, y me desperté bañado en sudor, asustadísimo.

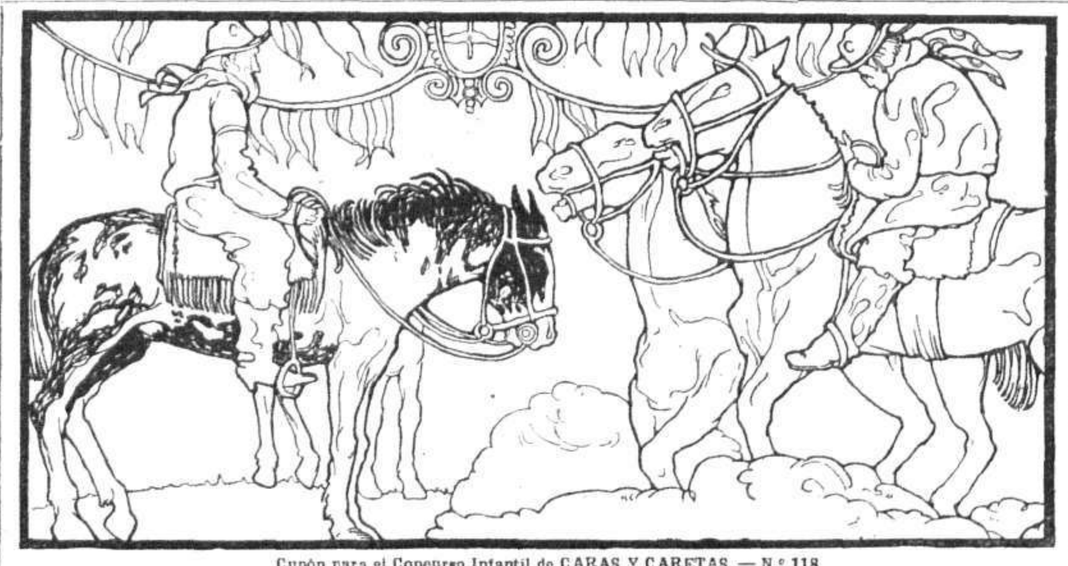
—No hay que tener miedo... La primera condición en estos asuntos es el valor... ¿Qué teme usted?... Hay pruebas muy duras que pasar para el que quiera superar el nivel común de los hombres; mas, si usted teme encontrarse fuera de su cuerpo físico, no puede atreverse a encarar sensaciones muchísimo más violentas... Debe usted convencerse de que nadie puede reducir a usted a la nada, nadie puede hacerlo desaparecer... Es usted inmortal... Por consiguiente, debe vencer el temor de perder su cuerpo físico, que es uno de los tantos que tenemos... Y convénzase, que la voluntad enérgica, firme, domina todo. En el mundo de las emociones donde yo quería llevarlo, puede ser que se encuentre usted envuelto en una materia que se cierra, lo aprisiona como si quisiera emparedarlo... No debe temer... Basta que usted crea con energía firme que todo esto no puede perjudicarle, porque ningún poder es capaz de destruirle, y desaparecerá la ilusión como por encanto. Podrá sentirse sepultado bajo una avalancha de agua... Y bueno: piense que es todo ilusión y el agua se esfumará como vapor... Hay que fortalecer el corazón... Vuelva dentro de seis meses... Durante ese tiempo quizá tenga usted que sufrir ensueños espantosos... Si sabe dominarse y no tener miedo, entonces será el caso de que le enseñe de qué manera puede usted abandonar su cuerpo físico... Por ahora sería peligroso. No se desmoralice, persista... ¡Vale la pena; créalo, estimado señor!

—Siempre me han interesado estas cuestiones transcendentales. Mis amigos y compañeros argentinos y también mis simpáticos lectores lo saben. Sentir de continuo una ardiente sed de misterio, buscarle a los hechos otras causas que aquellas causas fáciles creídas por el vulgo, fué mi preocupación constante. Figúrense ustedes, pues, la intensa curiosidad de que estoy poseído, en tanto me entrego al entrenamiento de seis meses exigido por Mr. Renault para continuar mostrando al neófito las maravillas sorprendentes e inquietantes del mundo psíquico.

Dr. A. Vaccari

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o a «gouache», el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:
Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 118

Nombre y apellido ....

Domicilio. ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.° 117 han correspondido a los firmantes con los nombres que a continuación se expresan:

Acerbi, Antonio.
Acosta, Ana.
Andrada, Roque H.
Arellano, Yolanda.
Alvarez, Pablo.
Araujo, Juan.
Amanzi, María T.
Acuña, Angélica.
Amor, Adolfo.
Benadusi, Angela María.
Bolia, Elsita.
Buizaa, Josefina.
Bernard, Chispa.
Blanco, Clara.
Bianchi, Guillermo.
Berecochea, Eufemia M.
Benitez, Lola.
Baudino, Asunción.
Bech, Ricardo.
Baistracchi, María Segunda.
Besagonill, Haydée.
Bourvier, Delmira.
Bózzolo, Ylia.
Bondino, Dante.
Benchimol, Raquel.
Botta, Edgardo A.
Cruz, Gregoria.
Carlos, Francisco.
Carpinetti, Elvira.
Cabid, María Luisa.
Cesti, Celia.
Cerini, Bernardo.
Corbalan, Azucena.
Conte, Aurora.
Cichero, Oscar.
Caballero, Emma Elisa.
Costa, Ramona Da.
Décima, L.
Elgue, César.
Elordi, Alberto.
Filosi, Rosa.
Fernández, Dora Lestren.
Fioroni, Néstor José.
Fontenelli, L. J.
Farizano, Celeste Aida.
Fariña, Antonio.
Grau, Zulema Ll.
Grande, Carmen B.
Giai, Felipe A.
Godoy, Celia.
García, Juan.
Gandolfo, Abel.
Guasone, Mario.
Jasevich, Flora.
Jáuregui, Ramoncito.
López, Roberto.
Mahojo, Carmen.
Martínez, Yolanda.
Monteverde, Enrique P.
Müller, Carlos.
Musante, Italo.
Mocchetti, Héctor G.
Martínez, Juan Daniel.
Mejía, Miguel Fernando.
Maciel, Fermín.
Muñoz, Cristina.
Nini, Rodolfo.
Ortlieb, Evelyna.
Ormeño, Juan.
Pou, José.
Pérez, Manuel.
Previsdomini, Víctor M.
Palud, Azucena.
Piatti, Osvaldo.
Poggi, Guillermo.
Ponce, Raúl.
Pastor, Enrique.
Peña, Amador Francisco.
Quinteros, Florito Sosa.
Reyna, Nélida Elsa.
Ratti, Sara H.
Rulli, Armando.
Ramallo, Roberto.
Rosales, María Elena.
Revello, José.
Rossetti, Alejandro Alfonso
Rulle, Violeta B.
Radivoy, Emilio Enrique.
Sarmiento, Francisco.
Sanz, Mario.
Sivack, María Luisa
Scévola, Josefa.
Seri, Ricardo.
Torres, Lías H.
Tachino, Delia.
Taquino, Andrés.
Ugarte, Elías.
Vernet, Carlos Loperena.
Vallini, María Angélica.
Valles, María Esther.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 2 y 3 de Junio, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.



A Nuestra Clientela del Interior:

Disponemos de todos los artículos de nuestro ramo: Armería y Cuchillería. Sírvanse solicitar precios. Estamos en condiciones de poder cotizar los más bajos en plaza.

Casa CARLOS RASETTI

FUNDADA EN 1857

F. C. Rasetti & Cía. (Suces.)

SARMIENTO esq. MAIPU

BUENOS AIRES

LECTURAS INFANTILES

S E N C I L L E Z

—No me gusta cómo viste tu amiguita Berta — manifestó cierto día la abuela a la nieta, quien al oírla quedó mirándola, sorprendida.

—No me gusta — volvió a decir la anciana — porque la seda y el *terciopelo están bien para las fiestas.* A la escuela se debe ir con sencillez; no cuadran dentro de ella los vestidos de telas costosas.

—Pero, abuela, ¿qué mal hay en eso? — dijo tímidamente la niña.

—¿Cómo que no hay ningún mal? El primero, es el derroche de dinero; después, la humillación que se hace sufrir a la compañera que viste pobremente, sembrando desde muy temprano en su almita el germen de la rebeldía. Yo no sé por qué ese empeño de tantas madres de nuestros tiempos en vestir y cargar de adornos a sus hijitas como si fueran muñecas. Y no se trata del gasto solamente, ni del daño que ese lujo puede producir. Hay otra cuestión.

—¿Cuál, abuela?

—Que por ese camino se da lugar a que se desarrollen en las pequeñas almas dos sentimientos feísimos: el de la vanidad y el de la ambición, que a menudo son los causantes de la ruina de una familia.

—¿Y de quién es la culpa?

—¡De quien ha de ser! De aquellas madres que se complacen en ver que se admira y elogia la elegancia de sus hijitas. Es una vanidad que no tiene disculpas.

—¿Por qué?

—Porque es preferible oír decir de una hija: *"¡Qué simpática y qué buena es esta niña!"* y no: ¡Qué lindo vestido lleva!

—¿Quieres que se lo diga a la mamá de Berta?

—No, hija mía; aguardaré la oportunidad para decírselo yo misma.

—¿Y si se enoja?

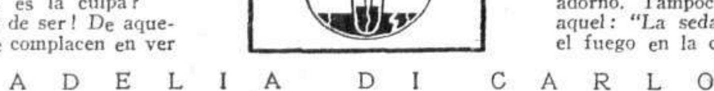
—Sabré expresarme en forma tal que no se enojará; estate segura.

—¿Cómo te las arreglarás, abuelita? Esa señora me parece orgullosa.

—Es que hay dos maneras de decir las cosas: con ternura de corazón, y como tirando piedras. A la primera, ¿quién se resiste? Verás, verás, Juanita, cómo dentro de poco tiempo la mamá de tu amiguita será de mi misma opinión.

—Estaré muy contenta, abuela, porque Berta es una de las compañeras que más quiero y que en ningún momento ha sido conmigo vanidosa.

—Eso es lindo y me alegro en saberlo, porque me prueba que tu amiga no está dominada por los feos sentimientos de que te hablé. Y, ahora, hijita, graba bien en tu memoria todo lo que acabo de decirte; recuerda siempre que si para una señora la sencillez es la madre de la elegancia, para una niña es, unida a la modestia, su mejor adorno. Tampoco olvides el dicho aquel: "La seda y el raso apagan el fuego en la cocina".



A D E L I A   D I   C A R L O



LOS DOLORES REUMATICOS

ciática, lumbago, gota, neuritis, bronquitis, congestión pulmonar, y en general todo dolor proveniente de inflamación o congestión, se alivian de inmediato con la aplicación del famoso Linimento de Sloan.

Es el remedio que actúa con más rapidez y eficacia; penetra al lugar adolorido sin necesidad de fricciones, y no mancha el cutis ni la ropa. Es el "quita-dolor" por excelencia.

Es el verdadero amigo de todas las personas, en todas las edades y en todas partes del mundo.

Linimento de Sloan
Mata Dolores

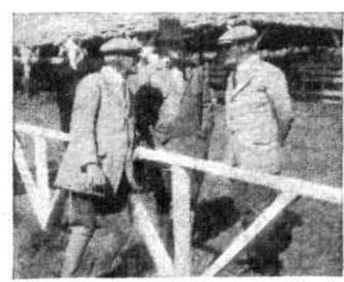
GANADERIA

EXPOSICION DE EQUINOS EN GENERAL VILLEGAS F. C. O.

EL CERTAMEN ALCANZO BUEN EXITO Y HUBO UNA GRAN CONCURRENCIA

En ocasiones anteriores el que suscribe ha llamado la atención a la excelente labor desarrollada por la Sociedad Rural de General Villegas.

Fundada originalmente con el fin de celebrar exposiciones anuales de reproductores y salvaguardar los intereses de la región, desde el punto de vista de la agricultura y ganadería, dicha institución ha



El jurado, señor Frank Barry (a la izquierda), conversando con el vicepresidente y secretario de la Sociedad Rural de General Villegas.

realizado una obra meritoria en pro del adelanto del partido en general. Con pocas excepciones, los miembros fundadores eran británicos de recursos, cuya energía y actividad, junto con una eficiente organización y unidad de propósitos, han logrado destacar la exposición anual de agosto y rodearla de tal popularidad, que hoy se conceptúa este torneo como el tercero de la república en lo que se refiere a bovinos y equinos.

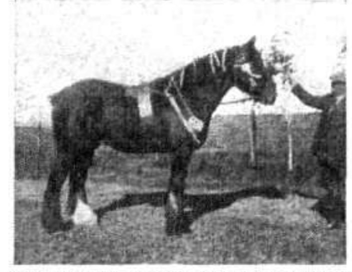
Hace cinco años, la sociedad organizaba su primera exposición-feria de equinos, en cuya ocasión el que suscribe era el único representante de la prensa que se hallaba presente. El éxito coronó los esfuerzos de los organizadores, y desde entonces los criadores de equinos y los dueños de yeguarizos y otros interesados han tenido oportunidad de competir por los varios premios ofrecidos.

Sin embargo, no puede uno menos de observar que las categorías de padrillos de tiro pesado se circunscribían a Shires y Clydesdales, pues bien sabido es que los Percheron y Boulonais merecen el favor de los hacendados, siendo los primeros muy populares en este país. Los criadores de equinos de tiro pesado parecen perder de vista que los animales de mérito sobresaliente son siempre escasos en las exposiciones anuales de Palermo, aunque realicen muy buenos precios en los remates.

Un criador puede aumentar sus utilidades mucho más aprisa si compra la categoría apropiada de padrillos. Un buen animal es el que produce más dinero a su dueño. Podría recomendar a los criadores de caballos de tiro pesado que no pierdan de vista, hoy más que nunca, que el altemano, por importante que sea, no lo es todo en el *animal ideal de tiro pesado*. Debe ser de calidad en cuerpo y remos y poseer las cualidades que le permiten resistir el trabajo pesado. Lo que se requiere es simetría, junto con altemano y hueso, lomo corto, bastante profundidad, remos bien puestos y con nudos y garrones fuertes, pues esta es la clase de caballos que trabaja mucho y conservan su vigor. Y al consignar estos hechos, recuerdo la hermosa calidad del padrillo que conquistó a los señores Drabble Hermanos el primer premio en la exposición de referencia, así como el extraordinario "team" de cuatro caballos de la *raza Shire* que obtuvo el primer premio en una categoría muy disputada. Este último pertenecía al señor Arturo Brown, de la estancia "La Catalina", y podría haber conseguido el mismo premio en la Gran Bretaña. Valía la pena venir desde una gran distancia para ver los cuatro caballos. Por su calidad, altemano, hueso y sanidad, eran indudablemente el mejor "team", que me ha cabido en suerte examinar en este país.

Había cinco competidores en la categoría de padrillos de raza Clysdale, nacidos y concebidos en el país. El ganador expuesto por La Marianita, S. A., posee mucho carácter racial, hueso duro y cascos buenos y bien anchos en los antemanos. Otros buenos padrillos de la misma procedencia ganaron el segundo y tercer premio.

En la categoría de caballos o yeguas, presentados ensillados, de alzada mínima de 1m50, había ocho competidores. Tratándose de un hermoso lote de animales, y el juez tropezó con grandes dificultades en otorgar los premios. Después de un escrutinio que duró unos cuarenta minutos, montó dos o tres, y luego concedió el primer premio a un alazán, propiedad del señor Jorge Emerson. Tenía dicho



Padrillo Shire, primer premio y ganador de la copa "Los Recuerdos", criado y expuesto por Alfredo Drabble Hnos.

animal un buen andar y lindo galope. La Sucesión José Drysdale obtuvo segundo premio por una mestiza de carrera, que parecía tener un poco flojas las espaldas, pero que tenía garbo y vivacidad. El caballo que obtuvo tercer premio, propiedad del señor C. A. Brown, era también un mestizo de carrera, pero no estaba muy a nivel en sus cuartos traseros. El señor Keith M. Lowe se hizo acreedor al cuarto premio por una atrayente yegua negra con buenos remos y bastante sangre de carrera.

La Sucesión José Drysdale ganó la categoría de caballos o yeguas de alzada mínima de 1m50, presentados ensilldos, con un polo pony de gran calidad, buena acción, pero en regular estado. El mismo animal obtuvo primer premio en la categoría siguiente de yeguas Polo Pony mansas, de silla, acostumbradas al polo, con alzada *máxima* de 1m48. En esta categoría, el segundo premio correspondió al señor O. G. Hoare, por un joven pony que promete mucho. Este animal se halla intimamente vinculado al Campeón Polo Pony de la última exposición de Londres (Inglaterra), que era un pony criado por el señor



Los cuatro teams premiados en la categoría 15. Vista tomada en el centro de la pista.



Los concurrentes en la categoría 10. Vista tomada en el momento en que el jurado iba a dar la roseta al jinete del Polo Pony de la Sucesión de José Drysdale.

Hoare, pero llevado a Inglaterra por su yerno, quien, después de jugar con el mismo, lo vendió particularmente a un caballero que lo expuso en Londres. El ganador del tercer premio era también un pony criado y expuesto por el señor Hoare, con buena conformación y todas las apariencias de una "boca de seda". En la categoria de padrillos Polo Pony nacidos y concebidos en el país, de alzada maxima de 1m50, el señor Hoare obtuvo también primer premio, esta vez con un alazán por New Year Gown, siendo de buena conformación, con remos sanos y lomo corto. Fué vendido en remate en $ 1.300. El segundo premio fuéle otorgado a otro hijo de New Year Gown, algo pequeño, pero que debe mejorar con el tiempo. La Marianita consiguió el tercer premio con un hijo de Reseen, que demostró poseer mucha sangre de la raza árabe.

La Argentina tiene mucha razón para sentirse orgullosa de sus Polo Ponies, así como de la cantidad de ponies criados en el país que participaron en el Campeonato Internacional de Polo realizado en Estados Unidos el año próximo pasado. Con igual razón puede estar satisfecha del éxito que alcanzaron los ponies que el "team" argentino llevó consigo a Gran Bretaña y al continente en estos últimos años.

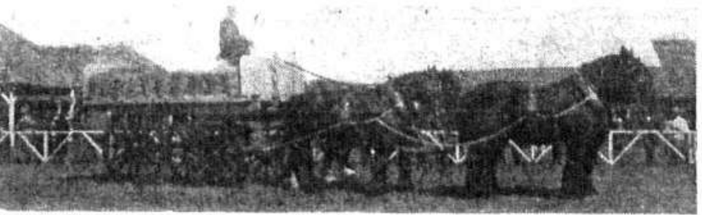
En Francia, como en Inglaterra, llamaron la atención y suscitaron admiración, tanto de los jugadores como del público, y el triunfo de un pony criado en la Argentina y expuesto en el último torneo de Londres, tiene una importancia que no es necesario recalcar. En este último caso el animal había sido criado y concebido en General Villegas, de manera que no era de sorprender que hubiera este año buenos animales en la exposición regional.

Una categoria que este año despertó mucho entusiasmo en General Villegas, era la de caballos o yeguas, aperados en sulky. Cuatro competidores se presentaron ante el juez, y cada uno de ellos era mestizo de diferente cruza. Dieron unas veinte vueltas a la pista, en plena acción, antes que el juez hiciera conocer su veredicto en favor del alazán, cruza carrera Hackney, criado por el señor O. G. Hoare, pero expuesto por el señor Manuel N. Gigena. En los remates, este caballo fué adquirido por el señor Jorge Emerson en $ 550. Una coincidencia curiosa es que el animal habia sido vendido en la exposición del año próximo pasado en un corral de potros expuestos por el señor Hoare.

Antes de indicar los resultados de las otras categorias, conviene decir que el señor Frank Barry, caballero que goza de bien merecida reputación, actuó de jurado único, y sus veredictos fueron recibidos con toda satisfacción. Las ventas que siguieron al torneo alcanzaron también buen éxito, y casi todo lo ofrecido en remate halló comprador. Cerca de 500 animales cambiaron de dueño, y el producto llegó a un total de $ 55.830; pero debe tenerse en cuenta que la mayoria de los animales de valor permaneció en poder de sus expositores. Los padrillos de Shire obtuvieron $ 700 y $ 300; los padrillos de Clysdale, $ 600; el padrillo Polo Pony, $ 1.300; los caballos de silla, $ 400, $ 320, $ 270 y $ 180. Habia una buena demanda de potros y yeguas de tiro pesado, de buena calidad, y un gran número de ellos fué adquirido por compradores de Buenos Aires. Sin duda alguna, serán vendidos nuevamente en el mercado local. Entre los mejores precios obtenidos pueden citarse los detallados a continuación: Estancia Jorge Emerson, potros mestizos Shire, $ 200, $ 170, $ 165, $ 190, $ 178, $ 162, $ 191 $ 167, $ 172, $ 163 y $ 150; potrancas, mestizos Shire, $ 180, $ 190, $ 170, $ 160, $ 165 y $ 145. Estancia "Drable", de Drabble Hermanos: potrancas Shire, $ 202; estancia "Marion", de C. A. Brown, yeguas mestizas Cysdale, $ 187, $ 163, $ 152, $ 140 y $ 130. Estancia "La Chacra", de doña Clara C. de Powell: potros y potrancas mestizas Shire, $ 180, $ 162, y $ 146. Cabaña "El Marabu", de V. G. Kennard: potros mestizos Shire, $ 175, $ 166 y $ 161. Potros de carrera de G. N. Land, $ 162 y $ 150.

La siguiente es una lista completa de los ganadores de premios en las diversas categorias que no han sido mencionadas en las notas que preceden:

Categoría 11: El mejor grupo de 6 potros mestizos tiro pesado, a corral, de 2 1|2 años arriba. Concurren 72 ejemplares: 1, George Emerson, "La Ema"; 2, Arturo Brown; 3, Clara C. de Powell; 4, N. B. de Emerson, "Los Recuerdos". Hon. mens. Juana D. de Malbrán.



El gran team de caballos Shire, de Arturo Brown, primer premio y ganador de la copa "La Chapelle".

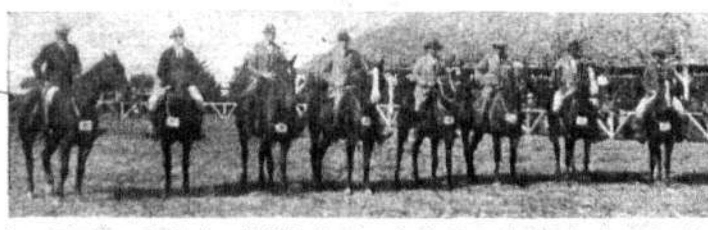
Categoria 12: El mejor grupo de 4 potrancas, mestizas, tiro pesado, a corral de 2 1|2 años arriba. Concurren 28 ejemplares: 1, Alfredo Drabble y Hermanos; 2, N. B. de Emerson; 3, George Emerson; 4, Clara C. de Powell. Mención: N. B. de Emerson.

Categoria 14: El mejor grupo de 4 potrancas mestizas tiro liviano o de silla, a corral, de 2 1|2 años arriba: 1, C. A. Brown; 2 Alberto W. Brown; 3, A. W. Brown.

Categoría 15: El mejor team de 4 animales de tiro pesado, aperados en vagón o chata con carga de 1.000 kilos; en forma de dos cadeneros y dos de lanza. Concurren 6 teams: 1 Arturo Brown, (Shires); 2, Alberto W. Brown, (Shires); 3, N. B. de Emerson, (Shires); 4, George Emerson. (Shires); Mención: Alfredo Drabble y Hermanos.

Categoría 16: El mejor caballo o yegua de trote, aperado en sulky: 1, M. N. Gigena; 2, Alberto W. Brown; 3, George Emerson; 4, G. Emerson.

Guev. G. J. Peters



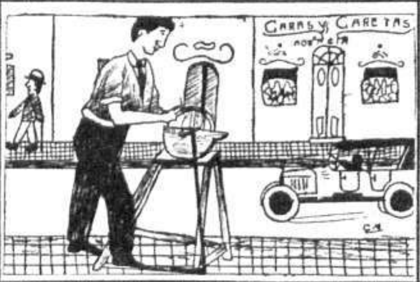
Los competidores de la categoría 8. De derecha a izquierda, según el orden de los premios: 1, George Emerson: 2. Suc. José Drysdale: 3. C. A. Brown; 4, Keith M. Lowe.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1988. — El afilador de cuchillos.
CARLOS MASTRANGELO



1989. — Una pelea.
BORIS LERSCHINSKY.



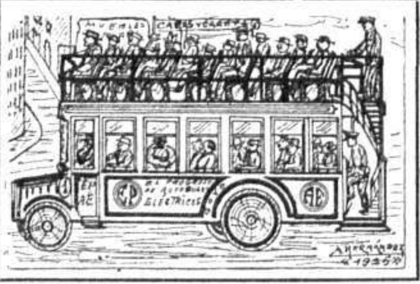
1990. — En la sastrería.
EDMUNDO CATALANO.



1991.— El Fordtacho de Anacleto.— PASTOR VERÓN.



1992. — Cuando mi prima canta.
LUCÍA VAJARRATE.



1993. — El nuevo ómnibus.
A. HERNÁNDEZ.

De los dibujos publicados durante el mes de Abril han sido premiados los siguientes números: 1952, 1953, 1955, 1956, 1958, 1960, 1961, 1963, 1965, 1968, 1969.



Pida folletos descriptivos «C» gratis y sin compromiso, al Agente local o a la

GENERAL MOTORS ARGENTINA S. A

Distribuidores también del

Garay, 1 — Buenos Aires





Jarabe de Manzanas del Dr. MANCEAU

Laxante ideal para niños, señoras y ancianos. Gusto agradabilísimo. Acción eficaz e inofensi a. Puede darse a los niños de cualquier edad. Elaborado únicamente en Francia en la época de la cosecha de manzanas. Premiado en París con medalla de oro. Autorizado para la venta libre por el Departamento Nacional de Higiene. Certificado N.° 511.

En todas las Droguerías y Farmacias.

DEPOSITARIOS GENERALES:

En Buenos Aires: ILLA & Cía. Maipú, 73. — En Río de Janeiro: Rua Sao Pedro, 268. — En Montevideo: Calle Uruguay, 816. — En Santiago y Valparaíso: Droguería Daube y Droguería Francesa.

Concesionarios-Importadores: Biraben & Cía. Casilla de correos 81. Montevideo.



Su belleza no quedará disminuida

Ya se trate de la pureza de sus líneas o de la belleza expresiva de su gesto personal, los retratos de BIXIO Y CASTIGLIONI, consiguen destacar siempre el aspecto más favorable de cada fisonomía.

Sus retratos no son simplemente fotografías, sino verdaderas obras de arte valorizadas por su experiencia y los medios técnicos de que disponen.

FOTOGRAFIA

Bixio & Castiglioni



NO TENEMOS SUCURSALES

De Ciudadela



Concurrentes al baile organizado por la comisión directiva del Club Atlético "Ciudadela Oeste", en honor de las familias de sus asociados.

REFRANES EXPLICADOS

1. — *A la larga, el galgo a la liebre mata.* Enseña que con la constancia se vencen las dificultades.

2. — *Barro y cal cubren mucho mal.* Indica que el afeite y barniz puestos en muchas cosas ocultan lo malo que hay en ellas.

3. — *El avariento rico no tiene pariente ni amigo.* Significa que el avariento no tiene compasión de las necesidades ajenas.

4. — *La experiencia es madre de la ciencia.* Explica que, sin el uso y conocimiento práctico, difícilmente se alcanza la perfección en lo que se estudia.

5. — *Ni firmes carta que no leas, ni bebas agua que no veas.* Aconseja que se ha de procurar la seguridad propia, aunque sea a costa de cualquier diligencia.

6. — *No temas mancha que sale con el agua.* Enseña que no deben atemorizar mucho los males que tienen fácil remedio.

7. — *Quien mucho duerme, poco aprende.* Advierte que para saber es necesario mucho desvelo y aplicación.

Encuadernación de "Caras y Caretas" y "Plvs Vltra"

Avisamos a los señores subscriptores, que, desde la fecha, no nos encargaremos de la encuadernación de ambas publicaciones. Solamente podemos proporcionarles las tapas a los precios siguientes:



"CARAS Y CARETAS"
Por bimestre

De tela	$ 1.50
" cuero	" 6.—

"PLVS VLTRA"
Por año

De tela	$ 3.50
" cuero	" 9.—

La Administración



RADIOTELEFONIA

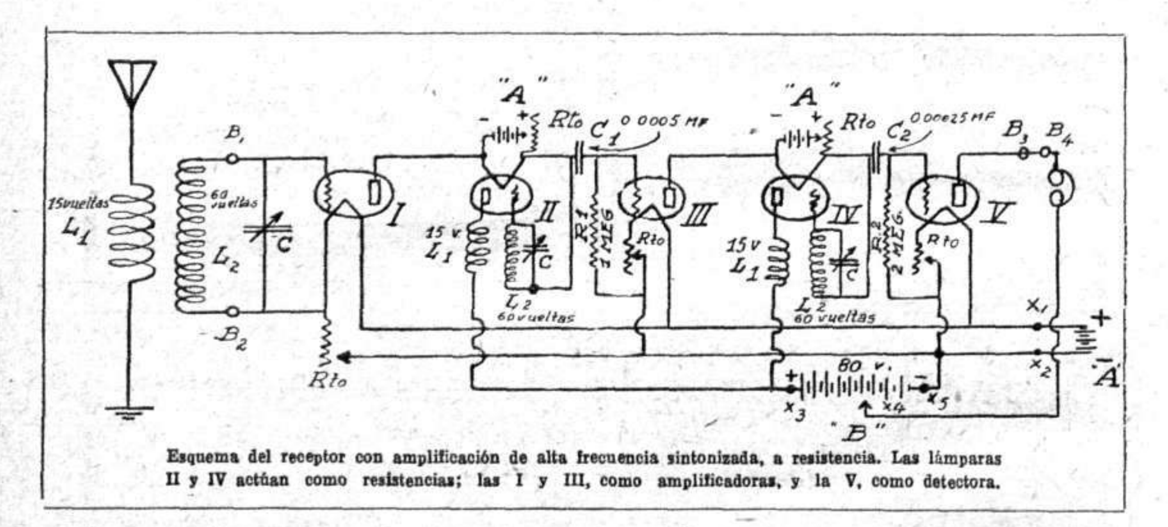
RECEPTOR CON AMPLIFICACION DE ALTA FRECUENCIA SINTONIZADA A RESISTENCIA

EMPLEO DEL AUDION COMO RESISTENCIA

Este nuevo e ingenioso sistema emplea los audiones no sólo como amplificadores sino también como resistencias de acoplamiento, obteniéndose así, mediante el ajuste de la corriente del filamento en las lámparas que actúan como resistencias, valores mucho más exactos que en los circuitos comunes. Del hecho de emplear audiones en lugar de resistencias de grafito, se consigue la eliminación absoluta de los ruidos parásitos y de las distorsiones, al tiempo que se aumenta notablemente la amplificación.

El circuito cuya construcción estudiamos a continuación, tiene, en resumen, un rendimiento mayor y una selectividad no alcanzada por otros con alta frecuencia sintonizada; podemos recomendarlo para recibir estaciones lejanas o recibir sobre antena de cuatro, en ondas comprendidas entre 200 y 450 metros.

Los materiales necesarios para la construcción de este receptor, son:



Esquema del receptor con amplificación de alta frecuencia sintonizada, a resistencia. Las lámparas II y IV actúan como resistencias; las I y III, como amplificadoras, y la V, como detectora.

3 Tubos de ebonita o de cartón aislante, de 7 1|2 cm. de diámetro por 7 cm. de longitud.

3 Tiras de tela aislante o "cambric" de 6 cm. de ancho por 65 de longitud.

250 gramos de alambre de cobre No. 22 forrado con dos capas de algodón. El No. 22 equivale a 0,64 mm. de diámetro.

1 Resistencia de 1 Meghom con su soporte R1.

1 Resistencia de 2 Meghoms con su soporte R2.

3 Condensadores variables de 0,0003 M F o sea del tipo de 13 chapas, pocas pérdidas. Indicados en el esquema: C.

1 Condensador fijo de dieléctrico mica, de 0,0005 M F - C1.

1 Condensador fijo de dieléctrico mica, de 0,00025 M F - C2.

5 Reostatos de 20 a 30 ohms de resistencia.

5 Portalámparas adecuados para tubos radio micro o WD 11.

Conviene que los audiones marcados II y IV sean del tipo de consumo reducido, pues sus baterías "A" deben ser independientes y de poco volumen para poderlas ubicar cómodamente en el receptor. Las I, III y V, que pueden ser de consumo normal, funcionan con una batería "A" común que va conectada exteriormente a los bornes del receptor X1 y X2.

5 bornes para las baterías X1 a X5.

Construcción y montaje del receptor. Sobre los tubos de 7 1|2 centímetros de diámetro se bobinan 60 vueltas de alambre No. 22 en una sola capa y con las espiras una junto a otra, sobre este bobinado se envuelve una tira de tela aislante o "cambric" cuyo extremo se fija con un poco de goma-laca disuelta en alcohol, encima de esta tela se bobinan 15 vueltas más del mismo alambre; este bobinado es el L1; el L2 es el de 60 vueltas.

Tenemos ya todo el material necesario y podemos proceder al montaje del receptor.

Sobre un frente aislante de 60 cm. de longitud por 12 de alto, se distribuyen los condensadores C y los reostatos. Rto., tratando de seguir el orden del esquema, este frente se fija sobre una base de madera de 25 cm. de ancho por 63 de largo y 1 pulgada de espesor, mediante un listón de 2 por 2 cm. fijado en la parte inferior del frente y anterior de la base, siguiendo el sistema bien conocido de los aficionados experimentadores.

Los transformadores se colocan sobre la base de madera en forma de evitar la inducción mutua, es decir perpendiculares entre sí. Los portalámparas y las resistencias, así como las baterías de las lámparas II y IV, deben distribuirse semejantemente al esquema.

Otros detalles de la construcción quedan librados al buen criterio del aficionado. Recomendamos el empleo de conexiones rígidas hechas con alambre plateado.

Manejo: Llevando al régimen de funcionamiento normal el filamento de las 5 lámparas y variando los 3 condensadores C se encontrarán las estaciones deseadas. Es de notar que las capacidades de estos 3 condensadores concuerdan siempre y en especial el 2.° con el 3.°, a sintonía se vuelve más crítica del primero hacia el último; conviene, pues, buscar primero con el 3.° y luego con el 2.° y 1.°.

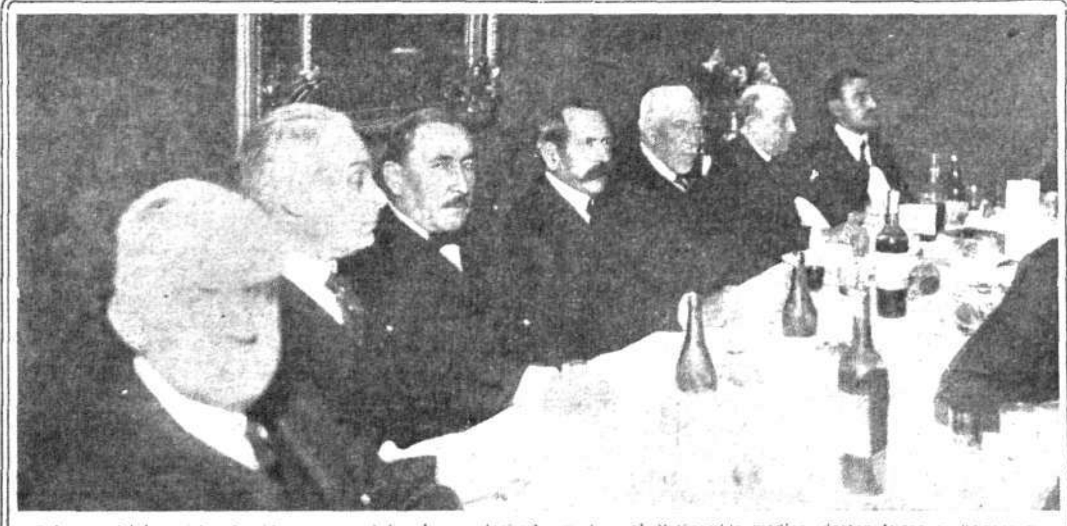
Para emplear antena de cuadro se elimina el primer transformador y se conecta el cuadro en los puntos B1 y B2. Un cuadro de cuatro espiras de un metro de lado separadas 3 cm. una de otra, dará buenos resultados.

Se puede mejorar el rendimiento de este receptor, intercalando entre los puntos B3 y B4 un variómetro del tipo 250 a 450 metros; en esta forma se obtienen las ventajas de la reacción pudiéndose recibir ondas continuas.

En el próximo número estudiaremos un receptor eficiente para ondas de 20 a 80 metros.

JORGE A. DUCLOUT

De San Martín



Cabecera del banquete ofrecido por un núcleo de caracterizados vecinos al distinguido médico, doctor Diego E. Thompson con motivo de celebrar sus bodas de plata profesionales.

L A M U Ñ E C A

Así como los pájaros hacen un nido con todo, las niñas hacen una muñeca con cualquier cosa.

La muñeca es una de las más imperiosas necesidades y al mismo tiempo uno de los más encantadores instintos de la infancia femenina. Cuidar, vestir, adornar, volver a desnudar, volver a vestir, enseñar, gruñir un poco, mecer, mimar, adormir, figurarse que cualquier cosa es alguien; todo el porvenir de la mujer está ahí. Al mismo tiempo que piensa y charla, al mismo tiempo que hace envoltorios pequeños y pequeñas mantillas, corsés y almillas, la niña se vuelve joven, la joven se hace casadera y la joven casadera llega a ser mujer. El primer hijo es la continuación de la última muñeca.

Una niña sin muñeca es casi tan desgraciada y enteramente tan imposible como una mujer sin hijos.

Víctor Hugo.

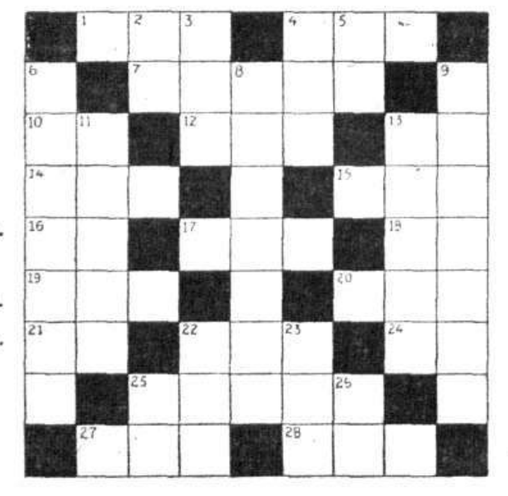

Para ser rico
...es necesario conocer el camino para llegar a serlo. El camino más seguro es estudiar una profesión.
Mande su dirección y recibirá folletos explicativos de las profesiones que enseñamos por correo.
Usted estudia en su casa con los libros que le entregaremos y envía los ejercicios por correo para que nuestros profesores se los corrijan.
TENEDOR DE LIBROS
TAQUIGRAFIA
ORTOGRAFIA
ARITMETICA - DIBUJANTE
CONSTRUCTOR
CONDUCTOR DE MOTORES AGRICOLAS
CONTADOR MERCANTIL
CORRESPONDENCIA
CALIGRAFIA
MECANICO-CHAUFFEUR
MAQUINISTA
ELECTRICISTA
CINEMATOGRAFIA
Regalamos a los alumno: Papeles, sobres, libros de estudio, diploma al terminar, etc.
GARANTIA: Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos pr.meros meses de estudio. A esta garantia, que cumplimos fielmente, debemos la gran prosperidad alcanzada por esta Institución.
ESCUELAS SUDAMERICANAS
de enseñanza por correo.
1059, LAVALLE, 1059 — BUENOS AIRES
(Las escuelas más grandes del mundo).
Nombre
Dirección
Localidad
C. C.
$

Problema de palabras cruzadas

Número 2

LEASE HORIZONTALMENTE

1. Verbo.
4. Animal.
7. No cautivo.
10. Adverbio de negación.
12. En el mar.
13. Artículo determinado.
14. Camino.
15. Adverbio de modo.
16. Verbo.
17. Nombre de mujer.
18. Nota musical.
19. Apócope.
20. Médico de animales (abreviatura.)
21. Tiempo de verbo «ser».
22. Tiempo de verbo.
24. Ferrocarril (abreviatura en inglés).
25. Vidrio para cubrir una cosa.
27. Castración.
28. Monarca.



LEASE VERTICALMENTE

2. Artículo determinado.
3. Corriente de agua.
4. Sinónimo de reza.
5. Pronombre reflexivo.
6. Parecido a convides.
8. Mover una cosa.
9. Producto de Chile.
11. No dejar de hacerlo para los banquetes.
13. Verbo.
22. Indigno.
23. Sinónimo de escuchar.
25. Sinónimo de percibe.
26. Pronombre en tercera persona.

SOLUCION DEL NUMERO ANTERIOR



T	O	R	T	U	G	A
I						M
R	O	C	A		R	E
R	I	E		V	E	R
E	L		C	A	S	I
N						C
O	N	T	A	R	I	O

EXPLICACION

Cada cifra indica el principio de una palabra, anotándose en las referencias si ésta debe leerse vertical u horizontalmente, correspondiendo una letra por cuadro. Las palabras terminan en el borde, o en las casillas blancas, inmediatas a las negras

Si en una línea horizontal o vertical se hallan varias cifras, debe tomarse como punto de partida, en las horizontales la primera cifra de la izquierda y en las verticales la primera de arriba hacia abajo, sin tener en cuenta para nada las intermedias, que significan el punto de partida de otras tantas palabras de diferente dirección.

A NUESTROS LECTORES

Intencionalmente publicamos hoy un problema de relativa facilidad, cuya solución se dará a conocer en el número próximo.

A medida que los lectores se penetren de su mecanismo, daremos problemas más complicados y novedosos para este país.



DIEZ AÑOS DE DEMOSTRACIÓN

Desde el día en que se presentó al mercado el primer automóvil DODGE BROTHERS, han pasado diez años.

Y desde entonces ni una sola vez en la década ha dejado de mantener y acrecentar su bien merecida reputación, ganada por la seguridad de su funcionamiento.

La razón a que debe su consistente bondad y constante refinamiento se explica recordando los ideales de los fundadores de la fábrica.

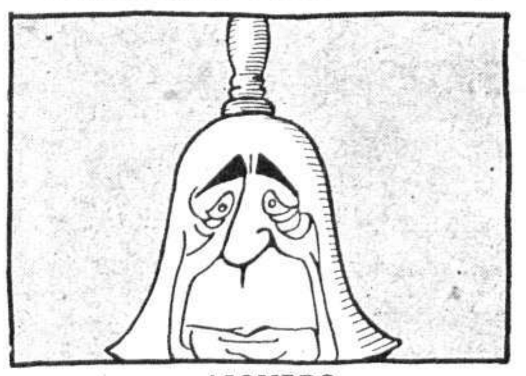
En lugar de fluctuar entre una interminable serie de modelos anuales, los hermanos DODGE decidieron concentrar en el perfeccionamiento de un solo tipo de chassis.

El automóvil DODGE BROTHERS es hoy día el símbolo concreto de ese ideal, un ideal en que ha de perseverar tanto cuanto dure la organización.

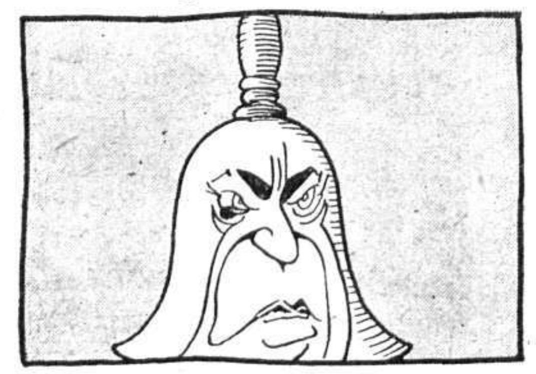
DODGE BROTHERS

Julio Févre y Cia
AV. LEANDRO N. ALEM Nº 1620 - 40
BUENOS AIRES

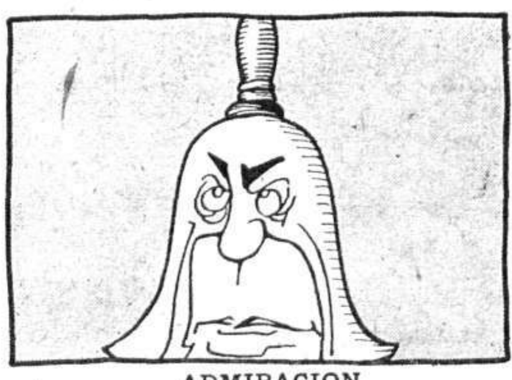
Expresiones elpidiosas reflejadas en la campanilla del Senado



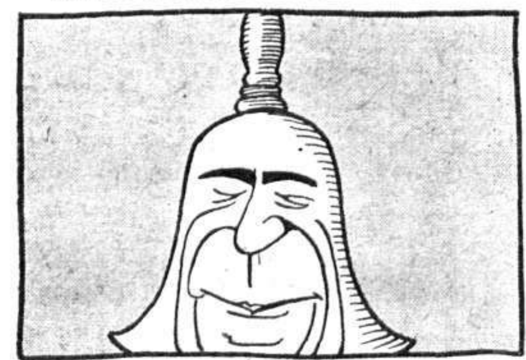
ASOMBRO
— Dicen que vamos a fusionarnos.



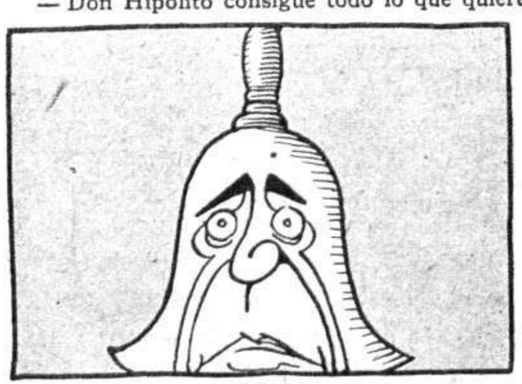
IRA
— ¿Quién es el atrevido que se opone?



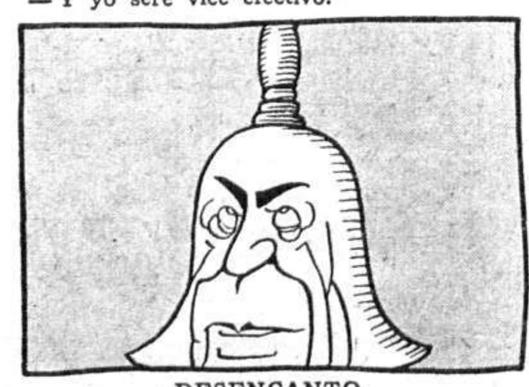
ADMIRACION
— Don Hipólito consigue todo lo que quiere.



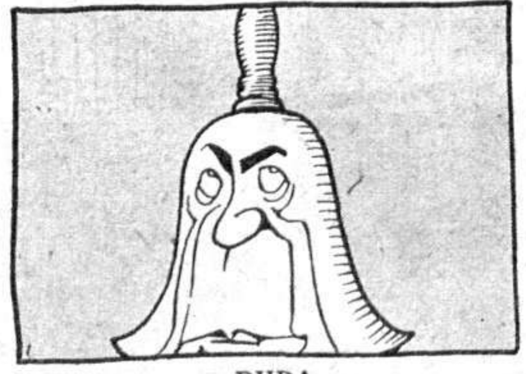
ALEGRIA
— Y yo seré vice efectivo.



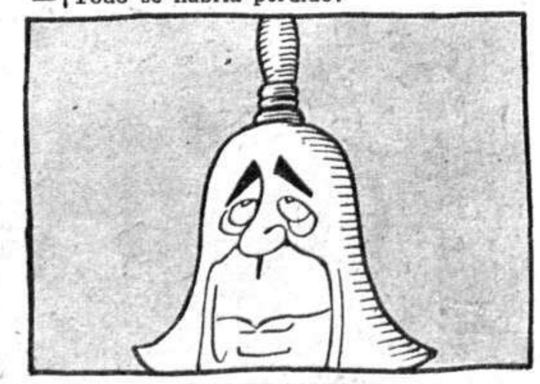
MIEDO
— ¿Y si fracasasen las negociaciones?



DESENCANTO
— ¡Todo se habría perdido!



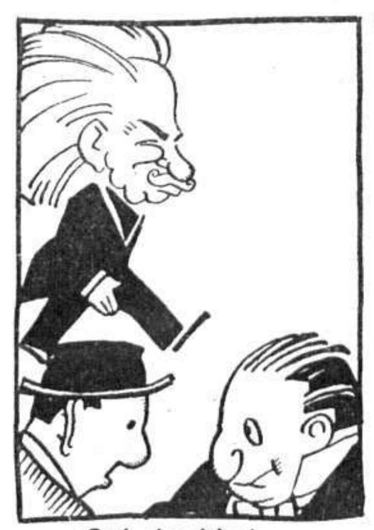
DUDA
— Realmente es muy difícil la unión.



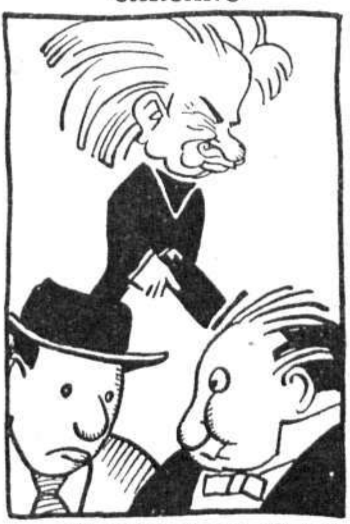
ESPERANZA
— ¡No! Tengo el pálpito de que todo se arreglará.

LAPIZ, POR MACAYA

CARCANO



— ¡Qué simpático!
— Será un buen gobernador.

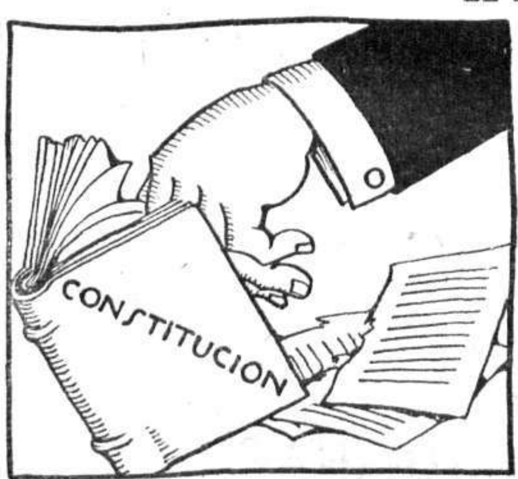


— ¡Y qué hermosa cabeza!
— La tiene llena de excelentes proyectos.

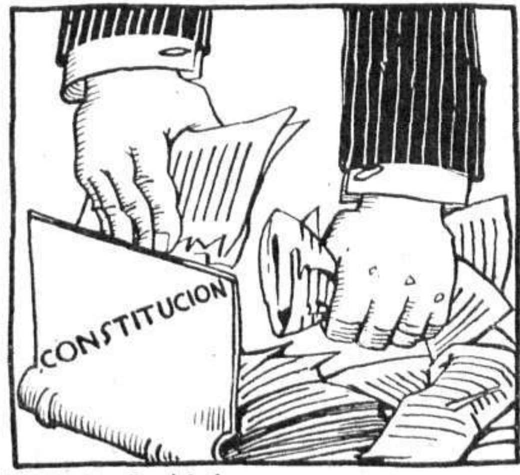


— Esa cabeza necesitará un poco de reposo, por el momento.
— Lo que necesita es un peluquero.

EL LIBRITO



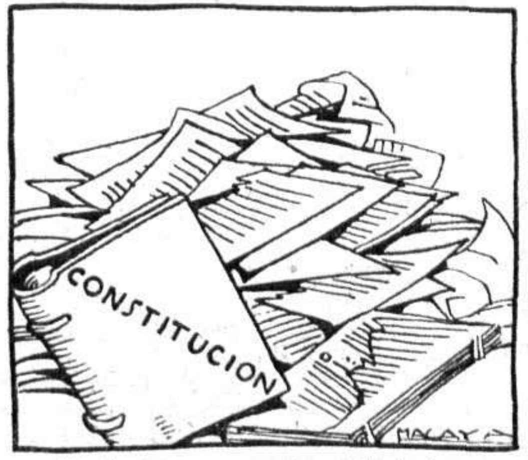
El Poder Ejecutivo estropea algunas hojas del librito.



El Poder Legislativo arruga y rompe otras.

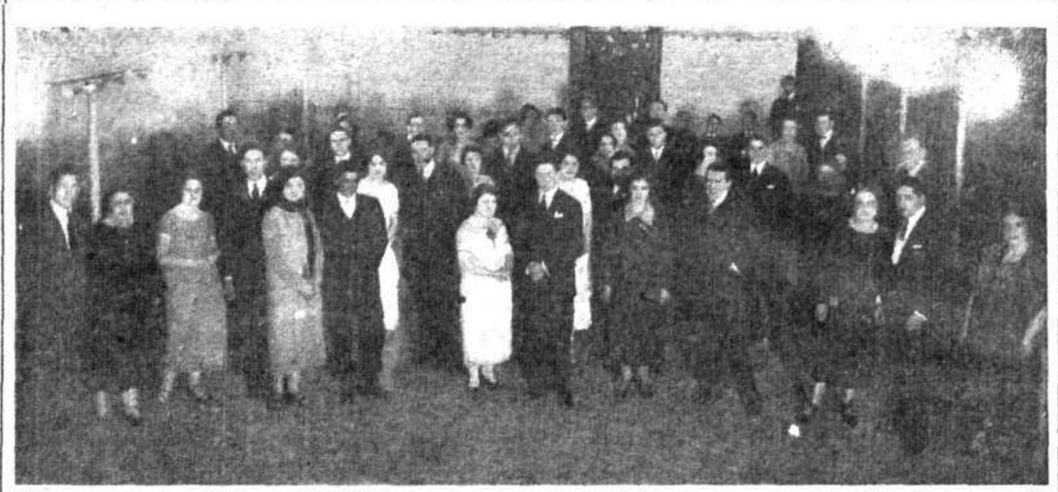


Y el Poder Judicial mezcla las páginas que han quedado sueltas.



— ¿Y cómo van a arreglar el librito?
— No hay otro remedio que mandarlo al taller de encuadernación de la Cámara. ¡Pero cuidado no le pongan la tapa de otro libro!

De Puán



Parte de la concurrencia que asistió al baile organizado por un núcleo de jóvenes con el propósito de allegar fondos para el hospital local.

EL HUMOR INGLÉS

El caso es cierto, y merece ser conocido, porque marca el punto más alto de ese humor inglés, que forma parte integrante del alma inglesa, un alma infantil y tenaz, admirativa y convencida de su fuerza. La risa inglesa, en los momentos más duros y más difíciles, se abre para sorprendernos como un nenúfar sobre el agua.

En un pueblecito del país de Gales, Mme. Thorton Jones y su hijo se despiertan súbitamente en la noche. Han oido un ruido, y el ruido viene del cuarto donde duerme Mr. Jones.

Entran en la habitación y encuentran a Mr. Jones moribundo. Tiene la yugular seccionada.

Mr. Jones contiene el terror de su esposa y de su hijo, pidiéndoles por señas papel y pluma para escribir.

He aquí lo que escribe en este trance, Mr. Jones:

"Estaba soñando que me suicidaba, cortándome la yugular. Cuando desperté, tuve la desagradable sorpresa de constatar que el suicidio había sido cierto."

¡Un triunfo de la INDUSTRIA NACIONAL!

¡La guitarra del criollo es, por fin, criolla! ¡Nada le debe al extranjero! ¿Por qué comprar guitarras importadas, si **LAS GUITARRAS MARCA "MARIPOSA"** las superan en calidad y sonido? **No sufren en el cambio de clima,** que daña las condiciones del instrumento; **se venden más baratas** y su timbre responde a todas las modalidades típicas que exigen el payador y el aficionado.

Exíjalas en las buenas casas del ramo.

PIDA GUITARRA
MARCA MARIPOSA



MARCA REGISTRADA



Los dolores de cabeza

que tanto molestan durante los períodos...

se alivian en seguida con solo media pastilla de GARDAN, calmante potente, de efectos seguros y rápidos para combatir la Neuralgia, los Dolores de Muelas y de Oídos, los Ataques de Reumatismo, la Ciática, etc.

Puede tomarse a cualquier hora, aun en ayunas. No afecta al corazón.



Recomendado por las eminencias médicas.

Se vende en cómodos tubitos que contienen 20 dosis, es decir, 10 pastillas cada uno.

Pida GARDAN en todas las farmacias.



Gardán

CALMA EL DOLOR DE CABEZA Y CORTA LA FIEBRE

NO DESCOMPONE EL ESTOMAGO

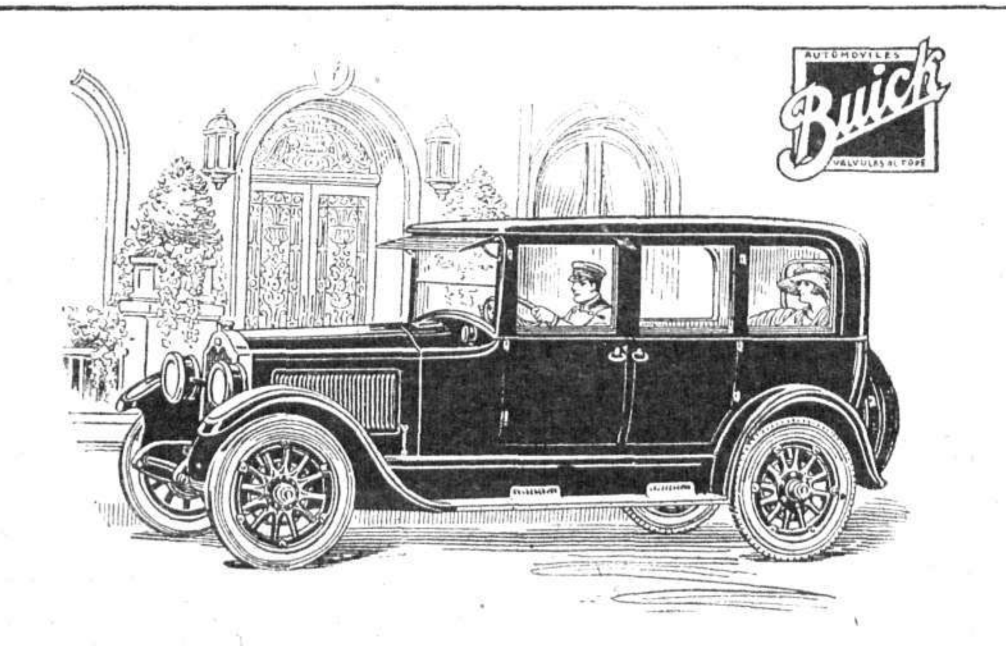
De Jujuy







JAVI. — Nota gráfica de las típicas fiestas regionales llevadas a cabo en honor de la Virgen del Rosario, patrona de este departamento. Esta festividad que periódicamente se realiza parece revivir escenas de la época colonial, contribuyendo a ello la vistosidad de los trajes y el escenario en que se desarrollan.



La originalidad y distinción de este modelo Limousine - Sedán BUICK satisfacen plenamente los requisitos de quienes deseen un automóvil cerrado de lujo.

Se podría pagar mucho más por un coche cerrado de este tipo, pero la calidad y el prestigio del BUICK hacen innecesario este gasto adicional.

La famosa pintura



se aplica en todos los modelos Buick

Limousine Sedán "BUICK"

24 - Seis - 50

SIETE ASIENTOS

Equipado con 5 ruedas de alambre s/w. Bs. Aires. $ **11.300**

Salones de Exposición y Ventas

AVENIDA DE MAYO, 1370 (Galería Barolo)

Unión Telefónica, Rivadavia 7220/22 - Buenos Aires.



"CUANDO SE CONSTRUYAN MEJORES AUTOMÓVILES, BUICK LOS FABRICARÁ".



N.º 1

Comprimido, por María Angélica Galbiati (Olavarría, F. C. S.)



N.º 2

Comprimido, por María Angélica Galbiati (Olavarría, F. C. S.)



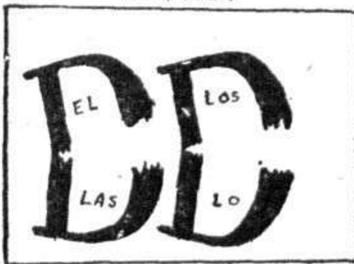
N.º 3

Intercalación comprimida, por «Maestro» (Ciudad)

VILON NOTA NOTA

N.º 4

Frase comercial interpretativa, por «Maestro» (Ciudad)



N.º 5

Logogrifo-jeroglífico, por «Maestro» (Ciudad)

CIUDAD EUROPEA

1 2 3 6 5 4

N.º 6

Substracción numérica, por Isabel Terrel (Ciudad)

1 2 3 4 5 6 En los teatros
2 3 4 5 6 En los árboles
3 4 5 6 Tiempo de verbo
4 5 6 Signo
5 6 *En los naipes*
6 Consonante

N.º 7

Charadístico, por Isabel Terrel (Ciudad)

2.ª y 1.ª	2.ª y 4.ª	4.ª y 3.ª
En poesía	Manifestación de alegría	Vertebrado
TODO: INSECTO		

CARAS Y CARETAS ha establecido *un concurso mensual de juegos* de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.º *En caso de empate los premios* serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.º Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3. Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.º Los juegos que se remitan *deberán acompañarse de las soluciones* correspondientes.

5.º El aspirante á premios por colaboraciones puede optar también á los premios por soluciones.

A LOS SOLUCIONISTAS Y COLABORADORES

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los *solucionistas, a quienes recomendamos* para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», CARAS Y CARETAS, Chacabuco número 151.

Nota importante. — Los premios pueden retirarse cualquier día hábil en nuestra Administración, previa presentación de documentos que acrediten la identidad. Toda correspondencia que se relacione con la entrega de premios, debe dirigirse a nombre de la Administración y no al redactor de esta sección.

Concurso de mayo. — Se reciben soluciones hasta el 15 de junio inclusive.

A los colaboradores. — Rogamos a los colaboradores tengan muy en cuenta las condiciones establecidas para participar en los concursos, pues nos llegan colaboraciones sin firma, que no pueden tomarse en consideración; *recordamos también* la conveniencia que cada juego esté firmado al pie, haciéndolo uno por uno cuando se trate de una serie, dejando un pequeño espacio entre aquél y la firma y dirección.

N.º 8

Comprimido, por Isabel Terrel (Ciudad)

ASTRO JUEGO

N.º 9

Comprimido, por Natividad Martín (Moreno, F. C. O.)



N.º 10

Comprimido, por Natividad Martín (Moreno, F. C. O.)

NO NO NO NO NO NO NO NO NO NO NO

N.º 11

Adivinanza (Redacción)

Yendo yo por un camino
vi *una cosa hacer;*
el que la hace no la goza
y el que la goza no la ve.

N.º 12

Adivinanza (Redacción)

¿Cuál es la tierra o montaña,
sin fruta, hierba y corrientes,
que con gran cólera y saña
los árboles con los dientes
rompe, quiebra, muerde, araña?

N.º 13

Adivinanza (Redacción)

Es-to ¿qué es?

N.º 14

Adivinanza (Redacción)

No soy de cristal ni piedra,
ni de madera, ni oro,
ni de cosa alguna frágil
y, sin embargo, me rompo,
causando a veces pesares
y a veces causando gozos.

Nota de la redacción. — Queda anulado el juego N.º 5, publicado en el número 1386 *por tener una falla.*

CORREO

Rodolfo Salvarezza e Hildebrando Martínez. — Bahía Blanca. — No se admiten juegos en sociedad, debe figurar como autor uno solo.

CONCURSO DE PASATIEMPOS
MAYO DE 1925
CUPON N.º 1391.



El Orgullo de la Produccion Nacional

Notas varias



Doctor Manuel P. Rawich, designado representante de nuestro país y de la R. O. del Uruguay por la Federación Universitaria Internacional de Ginebra, anexa a la Liga de las Naciones.



Señor Muñoz Llama, nuevo presidente de la Sociedad Española de Socorros Mutuos. — Tucumán.



Señor Carlos Parotti, corresponsal de "Caras y Caretas", que se ha acogido a los beneficios de la jubilación después de 30 años de servicios en el F. C. S. — Lobería.



Señor Francisco Aitala, ganador del premio "Caras y Caretas", en el concurso realizado en el Tiro Federal. — Olavarria.



Señor Simón Waldner de Novoa, distinguido empleado superior de la gerencia del Ferrocarril Central Argentino, recientemente jubilado.



Señor Pedro S. Medina, que se ha acogido a los beneficios de la jubilación después de 30 años de ininterrumpida tarea en la Aduana.



Señor Manuel Melgarejo, antiguo y meritorio empleado de la empresa de Tranvías Anglo-Argentina, recientemente jubilado.



Señorita Elvira Cazenett Oraindi, profesora recientemente egresada con brillantes clasificaciones. — Hale.





GONZALO SAENZ Y CIA

PASEO COLON
esq. Humberto I.º
BUENOS AIRES



Al Celeste Imperio

宏利公司

WONG LEE Y Cía

C. PELLEGRINI 500 Bs. As.



KIMONOS en CREP de CHINE, con flores, pájaros y paisajes bordados, gran surtido de colores y dibujos, rebajados desde $ 74

MAH - JONG, juego chino con fichas de hueso y bambú, con cajas Laqué y Madera talladas y Ebano con incrustaciones de nácar.
Liquidamos por propaganda con 2 lecciones gratis, al precio de........ $ 55

Nuestras sedas son insuperables. Pida Crep Ebara y habuteu Ebara.



C. PELLEGRINI, 500 - BUENOS AIRES

La serie de Mascotas con saca ojito. Elefantes, dados, manos y una gran variedad de Mascotas, $ 1.80

¡BRAVO!



¡NO fatigarse! Ese es el secreto de ciertos deportes como la carrera. Sólo un organismo bien nutrido puede triunfar en ellos.

Quaker Oats

contiene ***todos los dieciseis elementos necesarios para la perfecta nutrición del cuerpo*** y da el mayor grado posible de resistencia a la fatiga. Por eso es el preferido en el mundo entero por los atletas. ***Alimenta dos veces más que la carne y tres veces más que el arroz*** y es muy fácil de digerir.





Manera incorrecta de cuidarse las uñas.

Manera correcta de usar los Productos CUTEX.

Posea dedos hermosos, dignos de ser admirados

Aunque efectúe usted trabajos pesados, sus manos pueden ser hermosas y fascinadoras. Transforme sus uñas en pocos minutos *y sin cortar la cutícula,* usando las especialidades C U T E X.

Esos bordes ásperos de las uñas se remueven ahora fácilmente y sin peligro con el CUTEX CUTICLE REMOVER (Líquido Cutex para remover la cutícula).

Tratada la base de la uña con este maravilloso líquido quedará usted asombrada de ver cómo le quedan las uñas: suaves, parejas y transparentes.

Para completar la operación y dar a sus uñas ese tinte rosáceo tan exquisito, use cualquiera de los pulimentos C U T E X, líquido o en polvo.

CUTICLE REMOVER está en venta en todas las buenas farmacias, tiendas y perfumerías, al precio de $ 1.70. Si en su localidad no lo encuentra, envíe al concesionario en Buenos Aires el importe, en giro postal ó efectivo, carta certificada, y a vuelta de correo recibirá su pedido.

Si usted no conoce aún la notable eficacia de los ya famosos productos C U T E X, recorte y envíenos el cupón adjunto y $ 1 —, (en efectivo o estampillas), y recibirá por correo certificado un juego C U T E X de prueba, como la cajita ilustrada en este anuncio. Contiene en tamaño reducido, todo lo necesario para manicurarse seis veces por lo menos.

Northam Warren Corporation

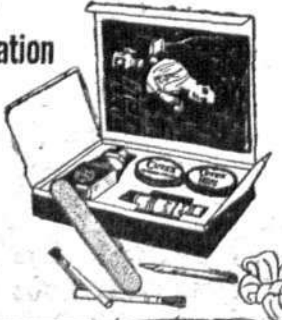
New York, E. U. A.

UNICO CONCESIONARIO:

E. HERZFELD

Rio de Janeiro, 223-25 - Bs. Aires

CUTEX



Northam Warren Corporation
Rio de Janeiro 223-25 — Buenos Aires

Incluyo $ 1 — (efectivo o estampillas) Sírvase enviarme un juego CUTEX de prueba

NOMBRE ....

DOMICILIO ....

CIUDAD .... DEP. C. ....



DESDE EL MIRADOR



LA SENCILLEZ Y LA MODESTIA, PROPICIAS AL SABER

Una mujer dotada de raro valor cívico, digno de todo encomio, una maestra, una directora de Escuela Normal de Maestras, interpretando el buen sentido moral inmutable — pese a todos esos modales y modas que encaprichan y desvían al mundo "moderno" — ha dispuesto que las alumnas que asistan a su plantel, deberán vestirse con sencillez, en cada uno de los detalles que ello implica. Las joyas relumbrantes, los adornos llamativos, los trajes audaces, las polleras voladoras... Todo eso lo prohibe la valiente directora normal — perfectamente normal.

¿Quién podrá criticar a esa mujer que comprende y quiere hacer comprender el sentido de la familia, de la moral, de la felicidad — ¡sí, señoritas garzonas, bataclánicas! — el sentido de la felicidad de ustedes?

La sencillez, la modestia. He aquí el secreto que hizo fuertes a las mujeres que viven en la historia y sobre todo, a las que no viven en ella, ya que los felices no tienen historia... ¡Porque la modestia y la sencillez, hermanas del recato, no están, ni mucho menos, reñidas con la elegancia ni con el *chic* verdaderamente femeninos!

Del hogar y de la escuela salen los individuos a la batalla del vivir, y es preciso que vayan muy bien preparados. Es una cuestión de disciplina y de lógica militares. El soldado que no se prepara es un vencido tácito y fatal.

¡LUZ, MAS LUZ!

Bien podemos evocar y aplicar la frase célebre con que el más alto de los pensadores hijos de los hombres y casi hermanos de los dioses, entró en el misterio de la eternidad.

Acaso el asunto sea un poco vulgar y hasta podamos incurrir en una desproporción, pero es tan bella la frase de Goethe, que con sólo pronunciarla, parécenos la claridad más propicia...

Estas cosas superiores las hemos pensado al ver que algunos tranvías llevan ahora los plafones pintados de blanco. Esta pintura aumenta considerablemente la luz de los vehículos, permitiendo la fácil lectura, alegrando la vista, poniendo una nota más intensa en la vía pública. En una palabra: la idea de blanquear los cielos rasos de las "carrozas de todos", es digna de un buen intérprete del genial poeta tudesco. Y en estos tiempos del analfabetismo ostensible, es oportunísimo.

¡Pero no vayan a creer ustedes que las empresas de autobuses, hacen otro tanto! Como que para romper crismas, por esas calles revueltas, basta ir a obscuras...

¡NO HAY QUE CALUMNIAR A LOS NIÑOS!

Si el que calumnia a un infante se diera cuenta del mal que siembra, es casi seguro que no incurriría en semejante horror.

La conducta de los pequeños hay que saberla observar y comprender. Para esto es siempre bueno que cada uno recuerde su niñez y las injusticias que probablemente sufrió en ella. Porque no hay nada que amargue con mayor intensidad — y para todo el resto de la existencia — como una injusticia experimentada en la infancia — esa época en que las visiones y las sensaciones van impresionando la mente de manera indeleble.

Durante los últimos meses se han producido varios casos de niños que, desesperados por la calumnia o la injusticia, llegaron hasta tocar las puertas del más allá... ¿Hay algo más desconcertante y más conturbador que pensar en esos tiernos seres que, heridos por la saeta envenenada, no han podido reaccionar porque ello hubiera sido don precoz?

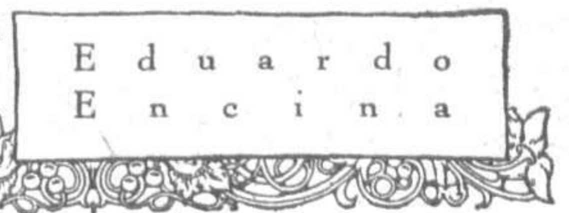
LA EXPORTACION DEL ORO Y EL PRESTIGIO NACIONAL

El propósito ya maduro del gobierno argentino, según el cual podrá salir el oro del país en la medida lógica de las operaciones, es un acto que puede conceptuarse como inteligente y oportuno.

Tal actitud de los poderes públicos probará al mundo que el crédito de la Nación Argentina es de una solidez fehaciente y que el trabajo fecundo de nuestro pueblo tiene consciencia de su poder.

No hay que olvidar que el oro es un agente, un representante, de la riqueza. No la riqueza misma.

Eduardo Encina



A TRAVÉS DE LA REPÚBLICA

SANTA FÉ



BERABERU. — Señoras y señoritas que integraron la comisión organizadora de las fiestas realizadas con motivo de la colocación de la piedra fundamental de la Sociedad Italiana.



BERABERU. — Miembros de la comisión directiva de la Sociedad Italiana, a cuya eficaz actuación débese el adelanto de esta entidad.



BERABERU. — Concurrentes al lunch con que los miembros de la colectividad italiana, celebraron la colocación de la piedra fundamental de su edificio social.



HUMBERTO I. — Familias que concurrieron al pic-nic organizado por la comisión directiva del Club Ciclista Humbertino, en honor de sus numerosos asociados.





[illegible] — Aspecto de los destrozos causados por el reciente temporal que azotó en esta localidad.

SAN·LUIS



MERCEDES. — Equipo combinado del Río 4.º que venció por dos goals a cero al team de la Federación de esta ciudad, en el gran festival realizado a beneficio del Hospital de Caridad y de la Plaza de Ejercicios Físicos.



Team de la Federación de Mercedes que, a pesar de su brillante juego, no pudo adjudicarse el triunfo.



El intendente municipal, señor Rolando de Oyoque, dando el puntapié inicial del partido de football.



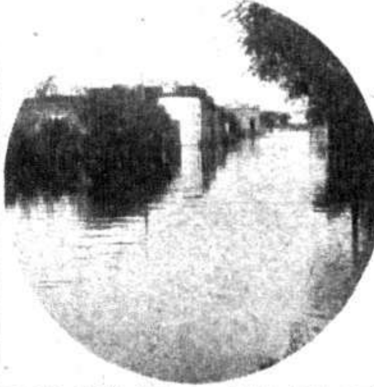
Grupo de corredores que tomó parte en la carrera ciclista de 50 kilómetros, prueba que contribuyó al éxito obtenido por los organizadores de este festival deportivo.



Los jugadores haciendo el saludo de práctica, antes de iniciar el match.

ENTRE·RIOS



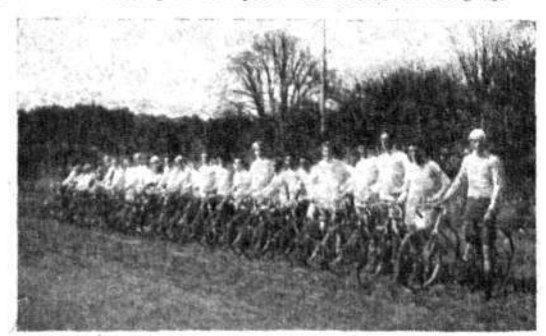




CONCORDIA. — Aspecto presentado por esta ciudad después de la inundación producida por el desborde del río Uruguay.



CONCORDIA. — Team del club Talleres de Paraná que venció al local, en el partido de football interprovincial jugado recientemente.



Equipo del club Ciclista Concordia que obtuvo el triunfo en el torneo realizado en Concepción del Uruguay.

SANTIAGO DEL ESTERO



Grupo de distinguidas señoritas que concurre asiduamente al Lawn Tennis Club, en el Parque Aguirre.



El gobernador, señor Medina, y S. I. el obispo Yañiz y Paz, rodeados por un núcleo de caracterizados concurrentes que asistieron a la ceremonia realizada con motivo de la inauguración de los trabajos de apertura de la Avenida Alvear.



Concurrentes al gran pic-nic organizado por las autoridades municipales celebrando la inauguración de los trabajos antes citados, que contribuirán al embellecimiento de esta ciudad.



LA BANDA. — Celebrando la inauguración de la sucursal del Banco Comercial y Edificador de Santiago del Estero, un núcleo de vecinos obsequió con un banquete a las autoridades de esa entidad bancaria.

SALTA


Monumento a San Bernardo que fué visitado por numerosos peregrinos, con motivo del Día de la Cruz.


Los peregrinos venciendo numerosas dificultades, ascienden por el cerro San Bernardo, para dirigirse al lugar donde la fe religiosa ha erigido una Cruz.

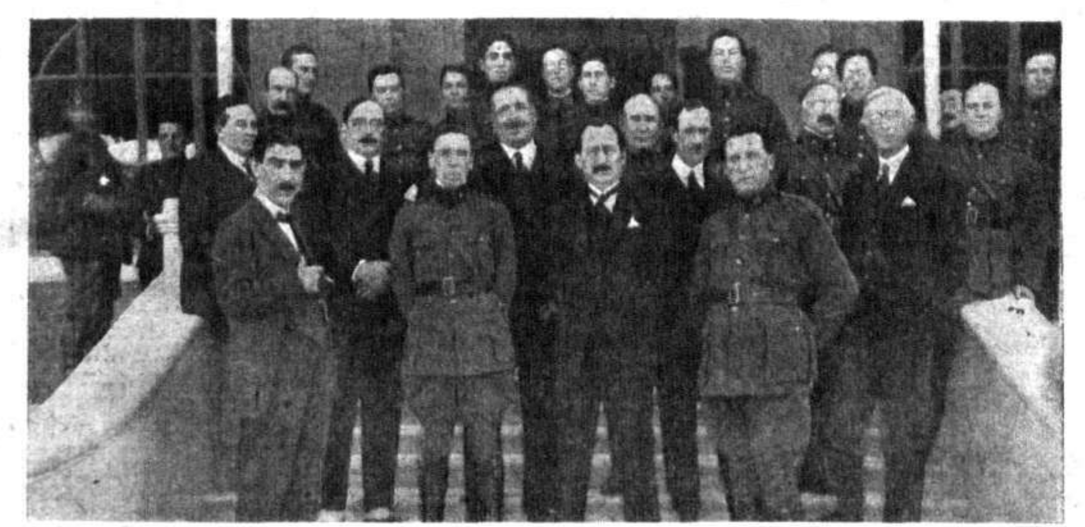

La Cruz, a cuyo pie se realizó una imponente ceremonia religiosa.

R  I  O  J  A


CHILECITO. — Núcleo de distinguidas familias que asistieron a la reunión social efectuada en el domicilio del señor Bonifacio Dávila.


CHILECITO. — El Dr. Corné rodeado por un núcleo de amigos que lo hizo objeto de una demostración de aprecio, con motivo de su partida de esta localidad.

MENDOZA


El interventor nacional Dr. Mosca, con sus ministros y oficialidad del Regimiento de Infantería N.º 16 "Cazadores de los Andes", después del banquete de camaradería realizado en el cuartel que ocupa esta unidad.

Comentarios

— Se finge grave y es un muñeco
que me da risa por lo trivial.
¡Pobre muchacho!
— ¿Pero es tan hueco?
— Más que el mensaje presidencial.

Once años cumple hoy mismo
y, así, dice Isabel, con mal humor:
— Nadie se ha suicidado por mi amor.
¡Ya no hay romanticismo!

— ¿Pregunta usted que a qué viene
afligirse de ese modo?
Llega el invierno y no tiene
ni novia ni sobretodo.



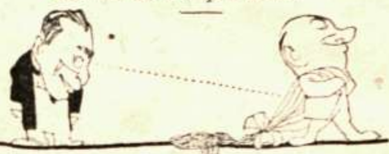
Le Bretón divagaba:
— Me remonto
en alas de mi ardiente fantasía
porque llegará pronto.
Ya se acerca el gran día
en que arribe a esta tierra
el príncipe heredero de Inglaterra.
Y yo debo hacer algo
que demuestre a la gente lo que valgo.
¿Un discurso en inglés? Es poca cosa.
No abusemos, colegas, de la prosa.
En verso es imposible. ¡Echale un galgo!
Hay muy pocos poetas oficiales
que escriban un idilio
en líneas desiguales.
¿No habrá algo de Virgilio
que se refiera al príncipe de Gales?

— Son cuatro gatos
que se las echan de literatos
y dicen cosas poco sensatas
y hacen protestas de amor ardiente.
— Los cuatro gatos, seguramente,
irán en busca de cuatro gatas.



— Es una cosa terrible.
Los concejales pretenden
que el Colón siga cerrado.

— ¡Heteredoxos!
— ¡Herejes!
— ¿Y el plan que Noel tenía?
— Lo rechazan.
— ¡Mequetrefes!
— Es algo espantoso. ¡Tratan
de dejar al intendente
con un palmo de narices,
además de las que tiene!



Elpidio está radiante y orgulloso
porque piensa en Alvear,
y dice con acento cariñoso:
— Nos quieren acoplar.
Con alegre optimismo se sonríe
y murmura después:
— Puede ser que la banda me confíe
dos minutos o tres.

— Dice que él y su lebrel
van a hacer un gran papel.
— Y en lo que afirma no hay yerro.
El perro no habla como él;
pero él ladra como el perro.



— ¡Qué va a estar Cantilo,
que es hombre robusto,
pendiente de un hilo!
Está más a gusto.
Recuerde su peso,
su peso notable.
Está, según eso,
pendiente de un cable.

— Equis es mal jugador
y está empeñado en jugar.
— Equis es mal escritor
y se empeña en publicar
un libro que es un horror.
— Su vanidad es tan ciega
que ni siquiera percibe
los extremos a que llega.
Es mal escritor y escribe.
Es mal jugador y juega.

DIBUJOS DE REDONDO

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Los campaneros de Santo Domingo, por **Gregorio Guzmán Saavedra.** Tipos de la ciudad, por **Manuel Aznar.** Un dulce rincón de la Vendée, por **E. Carrasquilla-Mallarino.** Perfil de epopeya, por **Ernesto Morales.** Algunos recuerdos de Sáenz Peña, por Monseñor **Dionisio Napal.** Los cuentos de Urdiales, por **Julio Aramburu.** Mandrágoras, por **José Martínez Jerez.** La ura, por **Horacio Quiroga.** Los de ayer: E. Vaz Ferreyra, por **Estanislao Rivas.** Apellidos argentinos: Peláez, por **Argantonio.** El velorio, por **Fausto de Tezanos Pinto.** Variaciones lunares, por **Alberto Franco.** Un viaje a las islas Malvinas, por **Carmen Arolf.** El marqués a la sanguina, por el **Vizconde de Lascano Tegui.** El sueño de Sir S. H. W. Ferrett, por **L. Brenelle.** El Tope Ould, por **F. Ossendowsky.** Momentos embarazosos, por el dibujante norteamericano **Charles Dunn.** Ultimos modelos de la moda, para **"Caras y Caretas".** Anecdotario deportivo, por **Vagleriano.**